Original · página 1

Calle Mayor

de Juan Antonio Bardem



BARDEM, Juan Antonio, Calle Mayor, Alicante, Bimicesa, 2002.

Di

rector: Juan A. Ríos

Presentación

Calle Mayor (1956) es una obra maestra de la historia del cine español. Como tal, conserva gran parte de su interés y nos conmueve el drama de una mujer solitaria en una ciudad provinciana que tan directamente refleja la España del franquismo. Un drama humano que, como no podía ser de otra manera tratándose de una película de Juan Antonio Bardem, se sitúa en unas coordenadas históricas muy concretas, a pesar de la censura que intentó disfrazar lo obvio.

La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes intenta con esta edición facilitar el estudio de un guión y

una película destinada a conmover y a la reflexión crítica. Para alcanzar este objetivo, incluimos el texto del guión original con algunas escenas que finalmente no se rodaron y otras que fueron desechadas por el director o prohibidas por la censura. La edición está ilustrada con varias decenas de fotogramas y acompañada de una serie de estudios críticos. También, y gracias a la colaboración de Ediciones B, se incluye el capítulo de las memorias del director donde explica su trabajo en esta película y la génesis del guión de su continuación, todavía sin rodar.

Esta labor habría sido imposible sin la generosidad de Juan Antonio Bardem, que siempre ha acudido a

nuestra llamada y a quien agradecemos su colaboración.

Abrimos así una nueva vía de trabajo en la Biblioteca, que pronto podrá sumar a su ya extenso catálogo la edición digital de algunos de los más destacados guiones del cine español e hispanoamericano. Confiamos en la colaboración de todos los interesados y nos ponemos a su disposición para crear un nuevo instrumento de trabajo para todos los estudiosos de este cine.

Juan A. Ríos Carratalá

NOTA PREVIA

De acuedo con las indicaciones dadas por Juan A. Bardem en la anterior edición del

guión (Madrid, Alma-Plot Ediciones, 1993, pp. II-III), enumeramos las secuencias

suprimidas, transformadas y modificadas en la película:

A) Secuencias suprimidas para la presentación «oficial» del guión: 5, 6, 9, 11, 20, 22,

23, 25, 30, 37, 40, 41, 42, 51, 52, 53, 54, 71 y 75.

B) Secuencias filmadas pero suprimidas por Juan A. Bardem en el montaje final: 26,

27 y 28.

C) Secuencias que permanecen idénticas en la versión final «oficial» del guión y en la

película: 1, 3, 12, 13, 14, 16, 21, 24, 29, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 43, 44, 48, 49, 55,

56, 58, 59, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 70, 72, 73 y 74.

D) Secuencias con modificaciones por causas diversas: 0, 3, 4, 7, 8, 10, 17, 18, 19,

39, 45, 46, 47, 50, 57, 60, 69 y 72.

Original · página 4

FICHA ARTÍSTICA

Isabel

BETSY BLAIR

Juan

JOSÉ SUÁREZ

Federico

YVES MASSARD

Luis

LUIS PEÑA

Tonia

DORA DOLL

Calvo

ALFONSO GODÁ

Luciano

MANUEL ALEXANDRE

Doctor

JOSÉ CALVO

Chacha

MATILDE MUÑOZ

SAMPEDRO

Don Tomás

RENÉ BLANCARD

Madre

MARÍA GÁMEZ

Pepita

LILA KEDROVA

Doña Obdulia

JOSEFINA SERRATOSA

Sra. de la procesión

JULIA DELGADO CARO

Don Evaristo

JOSÉ PRADA

Sra. de la Calle

PILAR GÓMEZ FERRER

Mayor

Taquillero

MANUEL GUITIÁN

Maruja

MARGARITA ESPINOSA

Encarna

PILAR VELA

Monja 1.ª

ELISA MÉNDEZ

Monja 2.ª

ÁNGELES BERMEJO

Victoria

AMELIA ORTAS

Original · página 5

FICHA TÉCNICA

Dirección

JUAN ANTONIO BARDEM

Argumento y guión

JUAN ANTONIO BARDEM.

Libremente inspirado en La

señorita de Trevélez de

CARLOS ARNICHES

Producción

CESÁREO GONZÁLEZ

MANUEL J. GOYANES

Dirección de fotografía

MICHEL KELBER

Música

JOSEPH KOSMA

ISIDRO B. MAIZTEGUI

Montaje

MARGARITA OCHOA

Decorados

ENRIQUE ALARCÓN

Vestuario

HUMBERTO CORNEJO

Maquillaje

CARMEN MARTÍN

Sonido

FERNANDO BERNÁLDEZ

Una coproducción SUEVIA FILMS (Madrid), GUIÓN

P.C. (Madrid), PLAY ART (París) e IBERIA FILMS

(París)

35 mm. - Blanco y negro - Año de producción: 1956

Rodada en Madrid (Estudios Chamartín) y en

escenarios naturales de Palencia y Logroño

Fecha de estreno: 7 de enero de 1957 (Madrid)

Duración: 100 minutos

Original · página 6

Calle Mayor. Relación de escenas

0.- La ciudad.

1.- La Calle Mayor.

2.- El billar del Círculo Recreativo.

3.- El Círculo y su biblioteca.

4.- El paseo por la Calle Mayor. El Bar Miami.

5.- La estación.

6.- La Alameda y el Puente Nuevo.

7.- «Chez» Madame Pepita.

8.- El Barrio Viejo.

9.- Salida de Misa Mayor. Un domingo. El otoño.

10.- La Calle Mayor en domingo.

11.- La Gran Pensión Castilla.

12.- La estación.

13.- El Puente Nuevo.

14.- La Calle Mayor.

15.- El Círculo Recreativo.

16.- El Bar Miami y la Calle Mayor, de noche.

17.- La casa de Isabel.

18.- La Calle Mayor, al alba.

19.- La Catedral. La misa.

20.- La Catedral. La mesa de petición.

21.- La Calle Mayor, al mediodía.

22.- La casa de Isabel.

23.- El Bar Miami. Las últimas horas.

24.- La habitación de Isabel.

25.- Las calles, de noche.

26.- La catequesis. El tesoro.

27.- La catequesis. La lección.

Original · página 7

28.- El barrio al otro lado del río.

29.- La ciudad desde la colina, al atardecer.

30.- El Círculo Recreativo.

31.- La Gran Pensión Castilla.

32.- La habitación de Isabel.

33.- La habitación de Juan.

34.- El billar del Círculo Recreativo.

35.- El hall del Círculo.

36.- Procesión en la Calle Mayor.

37.- «Chez» Madame Pepita.

38.- La cocina de Isabel.

39.- La habitación de Tonia.

40.- La habitación de Isabel.

41.- Los talleres de La Gaceta del Agricultor.

42.- Las calles, al amanecer.

43.- El portal de Isabel.

44.- La habitación de la madre de Isabel.

45.- La Calle Mayor.

46.- La Alameda, en el crepúsculo.

47.- La tasca.

48.- El portal de Isabel.

49.- El Barrio Viejo.

50.- «Chez» Madame Pepita. La habitación de Tonia.

51.- La habitación de Isabel.

52.- La habitación de Juan.

53.- El banco.

54.- El Bar Miami al aperitivo.

55.- El hogar en construcción.

56.- Las afueras.

57.- El comedor de la Gran Pensión Castilla.

Original · página 8

58.- La habitación de Isabel.

59.- Una plaza. Una fuente. La noche.

60.- El cuarto de trabajo de don Miguel.

61.- Las vías.

62.- Una tascas. Las últimas horas.

63.- La calle, de noche.

64.- El puente metálico. El río.

65.- La habitación de Isabel.

66.- La Gran Pensión Castilla.

67.- El campo.

68.- La habitación de Isabel. La Calle Mayor.

69.- La habitación de Tonia. El Barrio Viejo.

70.- El gran baile de otoño.

71.- La Calle Mayor. El paseo al atardecer.

72.- La estación.

73.- La Calle Mayor, las primeras horas de la noche.

74.- El balcón de Isabel. La habitación.

75.- La Calle Mayor. La Catedral.

Original · página 9

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

0.- La ciudad

Estaba amaneciendo. Desde la flecha de la Catedral se veían aún en sombra las tierras bajas de Poniente y los

arrabales pobres al otro lado del río. Brillaban ya los árboles en la Alameda a la altura del Puente Nuevo. El último murciélago terminó su ronda y se refugió en alguna

parte, entre las gárgolas goteantes. El gallo oficial cantó

lejano y, un poco retrasada, sonó una vez la gran campana. Apoyándose en todas las agujas, creciendo y creciendo, la vibración se fue extendiendo como un humo denso, llenó el aire húmedo del otoño, fue resbalando por los tejados de la ciudad y se perdió precipitadamente en el



declive de las pequeñas calles que brotaban, allá abajo, de

la oscuridad de la Catedral. Lejos, el expreso de la mañana, centelleó entre la armadura del puente metálico y pitó largamente al entrar en esa estación en la que no iba

a detenerse. Después vino el silencio, y en él, el rumor de la escoba municipal poniendo a punto para el día la Calle

Mayor.

Original · página 10

1.- La Calle Mayor

La Calle Mayor está un poco en cuesta, baja suavemente hacia esa plaza con soportales, en medio de la cual está el

kiosco de música. Ahora, un coche acaba de detenerse en

la parte alta de la Calle Mayor. Es un coche pequeño y viejo, una furgoneta pintada de gris. Desde la vertical de

la Catedral se distingue esa mancha sobre el suelo mojado, en la dudosa luz del alba. Han bajado dos hombres, uniformados, con gorra de visera. La visera,

negra. El uniforme, gris. Los dos hombres están trabajando. Han abierto la puerta trasera de la furgoneta

y están sacando cosas. Esas cosas son grandes candelabros dorados, cuatro, y un ataúd negro. Un momento: han dejado el ataúd en el suelo mojado de la calle. Uno ha recogido los candelabros, mientras

el otro cierra la puerta de la furgoneta. Luego, ese mismo, carga



con el ataúd y precedido por el de los candelabros, entra

en un portal. Desaparecen. Pasa un tiempo. Un canalón

gotea en el silencio hecho con chillidos de vencejos. De pronto, en esa casa, un balcón se abre violentamente. Se

oyen gritos confusos e ininteligibles. Pero gritos, voz exaltada de un HOMBRE, jaleo. En el balcón aún no hay

nadie, pero de pronto surge un HOMBRE, un HOMBRE

en mangas de camisa, llevando en alto el ataúd. Es todo muy rápido. El HOMBRE ese tira el ataúd por el balcón.

El ataúd se estrella contra el suelo, se desencuaderna,

rueda calle abajo. Lanzados por el HOMBRE ese que

vocifera en el balcón vuelan también un par de candelabros. Los restantes los lleva aún uno de los hombres uniformados, que en unión de su compañero,

sale corriendo precipitadamente del portal. Ambos intentan refugiarse en la furgoneta, ponerla en marcha,

huir. El HOMBRE enfurecido del balcón, en mangas de camisa -más bien, es un pijama- sigue gritando. Ahora, se le entiende. Por poco tiempo; al otro lado del río, una tras

otra, las tres sirenas de la industria local empiezan a

sonar ululantes. El HOMBRE grita aún.

HOMBRE.- ¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Criminales! ¡Vivo! ¡Estoy vivo! ¡Y fuerte! ¡Muy fuerte! ¡Muy fuerte!

Original · página 11

El ataúd negro, casi destrozado, y un candelabro dorado,

siguen dando tumbos y más tumbos, Calle Mayor abajo.

Original · página 12

2.- El billar del Círculo Recreativo

LUIS estaba muerto de risa. Casi lloraba de las carcajadas. Se le acababa el resuello y se paró un

momento de reír. Balbució.

LUIS.- ¡Muy fuerte! ¡Muy fuerte!... Luego se ha tenido que meter en la cama... ¡y han llamado a éste!

(Le volvió el ataque de risa. La risa fue general, ahora entre esos hombres alrededor de la mesa de billar. «Este»

estaba entizando su taco; tenía una risa que parecía un

relincho. Cuando se serenó pudo explicar entre dos

suspiros.)

DOCTOR.- Tenía los ojos así... treinta y nueve cinco y el pulso más rápido que un niño de teta... Yo no me podía tener...



(El pequeño hombre CALVO al otro lado del billar,

preguntó.)

CALVO.- ¿Y la receta?

DOCTOR.- Como quedamos... Tres pinchazos diarios y reposo absoluto riguroso durante una semana.

CALVO.- Y a dieta.

DOCTOR.- ¡Claro! Caldito y merluza hervida.

(La risa volvió de nuevo. Realmente estaban cansados ya

de tanta carcajada. LUIS volvió a imitar.)

LUIS.- ¡Estoy muy fuerte! ¡No hay nada que me haga guardar cama!

(El HOMBRE DE LUTO se secó las lágrimas de la risa

cuidadosamente.)

HOMBRE DE LUTO.- ¡Total! ¡Ya ha perdido la apuesta!

(LUIS propuso.)

LUIS.- Luego vamos a verle... Todos muy serios, ¿eh?

(El CALVO se alarmó un momento.)

CALVO.- ¿No será peligroso? Seguro que se imagina que hemos sido nosotros...

(LUIS le tranquilizó.)

LUIS.- ¿Y qué va a hacer?... ¡El fuerte!

(Y se pusieron a reír otra vez. El DOCTOR se paró un

momento y se quedó mirando hacia la puerta, que acababa de abrirse. Había alguien en el umbral. El

DOCTOR le reconoció.)

DOCTOR.- ¡Pasa hombre! ¿Qué se te ha perdido por aquí?

(El recién llegado avanzó hacia el grupo y saludó a todos

en general.)

FEDERICO.- Buenas tardes... Estaba buscando a... Don Miguel.

Original · página 14

(LUIS silbó ponderativamente.)

LUIS.- ¿El chalado?

FEDERICO.- El filósofo...

LUIS.- Es lo mismo, ¿no?... Pues se ha equivocado usted de sitio...

(El recién llegado miró extrañado a su interlocutor un

momento. Luego se dirigió al DOCTOR.)

FEDERICO.- ¿No es el Círculo Recreativo?

(El DOCTOR le explicó.)

DOCTOR.- Sí. Pero los socios viejos están abajo y los jóvenes...

(El HOMBRE DE LUTO intervino.)

HOMBRE DE LUTO.- Una manera de hablar...

DOCTOR.- ... y los jóvenes, retozamos aquí arriba... ¿Comprendes?...

(Y con un gesto amplio le mostró todas las riquezas de la

estancia.)

... Billar... ping-pong... poker... alcohol...

Original · página 15

(El CALVO le guiñó un ojo señalando las ventanas que

daban a la calle.)

CALVO.- ... Mujeres...

(LUIS calibró.)

LUIS.- ... Todas las mujeres de la ciudad a nuestros pies...

(El recién llegado comprendió.)

FEDERICO.- Ya. La Calle Mayor.

CALVO.- Eso. Y las señoritas de nuestra sociedad... arriba y abajo... ¿Le gusta?

FEDERICO.- ¿La ciudad?... Creo que sí... De todos modos, no la conozco muy bien. Llegué anteayer.

(El DOCTOR intervino y le puso una mano protectora en

el hombro.)

DOCTOR.- Es amigo de Juan.

LUIS.- ¿Para donde él?

FEDERICO.- Claro. Gran Pensión Castilla. Soy amigo de Juan desde la guerra...

(LUIS se cuadró. Daba un tono de broma a todo lo que

decía.)

LUIS.- Los amigos de Juan son mis amigos. Luis Sanz. Propietario de «La Elegancia Inglesa». En Calle Mayor, 27, tiene usted su traje. Los mejores productos extranjeros e indígenas.

FEDERICO.- Muchas gracias. Federico Artigas. Periodista.

(El HOMBRE DE LUTO se adelantó, sorprendido.)

HOMBRE DE LUTO.- ¿Colega? ¿Cómo no ha venido a verme? Soy...

FEDERICO.- Le conozco. Luciano Flores. Director de El Destino Imperial...

LUCIANO.- Y de La Gaceta del Agricultor. Toda la prensa local. En resumen soy el cuarto poder. Y

como mi misión es velar para que la verdad resplandezca...

FEDERICO.- Ha dimitido.

(LUCIANO le reconvino.)

LUCIANO.- Ha, ha, ha... No. Quería decir que este señor no es el propietario de «La Elegancia Inglesa», sino el hijo... el hijo de papá... nuestro señorito particular.

FEDERICO.- Me lo estaba temiendo...

LUIS.- Es usted listo, ¿eh?... ¿Dónde escribe?

FEDERICO.- En Ideas...

LUCIANO.- ¿Qué es eso?

FEDERICO.- Una revista independiente. Ya sabe. Artes, letras, cosas...

CALVO.- ¿Y eso paga algo?

FEDERICO.- No mucho. Por eso vivo en la Gran Pensión Castilla...

Original · página 17

(LUIS le estuvo examinando dando vueltas a su

alrededor.)

LUIS.- ¡Vaya, vaya, vaya! ¡El intelectual! Ya estamos todos... El dinero...

(E hizo una inclinación de cabeza. Luego fue señalando a

los demás uno por uno.)

... La cultura...

(LUCIANO sonrió.)

... La ciencia...

(El DOCTOR presentó armas con el taco de billar.)

DOCTOR.- Doctor Carlos Santana. Colegiado n.º 8057.

(LUIS terminó. Llegó junto al CALVO y le pasó una mano

por los hombros. Al tiempo que le daba una palmada en

la calva, dijo.)

LUIS.- ... La justicia.

(El CALVO se presentó a sí mismo.)

CALVO.- José María del Prat. Magistrado de Trabajo.

(LUIS calificó.)

Original · página 18

LUIS.- ¡Un pinta! Se ha quedado sin pelo de eso...

(Luego se encaró con FEDERICO; versificó.)

Ya conoces nuestro tipo

¿Qué más quieres, Federico?

(FEDERICO sonrió forzadamente. No le hacían

demasiada gracia.)

FEDERICO.- Lo mismo de antes. Ver a don Miguel.

LUCIANO.- Don Miguel Balbuena. 1880 - mil novecientos cincuenta y tantos...

DOCTOR.- Yo no le doy más de dos años...

CALVO.- ¡Qué va! Esa generación suya resiste mucho...

LUCIANO.- Se admiten apuestas... Prosigo... Don Miguel Balbuena... escritor, poeta, crítico, filósofo... ¿Y qué quiere hacer?

FEDERICO.- Hablar con él. Es un hombre importante, ¿no?

LUIS.- ¡Quiá! ¡Ni estos tampoco!

CALVO.- Lo más que resisto leyendo es el resultado de los partidos de fútbol...

(Todos se echaron a reír. Todos menos FEDERICO, que

forzó una sonrisa. El CALVO le amagó con su taco de billar. FEDERICO le contuvo y se dispuso a marcharse.)

FEDERICO.- Bueno... Si me permiten... Voy a ver si le encuentro...

Original · página 19

LUCIANO.- Vaya, vaya... Pero luego se viene a cenar con nosotros...

LUIS.- ¡Eso! ¡Y nos convida!

FEDERICO.- De acuerdo.

(Ahora todos se volvieron al oír la voz de JUAN, a sus

espaldas.)

JUAN.- (Off.) Ni hablar.

(JUAN terminó de subir la escalera de caracol que comunicaba los billares con la planta baja. Se acercó al grupo y se puso protectoramente al lado de FEDERICO.)

Federico no va a pagar nada. Está bajo mi protección.

LUIS.- ¡Juanito el bueno! Entonces pagarás tú...

JUAN.- Pagará el que pierda la partida de billar.

CALVO.- ¡Vale!

(FEDERICO aprovechó la ocasión para escabullirse.)

FEDERICO.- Entonces yo me salvo... Nos veremos después.

(JUAN le acompañó unos pasos hacia la escalera.)

JUAN.- Vete tranquilo, poeta... Juan te irá a salvar de las garras de Don Miguel...

(FEDERICO se fue hacia la escalera, despidiéndose de todos con un gesto de la mano. Empezó a bajar. La última

recomendación de LUIS le detuvo aún un instante.)

LUIS.- ¡Háblele alto!

(FEDERICO puso cara de no comprender nada.)

Es muy sordo.

(Todos se echaron a reír. FEDERICO se encogió de hombros. Bajó unos escalones más y desapareció. JUAN

les reconvino.)

JUAN.- ¡Hombre! No fastidiar al chico... ¡Es un tío estupendo!

LUIS.- ¡Pues como le hable a gritos, verás!

(Siguieron riéndose. JUAN quiso imponer silencio. Tenía

algo que contar.)

JUAN.- ¡Callarse un momento!... Escucha, Pepe... Esta tarde en el banco ha estado la mujer del fuerte...

TODOS.- ¿Sí?

JUAN.- ¿No sabéis a qué?... A sacar dinero de la cuenta... ¡Tienen que pagar el ataúd!

(Y todos explotaron en grandes carcajadas.)

Original · página 21

3.- El Círculo y su Biblioteca

La explosión de risa sorprendió a FEDERICO en la planta

baja. Miró un momento hacia arriba con un evidente gesto de asco. Luego caminó y atravesó un pequeño salón.

Una luz suave se filtraba de los ventanales. Había unos cuantos sillones de cuero ya muy gastado. Se detuvo en la

mesa central. Había dos ejemplares de la prensa local. FEDERICO les echó un vistazo y tuvo una sonrisa un poco

triste como comentario. Había dos viejos contertulios

jugando al dominó en un rincón ante la mirada somnolienta del conserje. FEDERICO se fijó en una fotografía, una gran fotografía colgada en la pared, con un marco muy recargado. Un grupo de señores en varias

filas, rodeando a un personaje importante, muy importante seguramente. Había una orla con

una inscripción: «Círculo Recreativo, Artístico y Cultural - 1908». FEDERICO se volvió. Escondido en su sillón otro viejo señor dormitaba. Se fijó en una puerta encristalada.

Encima había un rótulo que decía: «Biblioteca». Empujó

la puerta y se asomó. Era una estancia larga y en penumbra. Sobre una pared corría una estantería con libros. Los libros sólo llenaban una tercera parte de los

estantes. Después, el vacío. Había un juego de sillas del

incómodo estilo español, pero estaban recogidas y amontonadas en la otra pared. Al fondo de la estancia había un mirador con los visillos medio echados. Se veía,

mejor, se vislumbraba la calle. Evidentemente la Calle Mayor. FEDERICO tardó en darse cuenta de ese hombre

sentado allí, al fondo de la pieza, de espaldas a él, mirando seguramente la calle. Estaba en contraluz y no le

distinguía bien. FEDERICO se fue acercando; el hombre parecía no darse cuenta de su presencia. Cuando llegó a su altura, quedó siempre detrás de él. El hombre ese no se

había movido. FEDERICO tosió discretamente. No podía

darse cuenta de que el otro dormitaba. Tosió otra vez. Nada. FEDERICO miró al techo. Arriba esos se movían. Oía el ruido de sus

pasos al ir y venir. FEDERICO recordó

la recomendación de LUIS. Tomó fuerzas y dijo, casi

gritando.

FEDERICO.- ¡Don Miguel!

Original · página 22

(DON MIGUEL pegó un bote y se incorporó

sobresaltado.)

DON MIGUEL.- ¡Qué! ¡Qué! ¿Qué pasa?

(Entonces se dio cuenta de la presencia de FEDERICO y le

miró furibundo, mientras se recomponía un poco.)

¿A qué viene gritar así? Ni que estuviese sordo...

(FEDERICO miró al techo y lo comprendió todo.)

FEDERICO.- Perdóneme...

DON MIGUEL.- Perdonado... No tiene importancia... Me había quedado traspuesto... ¿Sabe? Aquí, la Biblioteca es el lugar ideal para la siesta...

(DON MIGUEL ya estaba tranquilo. Había ofrecido un cigarrillo a FEDERICO tendiéndole su petaca. FEDERICO

aceptó. Empezaron a liar.)

Además, se ha retrasado... Porque usted es ese...

(Buscó algo en los bolsillos. Sacó una tarjeta de visita.

Leyó.)

... Artigas, Federico... ¿Y qué quiere que yo le diga?

FEDERICO.- Todo. Usted sabe bien como yo la importancia de sus palabras...

Original · página 23

(DON MIGUEL le miraba con una sonrisa burlona y

descreída. FEDERICO hablaba con mucho ímpetu y

fuego.)

Toda su obra tuvo una influencia enorme sobre la juventud española...

DON MIGUEL.- Esa juventud, lo que queda de ella, tiene hoy cuarenta años...

FEDERICO.- Ahora hay otra juventud.

DON MIGUEL.- No la conozco. No he podido influir sobre ella. No he escrito nada desde hace tiempo...

FEDERICO.- El silencio también significa algo. Basta interpretarlo.

(DON MIGUEL se levantó. Estaba serio. Muy serio.)

DON MIGUEL.- No significa nada. No quiero que signifique nada.

FEDERICO.- Eso es independiente de su voluntad. Aunque su voluntad sea escapar.

(DON MIGUEL le miró fijamente un momento y se

levantó.)

DON MIGUEL.- ¿Escapar?

(Empezó a pasearse por el salón. Hablaba casi para sí

solo.)

Escapar... ¿Acaso es posible? Esto es la Biblioteca del Círculo Recreativo, Artístico y Cultural... Una biblioteca que cuenta con la enciclopedia Espasa, una colección encuadernada del ABC y las obras del Padre Coloma... Es un elemento de la cultura de la villa... Hay más. Está el Instituto de segunda enseñanza... La tertulia en el Café Nuevo alrededor de nuestro poeta local... ¿Le conoce? Todos los años gana la flor natural... Está también, Jiménez Calderón; es un comandante retirado que da clases para el ingreso en la Academia Militar... Y, sobre todo, don Anselmo... el Canónigo de la Catedral... Y yo... Pero yo duermo aquí la siesta... y luego paseo por la ciudad... Es mi ciudad, ¿sabe?...

Morirme aquí no es malo... Una entrañable capital de provincias...



(FEDERICO le ha estado escuchando con un silencio triste

y respetuoso. DON MIGUEL ha llegado junto a él y ha ido

a apoyar su frente en los cristales del mirador, que ahora

vibran suavemente, cuando lejanas y altas las campanas

de la Catedral empiezan a sonar. Hay una pausa.)

Hay tres cosas que son el diapasón de nuestra ciudad. Las campanas de la Catedral. Los seminaristas por la Alameda, en el crepúsculo, de tres en tres. Y el paseo por la Calle Mayor.

(Diciendo esto, DON MIGUEL ha levantado el visillo. Allí está, tras los cristales, la Calle Mayor y la gente paseando

arriba y abajo. DON MIGUEL y FEDERICO se han

mirado un momento. DON MIGUEL le sonríe

tristemente.)

¿Qué puedo hacer por usted?

FEDERICO.- Hablar...

(FEDERICO descorre el cierre de su cartera de mano y

saca unas cuantas cuartillas que entrega a DON

MIGUEL.)

Original · página 25

... Lea esto. Son todas las preguntas que yo le hago, quiero decir, que todos nosotros le hacemos... Contéstelas...

(DON MIGUEL ojea las cuartillas y mira de nuevo a

FEDERICO.)

DON MIGUEL.- No le prometo nada... Me dan miedo... Seguramente serán incómodas y removerán tantas cosas que...

(Pero en este momento un ruido en los cristales le interrumpe. Fuera, con la nariz pegada a ellos, están nuestros conocidos, JUAN, LUIS, Pepe el CALVO. Todos. Hacen señas a FEDERICO de que le esperan, que es tarde,

que es un pesado.

DON MIGUEL y FEDERICO se miran.
DON MIGUEL

deja caer el visillo. Las cabezas de todos ellos van a aparecer de nuevo por encima del visillo que llega hasta



la mitad de la ventana.)

Les conoce, ¿no?... Vaya con ellos si le esperan... Le enseñarán la ciudad. La de ellos, claro... Calle Mayor, Cinema Moderno, Bar Miami, la estación, el barrio viejo...

FEDERICO.- Pero usted va a contestarme eso, ¿verdad?

DON MIGUEL.- Le repito... No le prometo nada. Déjeme unos días...

FEDERICO.- Los que quiera.

(Los golpes en el cristal arrecian nuevamente. FEDERICO

está violento. Se disculpa por ellos.)

Perdóneme...

Original · página 26

(DON MIGUEL le da la mano afectuosamente. Con un

gesto de la cabeza los señala, explicándolos.)

DON MIGUEL.- Se aburren...

(FEDERICO sale. Abre la puerta de cristales. DON MIGUEL ha quedado solo, en la Biblioteca desierta. Tiene

los papeles de FEDERICO en la mano. Los ojea con cierto

detenimiento. Luego, va a la ventana y levanta el visillo.

En la calle LUIS y los otros esperan a FEDERICO que

ahora sale y se reúne con ellos. Grandes abrazos, palmadas en la espalda, se llevan a FEDERICO, Calle Mayor abajo. Un momento: FEDERICO se vuelve y mira

hacia atrás. DON MIGUEL detrás de los cristales le

muestra los papeles. DON MIGUEL tiene para FEDERICO una sonrisa, una sonrisa cansada.)

Original · página 27

4.- El paseo por la Calle Mayor. El Bar Miami

FEDERICO sonríe a su vez. Luego se vuelve y se aleja con

todos, envuelto por todos, por la Calle Mayor.

He aquí el gran rito, la ceremonia cotidiana, la diversión

barata, el espectáculo que siempre cambia. He aquí el paseo por la Calle Mayor. Es una calle no muy ancha, sin

tráfico rodado. Las mejores tiendas de la ciudad están aquí y también el mejor cine, el bar de moda, el café más

concurrido. La gente pasea. Es decir, camina, arriba y

abajo, abajo y arriba, hasta la hora de la cena. Las mujeres son en su gran mayoría solteras. Solteras de todas las edades. Solteras de la pequeña burguesía de la ciudad.

Nunca van solas. Siempre de dos o de tres en tres,

en pequeños grupos de amistad o familia. Se paran ante

los escaparates o ante las carteleras del cine o para charlar con otras paseantes. Pero en general, siempre están en movimiento. Pasean. Pasean también algunos matrimonios, aunque no es muy frecuente. Y pasean los

hombres, solteros o casados, en grupos de dos a cinco, recalando en el bar y luego en el café y en otro bar y así

hasta el fin.

FEDERICO y el grupo caminan Calle Mayor abajo.

Caminan torpemente, tropezando unos en otros, deshaciendo las uniones entre ellos, separándose para

dejar paso, contrariados o conquistadores, cuando alguien, alguna mujer, unas niñas revoltosas o unas muchachas en edad de merecer, remonta la corriente del paseo. Se hablan en voz alta, a distancia, se hacen gestos y

guiños, se señalan cosas dándose codazos. FEDERICO camina observando curiosamente todo, ávidamente, casi

dolorosamente.

Ahora el CALVO, Pepe, José María, el Magistrado, se ha

colgado a su brazo y le habla.

CALVO.- ¿Qué te parece el ganado?

(FEDERICO no comprende.)

Original · página 28

¡Las mujeres!

(FEDERICO no sabe qué contestar. Pero el CALVO tampoco se preocupa mucho, porque LUCIANO, delante

de ellos, le llama.)

LUCIANO.-¡Calvo! ¿Has visto?

(Y el Magistrado hace un gesto suficiente. FEDERICO

pregunta cortésmente, aunque sin ningún interés

desmedido.)

FEDERICO.- ¿Qué es lo que tienes que ver?

CALVO.- Nada... Una que fue novia mía. Tú eres soltero, ¿no? Eso está fenómeno, chico... Oye, Luis, fíjate, fíjate...

(Y así diciendo se suelta de FEDERICO y se va con LUCIANO y LUIS. FEDERICO es atrapado ahora por

JUAN, que le echa una mano por el hombro.)

JUAN.- ¿Qué hay machote, te aburres?

FEDERICO.- ¿Y tú?

JUAN.- Ya me he acostumbrado...

FEDERICO.- ¿En dos meses?

JUAN.- Casi tres... Viniendo de Madrid, esto de pasear me pareció tonto...

FEDERICO.- ¿Y ahora?

JUAN.- No está mal inventado... Ves gente... Las chicas...

FEDERICO.-¿Y no sales con ninguna?

JUAN.- ¿Quieres decir que si tengo novia?

FEDERICO.- Quiero decir que si no salís con las mujeres...

JUAN.- ¿Con qué mujeres? No te entiendo... ¿Tú preguntas si tengo plan con alguna?

FEDERICO.- No, no, plan no... Que si sales...

JUAN.- ¡Ah! Bueno... Pues no... No se puede...

FEDERICO.- ¿Cómo que no se puede?

JUAN.- ¡Claro! Puedes salir un día. ¿Y eso qué? Pero si sales más...

FEDERICO.- ¿Qué?

JUAN.- ¡Pues no lo ves! La gente dice que sois novios...

FEDERICO.- ¡Yo no digo novios! ¡Amigos! ¿Entiendes? ¡Amigos!

JUAN.- Pero qué amigos, amigos... O tienes plan con la chica o eres su novio... Si eres novio lo eres de verdad, para casarte... También puedes romper, claro... El calvo lo hace muy bien...

FEDERICO.- ¿Y si tienes plan?

JUAN.- Es difícil.

FEDERICO.- ¿Las chicas son decentes?

JUAN.- No es eso. Si tienes plan con una todos tus amigos lo van a saber y todo el mundo también... Por eso ellas se andan con mucho cuidado... Porque luego como no pesquen a un forastero...

(Toda esta conversación se desarrolla entre la gente que

los empuja, los sobrepasa, los saluda -saluda a JUAN,

claro-, los separa. A veces uno del grupo se queda rezagado saludando a alguien -un matrimonio, un grupo de tres chicas- y luego se une a la tribu trotando un poco.

Ahora LUIS llama a voz en grito a FEDERICO. La vanguardia se ha parado ante la entrada del Bar Miami.

Un bar bastante nuevo, bar americano; los clientes se

creen seguramente que están en pleno corazón de Broadway. Es un bar chiquito y caro, donde hay siempre

un cartel que anuncia el cocktail del día.)

Original · página 30

LUIS.- ¡Eh, tú madrileño!... ¡Arrimarse aquí! ¡Convídanos a unas copas!

(JUAN y FEDERICO se acercan al grupo.)

JUAN.- Lo de madrileño es por mí, ¿no?

LUCIANO.- ¡Ahí va! Pero si tú eres ya de los de aquí pa los restos...

DOCTOR.- Había que ver la cara de despistado que tenías hace tres meses...

(El DOCTOR se dirige a FEDERICO y le explica.)

Menos mal que cayó malo y dio conmigo.

(El CALVO va por detrás de JUAN, le da una gran palmada en la espalda y asomándose a un lado de JUAN,

comenta.)

CALVO.- ¡Pobrecillo! ¡Un descuido lo tiene cualquiera!

(Y todos se ponen a reír como unos locos, a costa de JUAN. LUIS se arrima a FEDERICO y cogiéndole del brazo se separa un poco del grupo, llevándole hasta el

borde de la acera.)

LUIS.- ¿Te fijas?

FEDERICO.- ¿Qué?

LUIS.- La tienda de mi padre... No está mal, ¿eh?

FEDERICO.- «La Elegancia Inglesa».

Original · página 31

(El grupo restante se advierte a codazos del nuevo

espectáculo.)

LUCIANO.- Sí, señor. Eso se llama presumir.

CALVO.- ¡No sé de qué! Están fatal.

DOCTOR.- ¡Bueno!

CALVO.- ¡Sí hombre! Juan lo debe saber, ¿no?

JUAN.- ¡Yo qué sé! El otro día en el banco hablaban de una hipoteca...

CALVO.- El gobernador me dijo la otra noche que la tienda es del banco ya...

DOCTOR.- Tampoco sería extraño. El banco de éste y el otro se están quedando con todo el pueblo...

LUCIANO.- ¡Mirad!

(Todos miran en la dirección indicada por LUCIANO.

LUIS está saludando a dos mujeres. FEDERICO se ha apartado

discretamente y se reúne con el grupo. Las dos

mujeres charlan brevemente con LUIS.)

JUAN.- ¡Andá! La mujer de mi jefe...

DOCTOR.- Y su prima, Isabel.

CALVO.- Pues si que se ha puesto gorda Victoria con el matrimonio...

LUCIANO.- La satisfacción.

CALVO.- Bien rica que estaba cuando yo la conocí de solterita...

(Y les guiña a todos un ojo, apreciativamente. LUIS se ha

despedido de las mujeres y viene hacia ellos, haciendo gestos un poco afeminados, remedando a las mujeres.)

Original · página 32

LUIS.- ¿Tomamos una copa, chicos?... ¡Anda que no es pesada!

JUAN.- ¿Isabel también?

LUIS.- Isabel es una cursi. Está lista me parece. Esa se queda para vestir santos.

FEDERICO.- No está mal...

LUCIANO.- ¡Está más vista ya...!

CALVO.- Ya pronto se jubila del paseo...

(Como FEDERICO pone cara de no entender nada, se lo

explica.)

Mira... Todas estas mujeres, casi todas, son solteras... Nacen, estudian en el Colegio de las Madres Concepcionistas, se

examinan en el Instituto y se ponen a pasear por aquí, en la Calle Mayor...

LUCIANO.- Algunas, van a Madrid, a estudiar una carrera, Letras o Farmacia, pero no es frecuente...

FEDERICO.- Ya. Trabajan...

LUIS.- No seas burro. ¿En qué van a trabajar? ¿Y cómo? Te están hablando de las señoritas... Las otras están al otro lado del río.

CALVO.- Y las otras en el barrio viejo... Total, se ponen a pasear y, después de dos o tres años, se casan.

FEDERICO.- O no.

LUIS.- Si no se casan, no pasa nada. Siguen paseando. Con una prima o

una amiga casada primero, con la madre o con la tía después...

FEDERICO.- ¿Hasta cuándo?

JUAN.- Hasta que no pasean más y se meten en su casa.

LUIS.- Que es lo que tendría que hacer ya esa idiota de Isabel. Bueno, qué, ¿nos convidas?

Original · página 33

FEDERICO.- Sí hombre... Lo que queráis.

(Y todos van entrando en el bar, abriéndose sitio hasta la

barra.)

CALVO.- Fíjate, hoy toca Manhattan...

(FEDERICO mira. Frente al mostrador, en la pared, hay

un cartel que pone: «Bar Miami. Cock-tail del día.

Manhattan».)

FEDERICO.- Bueno... Pues Manhattan.

(LUIS se echa sobre ellos.)

LUIS.- A ver si estáis de acuerdo... De aquí nos vamos a casa del Fuerte, a reírnos un poco, luego cenamos en El Mesón, tomamos café en el Nuevo...

CALVO.- Y nos vamos al barrio viejo.

(Todos vociferan su acuerdo y se hacen gestos maliciosos.)

FEDERICO.- Yo quisiera pasar antes por Correos. Tengo que echar una carta.

LUCIANO.- ¡Pues a esta hora! ¡Como no vayas a la Estación!

LUIS.- ¡Anda que no sois pesados los de Madrid! Pues nos pagas esas copas y luego vosotros dos, los de la Capital, os largáis a la Estación...

CALVO.- ... Y nos reunimos en El Mesón. ¿Vale?

Original · página 34

(LUCIANO desde la puerta del bar, les llama

agitadamente.)

LUCIANO.- ¡Venid chicos! ¡Veréis qué monumento!

(Todos se agolpan en la puerta. Hay exclamaciones de

admiración.)

CALVO.- Esa no es de aquí. Es forastera.

DOCTOR.- Tiene aspecto de cómica...

LUCIANO.- ¡Es lo mejor de la Calle Mayor!

Es posible que una mujer hermosa pase por la Calle Mayor. Enseguida desaparece entre el gentío que camina

eternamente arriba y abajo de la Calle Mayor.

5.- La Estación

El gran expreso que no para, pasa a toda velocidad, las

ventanas iluminadas, levantando una gran polvareda, haciendo volar papeles sucios y levantando las faldas de las mujeres. Porque hay también en la Estación mujeres

-de otra clase social, los artesanos- que pasean arriba y

abajo del andén.

FEDERICO y JUAN están en el andén central descubierto,

sentados en el suelo, los pies en el balastro de la vía.

Miran aún el largo tren iluminado que se aleja

velozmente.

JUAN.- Antes me daban ganas de llorar.

FEDERICO.- ¿Eh?

JUAN.- Al principio de estar aquí. Me encontraba muy solo.

FEDERICO.- ¿Y ahora?

JUAN.- Ahora estoy bien. El puesto del banco no está mal. Aguantando un poco puede llegar a ser Subjefe de Intervención.

FEDERICO.- ¿Y te quedarías aquí?

JUAN.- ¿Por qué no? Me puedo casar y todo. Hay algunas chicas con dinero. Pero tengo que ser Subjefe.

FEDERICO.- Ya.

(Hay un momento de silencio, durante el cual los dos se

quedan un poco ensimismados. JUAN se entretiene en

tirar piedrecitas a la vía. La gente que pasea, no muy numerosa, cruza detrás de ellos. Alguien saluda a JUAN.)

Eres popular.

JUAN.- Aquí se conoce todo el mundo. Esperan al Correo de Madrid.

FEDERICO.- ¿Todos?

Original · página 36

JUAN.- No. La mayoría viene a pasear. Es un personal distinto del de la Calle Mayor.

FEDERICO.- Sí. Otra clase. Artesanos.

JUAN.- Eso.

(El silencio vuelve. JUAN se incorpora de repente. Da un

codazo a FEDERICO.)

¡Vaya! La mujer de mi jefe. No tengo más remedio que saludarla.

(Y se pone de pie, en el andén. FEDERICO le imita de mala gana. Hacia ellos, bastante próximas ya, se acercan

dos mujeres. Aquellas que LUIS saludó en la Calle Mayor. Vienen cogidas del brazo, caminando lentamente,

en silencio.)

¡Buenas tardes!

(Coro general de «buenas tardes».)

¿Qué, paseando un poco?

VICTORIA.- Estamos esperando a mi marido. Viene en el Correo.

JUAN.- ¡Andá! No sabía que llegaba hoy don Emilio... Tendré que madrugar mañana... Es muy puntual en el banco...

(Pequeñas risitas, luego un bache de silencio. Después.)

VICTORIA.- Y ustedes, ¿qué? ¿Paseando?

JUAN.- Mi amigo que tenía que echar una carta en el buzón de alcance... No cre que se conozcan, ¿verdad? Les voy a presentar. La señora de Pérez Ramos, Doña Victoria. Federico Artigas.

(Los «mucho gusto» y «encantada» de ritual. Hay otro

silencio. JUAN está un poco embarazado, delante de

ISABEL.)

Lo siento. No tengo el gusto...

VICTORIA.-¡Ah! Yo creí que se conocían... Mi prima, Isabel Castro...



(Después de los saludos y frases rituales, hay otro

silencio.)

JUAN.- Es usted familia de Don Rafael, el de la farmacia de la Plaza.

(VICTORIA no deja hablar a nadie.)

VICTORIA.- No, qué va... Isabel es hija del difunto Don Blas, el coronel de caballería...

JUAN.- ¡Ah!

(Hay otro silencio, un poco más largo, durante el cual

todos se miran unos a otros.)

VICTORIA.- Vive en la Calle Mayor.

JUAN.- ¿Quién?

VICTORIA.- Isabel.

JUAN.- Ya.

Original · página 38

(Otra pausa. FEDERICO tiene que intervenir.)

FEDERICO.- No hace mal tiempo.

VICTORIA.- No. Es un buen otoño.

JUAN.- Sí.

(Otra pausa. La situación es casi insostenible.)

VICTORIA.- ¿Y qué? ¿Por mucho tiempo entre nosotros?

FEDERICO.- ¿Yo? No. Estoy de paso.

VICTORIA.- ¡Ah!

JUAN.- Es escritor.

VICTORIA.- ¡Aaah!

(Un silencio larguísimo. La campana les salva. La campana de la Estación, que repiquetea. Todos se

vuelven.)

¡Vaya! ¡Ya está ahí!

JUAN.- Hoy sólo se ha retrasado veinte minutos. Bueno, nosotros las dejamos... ¡Muchos saludos a don Emilio!

VICTORIA.- De su parte.

(Coro general de despedidas. Ellos se alejan cruzando la

vía. VICTORIA se vuelve a su prima.)

No están mal, ¿verdad?

Original · página 39

(ISABEL se encoge de hombros con un gesto indefinido.

Luego las dos se vuelven y dan una carrerita andén arriba. Movimiento general de público. El tren está llegando y avanza hacia nosotros, piafante, la mole negra

de la máquina.)

Original · página 40

6.- La Alameda y el Puente Nuevo

En el crepúsculo, por la Alameda que bordea el río, los seminaristas regresan a la ciudad de tres en tres. Cuando

han pasado descubrimos a FEDERICO y a JUAN acodados en el puente sobre el río. FEDERICO está vuelto

contemplando a los seminaristas. Sonríe.



FEDERICO.- ¡El diapasón!

JUAN.- ¿Qué?

FEDERICO.- Eso que dijo don Miguel... Las campanas de la Catedral, la Calle Mayor, los seminaristas...

JUAN.- ¿Y qué tal el sonido?

FEDERICO.- Apagado... Casi muerto.

(FEDERICO se vuelve y ambos contemplan en silencio el hermoso

atardecer sobre el río. Al otro lado se encienden

las primeras luces. FEDERICO señala.)

¿Qué hay allí?

JUAN.- El barrio obrero. Hay tres fábricas...

FEDERICO.- Ya. El barrio pobre. ¿Has estado?

JUAN.- ¿Para qué? No merece la pena.

FEDERICO.- Eso crees tú.

JUAN.- Sigues igual, ¿eh?

FEDERICO.- Y tú has cambiado.

JUAN.- ¿Qué quieres? Tengo que pensar un poco en mí, ¿no crees?

FEDERICO.- No.

JUAN.- ¡Bueno!

Original · página 41

(Se quedan los dos en silencio otra vez. Las campanas de

la Catedral empiezan a sonar y chillan los vencejos.)

¡Anda, vamos! ¡Empieza a refrescar! Esos nos están esperando...

FEDERICO.- ¿Tenemos que ir?

JUAN.- ¡Claro! ¡Son unos tíos estupendos!

(JUAN sorprende el gesto de FEDERICO.)

Eres imposible, ¿eh? ¡Anda! Esta noche iremos al barrio viejo...

FEDERICO.- ¿Es bonito?

JUAN.- ¡No te hagas el idiota! No se trata de hacer turismo...

FEDERICO.- ¡Ah!

JUAN.- Sí, hombre... Iremos a un sitio bomba...

(JUAN le coge del brazo y le arrastra, mientras pronuncia

cuidadosamente.)

Chez madame Pepita!

Y se alejan mientras JUAN se ríe él solo. Las campanas siguen sonando. En el cielo, oscuro ya, se recorta la silueta

de la ciudad.

7.- Chez madame Pepita

La pianola desgranaba un vals, un viejísimo vals y LUCIANO, un poco despeinado, los ojos brillantes, un puro casi apagado en la boca, sentado delante del teclado,

movía acompasadamente los brazos siguiendo el ritmo de

la música. LUIS en mangas de camisa, recorría toda la

habitación bailando con una mujer gruesa y profusamente enjoyada, que se reía de buena gana y de

vez en cuando daba unos pequeños chillidos histéricos.

LUIS cantaba, siguiendo la música del vals.

LUIS.- ¡Toca ese vals Pepita!

¡Toca ese vals preciosa!

Ta-ta ta-ta ta-tita...

(LUIS y la mujer seguían bailando y en sus giros una de

las veces a poco tiran la mesa donde jugaban los otros. Los otros eran el DOCTOR, José María el CALVO, una

señorita morena y un capitán de la Guardia Civil. Estaban jugando al tute profundamente ensimismados.

Don José María tenía pegada a sus costillas una espectadora un poco adormilada que respondía por el bonito nombre de ENCARNA. El diálogo de los jugadores

era puramente técnico, con alguna que otra interjección con apoyatura. En esta linda y espesa atmósfera de humo

la fiesta se desarrollaba plácidamente hasta el momento

en que la pianola se atascó y repitió incesantemente el

mismo compás. LUCIANO estuvo observando atentamente el fenómeno y después de una sólida reflexión se levantó y comenzó a darle patadas a la pianola. Con lo cual la pareja de LUIS se arrancó de los

brazos del galán y corrió dando gritos al lado de

LUCIANO.)

PEPITA.- ¡Virgen santísima! No sea usted animal, don Luciano, que se me está cargando la pianola...

Original · página 43

(Pero LUCIANO no se arredró por los gritos y continuando con las patadas razonó su actitud.)

LUCIANO.- ¡De mí no se burla nadie, Pepita! ¡Nadie! ¡No tolero que se burle nadie! ¡De mí, nadie!

(Estas palabras no convencieron en absoluto a PEPITA,

que pasó inmediatamente a la acción y cogiendo delicadamente a LUCIANO por un brazo lo lanzó sobre

un sofá. LUCIANO quedó allí espatarrado y sin comprender nada,

mientras PEPITA seguía chillando y untando con salivilla las rozaduras que LUCIANO había

hecho en la pianola.)

PEPITA.- ¡Pero qué burla ni que gaitas! ¡Mire cómo me ha puesto el piano! ¡Caray, don Luciano, esto no se hace en mi casa!

(El altercado no alteró en absoluto la atención de los jugadores y sólo Encarnita miró una vez aburridamente

entre el humo de su cigarrillo.

LUIS por su parte hizo de pacificador. Dio una gran palmada en las nalgas a PEPITA y automáticamente la música salió de su escollo y el vals continuó. PEPITA

dio un grito en el que se mezclaba el escozor de la nalgada y

la admiración por la solución mecánica y se volvió

cariñosa hacia LUIS.)

¡Luisito, hijo, eres un sol!

(LUIS hizo una reverencia y se ofreció para la danza.)

LUIS.- ¡Madame Pepita, a sus pies!

Original · página 44

(Y trincándola comenzó a bailar casi con ferocidad. LUCIANO se levantó enfurruñado y seguro de no ser visto le arreó una colosal y postrera patada a la pianola.

El efecto fue inmediato y del vals, la pianola pasó

automáticamente a La marcha de Guillermo Tell. LUCIANO se extrañó un poco y tuvo una reacción

misteriosa. Comenzó a gritar.)

LUCIANO.- ¡Juan! ¡Juanito! ¡Juanitoooo!

(LUCIANO había cogido verdaderamente una perra infantil y aullaba con todas sus fuerzas el nombre de su amigo en medio de la habitación. Los jugadores seguían

sin inmutarse, como si la partida se estuviese desarrollando en medio del más absoluto silencio. LUIS

seguía bailando, en realidad habría bailado al son de

cualquier música, y llevaba al galope por todas las habitaciones a

madame PEPITA que se veía y se deseaba

para librarse del abrazo estrechísimo de su pareja. De todos modos, en la medida que podía, madame PEPITA

gritaba a LUCIANO para imponer el orden en la

reunión.)

¡Juanitoooo!

PEPITA.- ¡No chille, don Luciano, que nos van a poner una multa!

(Y para demostrar la solidaridad con su amigo, LUIS se

puso a cantar la música de la pianola.)

LUIS.- Parará parará parará pa pa...

Parará parará parará pa pa...

Original · página 45

(LUCIANO siguió aullando y en vista de que no le respondía nadie salió a un pasillo y empezó a aporrear todas las puertas, invocando a voz en cuello, el nombre de

su amigo. Esta vez obtuvo algún resultado porque consiguió contestaciones furibundas desde detrás de unas

cuantas puertas. Madame PEPITA estaba ya un poco harta. Chilló más fuerte y ordenó ciertas contramedidas.)

LUCIANO.- ¡Juan! ¡Juanitoooo! ¡Juanitoooo!

PEPITA.- ¡Don Luciano, por el amor de Dios! ¡Encarna, hija, haz algo!

(Con lo cual, la nombrada, se levantó de mala gana del

lado de don José María el CALVO, y se fue por LUCIANO. Agarrándole por un brazo y acariciándole el

cogote le propuso.)

ENCARNA.- Anda, majo. ¡Vamos a buscar a tu amiguito! ¿Quieres?

LUCIANO.- ¡Juanitoooo!

(Y se lo llevó cariñosamente a rastras, luchando con la denodada resistencia de LUCIANO. En estas apareció un nuevo personaje, una mujer, por una de las puertas de la

sala y se encaró con la concurrencia.)

TONIA.- ¿Qué demonios pasa? ¿No se puede trabajar en paz?

PEPITA.- ¡Ya era hora de que bajases Tonia! ¡Tardas siglos!

(TONIA fue a la pianola y empezó a hurgar en ella.)

TONIA.- ¡Y a mí que me cuenta! ¡Pues estamos listos con el borracho ese!

PEPITA.- ¡Don Luciano, Tonia, don Luciano!

Original · página 46

(TONIA se encogió de hombros ante la indicación de madame y siguió en sus intentos de parar esa maldita pianola. Los jugadores seguían jugando, LUIS galopando

con madame PEPITA. Hizo irrupción en la sala perseguido por ENCARNA, impotente para contenerle,

LUCIANO.)

LUCIANO.- ¡Juanitooo! ¡Juanitooo!

(Y entonces ocurrió el milagro. Simultáneamente la

pianola cambió de música y mandó un vals suave y sentimental, JUAN apareció sonriente en el umbral de la

puerta, LUIS liberó de su abrazo a madame PEPITA y

todo entró en el orden más perfecto.)

JUAN.- ¿Qué quieres, hombre? ¿Qué te pasa?



(LUCIANO se fue hacia él y le echó una mano por los

hombros.)

LUCIANO.- Quiero irme. Quiero irme a mi casa.

JUAN.- ¿Y el periódico?

LUCIANO.- Eso. El periódico. El periódico es mi casa. ¡Destino Imperial!

JUAN.- Anda, pues vámonos... Díselo al calvo y a los demás...

(LUCIANO se fue dando traspiés hacia le mesa de juego. JUAN se volvió y se encontró a TONIA detrás de él que le

sonreía y le invitaba a bailar. Bailaron. JUAN sin mucha gana. TONIA bastante ilusionada. Se pegaba a su cara y le

hablaba en susurros.)

TONIA.-¿Y mañana?

JUAN.- ¿Eh?

TONIA.- ¿No te veo?

JUAN.- Yo qué sé...

(LUCIANO ya había llegado a la mesa y había dado el recado o la sugerencia de partir. ENCARNA había vuelto

a su sitio, al lado del CALVO. LUIS se había dejado caer

sudoroso y molido en un sofá y se abanicaba con un pañuelo. Madame PEPITA le estaba preparando algo de

beber. El DOCTOR se puso de pie y se guardó el dinero

suyo de encima de la mesa.)

DOCTOR.- ¡Yo me voy con estos!

CALVO.- ¡Venga hombre! Hoy es sábado, ¿no? ¡Ya sabes! Sábado, sabadete...

DOCTOR.- ¡Que no! Que luego mi mujer se pone insoportable.

(Se volvió hacia LUIS.)

¿Te quedas, Luis? ¿Quieres mi puesto?

(LUIS negó con la cabeza.)

ENCARNA.- Deja, ya me pongo yo...

DOCTOR.- Bueno, ¿entonces te quedas? ¿Seguro?

CALVO.- Que sí... Mi mujer sabe que tengo trabajo...

(Y le guiñó un ojo. El DOCTOR se fue de la mesa y

despidiéndose de Madame le dio unas palmaditas

cariñosas, en la mejilla.)

Original · página 48

DOCTOR.- Adiós, rica...

(JUAN y TONIA seguían bailando. TONIA era feliz, se

veía.)

TONIA.- ¿Entonces?

JUAN.- ¿Qué?

TONIA.- Lo que te he dicho...

JUAN.- Ya veremos...

(El DOCTOR llamó a JUAN. Madame PEPITA le tenía cogido por la cintura. LUCIANO volvía ahora de lavarse

un poco la cara.)

DOCTOR.- ¿Te vienes o no?

JUAN.- Sí, hombre...

(Pero TONIA le sujetó un poco y JUAN sonrió. El

DOCTOR le chilló al CALVO.)

DOCTOR.- Iréis a misa mayor, ¿no?

CALVO.- Como siempre.

DOCTOR.- Entonces, nos vemos a la salida...

(JUAN logró soltarse de TONIA. Se reunió con el

DOCTOR.)

JUAN.- Venga, vamos... ¿Y Federico?

PEPITA.- No sé... ¿No se había quedado contigo, Maruja?

(La interpelada era la señorita morena que jugaba al

poker. Hablaba con marcado acento andaluz.)

MARUJA.- Sí, pero no llegó a subir... Os está esperando en la puerta, hace media hora... Es un sieso.

8.- El barrio viejo

Fuera, en la calle, delante del portal, fumando, estaba FEDERICO. Para él lo importante era contemplar esa vida, ese mundo alrededor suyo. El barrio viejo. La calle

no estaba ni siquiera pavimentada o al menos el

pavimento no había sido cuidado desde hacía innumerables años. La iluminación urbana consistía en algunas bombillas, escasas, suspendidas sobre la mitad de la calle. Había en las dos aceras muchas puertas abiertas,

casas particulares, pequeños bares y tabernas. La animación era normal para una noche de sábado. Se oían

músicas, una bronca de gritos lejana, cantares. FEDERICO daba pequeños paseos arriba y abajo, delante

del portal. Pasaron dos mujeres que le miraron y se rieron. Al cabo de un rato salieron sus amigos. LUIS, el

DOCTOR, LUCIANO, JUAN. El CALVO se había quedado dentro. Echaron a andar por medio de la calle.

LUCIANO solo, separado de los demás. LUIS y el DOCTOR juntos. JUAN iba al lado de FEDERICO, un

poco separado. Anduvieron un rato en silencio.

LUIS le iba cantando flamenco al DOCTOR por lo bajini.

JUAN.- ¿Por qué no te has quedado...?

FEDERICO.- Ya ves...

(Siguieron caminando en silencio. JUAN iba cabizbajo.

FEDERICO en cambio lo veía todo. Los murciélagos bailando alrededor de las bombillas, el mundo que se

vislumbraba a través de las puertas abiertas en los interiores iluminados. Y LUCIANO solo en medio de la calle de vez en cuando daba un grito, puramente animal,

sin significado alguno.)

LUCIANO.- ¡Eeeeh!

(FEDERICO señaló la mole negra de un edificio por encima de las casas de dos plantas del barrio viejo.)

FEDERICO.- ¿Qué es eso?

JUAN.- El seminario... Del siglo XVI, me parece.

(FEDERICO le miró y le enterneció esa demostración de

cultura en su honor. JUAN también le miró y los dos se

echaron a reír. La risa les aproximó más físicamente. Siguieron caminando en silencio. Mágicamente el silencio

se hizo general unos instantes en ese barrio al coincidir todos los silencios particulares. Y se oyó clara, distinta, cantada con sentimiento y arte, una copla, un fandango.)

COPLA.- Amor,

¿Por qué no viniste amor?

Anoche ni la pasada

Estando la noche clara

Y el caminito andador

Sabiendo que te esperaba.

(Comentaron después de un tiempo.)

FEDERICO.- Bonito, ¿verdad?

JUAN.- Sí.

LUCIANO.- ¡Eeeeh!

(Ahora desembocaron detrás de la Catedral. JUAN la

señaló.)

JUAN.- Mira. La Catedral... Es curioso que estos sitios estén

siempre alrededor de la Catedral y cosas así...

Original · página 52

FEDERICO.- Es natural... Las ciudades se han construido siempre alrededor de la Iglesia... La sociedad crece, se instala en lugares nuevos y rechaza todo ese mundo al barrio viejo. Siempre...

(FEDERICO iba a continuar pero se paró, señalando a

LUIS y al DOCTOR.)

¿Qué hacen esos?

(JUAN miró a su vez. Esos estaban ahora al pie de uno de los muros de la Catedral, del ábside posiblemente. Habían

sacado algo del bolsillo y lo habían dejado en una especie

de hornacina que había allí. Luego habían seguido su

camino. LUCIANO a su vez, volvió sobre sus pasos y

repitió la misma acción. Después gritó.)

LUCIANO.- ¡Eeeeh!

(JUAN y FEDERICO reanudaron la marcha y se detuvieron en ese lugar. JUAN le fue explicando.)

JUAN.- ¡Ah! Es una costumbre de aquí... ¿Ves? Hay una imagen de no sé qué santo... Y siempre que vas o vienes de esos sitios dejas unas perras... Una limosna... como expiación, digo yo...

FEDERICO.- O como preservación, ¿no?

(JUAN dejó unas monedas, se encogió de hombros y sonrió. FEDERICO se retrasó un poco por contemplar la

imagen, que no se distinguía muy bien. JUAN anduvo

unos pasos y se paró llamando a los otros.)

JUAN.- ¡Eh! ¡Federico y yo nos vamos por este lado!

LUIS.- ¡Bueno! ¡Hasta mañana!

(Se gritaron todos en el silencio nocturno, unos a otros,

sus «hasta mañana». Y luego echaron a andar. LUCIANO, LUIS y

el DOCTOR, por un lado, JUAN y FEDERICO por otro. Al cabo de unos pasos, LUIS volvió a

gritar.)

Nos vemos a la salida de misa, ¿eh?

JUAN.- Sí... ¡Misa de doce!

(Y siguieron andando. LUCIANO gritó por última vez.)

LUCIANO.- ¡Eeeh!

Y su grupo se perdió de vista, desapareciendo en la oscuridad. JUAN y FEDERICO caminaban a compás por el silencio nocturno, en la ciudad dormida. El ruido de un



tren cruzando el Puente Metálico llegó de lejos.

Desde la flecha de la Catedral, la ciudad abajo estaba como agazapada. FEDERICO y JUAN arrastraron sus largas sombras por el suelo de la Calle Mayor. La gran

campana sonó una vez.

9.- Salida de Misa Mayor, un domingo, el otoño

La Misa Mayor acaba de terminar y la gente empieza a salir lentamente de la Catedral. Salida de Misa Mayor en

la Catedral, un domingo de otoño.

(Si uno quisiera investigar cuál es la cualidad típica de esta escena, su más genuino acento, su pulso específico,

llegaría a esta conclusión: la calma. La gente se mueve

con otra velocidad. Habla, acciona, camina con otra parsimonia y una pausa desacostumbrada. Todo, desde los gestos al tono de la voz tiene ese ritmo cansino, lento,

suave. Las voces, el rumor de las conversaciones, las risas,

todo queda flotando como una niebla baja, como un bordoneo caliente y apretado. La lentitud de los gestos y

ademanes tal vez tenga como origen los trajes y vestidos del domingo, los trajes nuevos o poco usados, los zapatos

que aprietan un poco, el temor de ensuciar la camisa recién planchada. El diálogo tal vez tenga ese sosiego y

esa lentitud, por ser también un diálogo nuevo o poco usado. Hoy por la mañana no es obligatorio hablar con el lenguaje habitual de la oficina o del trabajo casero; hoy

se puede hablar de cualquier cosa. Entonces viene el silencio.

Este primer encuentro social del domingo, sacude a todo

el mundo fuera de su costumbre, fuera de la costumbre. De ahí, la timidez, la lentitud en hablar y hacer por falta

de seguridad. Después, poco a poco, a medida que las horas del domingo pasen, esa costumbre va a estar más

cerca y lentamente ellos van a ir recuperando su tono

habitual.

La gente va a salir de la Catedral. Formará pequeños grupos de amistad o familia en los aledaños y lentamente

se pondrá en marcha hacia la Calle Mayor, para pasear

arriba y abajo, para comprar los pasteles del Domingo,

para tomar el aperitivo que nunca se toma. En un

momento la Calle Mayor va a alcanzar el clima dominical: los cafés llenos, las aceras llenas, todo el mundo hablando y riendo. Y al momento siguiente no

habrá nadie.

Original · página 55

Los últimos solteros estarán aún en la terraza del bar

discutiendo el plan de operaciones para la tarde. Un matrimonio con

muchos niños correrá presuroso hacia la

casa; la visita se ha prolongado demasiado. Pero ya no

habrá nadie, nadie. El solitario de la ciudad, un perro vagabundo. Nadie. Todo lo llenará el silencio, el silencio

del Domingo, el silencio de las tres de la tarde.)

La gente va saliendo de la Catedral, se ciegan un momento por la luz del exterior y ocupa las posiciones

previstas para los encuentros con amigos o parientes.

Empieza ahora el gran rigodón de saludos. Pepe el CALVO, ahora, Don José María del Prat, Magistrado del

Trabajo, se reúne con su señora y sus tres niños. Bajan unos escalones y se encuentran con el DOCTOR Carlos Santana, con su señora, la niña, la chacha y coche donde

va la niña pequeña. Los hombres se dan la mano con cierta frialdad pero las mujeres se besan doblemente con

gran efusividad.

CALVO.- ¡Hola!

DOCTOR.- ¡Hola!

SEÑORA DE CALVO.- ¡Hola Concha, preciosa!

SEÑORA DE DOCTOR.- ¡Enriqueta, hija! ¡No nos vemos nunca!

SEÑORA DE CALVO.- Estás más gruesa, ¿no?

SEÑORA DE DOCTOR.- ¿Sí? Pues me he tenido que meter la falda...

(El CALVO y el DOCTOR hablan de sus chicos. Grandes

pausas.)

DOCTOR.- Este es el mayor, ¿eh?

CALVO.- Sí.

(Exhibición del niño. Pausa. Carantoña. Pausa. Ahora

viene el turno del CALVO.)

Original · página 56

¿Esa es la pequeña?

DOCTOR.- Sí.

(Exhibición de la pequeña, mostrada por la chacha.

Observación. Pausa. Carantoña.)

CALVO.- Ti-ti-ti-ti-ti...

(Gran pausa. Diálogo de las SEÑORAS.)

SEÑORA DE CALVO.- A Pepe no le gustan así... Tienen que estar muy, muy frititas...

SEÑORA DE DOCTOR.- ... y con unas rodajitas de tomate, ¿no?

SEÑORA DE CALVO.- Sí. Esta semana me toca la Guardia del Corazón de María...

SEÑORA DE DOCTOR.- ¡Hija! ¡Qué suerte! A mí me toca la que viene, con esa antipática de...

SEÑORA DE CALVO.- ¡Huy, sí, ya sé! ¡Pobrecita!

(Pequeñas risas. Pausa. Diálogo de los maridos.)

DOCTOR.- ¿Qué?

CALVO.- Las quinielas... Que si has puesto ganador el Alcoyano...

DOCTOR.- Sí.

CALVO.- ¿Sí?

DOCTOR.- Sí, sí.

Original · página 57

(Y mientras tanto alrededor de ellos, en las escaleras de la

Catedral o en sus aledaños, continúa el rigodón de saludos. LUCIANO Flores, señora y dos niños, se están

despidiendo de DON ANSELMO, el canónigo de la Catedral y del CAPITÁN de la Guardia Civil y señora (no

hay descendencia). LUIS Sanz acompañando a su padre,

el verdadero propietario de «La Elegancia Inglesa», viudo, saludan a dos viejas SEÑORAS, hermanas, algo

familia suya.)

SEÑORA 1.ª.- ¡Está hecho un hombre!

SEÑORA 2.ª.- ¿Qué?

SEÑORA 1.ª.- Luisito, que está hecho un hombre.

SEÑORA 2.ª.- ¡Quién lo iba a decir! ¡Tan pequeño como era!

SEÑORA 1.ª.- Pero era muy mono... Tiene la misma risa que la pobre tía Etelvina, ¿verdad?

(Es posible que sea verdad. Aunque nosotros no lo llegaremos a saber nunca. LUIS aunque físicamente presente está a miles de kilómetros de allí. Ahora saluda

muy sonriente a su amigo Pepe el CALVO y familia que

caminan lenta y parsimoniosamente en dirección,

seguramente, de la Calle Mayor. Por otra parte, LUCIANO Flores y familia acaban de encontrarse con el

DOCTOR Santana y familia. Saludos.)

DOCTOR.- ¡Hola!

LUCIANO.- ¡Hola!

SEÑORA DE DOCTOR.- ¡Julia, ricura! ¿Cómo estás?

SEÑORA DE LUCIANO.- ¡Y tú, Concha, guapísima!

SEÑORA DE DOCTOR.- ¿Ya estás bien del todo?

SEÑORA DE LUCIANO.- Tengo mala cara, ¿verdad?

Original · página 58

(LUCIANO y el DOCTOR hablan de sus chicos. Grandes

pausas.)

DOCTOR.- Este es el mayor, ¿no?

LUCIANO.- Sí.

(Exhibición del niño. Pausa. Carantoña. Pausa. Turno del

DOCTOR.)

¿Esa es la pequeña?

DOCTOR.- Sí.

(Exhibición de la pequeña mostrada por la chacha.

Observación. Pausa. Carantoña.)

LUCIANO.- Tu-tu-tu-tu-tu-tu...

(Poco a poco la gente se está poniendo en movimiento y lentamente comienza la marcha hacia la Calle Mayor. Las

escaleras de la Catedral se vacían de una manera casi insensible. Todavía hay grupos de chicos y chicas. Porque

una de las cosas que se hacen más aparentes es esta separación de sexos automática. Las chicas

solteras forman pequeños grupos de amistad. Los chicos solteros

se agrupan también bajo diversas banderas. Y unos y

otros se observan.

Algo hay sin embargo constante en todos estos grupos y

en todas estas pequeñas escenas descritas: el saludo. El saludo constante a todo el mundo en derredor. Sonrisas, inclinaciones de cabeza, gestos de saludo con el rostro o la

mano. Uno cualquiera de ellos irá dirigido a JUAN. Tal vez sea de don EMILIO, su jefe, ese señor que está al lado

de su mujer, doña VICTORIA, nuestra vieja conocida de

la estación. ISABEL está con ellos y también saluda.

Original · página 59

JUAN está frente a la Catedral al lado de su amigo FEDERICO. Hay un gran árbol, muy viejo, con un asiento

circular de piedra y sentado en él, está FEDERICO, con

ese aire ensimismado de siempre.)

JUAN.- ¿Te aburres?

FEDERICO.- ¡Qué tontería! Me fijo.

JUAN.- ¿En qué?

FEDERICO.- En todo eso... El gran rigodón de saludos...

JUAN.- Sí, es tonto... Como si no se conociesen...

FEDERICO.- ¿Tú crees que se conocen? ¿Son los mismos de anoche, por ejemplo...?

JUAN.- ¡Bueno!

FEDERICO.- Y luego esa separación...

JUAN.- ¿Qué?

FEDERICO.- Los chicos y las chicas, ¿no ves?

JUAN.- ¿Y te extraña?... Es natural, ¿no? Siempre están separados... De parvulitos, en el colegio, a veces en la Iglesia y hasta en la piscina...

FEDERICO.- ¿No?

JUAN.- Sí, hombre... ¿Nos vamos?

(FEDERICO se levanta. Está reflexionando.)

FEDERICO.- Y luego también están separados...

JUAN.- Luego, ¿cuándo?

FEDERICO.- Después del matrimonio... Oficina, café, fútbol y barrio viejo, por un lado... La casa, por el otro...

JUAN.- No está mal, como reparto...

Original · página 60

FEDERICO.- Siguen siendo solteros... Solteros que duermen juntos...

(JUAN hace un gesto escandalizado y se lleva a su amigo.

Queda sólo la Catedral, los grupos aún remolones y distintos de chicos y chicas, que lentamente se ponen

en movimiento. Unas MUCHACHAS leen atentamente unos boletines afichados en la puerta de la Iglesia. Una de ellas

se vuelve a sus amigas y dice con gran desencanto.)

MUCHACHA 1.ª.- ¡Oooh! ¡No podemos verla!

MUCHACHA 2.ª.- ¿La película de Gregory Peck?

MUCHACHA 3.ª.- Sí, hija... ¡Es grana!

(El ciego sigue salmodiando su petición para una limosnita. Una muchacha sale ahora de la Catedral y se

reúne con las AMIGAS que la abuchean.)

AMIGA 1.ª.- ¡Anda, que no eres pesada!

(La muchacha se disculpa mientras se va despojando de

varias cosas. El velo, unas mangas postizas, el bolero de

su traje.)

AMIGA 2.ª.- ¡Hija, son nueve domingos! ¡Y hoy no me paso yo sin cerveza! ¡Ten!

(Y le da parte de su disfraz, para poder desembarazarse

del resto más fácilmente.)

AMIGA 3.ª.- ¡Venga, vámonos! No habrá ya una mesa libre en el Café Nuevo.

AMIGA 4.ª.- ¡Hala! ¡Hala! ¡Que quiero ver pasar a Juancho!

Original · página 61

(La muchacha ha recuperado ya su aspecto normal. Está

monísima. Propone.)

AMIGA 2.ª.- ¡Andando! ¡A la Calle Mayor!

Y todas se ponen en marcha. Se queda sola la Catedral,

con el ciego en la puerta. La campana suena una vez.

Original · página 62

10.- La Calle Mayor en domingo

(Es decir: con buen tiempo, las terrazas de los cafés, todas

las mesas llenas. Los hombres en la puerta del bar de

moda, o sea, el Bar Miami. La cola en el Cinema Moderno. Los pasteles. El ABC. Y sobre todo, el paseo, arriba y abajo, abajo y arriba. Después, nadie, nada. El

silencio de las tres de la tarde.)

FEDERICO y JUAN salen del Bar Miami, abriéndose paso

entre saludos y sonrisas. JUAN lleva aún en la boca el palillo de la última aceituna. Salen y se mezclan con la

riada ascendente, luego van a cruzar de acera y van a marchar a contrapelo de la riada descendente. Y todo esto

sin parar de saludad -JUAN, especialmente- y sonreír a

diestro y siniestro.

FEDERICO.- ¿Y ahora?

JUAN.- Vamos a acercarnos al Café Nuevo...

FEDERICO.- ¿Para qué?

JUAN.- Hombre, para ver...

FEDERICO.- Ya. Hoy tocaba «gin-fizz» en el Bar Miami... Tomaremos una cerveza en el Café Nuevo... Cada día son más pequeñas las cañas... Adiós... Luego pasaremos por el Café Central... Una ronda de blancos... ¿Vamos luego al cine? Adiós... Y después de comer, iremos a tomar café al Moderno y pasaremos por el Miami... Adiós... Y siempre saludando a gente que acabamos de saludar...

(JUAN se ríe y hace un gesto señalando la chaladura de FEDERICO. Han encontrado una mesa vacía, alguien se iba. Se han sentado. Están en silencio, como en casi todas

las mesas. El diálogo es intermitente. Miran. La gente

pasa, lentamente, arriba y abajo. Saludan.)

JUAN.- Adiós... Las sobrinas del Alcalde... Hola... El Ingeniero de Obras Públicas y su mujer... ¿Has hecho las quinielas? Yo hago diez todas las semanas... Adiós... Uno del banco... ¿Te aburres?... Hoy hay paella... En la pensión, digo... Quieres el ABC... ¡Hasta luego!... ¿Qué, pastelitos? Aquí hacen buenos pasteles... Los domingos todo el mundo compra pasteles... Y hojaldres de San Filiberto... Los hacen las monjas... Adiós... El jefe provincial de Falange... ¿Quieres más cerveza? Deja, ya pago yo... ¡Fíjate, está estupenda! Es la hija del Notario... Y con dinero... ¡Adiós! ¿No la saludas? Nos la presentaron ayer en la Estación... Isabel... Tiene razón Luis... Está muy vista ya. Esa se queda soltera... Ta-ta-ta-ta-ta-ta...

Aquí no vienen nunca compañías de revistas... ¡Adiós Luisito! Es una prima suya... Le quieren pescar... Es buen partido... Si quieres nos acercamos luego al Círculo... ¡Adiós!... Uno de esos tres curas vive en nuestra pensión... ¿Nos vamos?...

(Durante toda esta conversación FEDERICO ha ido respondiendo por gestos o por monosílabos, ha saludado

cuanto tenía que saludar y sobre todo ha visto el desfile

provinciano de la mañana del Domingo. Ahora se

levantan. La Calle Mayor está ya medio desierta.

Caminan por en medio de la calle.)

¿Te fijas? Hace un momento estaba todo lleno... Los domingos siempre pasa lo mismo... De pronto, pum, se vacía en un instante... ¡Adiós! Ese es un tipo raro... Es de aquí... Pero siempre anda solo... Ta-ta-ta-ta-ta... ¿Tú crees que ganará el Madrid?...

(Se han parado un instante para encender un cigarrillo. La calle está casi desierta. Hay un grupo de tres o cuatro

hombres en la terraza del Café Nuevo. Y el solitario que

camina por medio de la calle.)

¿Ves? Ya no hay nadie... El silencio, como dirías tú... No te creas, a veces, me acuerdo de algún verso...

(JUAN le ha echado a FEDERICO una mano por el hombro. Y así

echan a andar por una calle transversal.)

Original · página 64

¿De quién es esto?: «El domingo... el silencio... El silencio de las tres de la tarde...»

La Calle Mayor se ha quedado sola. Una radio, lejana y al

máximo de potencia, informa al mundo de las alineaciones de los equipos de primera división para los

partidos de la tarde. Cruza, husmeando, un perro. Dos golfillos recogen colillas en la terraza del café. El chico de

la pastelería lleva una gran tarta. Un matrimonio con

muchos niños camina presuroso y sofocado... Muñoz, Zárraga, Molowny, Pérez Payá, Di Stefano... Un poco de

viento arrastra unas hojas del ABC... No hay nadie en la Calle Mayor... Lejana y alta, la campana de la Catedral

suena una vez.

Original · página 65

11.- La Gran Pensión Castilla

El comedor de la Gran Pensión Castilla. Los huéspedes han terminado de comer hace un momento y toman café.

Ya lo han tomado todos, para ser más exactos, excepto

DON GENARO, ese sacerdote que JUAN saludó en la Calle Mayor. El resto de los huéspedes son, precisamente,

JUAN, FEDERICO y un PERITO AGRÍCOLA de la Jefatura Agronómica. También está DOÑA OBDULIA, una señora gruesa de cierta edad, pero esa es la patrona.

DON GENARO remueve su café, el PERITO se hurga los dientes concienzudamente con un palillo, JUAN acaba de

encender su pitillo, FEDERICO escucha y juguetea con una cucharilla, DOÑA OBDULIA dobla cuidadosamente

su servilleta. Y sobre la radio, siempre hablando de

fútbol, resuena la voz de DON GENARO.

DON GENARO.- ... y siendo higiene, debe practicarse en la intimidad. Esto es en síntesis lo que señalaba la Pastoral del verano pasado.

FEDERICO.- O sea, que lo que propugna el Obispo es cerrar las piscinas...

DON GENARO.- ¡No eso, sino velar por la moralidad pública!

FEDERICO.- ¡Y claro, todo el mundo con sotana! ¡Estamos frescos!

DOÑA OBDULIA.- ¡Jesús, María y José! ¡Vaya amigo herejote que nos ha traído usted, don Juan!

(Y JUAN se encogió de hombros; bien es verdad que no

podía hacer otra cosa. Estaba un poco violento por la

actitud de FEDERICO.)

JUAN.- ¿Qué quiere usted? ¡Vienen endemoniados de la ciudad!

Original · página 66

(La CRIADA salvó la situación, se asomó a la puerta y

anunció.)

CRIADA.- ¡Don Federico! Un telegrama. Tiene que firmar...

DOÑA OBDULIA.- Desde luego yo no me imagino con uno de esos bikinis...

(FEDERICO hizo un mutis brillante. Dijo desde la

puerta.)

FEDERICO.- Ni nadie.

(Y desapareció. Su frase produjo la consternación de

DOÑA OBDULIA y la risa del PERITO que a poco se

traga el palillo.)

DOÑA OBDULIA.- No le veo la gracia...

PERITO.- ¡Pues yo sí, doña Obdulia, yo sí!

DON GENARO.- Usted, mi querido perito, es siempre del último que llega...

PERITO.- ¿Y qué? Me paso la semana por esos pueblos que Dios confunda, ¿no? Es natural que escuche con gusto a un hombre cultivado. Y simpático.

DON GENARO.- Lecturas prohibidas, amigo mío, lecturas prohibidas. Estoy seguro.

(JUAN aprovechó un momento para escabullirse. Su salida provocó una tregua brevísima, porque enseguida

resonó la voz de DON GENARO.)

JUAN.- Con permiso... Buen provecho.

DON GENARO.- Y además, el sarcasmo. ¿Qué me dice usted del sarcasmo? No hay que olvidar que doña Obdulia, además de nuestra patrona es una mujer...

(JUAN salió al pasillo y la voz del sacerdote se perdió. No había rastro de FEDERICO. JUAN llegó ante una puerta y llamó con los nudillos. No contestó nadie. Entonces, entró.

Puso cara de asombro.)

JUAN.- ¿Qué haces?

(FEDERICO había puesto su maleta encima de la cama y la estaba haciendo. Iba o venía de la cómoda o el armario

y arrojaba con furia sus cosas dentro de la maleta.

FEDERICO estaba muy irritado.)

FEDERICO.- Ya lo ves. Me voy.

JUAN.- ¿A Madrid?

FEDERICO.- Sí.

(JUAN entonces, entró. Se sentó a los pies de la cama.

Intentó remediar la situación.)

JUAN.- ¡Hombre! No es para ponerse así. Total doña Obdulia...

FEDERICO.- ¡Pero no seas idiota! No es por la patrona... Toma, lee el telegrama, ¡lee!

(Y sacándose del bolsillo un telegrama arrugado se lo metió a

JUAN por las narices. JUAN lo leyó atentamente,

pero no debió entender gran cosa. Se lo devolvió

diciendo.)

Original · página 68

JUAN.- ¿Y qué?

(JUAN se tumbó en la cama boca arriba. FEDERICO le

arrebató, furioso, el telegrama.)

FEDERICO.- ¿Y qué? ¿Pero no entiendes? Se han cargado casi todo el número de la revista.

JUAN.- ¿Cargado?

FEDERICO.- Sí, cargado, tachado, censurado, prohibido... Lo que quieras. Hay que hacer otro y la

revista sale el jueves... Si te parece poco...

(FEDERICO ha hecho una pelota con el telegrama y lo han lanzado con furia por la ventana abierta. Eso le ha calmado un poco. Se ha acercado a la ventana y dando un

profundo suspiro se ha vuelto de espaldas al exterior apoyándose en el minúsculo balconcillo. JUAN estaba

preguntando.)

JUAN.- ¿Y por qué?

FEDERICO.- ¿Por qué? ¿Qué quieres que te diga? Había un buen trabajo sobre Picasso, una cosa sobre el cine neorrealista italiano, la crítica de ese libro Las llaves de San Pedro... ¿Qué más da? En el fondo,

es siempre lo mismo. Don Genaro y las piscinas...

(FEDERICO se volvió y se quedó mirando la ciudad.

JUAN fumaba indolentemente en la cama.)

JUAN.- ¿Y qué vas a hacer?

FEDERICO.- Arreglar lo que pueda... Discutir... Aunque no merece la pena...

JUAN.- ¿Discutir?

(FEDERICO se volvió y le sonrió.)

Original · página 69

FEDERICO.- Quiero decir, discutir por esas cosas... ¿Sabes? Venir aquí me ha hecho bien...

JUAN.- ¿Piensas volver?

FEDERICO.- En cuanto pueda... Dentro de una semana o diez días... Es tonto vivir en Madrid...

JUAN.- Bueno, ¡no hay que exagerar!

FEDERICO.- En el Madrid que nosotros vivimos... Además es falso... Las luces de neón, la Gran Vía, los cines y Villa Rosa. La verdad está aquí...

(Se volvió de nuevo hacia afuera, hacia la ciudad dorada

por el sol tibio del otoño.)

Esta ciudad y tantas como ella... La Calle Mayor... las gentes... Y aún más allá, ahí, en el campo... En Madrid o en Barcelona o en una capital grande, vive uno engañado, de mentira... Mi país está aquí... Lo

reconozco... Uno pretende ignorarlo, creer que es de otra manera, imaginar lo mejor, o más suave... ¡Mentira! ¡Ahí está!

JUAN.- ¡Enhorabuena! Siempre te has distinguido por llevar la contraria a todo... Ahora, cuando la gente huye del campo y de estos pueblos, te vienes para acá... Deja tranquilo aquí a tu país... Déjalo... No vas a arreglar nada... No tiene arreglo. ¿Qué puedes hacer?

FEDERICO.- ¿Qué crees que puedo hacer?... No mucho, de verdad... Lo suficiente, para mí... Ver, oír y contar.

FEDERICO se ha retirado un poco de la ventana. La ciudad sigue allá abajo. La alameda, el río, la estación, la

Catedral. Jubilosamente un pequeño tren silba al entrar

en el puente metálico.

Original · página 70

12.- La estación

La gran locomotora silbó estrepitosamente y se puso en

marcha. La gente utilizó el lenguaje de pañuelos para decirse las últimas cosas. JUAN agitó la mano. FEDERICO

desde la ventanilla le gritó.

FEDERICO.- ¡Volveré!

(JUAN estuvo diciendo adiós con la mano hasta que el

tren desapareció en la curva, después del puente de señales.

Entonces JUAN como todos bajó el brazo y hubo como un instante de desilusión general. En el fondo todo el mundo hubiera querido irse. JUAN se volvió y se dio de

manos a boca con ISABEL. ISABEL estaba distraída,

como si intentase descubrir el tren a través de los obstáculos. JUAN no tuvo más remedio que saludarla.)

JUAN.- ¡Buenas tardes!

(ISABEL se sorprendió un poco.)

ISABEL.- ¡Ah! Buenas tardes... Siempre nos encontramos en la estación.

JUAN.- He venido a despedir a mi amigo.

ISABEL.- ¿El escritor? Muy simpático. Yo no he venido a despedir a nadie.

JUAN.- ¿Alguna carta?

ISABEL.- No... Vengo muchas veces así, por nada... Me gusta ver los trenes...

(Hubo un momento de silencio. Se estaban quedando

solos. JUAN no sabía cómo zafarse de ella.)

JUAN.- Entonces, si se queda...

(Y se aprestó a despedirse. Pero ISABEL negó.)

ISABEL.- No. Me voy... No quiero llegar tarde a casa...

JUAN.- Iremos juntos, si no le importa...

ISABEL.- No se moleste... A usted seguramente le estarán esperando...

JUAN.- No... Y aunque así fuese... ¿Vamos?

ISABEL.- Encantada...

(Y echaron a andar. Se decidieron a cruzar las vías. JUAN

le dio una mano.)

JUAN.- Tenga cuidado...

ISABEL.- Gracias.

Después, ya en el andén principal, se alejaron hacia la

salida. La estación estaba como siempre. Hombres y

mujeres paseando, y soldados esperando horas interminables, sentados en sus maletas. El subjefe de

estación salió y empezó a tocar la campana.

Original · página 72

13.- El Puente Nuevo

Las campanas de la Catedral sonaron altas, graves y

lejanas. Se encendieron las primeras luces. Los seminaristas volvieron como siempre de tres en tres y el

crepúsculo se apagó, lejos, río arriba. ISABEL y JUAN iban caminando lentamente, cruzando el Puente Nuevo.

ISABEL rascaba los barrotes de la barandilla con un

palito. JUAN estaba diciendo:

JUAN.- Pues yo no la he visto...

ISABEL.- ¡Es preciosa! Claro que yo soy muy sentimental... A mí todas esas películas de amor me encantan... Sobre todo si son americanas...

JUAN.- ¿Por qué? ¿Los galanes son más guapos?

ISABEL.- No es por eso... Aunque también... Es por las casas que sacan... Y las cocinas... ¿Se ha fijado qué cocinas? Blancas y limpias y... ¡Estupendas! ¿Por qué se ríe?

JUAN.- Me estaba acordando de mi amigo, de Federico. Estaría discutiendo ya con usted.

Diciéndola que todo eso de las películas americanas es falso, es mentira...

ISABEL.- A lo mejor... Pero es bonito... Aunque sea mentira...

JUAN.- Ya entiendo... Por eso le gustan los piropos.



(JUAN se da cuenta de que acaba de decir una

inconveniencia. Intenta remediarlo.)

Bueno, con usted no quiero decir que sean mentira... He querido decir...

ISABEL.- Déjelo, no lo arregle. Es peor.

JUAN.- Y ahora, ¿de qué se ríe usted?

ISABEL.- ¡De usted! Hasta se ha puesto colorado.

Original · página 73

JUAN.- ¿Yo?... Es posible.

(Y después de reconocerlo ríe también un poquito. Luego

la risa se acaba y caminan los dos en silencio.)

No hace frío, ¿verdad?

ISABEL.- Huh-huh.

JUAN.- Es curioso que no nos hayamos hablado hasta hoy.

ISABEL.- Sí... ¿Conoce a las de Solís?

JUAN.- Esos loros... Perdóneme... Soy muy burro.

ISABEL.- Son amigas mías... Ya me quedan muy pocas amigas solteras... Me estoy haciendo vieja...

JUAN.- No diga cosas raras... ¿Qué hace su novio?

ISABEL.- ¿Para qué me pregunta eso? Todo el mundo sabe que no tengo novio... Me quedaré soltera...

JUAN.- No mujer...

ISABEL.- Sí, hombre... Seguro... No es malo... Los niños, lo único...

JUAN.- ¿Le gustan?

ISABEL.- Muchísimo.

Y así hablando, cada vez con mayores pausas, se alejan de

nosotros, del Puente Nuevo y de la noche que empieza a

extenderse hacia la ciudad. Caminan despacio, prudentemente separados, mirándose fugazmente. Algunas parejas de novios los miran al pasar. Se alejan

hacia la ciudad iluminada débilmente. La mole de la

Catedral recortada en el cielo oscuro.

14.- La Calle Mayor

La Calle Mayor en plena ebullición. La aglomeración hace ahora ir más próximos a JUAN e ISABEL. Pero, al mismo tiempo, como no van cogidos del brazo, la gente los

separa. Por eso el diálogo es muy incómodo. Por eso hablan poco. Además tienen que saludar, cada uno de

ellos, a todo el mundo, a derecha e izquierda. Lo verdaderamente importante de este momento, son las miradas y los comentarios. Miradas y comentarios de

todo el mundo que conoce a uno y a otro en la Calle Mayor. Las miradas las vemos, los comentarios

se los puede uno imaginar. Sobre todo son las mujeres las que

miran; las mujeres que pasean de tres en tres, o las señoras que toman un café con leche en el Café Nuevo o

las casadas que arrastran a su marido y a sus hijos, cansados ya de esta jornada dominical. La más cotilla de

todas se pondrá en pie para fisgar.

Ellos dos, ISABEL y JUAN, se dan cuenta de ese pasmo que su presencia conjunta levanta. Ahí es nada, ISABEL

con un hombre, de paseo por la Calle Mayor.

ISABEL.- ¿Y le gusta?

JUAN.- ¿Qué?

ISABEL.- ¡Hola!... Que si le gusta vivir en pensión...

JUAN.- ¿Y qué puedo...? Adiós... ¿Y qué puedo hacer?

ISABEL.- ¿Cómo se...? Adiós... ¿Cómo se llama?



JUAN.- ¡Hola!... Gran Pensión... ¡Hola! Gran Pensión Castilla...

ISABEL.- ¡Ah, sí! La de doña Obdulia... Adiós...

JUAN.- ¿La conoce?... Adiós.

ISABEL.- ¡Mi madre!... Adiós... Como también es viuda de un militar... Adiós...

JUAN.- Al llegar... Hola... Estuve al llegar unos días en el Gran Hotel... Adiós...

Original · página 75

ISABEL.- Debe ser... Adiós... Debe ser muy caro...

JUAN.- Eso... Y además no es... Adiós... No es lo mismo...

ISABEL.- Claro... Adiós... No es lo mismo...

JUAN.- Adiós... Isabel... ¡Eh! Quiere que... Adiós...

ISABEL.- ¿Cómo decía?... Hola...

JUAN.- Que si quiere tomar algo... Adiós...

ISABEL.- ¡Huy, no! Muchas gracias... Adiós... Déjelo... Es tardísimo...

JUAN.- Hola... Como quiera, pero no es tarde...

ISABEL.- Es que está mamá sola en casa... Adiós...

JUAN.- ¡Hola! ¡Hola!... Si es sólo un momento...

ISABEL.- Adiós... Es usted muy amable...

JUAN.- Bueno, usted manda... ¡Hola!

(Y así, distraídos en este duelo dialéctico de cortesías, saludando a diestro y siniestro, separados por la

gente que colma la Calle Mayor, y también reunidos por esa gente, ISABEL y JUAN continúan su camino. JUAN no se ha dado cuenta siquiera de que están pasando por debajo

de las ventanas del Círculo Recreativo, Artístico y Cultural. En caso contrario, se hubiese comportado de otro modo y hasta es posible que hubiese disimulado su

proximidad a ISABEL. Pero JUAN intenta cumplir honestamente sus deberes de caballero de escolta y se aleja con ISABEL, cerca o separado de ella, Calle Mayor

arriba.)

15.- El Círculo Recreativo

Pero ellos le han visto. Ellos son, naturalmente, LUIS y los

otros, los alegres amigos del Círculo. Allí están todos apretujados, aplastando la nariz contra el cristal de la ventana, torciendo hasta lo indecible el cuello para ver el

insólito fenómeno. JUAN paseando la Calle Mayor con ISABEL, la soltera por excelencia. Al principio estaba solo

allí, en la ventana, el DOCTOR. Pero luego, en cuanto vislumbró el acontecimiento, llamó a los otros. Uno a uno

han venido, LUIS, el CALVO y LUCIANO. Y ahí están mirando y remirando, «si era cierto aquello que pasaba,

que visto por los ojos aún dudaba». LUIS debe comentar

algo, porque los demás se echan a reír como locos. Desternillándose de risa, LUCIANO se separa de la

ventana.

LUCIANO, ríe que te ríe, se acerca a la mesa de billar y se

vuelca materialmente sobre ella. Ahora son LUIS y el CALVO los que se acercan a la mesa de billar. Vienen

cogidos delicadamente de la mano e imitan a una cursilísima pareja de enamorados. El CALVO habla con

voz afeminada. Detrás de ellos, el DOCTOR se retuerce de

risa.

CALVO.- ¡Por Dios, caballero! ¡Mi mamá me estará esperando!

LUIS.- ¡Un sorbete! ¡Permítame que la ofrezca un sorbete de fresa!



CALVO.- ¡Malo! ¡Es usted malo! ¡Cómo sabe hablar a las mujeres!

LUIS.- ¡Y a su madre también le hablo yo!

CALVO.- ¡Oh, Juan mío!

LUIS.- ¡Isabel! ¡Mi amor!

Original · página 77

(Y con estas últimas palabras el CALVO y LUIS caen el

uno en brazos de otro. Todos ríen. LUIS, que es mucho más burro que los demás, coge al CALVO en brazos, y a

pesar de los pataleos de éste se lo lleva en volandas y lo deposita encima de la mesa de billar. El CALVO continúa

la escena.)

CALVO.- ¡Oh amado mío! ¡Qué dulce estar junto a ti en esta verde pradera! ¡Ven! ¡Soy doncella!

(Pero LUIS no puede resistir la risa y la broma termina ahí. En medio de los retorcimientos generales de la risa, el

CALVO se incorpora y queda sentado en la mesa. Poco a poco la risa se calma y viene el silencio. Pero en cuanto se

miran unos a otros de nuevo, otra vez explotan las carcajadas. Pero ya con menos fuerza. Al fin llega el

silencio definitivo.)

¡Desde luego hace falta estómago! ¡Qué barbaridad!

DOCTOR.- ¡Hombre, a lo mejor se la ha encontrado por casualidad!

LUIS.- ¿Y eso qué tiene que ver? Se escapa uno y en paz. Pues sí que es una broma esa Isabel...

LUCIANO.- ¡Pobrecilla! A mí me da lástima.

CALVO.- ¡Tú eres idiota! Ya estamos hartos de Isabel.

DOCTOR.- ¡No sé que te habrá hecho la chica!

LUIS.- ¡Existir!

CALVO.- ¡Eso! ¡Y pasearse todo el día por la Calle Mayor!

LUCIANO.- ¡Como todas las mujeres de aquí!

(El CALVO se acalora mucho discutiendo. Se baja de la

mesa y se va para LUCIANO.)

Original · página 78

CALVO.- ¡Cuando son jóvenes! ¡Pasean y luego se casan y ya está!

DOCTOR.- Y si no se casan, ¿qué?

LUIS.- ¡Pues si no, se meten en su casita y no dan la lata!

LUCIANO.- ¡Eso es verdad! ¡En el último baile del Círculo se nos pegó a mi mujer y a mí! ¡No queráis saber qué nochecita!

DOCTOR.- ¡Claro! ¿Quién va a bailar ya con ella?

LUIS.- ¿Y quién va a pasear? ¡Todas las chicas de su quinta ya están casadas o se han hecho monjas o se están en la cocina!

CALVO.- ¡Y ésta en cambio, erre que erre! ¡Paseando con su prima la casada o con su madre o con su tía!

LUIS.- ¡Y te mira con unos ojos...!

(Y LUIS dio un largo silbido que calificaba el peligro de

esa mirada supuesta de ISABEL. LUIS agarró su taco y

comenzó a entizarlo.)

Bueno, empezamos otra vez, ¿no?

(Y LUIS comenzó a jugar. El CALVO observó

atentamente la trayectoria de las bolas.)

LUCIANO.- ¡Apuesto a que esa Isabel dice que sí al primero que se lo proponga!

DOCTOR.- ¿Que le proponga qué?

LUIS.- ¡Casarse!

CALVO.- ¡A mí!

(Y todos se echaron a reír. El CALVO los miró un momento estupefacto y luego comprendió y a su vez, se

echó a reír.)

Original · página 79

¡No, hombre! ¡Quería decir que me tocaba jugar a mí!

(Y se dispuso a jugar. Era una tirada difícil y tardó algo

en encontrar su postura sobre la mesa.)

LUIS.- ¡Menos mal!... ¡Vaya broma!

(Hubo un momento mágico de silencio. Fugazmente todos

se miraron unos a otros. Sobre todo el CALVO, desde su

difícil postura, los miró uno por uno con una sonrisa

especial. Se detuvo en LUIS. Se le aclaró aún más la

sonrisa. El CALVO dijo gravemente.)

CALVO.- ¡Menuda idea me acabáis de dar!

Y diciendo esto tiró. En el silencio resonaron claramente

las bolas al chocar. El CALVO hizo una carambola

perfecta.

Original · página 80

16.- El Bar Miami y la Calle Mayor. De noche

El Bar Miami.

(Son las últimas horas de la noche. El chico del Bar está

muerto de sueño. Además de nuestros amigos, hay otro

grupo de tres o cuatro hombres que tienen organizada

una pequeña discusión particular. También están borrachos. Quiero decir, que LUIS y sus amigos han

ingerido ya unas cuantas copas de coñac. Están sudorosos, los ojos brillantes y se irritan y se calman sin

una lógica precisa.)

JUAN levantó la cabeza y preguntó extrañado a todos.

JUAN.- ¿Yo? ¿Y por qué yo precisamente?

(El CALVO le echó una mano por los hombros y le dijo

confidencialmente. Le costaba trabajo hablar con

claridad.)

CALVO.- Por solida... sooliidal... so-li-da-ri-dad... eso... con todos nosotros. Tú eres amigo mío, ¿eh?

LUIS.- ¡Contesta, anda, contesta! Tú no eres amigo de nadie... ¡De Madrid tenías que ser!

(JUAN se picó y se fue hacia él, pero LUCIANO le agarró

por la chaqueta.)

JUAN.- ¡Desgraciado! Pues no dice que... Te daba así...

LUCIANO.- ¡Venga, estate quieto!

JUAN.- ¡Pues claro que soy amigo! ¡Y más que él!

LUIS.- ¡Eso habrá que verlo! ¿Quién te ha recomendado a ti para lo del banco, eh?

Original · página 81

DOCTOR.- ¡Cállate ya, majadero! ¿Y tú qué? ¿Haces eso o no?

(El CALVO se puso a gritar ahora con el dueño del bar.)

CALVO.- ¡Está bien, está bien! ¡Ya nos vamos! ¡Ya nos vamos! ¿Cuánto es?

(Pero JUAN lo oyó y se le picó el amor propio. Se levantó

de un salto y se fue hacia donde estaba el CALVO.)

JUAN.- ¡No le cobre, Mariano! ¡Pago yo!

CALVO.- ¡Quita, hombre!

JUAN.- ¡He dicho que pago yo! Que no le cobre, ¿eh, Mariano?

(Y JUAN le pegó un metido al CALVO que casi lo tira si

no llega a estar allí LUCIANO. JUAN le dio un billete a MARIANO, a quien toda aquella pelea le importaba un

verdadero rábano.)

¡Toma! ¡Y te lo guardas! Y si hace falta más... ¡pues más te doy!

MARIANO.- No, está bien, don Juan... Sobra.

JUAN.- ¡Pues te lo guardas!

(Y JUAN se vino dando traspiés hacia el grupo de sus

amigos que lo estaban esperando.)

¿Qué pasa? ¡Yo soy muy hombre para hacer eso y mucho más! ¿Pero por qué tengo que ser yo?

DOCTOR.- ¡Pues porque sí!

Original · página 82

LUCIANO.- ¡Pero no seas bestia! ¿No ves que el Calvo, éste y yo, estamos casados?

LUIS.- ¡Y yo soy de aquí y me conocen hasta las piedras!

(El CALVO se volvió a enfurruñar con MARIANO.)

CALVO.- ¡Que sí! ¡Que ya salimos!

(Y lentamente fueron saliendo del bar. Hicieron grupo en

medio de la calle. Los otros ocupantes del bar habían salido antes y también formaban grupo unos metros más

arriba. JUAN volvió a la carga.)

JUAN.- ¿Y qué tiene que ver que seas de aquí?

(LUIS le metió las manos en la cara.)

LUIS.- ¡Pues que todo el mundo sabe cómo soy y que no se lo iba a creer, idiota!

(El CALVO apartó a LUIS y se encaró con JUAN.)

CALVO.- Y cuando le gastamos la broma al fuerte, ¿qué? ¿Qué? Todos hicimos lo que tú dijiste, ¿no?

DOCTOR.- ¡Este lo que es es un rajao!

JUAN.- ¿Y tu padre qué?

Original · página 83

(Otra vez LUCIANO y el CALVO separan a JUAN que se

iba a echar sobre el DOCTOR. El grupo echa a andar unos pasos. Van delante LUIS, el CALVO, el DOCTOR y

LUCIANO. Detrás, un poco separado, como castigado, JUAN. El otro grupo de clientes ya se ha perdido calle

abajo.)

¡A mí me sobran riñones para eso y para lo que queráis!

(Se paran. LUIS se vuelve.)

LUIS.- Entonces, ¿para qué las pías tanto?

JUAN.- ¡Demonio, me quería informar!

(Ahora todos se agrupan alrededor de él, esperanzados.)

LUCIANO.- Bueno, ¿y qué, lo haces?

(JUAN los mira enfurruñado uno a uno. Luego sonríe y

dice.)

JUAN.- ¡Pues claro!

(Entonces el júbilo cunde. Le abrazan, le aporrean la

espalda, le estrechan la mano, le revuelven el pelo, le

elogian.)

DOCTOR.- ¡Olé tu madre, macho!

CALVO.- ¡Date la palma titi!

LUCIANO.- ¡Huuuy!

LUIS.- ¡Viva Madrid, salado!

Original · página 84

(Después echan a andar en grupo, más amigos que nunca.

Hablan todos a la vez, atropelladamente.)

CALVO.- ¡Anda que no nos vamos a reír!

(Y como anticipo se ríen todos mucho.)

LUIS.- Bueno, ¿y ya sabes lo que tienes que hacer?

JUAN.- ¡Claro! Y además, se puede improvisar, ¿no?

LUCIANO.- ¡Toma, mucho mejor! ¡Pero que no se te vea el plumero!

DOCTOR.- ¡Eso! ¡No lo vayas a chafar!

LUIS.- ¡Venga! ¡Dejarle al chico! ¡Que ya es mayorcito y sabe lo que tiene que hacer!

(El CALVO se acerca a JUAN. Comienza a hablarle en voz alta y luego se hace confidencial y le susurra al oído.)

CALVO.- ¡Oye Juanito! A ver si con este truco...

(JUAN y LUIS, que también lo ha oído, se echan a reír como locos. LUCIANO y el DOCTOR sienten curiosidad.)

LUCIANO.- ¿Qué, qué?...

DOCTOR.- ¿Qué le has dicho, sinvergüenza?

Original · página 85

(El CALVO se acerca a ellos para informarles y a poco esos tres se ríen a carcajadas. Ahora se han separado un

poco más. En vanguardia van el CALVO, LUCIANO y el

DOCTOR. Detrás, unos metros, abrazados por los hombros, LUIS y JUAN. Cuando las risas del grupo en

cabeza se debilitan, LUIS comienza a cantar.)

LUIS.- Ay qué tío, ay qué tío...

Qué bromazo le ha metío...

(Los otros se ríen y a su vez repiten esa delicada música

del inolvidable maestro Guerrero hasta la saciedad.)

TODOS.- Ay qué tío, ay qué tío...

Qué bromazo le ha metío...

Ay qué tío, ay qué tío...

Qué bromazo le ha metío...

(Se alejan en el silencio de la noche por la Calle Mayor desierta, arrastrando sus largas sombras. Cuando llegan

a una encrucijada, la habitual, JUAN se separa de ellos.

Le gritan desde lejos diversos piropos espontáneos

elogiando su calidad de macho.)

CALVO.- ¡Buen trabajo mañana, machote!

LUIS.- ¡Pistonudo que eres tú, mi alma!

LUCIANO.- ¡¡¡Huuuuy!!!

DOCTOR.- ¡Tú despacito, que no se asuste la coneja, fenómeno!

(Y así, gritando y caminando, se van separando unos de otros y de JUAN, sobre todo. Cuando ya están muy lejos

LUIS le grita su última recomendación.)

Original · página 86

LUIS.- ¡Besitos a Isabel!

Grandes risas que se van perdiendo. JUAN agita la mano por

última vez y sonríe con todos sus dientes. Luego, echa

a andar por esa calleja solitaria, camino de la Gran Pensión Castilla. Sigue aún con la sonrisa en los labios, pero poco a poco se va serenando y al enfriarse, la sonrisa

desaparece. Ahora JUAN está serio. Tiene los ojos muy abiertos y parece reflexionar. La campana de la Catedral suena una vez y su grave sonido le envuelve por completo.

JUAN está ahora anormalmente serio, el ceño fruncido.

Camina deprisa y fuerte. Resuenan sus pasos en el silencio. Envuelto en el eco, aún vivo, de la gran campana,

JUAN desaparece entre las sombras de la pequeña calle.

El ruido de sus pasos se pierde. Después sólo queda el

silencio y la oscuridad.

Original · página 87

17.- La casa de Isabel

ISABEL se está mirando en el espejo. Observa fijamente

su rostro como si se estuviese haciendo una pregunta



definitiva. Después de un momento, se sacude de su ensimismamiento y se dedica a mirarse, a estudiarse concienzudamente en el espejo. (En casa de ISABEL hay

muchos espejos, muchos, para ver a hurtadillas pasar el

tiempo.) ISABEL nunca sale contenta de estas observaciones. A cada minuto se convence de que no es bonita y de que no es joven. Por eso ahora se va a apartar

repentinamente del espejo. Se oyen lejanas y altas, las campanas de la Catedral. ISABEL se precipita sobre el balcón y lo abre de par en par. Entra la luz un poco fría

de la primera mañana. ISABEL se asoma al balcón. La

Calle Mayor está desierta. ISABEL se entretiene en observar ese mundo que ve todos los días. Se asegura que

todo está, como era de esperar, en su sitio. Chillan los vencejos. Los municipales limpian la Calle Mayor; llega hasta aquí el rastrilleo de sus escobas. El primer tren de la mañana pita a lo lejos. Sí, todo está en orden. ISABEL

se retira del balcón y se sorprende de nuevo estudiando los frunces de su blusa en el espejo. No, no le satisfacen.

Claro, que tampoco le gusta la blusa. En realidad esta

mañana, muchas mañanas, no le gusta nada de su persona. ISABEL puede estar de acuerdo con el

mundo que la rodea, pero no con ella misma. ISABEL se encoge de hombros y suspirando resignada sale de la habitación.

Antes ha recogido su velo y su grueso devocionario de

encima de la cómoda donde hay una lamparilla ya mortecina, brillando a los pies de una Virgen visitadora.

Estaba a punto de salir pero ha vuelto sobre sus pasos.

ISABEL deja sobre el aceite de la taza una nueva

lamparilla que brilla alegremente. Ahora, sale.

Original · página 88

(La casa de ISABEL es una vieja casa. Y no sólo el edificio, sino el mobiliario. Nada ha sido repuesto o añadido desde hace innumerables años. Lo único de líneas

más recientes es el aparato de radio, un buen aparato de

radio, que llega hasta ser anacrónico en esa decoración. Tendrá que haber, cómo no, un retrato al óleo del difunto

coronel y reproducciones, coloreadas o no, de todos los

parientes de ISABEL: los primos, los tíos, los abuelos, gentes lejanas de la familia que uno reconoce difícilmente.

Y también, necesariamente, fotografías de ISABEL -es

hija única- en todas las edades. El uso, y el amoroso cuidado con que están conservadas, ha conseguido dar a las maderas de esos viejos muebles que llenan la casa, ese

tono caliente y dorado, tan íntimo, tan acogedor, tan

entrañable.)

ISABEL recorre el pasillo. Es un pasillo que bordea un patio interior sobre el cual abre sus ventanales. ISABEL



los abre uno por uno y destapa las jaulas de los pájaros.

Hay seis o siete jaulas, de todos los tamaños y formas, aprisionando jilgueros o canarios. ISABEL coloca cada jaula en su clavo correspondiente, fuera de la ventana y

supervisa la limpieza, la provisión de alimentos en cada una de ellas. Una vez cumplida esta misión, ISABEL entra

en la cocina. Inspecciona algo en la despensa, mira en la carbonera, destapa y vigila entre las cacerolas puestas a

la lumbre. Una voz a sus espaldas la hace volverse.

CHACHA.- ¿No desayunas?

(ISABEL se ha vuelto. En el umbral de la cocina está la

CHACHA, una fuerte y ya mayor mujer de pueblo. La CHACHA es directa, dura, justa y al mismo tiempo tierna

y sensible. Tiene unos ojitos brillantes y despiertos que

calan siempre muy hondo.)

ISABEL.- Buenos días, Chacha.

CHACHA.- Que si no desayunas...

ISABEL.- ¡Pero Chacha, hoy es lunes!

CHACHA.- ¿Y qué?

ISABEL.- Lo sabes perfectamente. No me hagas hablar.

CHACHA.- Ya. Durante dos meses, todos los lunes hay que comulgar, porque para eso son los lunes de San Hilarión...

ISABEL.- San Hilario.

(Mientras hablan, las dos van y vienen por la cocina cada una haciendo su faena. La CHACHA remueve cacerolas y

pone en agua cualquier cosa. ISABEL ha sacado de la mesa de la

cocina un bloc y un lápiz, atado al bloc con una

cuerdecita, y revisa botes y botellas y recipientes y hace

una lista de provisiones.)

CHACHA.- Tienes razón. San Hilarión son los jueves y San Pancracio los viernes y Santa Eufemia los sábados por la mañana y Santa Eduvigis los sábados por la tarde y tu madre todos los días...

ISABEL.- ¿Qué tiene que ver mamá?



CHACHA.- Todo. Tiene la culpa de todo. Ella muy tranquila, no se sofoca por nada. Mi niña por aquí, mi niña por allá... Pero te está haciendo polvo...

ISABEL.- ¡Chacha! ¡No digas más tonterías!

(Hay un momento de pausa, durante el cual trabajan y no

se hablan. La CHACHA aprovecha para meter mucho ruido con los

cacharros. ISABEL, después de un tiempo,

se para, mira a la CHACHA y pregunta.)

¡Chacha! ¡Chacha!

(Pero la CHACHA no hace caso. O hace que no lo hace.)

¡Chacha! ¿Por qué me hace polvo, eh?

Original · página 90

(La CHACHA se revuelve contra ella con una gran

sonrisa y la toma por la cintura.)

CHACHA.- ¿No lo sabes? ¡Mírate el color que tienes!

ISABEL.- Tengo mala cara, ¿verdad?

CHACHA.- ¡Horrible! ¡Cara de monja, cara de sacristana! Pero si no te da el sol ni el aire...

ISABEL.- ¡Chacha, no exageres!

CHACHA.- ¡Si no exagero! A ver, ¿qué vas a hacer hoy?

ISABEL.- Pues tengo que ir a la Catedral, comulgar y me toca guardia de honor... Bueno, ya sabes...

CHACHA.- Sí, estarte toda la mañana detrás de una mesa, con dos velas, cinco estampitas y tres vejestorios, pidiendo dinero a la gente...

(La CHACHA deja a ISABEL y se pasea enfurecida por la

cocina, haciendo retemblar las cacerolas.)

¡Y eso por la mañana! Por la tarde te irás a llevar leche condensada y a meterles el Catecismo, que también es gracioso, a los pobres del otro lado del río... Y si no, con las Hijas de no sé qué... O con los tullidos de no sé cuántos... Y si no, al cine... ¡Y siempre a oscuras!

ISABEL.- ¿Y qué culpa tiene mamá?

CHACHA.- Pues que te pincha y si se tercia te acompaña... Eso está bien para ella, que ya lo ha hecho todo, que es viuda, gorda y andaluza... Pero tú...

(La CHACHA se acercó a ISABEL y la cogió la cara con

una de sus grandes manos.)

... Pero tú... ¿Sabes los años que tienes?

ISABEL.- Sí.

CHACHA.- Dilos... Anda, no te dé miedo, ¡dilos!

ISABEL- Treinta y cinco.

CHACHA.- Y de hombres, na... Mosita, como dice tu madre... Pues espabílate, que si no te vas a poner como la mojama... Eso que haces, son pamplinas... Para nosotras, lo bueno es despertarse y tener un hombre dormido al lado...

(Algún puchero empieza a hervir y la CHACHA corre presurosa al lado del fogón para retirarlo. ISABEL se ha

quedado cabizbaja, las manos apoyadas en la mesa. Se limpia

furtivamente una lágrima. La CHACHA pilla ese

gesto y va hacia ella diciendo.)

No me llores, ¿eh? ¡No me llores!

(Y para reanimarla le sacude un gran azote. ISABEL se

revuelve sonriendo entre las lágrimas y la CHACHA se

abraza a ella y la acaricia el pelo amorosamente.)

¡Tonta! Si te lo digo todo para que reacciones. Quiero ser abuela. Bueno, la abuela lo será tu madre. Yo me conformo con limpiarle los mocos a tus hijos...

(Fuera de la cocina, se oye llamar a la MADRE. Suave

acento andaluz.)

MADRE.- Isabelita, niña... Que van a dar el tercer toque...

ISABEL.- ¡Sí, mamá!

(La CHACHA refunfuña.)

CHACHA.- ¡La madre Abadesa!

(ISABEL la hace callar y empieza ponerse el velo.)

ISABEL.- ¡Ayúdame!

(La CHACHA le prende el velo por detrás. Se oye la voz

de la MADRE.)

MADRE.- ¡Niña! ¡Yo voy bajando!

ISABEL.- ¡Sí mamá!

(Se oye abrirse la puerta de la calle. La voz de la MADRE

llega otra vez.)

MADRE.- ¡Y deja ya de charlar con la vieja esa!

(Y la puerta se cierra. La CHACHA está enfurecida. ISABEL hace esfuerzos para no reírse. La CHACHA va a

contestarle una fresca pero ISABEL le tapa la boca. Cuando retira la mano, la CHACHA se está sonriendo. La

CHACHA arregla el velo de ISABEL y con la punta de su

mandil le seca una lágrima imaginaria. Luego la coge de

la cintura y la saca al pasillo.)

CHACHA.- ¡Hala! ¡A rezar!... ¡Oye! ¿Quién era ese?

ISABEL.- ¿Quién?

CHACHA.- ¡Quién, quién! Cómo que no te vimos tu madre y yo con él anoche, por la Calle Mayor...

ISABEL.- ¡Ah! Nadie...

(La voz de la MADRE sube del patio.)

MADRE.- ¡Niña, aligera!

ISABEL.- ¡Voy mamá!

CHACHA.- ¿Nadie?

ISABEL.- Nadie, Chacha.

(ISABEL se ha soltado de la CHACHA y va andando a reculones por el pasillo en dirección a la puerta de salida.)

CHACHA.- Y... ¿nada?

ISABEL.- Nada.

CHACHA.- ¿Pero nada nada?

ISABEL.- Nada nada...

(Y así, ISABEL ha llegado a la puerta de la calle, la abre, tira un beso a la CHACHA, cierra y sale. La CHACHA da

un suspiro y muestra ostensiblemente su desencanto. La

CHACHA se asoma al patio. Abajo está la MADRE de ISABEL, cuya descripción tan bien ha hecho la CHACHA.

Es una mujer vestida de negro -el color nacional- viuda,

gorda y andaluza.)

CHACHA.- ¿Qué, a la Iglesia, no?

MADRE.- ¡Ten cuidado, Chacha, a ver si te caes!

CHACHA.- No se iba a perder nada. Soy vieja.

(En este momento sale corriendo al patio ISABEL y se

reúne con su MADRE. La toma del brazo y ambas se alejan hacia el portón entreabierto que comunica con la

Calle Mayor. La CHACHA grita sus últimas

recomendaciones.)

Original · página 94

¡No tardes mucho con las beatas, Isabel, que se va a pasar el arroz...!

(ISABEL se vuelve y le hace gestos para que se calle. La

CHACHA vuelve a la carga.)

¡Oye! ¿Seguro que ese nada...?

ISABEL.- ¡Nooo!

Y le hace un gesto con la mano para que se meta dentro.

ISABEL y su MADRE han llegado ya al umbral del

portón. La Calle Mayor sigue desierta. Parejas de

mujeres o mujeres solas caminando en la misma dirección. Antes de salir a la Calle, la MADRE de ISABEL

se santigua. Luego las dos echan a andar.

18.- La Calle Mayor, al alba

La Calle Mayor está recién regada. Brilla el sol en los

adoquines de la parte baja de la Calle. Las aisladas figuras de mujer que caminan presurosas se recortan en

el contraluz. ISABEL y su MADRE caminan un rato en silencio. Alguna vez han saludado a una muchacha que fregaba un escaparate de una tienda. Empieza a sonar,

revoltoso, el tercer toque.

MADRE.- La Chacha cada día está más destarifada... ¿Qué es eso de nada, qué decía?

ISABEL.- Cosas de ella. Que ayer me acompañó a casa un chico, ella me vio y se hace ilusiones...

MADRE.- Yo también te vi...

ISABEL.- ¿Ah, sí?

MADRE.- ¿Quién es?

ISABEL.- Juan no-sé-qué... no me acuerdo.

MADRE.- ¿De aquí?

ISABEL- No. Forastero.

MADRE.- ¿De paso?

ISABEL.- No. Trabaja aquí. En un banco, creo.

MADRE.- ¡Vaya por Dios!

ISABEL.- ¡Mamá! Ya no quedan marqueses...

MADRE.- Pues yo he leído en el ABC que cada dos por tres hacen uno nuevo...

ISABEL.- ¡Anda! Que no llegamos...

Original · página 96

Y así, ISABEL fuerza a su MADRE a apretar el paso, se alejan Calle Mayor abajo y desembocan en la explanada delante de la Catedral. Allí está la Catedral, con su ciego

en la puerta. Como hormigas, solitarias o en pareja, las mujeres van entrando, el último resto del sueño nocturno

aún en los ojos. El tercer toque resuena alegremente. ISABEL y su MADRE suben las escalinatas y entran ya en

la Catedral. Ahora un hombre entra en su cuadro, en primer término. Está parado, quieto, fumando y parece

observar a esas mujeres. Se vuelve un momento hacia nosotros para tirar y aplastar su cigarrillo. Es JUAN. Tiene cara de sueño. Los ojos cargados. Da un bostezo.

Un escalofrío, la mañana está fresca, le hace estremecerse. Toma una decisión. Se estira la americana y

echa a andar con grandes zancadas hacia la Catedral. El toque ya ha cesado. Hay un gran silencio. Arriba, chillan

los vencejos. Los pasos de JUAN resuenan fuertemente.

JUAN sigue marchando hacia la Catedral.

Original · página 97

19.- La Catedral. La misa

ISABEL abrió la boca. Comulgó. Las palabras del oficiante se alejaron con un murmullo suave, mezcladas con el tintineo de la campanita del monaguillo. ISABEL

estuvo un momento recogida sobre sí misma.

JUAN la estaba mirando. Desde su banco veía la doble fila

de mujeres, muchas con un gran escapulario al pecho, que iban y venían del altar. Arriba, en el coro, desafinaba



el órgano. JUAN veía a ISABEL todavía arrodillada ante

el altar. La miraba con extraordinaria fijeza, para que ISABEL sintiese su mirada. Sin embargo, ISABEL no se

daba cuenta de nada. JUAN se aburría. Tenía sueño, estaba incómodo. Dio un gran bostezo que hizo saltársele

las lágrimas. Fue un momento de abandono. Se recompuso

enseguida. Una mujer que parecía rezar a su lado, le miró un tanto escandalizada. JUAN volvió a mirar

a ISABEL.

ISABEL, al fin, se levantó. Volvía, recogida, a su sitio por

el pasillo central de la Iglesia. Estaba casi bonita, tan

sumisa, tan anulada, la cabeza baja, los ojos casi cerrados, el escapulario al cuello. ISABEL caminó lentamente y a cada paso se iba acercando a JUAN. JUAN

que la miraba fijamente, con una pequeña, leve, casi escondida sonrisa. A cierta distancia, la mirada de JUAN

hizo su efecto. Esto es, ISABEL se sintió mirada y miró a

su vez. ISABEL vio a JUAN. Su compostura vaciló, bien que levemente. Su rostro no expresó nada pero sus ojos brillaron con distintas luces: reconocimiento, sorpresa, timidez, duda, violencia. Los ojos de ISABEL le saludaron

brevemente y le preguntaron muchas cosas. ISABEL continuó andando y paso a paso se acercaba a él, a JUAN, que no le quitaba los ojos de encima. Cuando estuvieron a

la misma altura pareció que ISABEL iba a detenerse a su lado. El ritmo de sus pasos había variado en una fracción

de segundo y ella tuvo la sensación de haber estado parada delante de

él, mirándole, durante siglos. Por eso,

atemorizada, acobardada, reaccionó. Apartó los ojos de

JUAN, bajó de nuevo la cabeza y continuó presurosa su

camino. Sin embargo nadie había notado nada.

Original · página 98

JUAN volvió la cabeza para verla marchar, alejarse. JUAN estaba ahora muy contento de sí mismo. Hasta

empezaba a gustarle el juego. Vio cómo ISABEL se alejaba con cierta rapidez de él y se refugiaba en uno de los últimos bancos. ISABEL se arrodilló y apoyó la frente

en las manos. JUAN tuvo que volverse y mirar de nuevo

hacia el altar. Su vecina le estaba dirigiendo miradas furibundas, no tanto por la actitud de JUAN, como por no

estar en el secreto. Ella también había mirado pero no

había visto nada. JUAN, pues, se volvió y miró al altar. Pero ahora estaba satisfecho y seguro de sí mismo. Miró al altar y al mismo tiempo estaba en guardia. Porque ella,

ISABEL, tenía que mirarle ahora. Tenía que mirarle. La

espió con el rabillo del ojo.

ISABEL estaba recogida, la cabeza inclinada, las manos levemente

apoyadas en sus sienes, la vista baja. ISABEL



estaba haciendo desesperados esfuerzos para no mirar.

No pudo resistirse. Lentamente, ISABEL levantó la cabeza y alzó la mirada. Vio a JUAN de espaldas, de pie, delante de ella, no muy lejos. Vio a JUAN y pensó muchas

cosas, pero sobre todo pensó qué podría hacer ese hombre,

precisamente ese hombre, allí, a esas horas de la

mañana. Se acordó de la CHACHA. ISABEL estaba

mirando a JUAN fijamente, escrutadoramente. Seguramente le latía ahora fuertemente el corazón.

Entonces, justo en ese momento, JUAN se volvió y su mirada, como él confiaba, encontró la mirada de ISABEL.

Los ojos de JUAN rieron por ese triunfo.

ISABEL, seguramente, enrojeció. Se sintió como desnuda

delante de los ojos de JUAN y precipitadamente escondió

la cabeza y se recogió sobre sí misma.

JUAN la estuvo mirando todavía y como su vecina estaba ya absolutamente desazonada JUAN optó por irse de allí.

Salió del banco y caminó por el pasillo central, lentamente, pero también seguramente, sin dejar un

momento de mirar a ISABEL.

Original · página 99

ISABEL, aún en su recogimiento, oyó esos pasos que se acercaba, ese crujir de la madera. Pero no se atrevió a

levantar la cabeza. Los pasos se fueron acercando y pareció un momento que iban a detenerse

junto a ella. ISABEL casi contuvo la respiración. Fue sólo un instante,

luego los pasos se alejaron, se perdieron y llegó de nuevo

hasta ella el murmullo tranquilo y adormilado de los

rezos, alguna tos, un tintineo de campanilla. ISABEL respiró. Levantó la cabeza y miró. No, él ya no estaba. Delante de ella sólo el altar y las otras mujeres rezando, delante de ella el espectáculo habitual. Pero ISABEL no

estaba tranquila del todo. Sentía la presencia de JUAN, cerca, alrededor de ella. Hizo esfuerzos para no volverse.

JUAN estaba detrás de ella, al lado de un haz de columnas

y otra vez jugaba al bonito juego de mirarla fijamente, de

clavar su vista en la nuca de ISABEL, arrodillada a unos

metros delante de él.

ISABEL estaba ya segura de que él estaba allí, detrás, en

alguna parte. Se sentía mirada, espiada, observada por

ese hombre. Tuvo un gesto automático y pudoroso. Levemente se estiró la falda sobre sus pantorrillas. Estaba nerviosa. Abrió su breviario. Algunas estampas

cayeron e ISABEL se inclinó a recogerlas. Sí, estaba nerviosa. Quiso fijar la vista y leer cualquier cosa. Pero

no podía resistir más. Tenía que volverse y mirar. ISABEL se volvió y miró. Sí, estaba allí. JUAN la sonrió

desde el fondo de la nave, y hasta le hizo una levísima

inclinación de cabeza. ISABEL se volvió sofocada y precipitadamente empezó a pasar páginas y páginas de su

libro de oraciones. En ese momento el órgano y las señoritas de Acción Católica que estaban en el coro atacaron con brío una especie de himno triunfal. JUAN sonreía abiertamente y envuelta en cánticos de victoria

ISABEL intentó esconderse, olvidar, rezar.

20.- La Catedral; la mesa de petición

La escoba del sacristán fue barriendo el serrín mojado y haciendo pequeños montones. La Iglesia estaba vacía, casi

vacía. Algunas mujeres rezaban desperdigadas entre los

bancos. De vez en cuando una tos, una silla que alguien

arrastra, unos pasos. Dos muchachas con grandes escapularios están arreglando un altar lateral. Por lo demás nada, el silencio. La campana suena fuera, lejana,

alta.

ISABEL está ensimismada. Está con otras tres señoras o señoritas, un poco maduras ya, todas con velos y grandes

escapularios. Las cuatro están sentadas tras una mesa,

una mesa recubierta de un paño rojo. Hay dos candelabros con velas que lloran lentamente una cera caliente y entre las dos velas hay un fanal con un santos inidentificable para los no entendidos. Hay también una bandeja de plata con estampitas y dinero. Perras, pesetas,

hasta un billete de cinco duros. ISABEL está allí, ensimismada, silenciosa, junto a esas otras mujeres que a veces suspiran y

cuchichean constantemente de sus cosas

o de las cosas de los demás. Estas tres mujeres están

hablando atropelladamente de algo al parecer muy importante y de vez en cuando miran fijamente hacia algún sitio determinado, el mismo para las tres. ISABEL,

en cambio, no mira o al menos no mira con tanta frecuencia. Ya sabe que allí está, o mejor, sigue, JUAN.

JUAN está sentado con cierta indolencia en uno de los bancos. Incómodo, cambia de postura a cada instante, mira con frecuencia su reloj. Se desazona. El juego se está

prolongando demasiado. JUAN de vez en cuando mira

levemente hacia atrás. Allí está ISABEL con las otras mujeres en la mesa petitoria en la penumbra de la Iglesia.

JUAN está impaciente. Ahora la situación le domina a él. No puede sospechar cuándo va a terminar esta historia de

la mesa y las otras beatas. Por azar ha metido la mano en su bolsillo y ha sacado un paquete de cigarrillos. Sí, tiene

muchas ganas de fumar. Pero bien pensado, sería una irreverencia. JUAN se guarda la cajetilla con un suspiro y

vuelve a mirar atrás.

Las MUJERES han sorprendido esa mirada. Sonríen y cuchichean abiertamente. Una de ellas llama la atención

de ISABEL.

Original · página 101

MUJER 1.ª.- ¿Pero tú le conoces?

ISABEL.- Pues no mucho... Me lo han presentado, me parece...

(La Presidenta de la mesa lo sabe todo. Explica.)

MUJER 2.ª.- Sí, mujer, sí... Es Juan...

(Chasca los dedos buscando el apellido.)

... Juanito Calderón... Trabaja en el Banco Regional... Es de Madrid, de muy buena familia... Es algo pariente de los Cifuentes...

MUJER 3.ª.- ¡Ah! Ya me acuerdo... Este chico es muy amigo de Luisito Sanz y del doctor... Van siempre juntos... Es muy simpático...

MUJER 1.ª.- Bueno, ¿y qué hace aquí?

MUJER 2.ª.- ¡Mujer! Isabel lo sabrá...

(Pequeñas risitas generales. ISABEL se alarma y se

sofoca.)

ISABEL.- ¿Yo? ¿Por qué tengo que saberlo yo?

MUJER 3.ª.- ¡Tú verás! Lleva aquí toda la mañana, desde la misa de ocho...

ISABEL.- ¿Y qué? Esto es la Iglesia, ¿no? A lo mejor ha venido a rezar... No sé... Una promesa... No sé...

MUJER 2.ª.- ¡Vaya! ¡Una promesa! Ese chico te está esperando... Ha mirado más veces hacia aquí que al altar... Ya me dirás tú...

Original · página 102

ISABEL.- Hay que ver cómo sois... Bueno, ¿por qué no rezamos el cuarto rosario?

MUJER 1.ª.- ¡Déjate de rosarios ahora! ¡Ahora te vas a comer!

ISABEL.- ¡Pero si es tu turno!

MUJER 2.ª.- ¡Pero te vas tú! ¡Y ni una palabra! ¿No soy la Presidenta de la mesa? ¡Pues a obedecer!

ISABEL.- ¡Pero si es que...!

MUJER 3.ª.- ¡Nada de replicar! ¡Ya lo has oído! ¡Anda, vete!

(El pequeño plan que las tres MUJERES han preparado

entre codazos y guiños cómplices está a punto de dar resultado. ISABEL vacila. Mira a unas y a otras y se da

cuenta de esas sonrisas contenidas, de esos ojillos brillantes y excitados. ISABEL se resigna, se encoge de hombros, da un pequeño suspiro y comienza a recoger su

breviario.)

ISABEL.- ¡Está bien!... No tardaré mucho... En cuanto termine de comer, vengo corriendo.

MUJER 2.ª.- ¡Ni hablar! Tú ahora te vas a tu casa y no vuelves por aquí... ¿Entendido?

MUJER 3.ª.- ¡Eso! Y mañana, o esta tarde a última hora, nos vemos en la Junta Parroquial, ¿eh?

MUJER 1.ª.- Y nos lo cuentas todo...

ISABEL.- Pero, ¿contar el qué?

MUJER 2.ª.- ¡Ya verás mujer, ya verás!

Original · página 103

ISABEL se ha despedido de sus compañeras de mesa. Ha

ido besando una a una -y doblemente- esas caras maliciosas y sonrientes. Después se ha santiguado en dirección al altar. ISABEL ha hecho un esfuerzo enorme

para no mirar a JUAN y lo ha conseguido. Desde el

umbral de la puerta de salida, ha dicho adiós definitivamente a sus amigas y ha perdido. Ha mirado

fugazmente a JUAN y luego rápidamente ha salido.

JUAN no se ha dado cuenta de nada. Por eso ahora,

cuando se vuelve casi da un respingo. ISABEL ha desaparecido. Esas tres MUJERES de la mesa le están mirando fijamente y con cierta sorna. Hasta se hablan al oído y cuchichean. JUAN mira a todas partes. ISABEL ha

debido salir de la Iglesia. JUAN se pone en pie. Se acerca

hacia la puerta de salida. Las tres MUJERES esas le espían

estrechamente, aunque en un prodigio de disimulo

parezca que están absortas contemplando el altar y rezando. Porque simultáneamente y sin previo acuerdo, en cuanto JUAN se ha puesto en pie, las tres mujeres han

comenzado a pasar las cuentas de su rosario.

JUAN está ya al lado de la mesa. Se para un momento y se

vuelve. No, ISABEL no está en la Iglesia. JUAN mira un

momento a las MUJERES de la mesa. Las tres rezan y miran fijamente hacia adelante. Parece que no se han

dado cuenta de la presencia de él. JUAN vacila un instante. Mete la mano en su bolsillo. Saca unos billetes.

Lástima. El menor es de cinco duros. Lo deja en la bandeja. La Presidenta lo coge, mira a JUAN, le sonríe,

inclina la cabeza como agradecimiento y le da una estampita. Simultáneamente el tono de los rezos sube considerablemente. JUAN con la estampita en la mano llega al umbral de la puerta de salida. Se queda allí un momento, sin saber qué hacer. Las tres MUJERES siguen

rezando y mirando hacia el frente. Pero ahora la Presidenta se asoma

entre sus compañeras y hace a JUAN

un expresivo y alentador gesto, señalándole -con la barbilla- el verdadero camino. JUAN le sonríe y sale.

Inmediatamente, las tres MUJERES, aún rezando, miran

hacia la puerta y luego satisfechas se miran y se sonríen entre sí. Después miran hacia delante. Los rezos suben de

tono y marchan, seguramente, a gran velocidad hacia el

cielo.

Original · página 104

JUAN ha salido al exterior. Ha vacilado un momento deslumbrado, después de tantas horas de penumbra, por

la fuerte luz de la calle, la luz de las dos de la tarde. La

explanada delante de la Catedral está casi desierta. Escasos transeúntes, un carro cruzando a lo lejos, niños,

alrededor de un puesto donde se venden chucherías.

ISABEL está cruzando esa explanada con su paso

menudo y apresurado. Una sola vez ha vuelto furtivamente la cabeza atrás. JUAN la ha visto. Tiene una

sonrisa de satisfacción. El primer «round» es suyo con

toda seguridad. JUAN se estira un poco la americana, centra cuidadosamente el nudo de su corbata y empieza a

descender las escaleras de la Catedral.

JUAN camina ya por la explanada con paso fuerte siguiendo a ISABEL. ISABEL sigue caminando presurosa, inocente de todo, al parecer. JUAN, después de un tiempo,

la alcanza. Están los dos muy lejos de nosotros, en la explanada casi solitaria, justo al borde de la gran sombra de la Catedral. ISABEL, pues, se ha parado y se ha vuelto.

JUAN está junto a ella. Se dan la mano. Hablan un momento quietos y luego los dos, uno al lado del otro, se

ponen a andar, pausadamente, atravesando la gran explanada. Vuelan algunas palomas. Lejana y alta la

campana más grave suena una vez.

Original · página 105

21.- La Calle Mayor, al mediodía

ISABEL y JUAN siguen caminando, ya por la parte alta

de la Calle Mayor, cerca de casa de ISABEL. Los comercios están cerrados, los transeúntes no son muy

numerosos. La densidad humana crece en las proximidades del Café Nuevo o del Bar Miami. Algunos

conocidos pasan a la altura de JUAN e ISABEL y como siempre hay intercambio de saludos. Unas mujeres se han

vuelto y todo para ver a JUAN e ISABEL. Ellos siguen

caminando pausadamente. ISABEL le mira de vez en cuando, le observa, le estudia. De todos modos ella está muy impresionada. JUAN se da cuenta de esto, fuerza la

nota patética de sus diálogos; se siente seguro de sí

mismo, dueño de la situación absolutamente.

ISABEL.- ¿Pero por qué? Eso es lo que aún no entiendo...

JUAN.- Ya se lo he dicho muchas veces...Quería hablar con usted... No tenía otra solución... Por eso he ido a la Catedral... Necesitaba verla... ¿No me cree?

ISABEL.- ¿Por qué no voy a creerle?

(JUAN se muerde los labios. Ha tenido un pequeño fallo. No conviene exagerar lo insólito de la situación. Hay una

pausa.)

¿Qué va a decir en el banco?

(JUAN se hace el distraído.)

JUAN.- ¿Eh?

ISABEL.- En el banco... Ha perdido toda la mañana...

JUAN.- Cualquier cosa... No se preocupe... Eso no tiene importancia... Lo importante es lo otro...

ISABEL.- ¿Lo otro?

Original · página 106

(JUAN se para y obliga a ISABEL a detenerse también.

La mira profundamente a los ojos.)

JUAN.- ¡Usted!

(ISABEL titubea un momento y sigue andando. JUAN va

un poco a la zaga de ella.)

Isabel, aún no me ha contestado...

(Eso es precisamente lo que ISABEL quiere eludir. Por

eso finge recordar y luego se calla.)

ISABEL.- ¡Ah!

(Y sonríe. Pero después se vuelve hacia él y cara a cara

sinceramente le pregunta.)

¿Y por qué quiere salir conmigo? ¿Por qué?

(JUAN también la mira fijamente. Comprende que ha

llegado el punto álgido de su representación en esta escena. JUAN se entristece, mete las manos en los bolsillos del pantalón y camina cabizbajo, atento a la topografía de

los adoquines, hablando casi para sí solo. Es una figura adorable ahora por su timidez, su seriedad, su sinceridad.

ISABEL, caminando a su lado, le escucha anhelante.)

JUAN.- ¿Le parece extraño? No lo es. Tengo un millón de razones... La primera, que quiero salir con usted... Luego, lo necesito... Después, me interesa...

Original · página 107

(JUAN levantó un momento la cabeza y miró a ISABEL. Automáticamente, ISABEL dejó de mirarle. JUAN sacó a

relucir su más íntima y grave voz.)

Créame... Yo sé cómo funcionan las cosas aquí... la gente habla enseguida. ¡En fin!

(JUAN se encogió de hombros, con resignación y continuó

su soliloquio. ISABEL volvió a mirarle.)

JUAN.- Tampoco soy ningún crío... Si la invito a salir es que...

(Vaciló un momento. Prosiguió con una voz muy suave.)

... Es que para mí es muy importante...

(JUAN calculó una pausa prudencial para que ISABEL rumiase bien esas palabras. Luego se volvió hacia ella y

dijo alegremente, con un fondo oculto de tristeza.)

¡Claro que a lo mejor, a usted no le interesa salir conmigo...!

(ISABEL le sonrió ahora abiertamente, dulcemente, como

para darle ánimos y quitarle esas ideas negras de la

cabeza.)

ISABEL.- No, por favor, no es eso...

(Y entonces JUAN aprovechó para forzar con energía y brillantez el frente. ISABEL se había detenido. Estaban ya en su portal. ISABEL miró un segundo hacia arriba, para ver si por casualidad la CHACHA estaba asomada.

No había nadie. Respiró tranquila.)

Original · página 108

JUAN.- Entonces, no piense más... Saldremos... La llevaré al cine... Hoy estrenan una película americana, en colores, presentando la cocina más blanca y mejor del mundo...

(ISABEL se rió de buena gana. Luego le reprochó.)

ISABEL.- Se burla.

JUAN.- No. Me acuerdo.

(Esa fue una frase definitiva. JUAN e ISABEL se miraron

en silencio. JUAN bajó el tono de la voz.)

¿Vengo a buscarla?

(ISABEL miró otra vez hacia arriba. Luego miró a JUAN.

Sonrió. Se puso seria. Dijo.)

ISABEL.- Pero no a casa... A la puerta del cine, ¿quiere?

(ISABEL tuvo miedo de que él la creyese demasiado gazmoña. JUAN

no decía nada. La miraba. Le tendió la

mano.)

JUAN.- ¿A las seis?

(Ella le dio la mano. JUAN se la retuvo un tiempo

prudencial.)

ISABEL.- Sí.

(Luego, ISABEL se turbó un poco y retiró la mano.)

Adiós...

(ISABEL se fue de él y se metió en el portal, presurosa, sin

mirar atrás.)

JUAN.- Adiós.

JUAN se quedó solo, en la acera, frente al portal de ISABEL, en la Calle Mayor. Estaba satisfecho de sí mismo. Se estiró un poco desperezándose. Miró hacia arriba, hacia esos balcones que él suponía de ISABEL. Sí,

realmente estaba contento. Empezó a silbar el estribillo del maestro Guerrero -el inolvidable. Sacó un paquete de cigarrillos, tomó uno y lo encendió. Aspiró una bocanada

con deleite. Luego, echó a andar, firme, seguro, contento

de sí mismo.

22.- La casa de Isabel

ISABEL había levantado los visillos del mirador y vio marchar a JUAN. A su lado la CHACHA la empujó para

mejorar su punto de vista. La CHACHA torció el cuello hasta lo indecible para atisbar la figura de JUAN que se

alejaba, Calle Mayor abajo, hasta que desapareció. La

CHACHA se volvió a ISABEL y las dos se miraron y se sonrieron. La CHACHA se secó las manos con el delantal

y dictaminó.

CHACHA.- Es alto y anda muy bien.

(Luego miró fijamente a ISABEL y le cogió la cara entre

sus fuertes y grandes manos.)

¿Viene por ti?

(ISABEL eludió la mirada y la pregunta.)

ISABEL.- Me ha invitado al cine.

CHACHA.- ¿Pero, viene por ti?

ISABEL.- ¡Chacha, ya te lo he contado todo!

CHACHA.- Sí pero muy deprisa. Ahora quiero que...

(La voz de la MADRE llegó lejana y suave desde el fondo

de la casa.)

MADRE.- ¿Pero qué haces, niña?... ¿Es que no vamos a almorzar hoy?

ISABEL.- ¡Ya voy mamá! ¡Anda Chacha, no seas pesada! Luego te lo cuento...

(E ISABEL comenzó a empujar a la CHACHA hacia el

pasillo. La CHACHA se resistía.)

CHACHA.- ¡A ver si es verdad! Me lo cuentas con todos los detalles, ¿eh? ¿Ese hombre viene por ti?

ISABEL.- Pero Chacha, ¿qué quieres decir?

CHACHA.- Pues que...

(La voz de la MADRE interrumpió otra vez.)

MADRE.- ¡Chacha! ¡No seas cotilla! ¡Deja a la niña en paz y vamos a almorzar!

(La CHACHA contestó con rabia.)

CHACHA.- Sí señora.

(Luego comentó a ISABEL.)

Siempre lo sabe todo. Tiene oído de tísica... Te quiero decir si ese hombre viene por ti... para casarse contigo... o para juntarse...

ISABEL.- ¡Por Dios, Chacha! Vamos a ir al cine... Eso es todo...

CHACHA.- Pues eso es lo que me huele mal... Para eso no hace falta estarse de plantón seis horas en la Catedral...

(La MADRE llamó, esta vez más imperiosamente.)

MADRE.- ¡Chacha! ¡El arroz!

CHACHA.- ¡Sí señora!

(Y entre la voz de la MADRE y los empujones de ISABEL,

la CHACHA salió al pasillo, no sin suplicar a ISABEL.)

Luego me lo cuentas, ¿eh?

ISABEL.- Sí, Chacha, sí...

(Y la CHACHA se fue pasillo adelante, pero al cabo de unos pasos se volvió y le preguntó a ISABEL en voz baja.)

CHACHA.- ¿A ti te gusta?

(ISABEL no quiso entender. Tal vez para darse tiempo a

pensarlo.)

ISABEL.- ¿Eh?

CHACHA.- Él, ¿te gusta?

(ISABEL primero se encogió de hombros, luego se sonrió

con cierta timidez, después se puso seria, luego dijo.)

ISABEL.- Sí.

(La CHACHA sonrió con todos sus dientes y se fue pasillo

abajo, presurosa y gritando.)

CHACHA.- ¡Ya estoy aquí, Doña Carmen! Ahora mismo saco el arroz...

ISABEL se quedó sola en su habitación y se sonrió con los

gritos de la CHACHA. Estuvo recogiendo unas cosas, doblando y

guardando su velo cuidadosamente, poniendo

otra lamparilla ante la Virgen. Después maquinalmente, se arregló el pelo con la mano y se tropezó con ella misma

delante de un espejo. ISABEL se puso seria y se estudió minuciosamente. Por primera vez en su vida ISABEL se

encontró bonita, atractiva, justificable ante todos los hombres. Por primera vez, desde hacía muchos años, ISABEL se sonrió abierta y luminosamente ante el espejo.

ISABEL estaba a punto de ser feliz. Súbitamente dio

media vuelta y echó a correr pasillo adelante.

Original · página 114

23.- El Bar Miami, las últimas horas

Los dados rodaron sobre el mostrador del Bar Miami. El

CALVO voceó.

CALVO.- ¡Bueno! ¡Tres ases en dos!

(Y le pasó el cubilete a JUAN que empezó a agitarlo casi

con violencia. Dijo.)

JUAN.- ¡Tú! ¡Dame de beber!

(El CHICO del bar se acercó somnoliento. Siempre tenía

sueño a estas horas de la noche.)

CHICO.- ¡Hoy toca Daikiri!

JUAN.- ¡Te lo guardas! ¡Dame un coñac!

(JUAN tiró los dados. La jugada no valía un pimiento. A

su lado LUIS tuvo que decir la gracia esperada.)

LUIS.- ¡Afortunado en amores...!

(Y todos se rieron. JUAN le miró furibundo. LUCIANO le

dio una gran palmada en la espalda.)

LUCIANO.- ¡Parece que el señor está de mala uva!

JUAN.- El señor está aburrido. ¡Valiente día! Y valiente rollo de película...

(El DOCTOR le desautorizó.)

DOCTOR.- ¡Venga, hombre! Y ella a tu lado... ¿Eso no cuenta?

JUAN.- Eso lo he contado ya tres veces... ¿O es que queréis que edite un parte oficial?

(El CALVO le dio unos codazos cariñosos en el estómago.)

CALVO.- Y qué, ¿eh?...

JUAN.- Y qué, nada... La película era muy mala... Y ella es tonta. Además las cosas a su tiempo y a mi modo... ¿De acuerdo?

(LUIS le hizo una reverencia.)

LUIS.- ¡De acuerdo, Don Juan!

(Y todos se echaron a reír. JUAN se encaró con ellos,

disgustado.)

JUAN.- ¿Pero la broma para quién es? Ya está bien, ¿no? Igual me harto y se acaba todo...

(El CALVO, conciliador, le echó una mano por los

hombros.)

CALVO.- Ah, no, no... Eso sí que no... Además no puedes... Nos has dado tu palabra... ¡A ver, chico, una ronda por mi cuenta!

Original · página 116

(El DOCTOR coadyuvó para el restablecimiento de la

armonía. Se acercó a JUAN y le acarició el cogote.)

DOCTOR.- ¡No te enfades tú, mi alma! ¡Aquí tengo yo un certificado médico legal para ti!

(Y el DOCTOR se sacó un papel del bolsillo. JUAN lo

cogió con avidez.)

JUAN.- ¡Hombre! ¡Eso está bien! ¡Eres un tío estupendo! ¿Y qué has puesto? ¡A ver si en el banco no se lo van a creer!

DOCTOR.- ¡Faltaría más! ¡Esto es fetén! ¡Además he puesto la verdad! ¿No estás malito del corazón?

Y le dio una gran palmada en la espalda. Todos explotaron en carcajadas, dándose golpes unos a otros, para activar la risa. JUAN los estuvo mirando y al final él también

se puso a reír, y cada momento por inercia, se rió

con carcajadas más grandes, cada vez más grandes.

Estaban a punto de saltársele las lágrimas.

Original · página 117

24.- La habitación de Isabel

ISABEL se incorporó en la cama y se quedó allí sentada, cogiéndose las rodillas con los brazos. Tenía un aire serio

y profundamente preocupado. Estuvo así un momento

con la vista fija en algún sitio, casi sin pestañear. De pronto, súbitamente se levantó y se fue hacia el armario y

lo abrió de par en par. Estuvo un instante contemplando los trajes que había allí dentro y luego rápidamente, casi

con prisa, los fue sacando todos con cierto desorden, tirándolos en cualquier parte, encima de la cama o de una

silla. Cuando el armario estuvo vacío, ISABEL se volvió y

contempló todas las riquezas que la rodeaban. Seguía pensativa. Se decidió y tomó uno de los vestidos. Se lo puso por encima y se miró en el espejo. No le gustó. Era feo, sin atractivo, pasado de moda, de esa moda que ella

ahora se estaba imaginando. Lo tiró. Cogió otro. Igual. Así ISABEL se

entretuvo en ensayar sus posibles atavíos y

a cada fracaso su disgusto se hizo mayor. Sí, los trajes eran feos, le daban aspecto de vieja, eran rigurosamente

pacatos. Alguna vez ISABEL ensayó ante el espejo una

posible transformación de alguno de los trajes subiéndoles las mangas o aumentando el reducido escote.

Nada le satisfizo. Al final los dejó todos otra vez tirados por el suelo o encima de algún mueble y se enfrentó con ella misma ante el espejo. Esta vez no se encontró bonita, ni atractiva, ni joven. ISABEL estaba muy deprimida. Las

campanas de la Catedral sonaron a lo lejos. ISABEL tuvo

ganas de llorar y mordiéndose los labios para contenerse huyó de su imagen en el espejo y se lanzó de bruces sobre

la cama. Escondía la cabeza entre sus brazos y estuvo así

un tiempo hasta que más calmada levantó un poco la cabeza y miró hacia un sitio determinado. Su breviario estaba encima de la mesilla de noche, bajo la lámpara que

irradiaba una luz suave. ISABEL se dio vuelta en la cama

y estiró el brazo para alcanzar el libro. ISABEL se sentó

en la cama y con cierta prisa abrió el libro y tomó algo

que había allí guardado.

Original · página 118

Dejó caer el libro y se echó suavemente para atrás en la cama. ISABEL tenía entre las manos dos trocitos de papel amarillo, un poco arrugados. Los estuvo alisando. Y luego

se entretuvo en leer en voz baja todo lo que ponían esos

papelitos. La experiencia esa hizo aparecer en ella una leve sonrisa. ISABEL se removió en la cama para ahondar

más en una postura cómoda. Ahora volvió a leer eso otra

vez y su voz surgió suave y susurrante, casi amorosa.

ISABEL.- Cinema Moderno... Tarde... 27 Oct. 55... Butaca de Patio... Fila 12... Número 6...

(Luego miró el otro papelito.)

... número 8...

ISABEL tenía ahora una gran sonrisa. Sus manos jugaban con las entradas del cine, sí, pero sus ojos estaban llenos de otras imágenes que los hacían brillar

alegremente. ISABEL se entretuvo en barajar esos dos papelitos, ponerlos uno al lado del otro, juntos, encima o

debajo. Hasta que al final, bruscamente, se volvió y los guardó

cuidadosamente debajo de la almohada. ISABEL

se quedó allí acurrucada, su rostro apoyado sobre la

almohada, seguramente justo encima de su tesoro. ISABEL era feliz. ISABEL soñaba. ISABEL sonreía.

Original · página 119

25.- Las calles, de noche

La cerilla se encendió e iluminó el rostro de JUAN cuando

encendió el cigarrillo. Desde lejos el CALVO le gritó.

CALVO.- ¡Venga, pesado!

(La calle estaba desierta y oscura, iluminada a trechos

malamente por unos faroles con unas bombillas

raquíticas. El CALVO y los otros iban delante, desperdigados. JUAN se había retrasado un poco en sus diversos intentos de encender su pitillo. Hacía un poco de

viento. Se le apagó la cerilla. JUAN dijo.)

JUAN.- ¡La madre!

(Y dando una carrerita se reunió con el CALVO. LUCIANO, que iba en vanguardia, se volvió hacia ellos y

les pegó un silbido espeluznante. LUIS y el DOCTOR se entretuvieron ahora en jugar al fútbol con una lata vacía que se habían encontrado. Echaron a correr por medio de

la calle y se combinaban.)

DOCTOR.- ¡Pasa, macho!

(La lata iba dando tumbos entre los adoquines y resonaba

terriblemente en el silencio. El CALVO se picó e intervino. Dio una carga a LUCIANO y se adueñó de la lata. Le dio una patada terrible y la lata se perdió cuesta

abajo botando y resonando y rebotando en las aceras. El

DOCTOR protestó.)

¡Qué gracioso!

Original · página 120

(Y para vengarse se echó sobre el CALVO y trincándole

por el cuello de la americana y por el fondillo de los pantalones le hizo hacer la carrera del señorito. Todos se

echaron a reír y jalearon al DOCTOR, mientras el

CALVO daba pequeños gritos histéricos.)

LUIS.- ¡Hala, hala!

JUAN.- ¡Venga!

CALVO.- ¡Estate quieto! ¡Estate quieto! ¡Estate quieto!

(Al final lo soltó y se quedaron riendo y recuperando el resuello. LUCIANO había desaparecido casi por entero detrás de una esquina y JUAN se entretuvo en coger unas

pequeñas piedras, o cualquier cosa, del arroyo y tirárselas, mientras se reía. LUCIANO protestaba.)

LUCIANO.- ¡Déjame, hombre! ¡Pero déjame!

(Al final salió LUCIANO terminándose de abrochar. Se

vino hacia donde estaban los otros. Refunfuñaba.)

¡Parecéis críos!

(JUAN volvió a la carga y se entretuvo intentando encender su cigarrillo. Desde abajo de la calle LUIS le

gritó.)

LUIS.- ¿Qué programa tienes para mañana, seductor?

(Los otros se echaron a reír. JUAN entre cerilla y cerilla

les gritó.)

JUAN.- ¡No será peor que el de hoy!

(LUIS le desafió. Guiñó un ojo a los otros. Quería picar a

JUAN.)

LUIS.- ¡A ti lo que te pasa es que no tienes gancho!

(JUAN había podido al fin encender su cigarrillo y se vino

hacia ellos. Estaba más seguro de sí, ahora que fumaba.)

JUAN.- ¿Qué?

CALVO.- ¡Salero! ¡Salero!

JUAN.- ¿Para montar a una mula vieja, como esa? ¡Bueno! ¡Límpiate!

(Ahora todos echaron a andar reunidos calle abajo. Se

alejaban y la calle quedaba vacía y oscura con un pequeño viento que hacía oscilar las sombras de las cosas.

Las voces de ellos se iban perdiendo.)

LUCIANO.- ¿Y mañana qué?

JUAN.- ¡Os vais a mondar! ¡Mañana, Catequesis!

Y naturalmente, todos se rieron. Ya no se les veía y aún

las risas iban desapareciendo poco a poco. Se quedó la calle sola, con

un pequeño reguero de agua, a lo mejor,

que salía de una esquina. La Campana de la Catedral

sonó una vez.

Original · página 122

26.- La Catequesis; el tesoro

La habitación estaba casi a oscuras pero al abrir la puerta entró una rendija de luz e iluminó el tesoro. Los

tres CHICOS se habían quedado en el umbral. Los dos pequeños, sobre todo, miraban con grandes ojos abiertos

de admiración. El mayorcito, un mozalbete de unos doce

años, tenía el aire satisfecho y seguro de sí mismo de los grandes descubridores. Los tres eran CHICOS típicos de

barrio pobre, por sus caras un poco famélicas y sucias, sus ropas de harapos recosidos, sus ojos un poco tristes y

desesperanzados. Después de abrir la puerta con mucho

sigilo, los tres estuvieron un momento en silencio, boquiabiertos y asombrados los pequeños, con una sonrisa superior el mayor de los tres. Después de un

tiempo uno de los CHICOS exclamó.

CHICO 1.º.- ¡Ahí va!

(E hizo con la mano una castañeta admirativa. El otro

CHICO fue más incrédulo y a pesar de su asombro se acercó, entrando en la habitación hacia el objeto de su admiración. En el centro de ese pequeño cuartucho había una mesa, o mejor, unas tablas puestas sobre unas patas y

sobre esas tablas, armoniosamente colocados y formando

un considerable montón, una respetable cantidad de botes. La luz del exterior arrancaba a muchos de ellos mágicos puntos brillantes. El CHICO incrédulo, seguido

por los otros, llegó hasta allí y palpó tímidamente la superficie lisa y brillante de los botes. Se volvió

hacia sus compañeros y les sonrió convencido con su amplia sonrisa

mellada. El CHICO cogió uno de los botes y preguntó al

jefe.)

CHICO 2.º.- ¿Qué es?

(Imprudentemente había levantado el tono de la voz. El jefe se precipitó sobre él, chistándole para recomendarle

silencio, al mismo tiempo que le daba un empujón y le

arrebataba el bote que tenía entre las manos.)

Original · página 123

CHICO 3.º.- ¡Idiota! ¡Siempre tienes que meter la pata!

(Y esperó un momento para ver si su presencia había sido

advertida. Estaban allí los tres, quietos y callados, con el corazón encogido, como tres delincuentes. Al cabo de un

tiempo se miraron entre sí y se sonrieron. No había

peligro. Entonce el jefe explicó.)

¿No sabes lo que es? ¿Ni tú?

(Los dos CHICOS negaron con la cabeza. Esperaban anhelantes la revelación del secreto. El jefe hizo una sabia

pausa para aumentar el interés y luego habló.)

Leche pero... ¡pero condensada!

(Los otros habían llegado al límite de su capacidad admirativa. El problema era ahora adueñarse de ese

tesoro. Uno de ellos preguntó con un hilo de voz.)

CHICO 1.º.- ¿Y nos la van a dar?

CHICO 3.º.- Si contestas bien. ¿A que ya se te ha olvidado lo que tienes que decir?

(Evidentemente se le había olvidado. No había más que

mirarle a la cara. En cambio el otro se acordaba y lo

dijo.)

CHICO 2.º.- ¡Yo me acuerdo!

(Pensó un momento chupándose los labios. Luego tomó

carrerilla y dijo de un solo aliento.)

Original · página 124

¡La Santísima Trinidad es una en esencia y trina en potencia!

Y se quedó con los ojos reidores y satisfechos. Aunque instantáneamente cuando el jefe le chistó primero con cara feroz y luego le arreó una bofetada. Había chillado

demasiado.

Original · página 125

27.- La Catequesis; la lección

ISABEL preguntó con voz clara.

ISABEL.- ¿Y cómo es en esencia y potencia la Santísima Trinidad?

(Y dirigió su mirada por toda la clase buscando una

víctima. Había un silencio expectante. No era exactamente una clase. Era simplemente una habitación

destartalada y fría, de paredes desnudas, con un chubesqui que humeaba malamente casi en el centro y un

retrato del Papa en la pared. Había bancos de Iglesia y enfrente de los bancos una mesa con tapete rojo, un gran

crucifijo y una silla. En los bancos estaban sentados los niños, muchos niños del barrio pobre, niños elegidos que

iban a recibir su caridad oficial de caridad cristiana. La

habitación estaba en un sótano. En una pared lateral había unos ventanucos con cristales sucios, detrás de los

cristales unas rejas y más allá de la calle y de vez en

cuando los pies de la gente caminando.

ISABEL se había levantado de su silla y estuvo mirando

una a una todas esas caritas más o menos sucias que

esperaban su pregunta como el que espera el Santo Advenimiento. ISABEL no pudo menos que sonreírse ante

tanta expectación. Y aún más cuando dijo.)

Ya sabéis que el que conteste bien tendrá su recompensa.

(Hubo murmullo y todos los chicos se removieron en sus

asientos. Una niña se pasó la lengua por los labios. ISABEL eligió uno de los CHICOS señalándole con el

dedo extendido.)

¡A ver, tú!

Original · página 126

(El CHICO se puso en pie casi de un salto y dijo

exactamente.)

CHICO 4.º.- ¡La-Santísima-Trinidad-es-una-en-esencia-y-trina-en-potencia!

(Y se quedó sin respiración pero feliz cuando ISABEL

calificó.)

ISABEL.- ¡Muy bien!

(Luego señaló a otro y la respuesta y el modo de responder fueron casi idénticos. Así continuó con una

docena de CHICOS y CHICAS. ISABEL estaba verdaderamente satisfecha. Ahora la clase hervía de excitación. Ya quedaban pocos por preguntar y estos

pocos estaban impacientes por soltar su carga de palabras. Entre los no preguntados figuraban nuestros

amigos, los CHICOS que habían descubierto el tesoro.

Estaban a punto de reventar, de explotar de puro impacientes. ISABEL se sintió halagada por la efectividad

de sus enseñanzas.)

¡Muy bien! Estoy muy contenta de todos vosotros. Pero...

(E hizo una pausa que cortó la respiración a todos los

CHICOS.)

... ¿Qué significa exactamente el que la Santísima Trinidad sea una en esencia y trina en potencia?

Original · página 127

(Y su brazo extendido señaló a uno de nuestros amigos, al

CHICO 2.º. Este se levantó penosamente, como si soportase

todo el peso del Universo sobre sus hombros. Miró a unos y a otros, miró a ISABEL que le sonreía para

darle ánimos, miró a ese CHICO mayor, al jefe y le hizo

responsable de este momento. El jefe escondió la cara.

Entonces el muchacho tuvo un arranque genial. Y pronunció clara y terminantemente, en medio de un

silencio impresionante.)

CHICO 2.º.- ¡Leche condensada!

Y este purísimamente pavloviano reflejo condicionado

provocó la más hermosa carcajada de todos los niños. ISABEL se quedó estupefacta, mientras a su alrededor la

tempestad de risas subía y subía.

Original · página 128

28.- El barrio al otro lado del río

En la calle empezaba a atardecer. JUAN dio unos pasos por la acera y miró su reloj con cierta impaciencia. He aquí un barrio que JUAN desconocía. El barrio obrero al

otro lado del río. Casas de una sola planta, de dos a lo sumo, o también, a veces, bloques-colmenas impersonales,

desgastados, feos. Las calles no tenían un verdadero pavimento o lo habían tenido hacía innumerables años. Algunos faroles descabezados producían dolor. Este era un mundo de desmontes con

papeles y latas, de vallas de madera ya despintada, de paredes carcomidas de ladrillo

rojo, de ropa puesta a secar, de olor a comida, de gritos,

de silencio. A lo lejos, vigilaban tres altas chimeneas apagadas. Un tren silbó cercano y cruzó por detrás de unas vallas filtrando un humo gris por entre las rendijas

de la madera. Jugaban en el arroyo críos con el culo al aire y un grupo de obreros en bicicleta volvió del trabajo.

La campana de la Catedral sonó muy lejos, muy lejos, y llegó débilmente hasta JUAN. Porque JUAN estaba ahora

ahí, en ese barrio, al otro lado de la ciudad y del río.

JUAN estuvo contemplando indiferente ese mundo, incapaz ya de aprehender nada, egoístamente sumido en

su problema, mirando su reloj y fumando con impaciencia. Dio unos pasos arriba y abajo y luego se

detuvo en el portal ese donde al parecer estaba la Catequesis. Había un grupo de MUJERES en la puerta. MUJERES sin ninguna gracia física, con vestidos negros o de color ala de mosca, con bolsas vacías y críos silenciosos

en los brazos. JUAN paseaba arriba y abajo. Las MUJERES charlaban y de vez en cuando le echaban una

mirada curiosa.

MUJER 1.ª.- ¡Pues no digas! ¡Esta señorita Isabel es mucho más simpática...

MUJER 2.ª.- ¡Son todas iguales!

MUJER 3.ª.- Ni hablar. Esta te da siempre algo pa los chicos aunque no se sepan el catecismo...

MUJER 4.ª.- Hoy les van a dar leche condensada.

MUJER 2.ª.- ¡Mi'a tú! ¡Filetes debían ser!

Original · página 129

MUJER 1.ª.- Sí... ¡y un pollo!

(Y las MUJERES se echaron a reír. Luego se callaron haciéndose señas y dándose codazos unas a otras.

JUAN en su caminar se había detenido en el portal muy cerca de

ellas. JUAN ni las había mirado. Ellas hablaron en voz

baja, señalándole.)

MUJER 2.ª.- Es su novio.

MUJER 3.ª.- ¡Si esa es solterona!

MUJER 1.ª.- Como casi todas las que vienen aquí... ¡Si no de qué!

MUJER 2.ª.- Os digo yo que es su novio...

(Y para convencerlas se acercó hacia JUAN -aunque las

otras quisieron impedirlo- meciendo a su crío para

disimular.)

Hoy si que tarda, ¿eh?

(JUAN se volvió. La otra aclaró su pregunta.)

La señorita Isabel...

JUAN.- Un poco.

MUJER 2.ª.- ¡Es más buena!

(JUAN hizo un gesto no comprometedor. La otra volvió a

la carga.)

Usted es su novio, ¿verdad?

(JUAN respondió con una sonrisa forzada que podía interpretarse libremente. La MUJER escogió lo que más

le convenía.)

Ya se lo decía yo a estas... ¿Lo veis?

(Les gritó volviéndose hacia las otras. Luego quiso ser

fina con JUAN.)

¡Por muchos años!

(JUAN hizo un gesto mudo de agradecimiento. Las otras

se fueron acercando y a poco formaron un sonriente y

tímido grupo alrededor de él.)

MUJER 4.ª.- ¡Mujer, no seas burra! ¡Por muchos años, no! ¡Cuanto antes se casen, mejor!

MUJER 1.ª.- ¡Mejor para ella!

(JUAN tuvo un gesto de humor, saludó graciosamente y

sonriente, dijo.)

JUAN.- Muchas gracias.

(Lo cual tuvo la virtud de deshelar el ambiente, hizo que las MUJERES se rieran y se diesen palmadas y empellones

unas a otras y les permitió ser más atrevidas. Por eso le

preguntaron, ya más directamente.)

MUJER 2.ª.- ¡Oiga usted! ¿Y cuándo nos van a dar carne?

Original · página 131

(Las otras estaban un poco escandalizadas y al mismo tiempo contentas de que ella se hubiese atrevido a hacer

esa pregunta. JUAN estaba violento y no sabía qué contestar. Tampoco fue necesario. En ese justo momento

los chiquillos salieron corriendo de la Catequesis armando una baraúnda infernal. Las MADRES se olvidaron instantáneamente de JUAN y se apresuraron a

reunirse con sus CHICOS y a recolectar el botín. En un

momento la calle se llenó con los gritos infantiles, con carreras y risas y con las fuertes voces de las MUJERES.

JUAN se había quedado solo.

ISABEL apareció en el umbral del portón y sonrió a JUAN tímidamente. Se acercó a él y JUAN también fue a

su encuentro. Se dieron la mano.)

ISABEL.- ¡Hola!

JUAN.- ¡Hola!

ISABEL.- ¿Le he hecho esperar mucho?

JUAN.- ¿Qué?

(No se oía nada. El griterío de los CHICOS era ensordecedor. JUAN se atrevió a coger a ISABEL de un brazo y a grandes zancadas la arrastró de esos parajes. Se

alejaron calle abajo. ISABEL trotaba a su lado.)

¡No la oigo! Vámonos de aquí... Si no, van a venir todas esas mujeres a pedirnos cosas...

(Al cabo de unos pasos, JUAN la soltó. Se miraron y se sonrieron. Atrás quedaban aún las mujeres y los chicos

jugando y gritando.)

¿Qué me decía?

ISABEL.- Nada. Que si había tardado mucho.

Original · página 132

JUAN.- Lo suficiente para hacerme amigo de todas esas mujeres... ¿Sabe una cosa? Esas mujeres se han creído que soy su novio.

(ISABEL le sonrió un poco violenta y desvió la

conversación.)

ISABEL.- Apuesto a que nunca había estado aquí.

JUAN.- No. ¿A santo de qué?

ISABEL.- Para verlo... Está al otro lado del río y nunca viene nadie...

Nadie de nuestro ambiente, quiero decir.

JUAN.- ¿Para qué tendrían que venir?

ISABEL.- No sé... Tengo la impresión de que aquí están como abandonados o como desterrados.

JUAN.- ¿Quiénes?

ISABEL.- Pues toda esta gente... La gente que vive aquí.

JUAN.- No sea sentimental... ¿Dónde van a vivir? Cada uno tiene lo que se merece.

ISABEL.- ¿Usted cree?

(JUAN se quedó un poco cortado. Toda esta conversación le estaba fastidiando, tanto el barrio que recorrían ahora,

tanto como la seria y sincera actitud de ISABEL. JUAN pensó que si ahora le viesen sus amigos se iban a reír poco

de él. Intentó aminorar la dureza de ese punto de vista que acababa de enunciar y zanjar la discusión sentando

un verdadero axioma social.)

JUAN.- Bueno, más o menos... Estos son los trabajadores, ¿no? ¿Y por qué lo son? Porque no saben hacer otra cosa.

ISABEL.- O no pueden.

JUAN.- No sirven, que no es lo mismo.

(Hubo una pequeña pausa. JUAN se había acalorado

verdaderamente. ISABEL volvió a la carga.)

ISABEL.- No estoy segura... Creo que nunca tienen ocasión, oportunidad... Que no se la damos.

JUAN.- ¿Oportunidad para qué?

ISABEL.- Para salir de esto... Ellos o, al menos, sus hijos...

(Anduvieron un momento en silencio absorbiendo por los

ojos todo ese mundo que se extendía a su alrededor. ISABEL sobre todo era la que se fijaba. JUAN, en cambio,

se fijaba en ella. Había contado hasta diez y ahora estaba

empezando a tomar en consideración ese ser que caminaba pausadamente a su lado. ISABEL, de vez en cuando, le miraba al hablar y entonces JUAN la sonreía, con una sonrisa verdaderamente cariñosa, animándola a

hablar, a descubrirse.)

Yo lo veo de cerca... Con esto de enseñar el Catecismo una aprende cosas... Es una vida muy dura... Pasan hambre, ¿sabe?... Mientras trabajan, y trabajan, van tirando malamente... Cuando no hay trabajo, es terrible... Y en invierno... Todos los años el río inunda esa parte de ahí... Y todos los años el

periódico dice que lo van a arreglar... ¡Y nada!

(ISABEL había terminado su discurso. JUAN estaba un

poco tocado por lo que él hubiese llamado sentimentalismo o ingenuidad. Su sonrisa tomó un aire

malévolo. Se plantó delante de ISABEL y le espetó la pregunta que él consideraba demoledora y definitiva.)

JUAN.- De acuerdo. Todo está fatal. ¿Y usted qué puede hacer?

(ISABEL titubeó un momento. Luego agachó la cabeza

pensativa y siguió caminando.)

ISABEL.- Eso digo yo... En secreto, eso del Catecismo no creo que sirva para mucho, como no sea por la leche condensada...

(JUAN tuvo una pequeña risita por esa salida de ISABEL.

Pero ISABEL no había acabado de sorprenderle aún. De

pronto, ella se volvió y se enfrentó con él.)

Pero algún medio tiene que haber, ¿no?

(JUAN perdió pie. Quiso ganar tiempo para reflexionar,

preguntando.)

JUAN.- ¿Para qué?

(ISABEL, sin querer, hizo una bonita frase. Pero no era

una frase. Había demasiada verdad y sinceridad en sus

palabras.)

ISABEL.- Pues... pues para que no estén... para que no estén tan al otro lado del río... ¿Entiende?

(Claro que entendía. Y demasiado. Pero JUAN no sabía

contestar ahora; él estaba allí para jugar, para hacer correr una broma, para poder reírse luego con el CALVO y los otros. ISABEL podía haberle descubierto durante un

instante un trocito de su verdadera personalidad, un trocito de su verdadero corazón. Eso no interesaba ahora.

Por eso JUAN se escabulló alegremente de la mejor

manera que pudo. Se rió.)

JUAN.- Ya lo creo. Habla usted igual que el chalado de mi amigo Federico.

(ISABEL, no sabía por qué, se sintió feliz por eso.)

Original · página 135

ISABEL.- ¿Sí?

JUAN.- Y en cambio, se olvida del tema principal.

(Y apoyó su índice en el pecho de ISABEL y luego en el

suyo.)

Isabel... Juan... Nosotros. ¡Venga!

(Y cogiéndola por un brazo se la llevó casi a rastras por una calle lateral. Eso hizo reír un poco nerviosamente a

ISABEL.)

ISABEL.- ¿Pero dónde me lleva?

(E ISABEL hacía intentos para desasirse de la mano de JUAN. JUAN caminaba con grandes zancadas, tirando de

ella.)

JUAN.- Déjeme a mí... Y obedecemos.

(JUAN al hablar le metió un poco la cara.)

Tiene que obedecerme. Todas estas gentes dicen que soy su novio.

Original · página 136

ISABEL tuvo una pequeña risa ruborosa por la salida de

JUAN y alegremente trotó un poco a su lado, para seguirle el paso, mientras los dos se alejaban calle abajo.

Original · página 137

29.- La ciudad desde la colina, al atardecer

Desde esta altura se domina casi toda la ciudad bajando en pendientes bruscas hacia el río que inicia su curva allá

abajo, flanqueado por la doble hilera copiosa de los árboles de la Alameda. Allá abajo está el Puente Nuevo y aún más lejos el Puente Metálico y la Estación y el barrio

obrero. El sol se está poniendo y brilla enrojecida la cinta

del río y se doran los tejados más altos de la ciudad y las

agujas de la Catedral. Esta altura es sólo una pequeña colina a esta parte del río, con las ruinas de un castillo o de un viejo convento en lo más alto y la hierba creciendo entre las piedras. Los que suben hasta allí arriba pueden

darse el gusto de ver toda la ciudad a sus pies. ISABEL

ahora tiene ante sus ojos un mapa vivo para explicar a

JUAN toda su vida. Porque en esta pacífica hora vespertina, cuando el aire es más fino que nunca y el silencio se deja traspasar por los

más lejanos y suaves ruidos, el pitido del tren de maniobras, las campanas de la Catedral y de todas las iglesias y capillas de la ciudad,



una música cualquiera que el más ligero viento trae y lleva, la voz lejana de una mujer llamando a alguien, en esta hora, digo, ISABEL se siente en la absoluta necesidad de explicarse ante JUAN, pero sobre todo, ante sí misma y

ante todo ese mundo que la rodea ya desde hace treinta y

cinco años. JUAN está medio acostado en el suelo, de vez

en cuando chupa el tallo de cualquier hierba y escucha,

por encima de todo, escucha. JUAN no dice nada, no puede decir nada ahora. De vez en cuando alienta con una

sonrisa o un gesto las confidencias de ISABEL y también,

de vez en cuando, la mira. Una mirada profunda, viniendo de su fondo más puro, más genuino. Y también,

muchas veces, JUAN no mira a ningún sitio y se queda

con la vista fija, pensativo, ensimismado, mientras ISABEL habla y habla. Porque ISABEL se está vaciando

en palabras. A ratos habla sentada al lado de JUAN, cogiéndose las rodillas con los brazos y, de pronto, se pone en pie y habla mirando hacia la ciudad, desde detrás

de JUAN, las piernas separadas, el pelo al viento, ese viento que moldea su falda entre sus piernas. Y luego, da

un salto y está en el suelo, por debajo del nivel de JUAN,

su rostro a la misma altura que el de él.

Original · página 138

O bien, avanza unos pasos y se sienta, de espaldas a JUAN, sobre una piedra, al borde del terraplén, y casi parece que está en el vacío. Y entonces, se vuelve hacia

JUAN y le sonríe y viene a su lado y se sienta como al principio junto a él y esconde la cabeza entre sus brazos.

Y durante todo ese tiempo habla. Y esto es lo que habla

ISABEL.

ISABEL.- Isabel, ¿no tienes novio?... Primero eran las amigas. Siempre hay envidias y ganas de fastidiar. ¿Y a mí qué? Yo esperaba. Estaba segura de que alguien vendría. Alguien guapo, arrogante, distinguido, diferente a todos y a todo. Vendría y me llevaría de aquí...

Isabel, ¿no tienes novio? Entonces, eran mis tías... Ya sabe... Esas tías que hay que todas las familias y que preguntan y critican y fisgan... Me molestaban. Sí, porque hacían comparaciones; pues fulanita ya tiene dos niños... pues menganita está de cinco meses... pues han pedido a zutanita... Me era igual. Yo esperaba. Claro que ya no pensaba tanto en ese príncipe azul bellísimo

y todopoderoso... Me podía casar por ejemplo con ese Ingeniero Agrónomo nuevo de Colonización... O algo así... Un funcionario...

Isabel, ¡no tienes novio! Era mi madre... Se estaba poniendo nerviosa... Es andaluza y yo con treinta años le parecía una vieja... Luego, además, se angustiaba... Nosotras sólo tenemos la pensión de papá... Era coronel de caballería... En la guerra podía haber hecho carrera... casi todos los que quedan de su promoción son generales y más... se murió casi al empezar... una cosa del hígado... Total, lo de papá y unas tierras, por la parte de Jaén... pero no dan nada... Sí, mamá la pobre se angustiaba. Pero yo... yo esperaba... Tendría que casarme con un

forastero... Los chicos solteros de aquí ya eran más jóvenes que yo... Y los solterones... ¡Bueno! Esos no había que contarlos... Además todos me conocen... No es que haya salido con ninguno de ellos... No... Habré salido con dos o tres... Pero un solo día y en pandilla...

Original · página 139

Isabel, no tienes novio... Esa soy yo... Cuando cumplí los que tengo... Y tengo treinta y cinco... Soy más joven que usted... Bueno, no mucho, ¿verdad?... Un año o dos... ¿Uno?... Mejor... Pues sí, cuando los cumplí me miré bien al espejo... y dije: Isabel, no tienes novio... Eso es un fracaso... Claro, porque fíjese... yo salí de las monjas a los diecisiete... No tenía ni tengo nada que hacer más que eso: casarme... Entonces, resulta que llevo esperando dieciocho años... ¿Se da cuenta? Dieciocho años esperando... Y venga a esperar... Y venga a esperar... Y venga a pasear por la Calle Mayor... ¡Hala!... Arriba y abajo... Arriba y abajo... ¿Y qué voy a hacer?... He querido ponerme a trabajar. Pero enseguida, mi madre:

que si soy una señorita, que si patatín, que si patatán... Y mis tías: ¿qué va a decir la gente?... ¿Sabe lo que hago?... Sueño. Sí, me imagino cosas... Cosas que de verdad me gustaría hacer... Por ejemplo, me gustaría ser azafata. Debe ser bonito, ¿no?... A veces por la noche me despierto y me pregunto... ¿Por qué no me he casado?... No soy muy fea, digo yo... Ni muy tonta, me parece... Y no soy mala persona, eso creo... Entonces, ¿por qué?... ¡Ah! ¡Misterios!... En confianza... Yo sigo esperando... ¿Sabe lo que me pone triste? Pienso. Bueno, si por ejemplo me caso este año y tengo un niño... No se ría... y tengo un niño el que viene... le llevaré... Treinta y seis... Seré una madre vieja... Eso me pone triste... Y lo otro también... Lo otro es lo del teatro...

¿No sabe?... En el Círculo hay una Agrupación de Aficionados... Todos los años hacemos una función... Pero una función en serio... En el Teatro Principal... Siempre quieren hacer una obra de risa y siempre, ¡zas!, La venganza de Don Mendo... Pero a veces hacemos una obra seria, para llorar, un drama... Yo siempre he trabajado... No, no he hecho nunca el papel principal... pero no estaba mal... Bueno, pues el año pasado... Es una tontería, se va a reír... A mí me dio mucha pena... El año pasado ya tuve que hacer el papel de madre de la protagonista... ¿También se pone triste?... ¡Vaya! No se preocupe por mí... Yo sigo esperando... pero menos... Soy fuerte... Estoy sana... Todavía puedo aguantar unos años más, ¿verdad?

(ISABEL tiene ganas de llorar. Pero se domina y sus últimas frases las ha dicho haciendo una pura payasada.

Ahora, todo el mundo sabe que los payasos son tristes. ISABEL se calla. Hay una gran paz, un gran silencio, un

momento de dulzura y de suprema calma. ISABEL se pone en pie. Tiene que hacer algo. Tiene que decir algo.

Se pone en pie y señala algo allá abajo, en la Alameda.)

Original · página 140

¡Mire!... Los seminaristas...

(Pero JUAN sigue mirándola a ella fijamente y ella no se da cuenta,

entretenida en contemplar esa triple fila negra,

los seminaristas de tres en tres. Lejanas, las campanas de la Catedral empiezan a sonar. ISABEL levanta la cabeza,

venteándolas.)

¡Las campanas!...

(Y para completar el mágico cuadro provinciano un tren

humea, pita y traquetea al atravesar el puente metálico.)

... ¡El tren!...

(Después vuelve el silencio. ISABEL se ha quedado un poco ensimismada mirando todo ese mundo a sus pies que

las primeras sombras de la noche empiezan a ocupar. ISABEL no se da cuenta de la mirada de JUAN. JUAN se

resiste a ser tocado por cualquier emoción que ISABEL

pueda transmitir ahora. JUAN tiene que continuar ese juego estúpido, esa broma a la que se ha comprometido.

JUAN está dispuesto ahora a decir su parte. La llama.)

JUAN.- ¡Isabel!

(ISABEL se vuelve a JUAN. Quizá ese instante que los

envuelve, quizá la sonrisa de ISABEL, quizá sus ojos húmedos, quizá un poco de ternura por ese corazón de muchacha que ella le ha

hecho vislumbrar, desarmen a JUAN. Empieza, pero no llega a terminar. O no puede. O

no se atreve.)

Isabel...

(JUAN se irrita consigo mismo, por su blandura, por dejarse ganar por una emoción, por perder su jugada. Se

pone en pie casi de un salto. Dice.)

No. Vámonos...

ISABEL.- ¿Ya?

(JUAN no la mira. Habla con rabia, subiendo un poco el

tono de la voz.)

JUAN.- Sí, vámonos...

(Empieza a bajar. ISABEL no le sigue. JUAN se vuelve y

le grita, casi furioso.)

¡Venga, vámonos!

(ISABEL quiere replicar, dar su parecer. Está extrañada

por esa reacción de JUAN.)

ISABEL.- Pero...

(JUAN no la deja hablar. Le hace un gesto imperioso para

que se reúna con él.)

JUAN.- No discuta. Vámonos.

(Y JUAN se da vuelta y comienza a bajar rápidamente por el pequeño camino que baja serpenteando la colina. JUAN tiene prisa por huir de allí y sobre todo por huir de

ISABEL. ISABEL se encoge de hombros. No comprende

nada.)

Original · página 142

ISABEL.- Vámonos...

Y a su vez empieza a bajar, siguiéndole. Van muy separados. Desaparecen en una vuelta. La ciudad queda

allá abajo. Se encienden las primeras luces. Llega una música. Un chillido de vencejos. Sobre el cielo oscuro se

recorta la silueta de la Catedral.

Original · página 143

30.- El Círculo Recreativo

Don José María del Prat, Magistrado del Trabajo, tuvo

que acercar mucho la cara y casi gritar.

CALVO.- ¡Novios!

(Pero ese viejo señor debía ser bastante sordo. Se hizo

repetir la pregunta y se puso una mano detrás de la

oreja.)

SEÑOR 1.º.- ¿Eh?

(El CALVO se desesperó. LUIS le apartó con buenas maneras; él sabía hablar a los sordos. Arrimó una silla y

se sentó a la vera del viejo SEÑOR. Estaban todos los

socios, jóvenes o viejos, en la planta baja del Círculo

Recreativo. Ellos, LUIS y los otros, habían logrado

atraerse a esos cinco viejos socios y estaban dando publicidad a una noticia fabulosa. Algún truco tenía que haber en todo esto, porque de vez en cuando el CALVO y los suyos se hacían señas y gestos y se reían escondiéndose

unos en otros y detrás de una cortina. Ellos estaban bebiendo vino o coñac con sifón y alguno de los viejos,

agua mineral. LUIS, pues, empezó a habar a ese viejo

SEÑOR, en voz alta y despacio.)

LUIS.- ¡Que son novios! Juan... Usted conoce a Juanito Calderón,

¿no?... Pues él y la hija de don Blas, el coronel, se han hecho novios...

SEÑOR 1.º.- ¡No es posible! ¿Tú quieres decir Isabel Castro?

LUIS.- Sí, sí, la misma.

SEÑOR 2.º.- ¿Pero no es muy vieja?

DOCTOR.- ¡Ah! El amor no conoce edades...

SEÑOR 3.º.- Pues mira, me alegro. Es muy buena chica.

CALVO.- ¡Pues lo ha pescado!

SEÑOR 4.º.- ¿Quién lo iba a decir?

(Ellos se morían de risa por los rincones. El más cazurro

de los viejos, no se fiaba mucho.)

SEÑOR 5.º.- ¿Y vosotros cómo lo sabéis?

LUCIANO.- ¡Hombre! Eso es seguro... ¿No somos íntimos de Juan?... La cosa estaba ya madurita...

CALVO.- ¡Y hoy se la ha declarado!

SEÑOR 1.º.- ¿Y qué ha dicho ella?

LUIS.- ¡Pero, hombre, don Evaristo! ¿Qué iba a decir? Que sí.

DOCTOR.- ¡Pero que sí, volando! ¿No ve que era su última oportunidad?

(Los chicos se reían felices y contentos de sí mismos. Los

viejos ya se lo habían creído.)

SEÑOR 2.º.- ¡Vaya notición!

CALVO.- ¡Y que usted lo diga! Fíjese el suelto que Luciano va a publicar...

(Y el CALVO se sacó una cuartilla escrita a máquina del

bolsillo. Los viejos socios se agruparon aún más.)

SEÑOR 3.º.- ¿En la Gaceta?

LUCIANO.- Y en Destino Imperial... Esta misma noche los meto en máquina y mañana...

LUIS.- Mañana... ¡Pum! ¡La bomba atómica!... Léeselo a estos señores, Luciano.

(LUCIANO se aclaró la voz, requirió silencio y

declamando, leyó.)

LUCIANO.- «¡Al fin!... Siempre desde estas columnas hemos elogiado la perseverancia humana. La perseverancia en un buen fin, claro. ¿Y qué mejor fin que el matrimonio? Noticias dignas de todo crédito nos permiten anunciar a nuestros lectores y vecinos, el recién nacido noviazgo, «casi» oficial, de una señorita conocidísima de nuestra mejor y más vieja sociedad con un distinguido amigo nuestro. Esta señorita, después de numerosísimos años de confiada espera, ha logrado al fin cautivar a su Don Juan. Nunca es tarde, aunque lo parezca. Las solteras desesperadas de la localidad tienen con este suceso una esperanza reconfortante. Enhorabuena.»

(Ellos se pusieron a aplaudir como locos arrastrando a los

viejos. LUCIANO hizo un poco el payaso y las risas, las fáciles risas de nuestros amigos y sus grandes palmadas

en la espalda, aparecieron. El viejo malicioso estaba ya

convencido.)

SEÑOR 5.º.- Desde luego es un verdadero suceso... Habrá que celebrarlo.

CALVO.- En cuanto llegue Juanito... Están ustedes invitados.

(Uno de los viejos se disculpó y se puso en pie de mala

gana.)

SEÑOR 3.º.- Pues mira, yo lo siento... porque me están esperando...

(El DOCTOR, solícito, le acompañó unos pasos hacia la

salida.)

Original · página 146

DOCTOR.- No se olvide de decir la buena nueva a todo el que vea.

SEÑOR 3.º.- Descuida. Y muchos abrazos a Juan.

(El sordo estaba impaciente por empezar la juega esa que

habían anunciado.)

SEÑOR 1.º.- ¿Y ese Juan cuándo viene?

CALVO.- Está tardando un poco.

(LUCIANO que había levantado un visillo y estaba

atisbando el exterior anunció.)

LUCIANO.- Ya no hay casi nadie en la Calle Mayor...

(LUIS consultó su reloj. Empezaban todos a estar

fastidiados.)

LUIS.- ¡Claro! Si han cerrado ya los portales...

(El viejo malicioso tenía además mala fe. Quería aguarles

la fiesta.)

SEÑOR 5.º.- A lo mejor le ha salido mal el lance.

(Todos se miraron unos a otros. Estaban un poco

consternados. El CALVO insufló ánimos.)

CALVO.- ¡Venga, hombre! ¡A Don Juan!...

(Y la risa volvió de nuevo. Pero el CALVO se había puesto

en acción. Cogió a LUIS de un brazo y se lo llevó a

rastras.)

CALVO.- Tú, vamos a llamarle...

(LUIS dijo.)

LUIS.- Eso.

(Y se fue con el CALVO. Había un teléfono en un rincón

de la Sala de Tertulias. Llegaron allí y LUIS marcó el

número, un número de dos cifras. Contestaron a otro

lado de la línea.)

¿La Gran Pensión Castilla?... ¿Está Don Juan?...

31.- La Gran Pensión Castilla

DOÑA OBDULIA había cogido el teléfono. Como siempre

estaba tan peripuesta y tan frescachona y con tantas

ganas de pegar la hebra.

DOÑA OBDULIA.- ... Pues no sé, hijo... Es usted Luisito, ¿verdad?... Sí, sí, ya voy a ver...

(Y un poco molesta porque no le habían dejado hablar dejó el

teléfono y se encaminó con toda su gordura pasillo

adelante. Llegó a la puerta de la habitación de JUAN y ni

corta ni perezosa la abrió de golpe y entró.

DOÑA OBDULIA dio un pequeño grito. No se esperaba encontrar a JUAN allí. JUAN estaba tumbado boca arriba

en su cama, en mangas de camisa, fumando, a oscuras y

ni siquiera miró a la puerta cuando entró la patrona.)

¡Huy! Vaya susto... No sabía que estaba usted aquí... ¡Y a oscuras!

(Y fue a encender. Pero JUAN le advirtió, cortándola en seco. JUAN

tenía una voz rara, metálica, fría. Se le notaba

una rabia contenida.)

JUAN.- No encienda.

(DOÑA OBDULIA se sorprendió. Pero ella quería

hablar.)

DOÑA OBDULIA.- ¿Se encuentra usted mal?

JUAN.- No. Déjeme tranquilo, ¿quiere?

Original · página 149

(DOÑA OBDULIA se sofocó. Se dispuso a irse.)

DOÑA OBDULIA.- Su amigo Luis pregunta por usted...

(JUAN se alarmó y se incorporó en la cama.)

JUAN.- ¿Dónde?

DOÑA OBDULIA.- Por teléfono...

JUAN.- ¡Ah!... Diga que no estoy... No estoy para nadie, ¿lo oye?

DOÑA OBDULIA.- No me gusta mentir.

(JUAN se levantó exasperado y se fue hacia ella. Agarró el

pomo de la puerta.)

JUAN.- Pues mienta. La compraré una indulgencia. Diga que no estoy, que no me ha visto, que no sabe nada de mí... ¿entiende?

DOÑA OBDULIA.- Sí, hombre... Descuide... ¡Qué grosería!

Y se alejó refunfuñando por el pasillo. JUAN cerró la puerta de golpe y corrió el pestillo. Luego, tiró con rabia

el pitillo al suelo y se vino a sentar a los pies de la cama. Apoyó la cara entre las manos y se quedó con la vista fija

en algún sitio. JUAN estaba verdaderamente fastidiado.

Esto de la broma no era tan sencillo como parecía.

Original · página 150

Según el plan establecido hoy se tenía que haber declarado a ISABEL. No había podido. Atrevimiento y



cara dura no le faltaban. ¿Entonces? No se había atrevido. Ella se había confiado a él. Hubiese sido demasiada crueldad. ¿Y qué iban a decir los otros? Se habrían reído de él, le habrían tomado el pelo. Y esos sí que sabían burlarse. Por eso lo mejor era que no le viesen

esta noche. Se quedaría ahí, encerrado en la pensión. No

vería a ninguno de ellos. No quería. Lo que realmente

quería JUAN era pensar. ¡Si estuviese FEDERICO! Porque ahora JUAN empezaba a hacerse una pregunta, se

la había empezado a hacer esa misma tarde, en las ruinas del castillo, en la colina, mientras ISABEL hablaba. ¿Para

qué esa broma? ¿Era justo? JUAN estaba hecho un lío.

No encontraba una respuesta concreta. Y además, le empezaba a preocupar su blandenguería. Los otros se iban a reír de él. Tenía forzosamente que encontrar una

respuesta clara y terminante para esa pregunta. ¿Pero cuál? JUAN agachó la cabeza y se acarició la nuca con las

manos. Luego, levantó la cabeza. Empezó a golpear la

palma de una mano con el puño de la otra. Luego, se quedó quieto. En buen lío se estaba metiendo. Dio un

gran suspiro y se echó hacia atrás, para tumbarse

suavemente sobre la cama.

Original · página 151

32.- La habitación de Isabel

ISABEL se dio vuelta sobre sí misma y se quedó boca abajo en la cama. Estaba hecha un lío con las sábanas. No

encontraba la postura cómoda. Apartó la almohada. La

tiró al suelo. Estaba pues boca abajo. Los brazos cruzados, la cara

apoyada en los brazos. Tenía los ojos reidores, una expresión risueña en todo el rostro. Levantó

la cabeza y se apartó el pelo de los ojos con una mano. Apoyó la mejilla en la otra. Estaba sonriendo. ISABEL soñaba, imaginaba esas cosas que ella decía. ISABEL era

feliz, como nunca. Se acodó en la cama. Estaba murmurando algo. Parecía que estaba hablando sola. Pero no hablaba. Sus labios se movían repitiendo una sola

misma palabra. Cuando la pronunciaba despacio se entendía que estaba diciendo: «JUAN». Una de las veces, esa palabra se hizo audible y es muy posible que ISABEL se ruborizase un poco. Después, continuó, en alta voz, una

voz que parecía un susurro. ISABEL dijo:

ISABEL.- Juan...

Y lo repitió muchas veces, en todos los tonos posibles, en todas las actitudes que ella era capaz de pensar, en todas



las situaciones que ella era capaz de imaginar. Luego cuando se cansó de este juego o quizá cuando le pareció

que se estaba ilusionando por algo que quizá no debía, excesivamente, se dio, después de una gran sonrisa, vuelta

sobre sí misma rápidamente y se quedó boca arriba,

ensimismada, seria, muy seria, mirando al techo.

Original · página 152

33.- La habitación de Juan

JUAN estaba apoyado en la pequeña barandilla de hierro

del balconcillo de su cuarto. Estaba de espaldas a la ciudad que dormía tras él. Fumaba. Estaba aún más preocupado que antes. Se estaba pasando la noche en vela

y aún no había encontrado esa respuesta que buscaba. Lejos, dentro de la casa, sonó el teléfono. Una vez, y otra,

y otra. Tardaron en cogerlo. Se oyó confusa la voz de la

criada contestando y a poco, el cling, al colgar el auricular. JUAN se puso a pasear a grandes zancadas arriba y abajo de su estrecho cuarto. Tal vez, sus amigos

que tantas veces habían llamado preguntando por él esa

noche, tuviesen la respuesta. JUAN se asomó al balconcillo. Abajo y alrededor estaba la ciudad. Una gran

masa oscura con algunas lucecitas aquí y allá. El silencio.

JUAN apuró el cigarrillo y lo lanzó volando por el aire.

Siguió distraído la trayectoria de ese grupo luminoso. Luego dio un gran bostezo. Se retiró del balcón. La gran

campana de la Catedral sonó más grave y terrible que nunca. JUAN estaba en la cama, boca arriba, los brazos

bajo la nuca, serio, mirando al techo.

Original · página 153

34.- El billar del Círculo Recreativo

El CALVO, LUCIANO, LUIS y el DOCTOR estaban alrededor de la mesa de billar, dentro del cono de luz que

la lámpara proyectaba. Jugaban en silencio, envueltos en

el humo de sus cigarros y entre tacada y tacada se entretenían en beber coñac y en entizar su taco. Todos

estaba serios y cejijuntos y sólo se oía la respiración fuerte del CALVO y el ruido de las bolas al chocar unas

contra otras. Al cabo de un tiempo, LUIS, después de tirar, se volvió hacia atrás, miró detenidamente a algún

sitio y dijo:

LUIS.- ¡Tú dirás!

(Los demás levantaron la vista un momento de la mesa y miraron también hacia eses sitio. JUAN

estaba allí, en la penumbra, sentado en el brazo de un sillón y los miró uno

a uno. Estaba colérico, pero se contenía y a primera vista

tenía un terrible aire de gran niño cogido en falta.)

JUAN.- Ya lo he dicho todo. ¿Qué más queréis? ¿Que os pida perdón de rodillas?

(El CALVO fue magnánimo. Le dijo algo a JUAN y luego

se dirigió a los otros. En general, en esta conversación,

ellos hablaban de JUAN haciendo caso omiso de su presencia y dialogando simplemente entre sí, como si JUAN estuviese ausente. Hablaban con un marcado tono de

sarcasmo y de guasa, sumamente irritante y miraban a

JUAN, cuando le miraban, como a un pobre chico irresponsable al que había que cuidar y proteger.)

CALVO.- No es para tanto, hombre... Además es culpa nuestra, ¿no?

DOCTOR.- ¡Claro! No hemos debido contar con él...

Original · página 154

(JUAN se estaba sulfurando por momentos.)

JUAN.- Si tomáis las cosas así...

LUIS.- ¿Y cómo, si no?

LUCIANO.- Pero, en resumen, ¿qué ha pasado?

CALVO.- ¡Nada!... Que se raja.

DOCTOR.- Pobre chico... Eso es falta de bemoles...

(JUAN dio un salto y se fue hacia la mesa. Los otros ni se

inmutaron. JUAN echaba lumbre y en cualquier momento parecía que se iba a comer a cualquiera de los

jugadores. Ellos seguían jugando y hablando entre sí y

JUAN para hacerse oír se veía obligado a dar vuelta

alrededor de la mesa.)

JUAN.- ¡Eso es rábanos! Ni falta de bemoles... ni falta de nada... ¿Queréis que siga la broma?... Pues adelante...

LUIS.- Sí. Y otra vez nos deja en la estacada... Como anoche.

CALVO.- Y se esconde.

DOCTOR.- Y nosotros haciendo el ridículo ante todo Cristo.

LUCIANO.- Y yo comiéndome la noticia...

LUIS.- Ese no lo hace. Os lo digo yo.

CALVO.- No sé. ¿Qué te apuestas?

(JUAN al fin explotó. Empezó a chillar. Posiblemente

estaba ahora furioso consigo mismo, sobre todo. Los demás seguían jugando o le miraban a hurtadillas y se guiñaban un ojo cuando JUAN no podía verlos. El truco

daba resultado.)

Original · página 155

JUAN.- ¿Pero creéis que soy idiota?... Me queréis picar, ¿no?... Está bien... está bien... Habéis ganado... Me apuesto contra vosotros cuatro lo que se os ponga en el moño... Y ahorita mismo, me pongo a trabajar... Tú, vomita ya la noticia que mañana sale... ¡Por éstas!... Y ya podéis ir pidiendo permiso en casa para que os dejen salir esta noche... Porque esta noche lo celebramos por todo lo alto... Y pago yo, ¿eh?... Porque soy más señorito que Dios... Desgraciados...

(JUAN se fue rápidamente hacia el arranque de la escalera de caracol

que comunicaba con la planta baja. Y

desde allí, hizo mutis. Un mutis airoso.)

Irse limpiando que ahora vengo... Es un momentito... Voy, la busco, le digo que la quiero por novia... y os traigo aquí su cabeza, si queréis... ¡Oído!... Pues sed buenecitos, que ya vuelvo...

Y diciendo esto, se despidió de ellos con un gesto muy flamenco y desapareció rápidamente escaleras abajo. Los

otros le vieron partir, se miraron entre sí y estallaron, como siempre, en grandes carcajadas. Se doblaban por la

risa sobre la mesa de billar y se daban unos a otros

grandes palmadas.

Original · página 156

35.- El hall del Círculo

La risa le pilló a JUAN ya al pie de la escalera. Esas carcajadas le enfurecieron aún más. Tenía rabia por no haberse sabido negar a hacer una cosa que le repugnaba. Cruzó el salón vacío y en penumbra a grandes zancadas y se fue hacia la puerta de la calle. Se encontró en el hall un

montón de socios viejos todos asomados a los ventanales que daban a la Calle Mayor. Hasta el conserje estaba allí

pugnando por ver. JUAN se acercó e intentó vanamente

vislumbrar algo de lo que atraía la curiosidad general,

poniéndose de puntillas. Era inútil. Preguntó:

JUAN.- ¿Qué pasa?

(Su vecino más próximo se volvió. Le reconoció. Era un señor viejecito, ya conocido nuestro, DON EVARISTO.)

DON EVARISTO.- ¡Ah! ¡Hola!... La procesión.

(Eso no le hizo a JUAN ninguna gracia. Seguramente

estaría bloqueada toda la Calle Mayor.)

JUAN.- ¡Vaya, hombre!

(Y se fue hacia la salida. DON EVARISTO le retuvo al

hacerle una pregunta.)

DON EVARISTO.- ¡Oye!... ¿Eres novio de esa chica, sí o no?

JUAN.- Pues claro que sí, don Evaristo... Esa es la fija... Ahora voy a buscarla a su casa.

DON EVARISTO.- Dale recuerdos...

Original · página 157

JUAN.- De su parte.

Esto último ya se lo dijo caminando hacia la salida. JUAN apretó el paso, se abrochó la americana, y salió a la calle.

Original · página 158

36.- Procesión en la Calle Mayor

La Virgen, era una Virgen pequeñita y enjoyada, erguida

sobre un montón de flores artísticamente colocadas. Se bamboleaba de un lado para otro. La llevaban en andas unos jóvenes de Acción Católica, sudorosos y serios, con grandes escapularios. Y le daban escolta y protección dos



estirados miembros de la Benemérita. Brillaban los tricornios de tiempo en tiempo con las luces de los cirios y

brillaban también las bayonetas. Encabezando la procesión iba una banda de trompetas y tambores del Frente de Juventudes, detrás varias escuadras con guión

y todo y luego, la presidencia. Unos señores de paisano, dos canónigos, el Alcalde y Jefe Provincial, en uniforme,

un comandante de Artillería y un capitán de la Guardia

Civil. Luego, en filas ordenadas y dirigidas por algún sacerdote y algún joven con brazalete, venían las mujeres.

Todas con velo, cirio y escapulario. Primero las niñas,

luego las vírgenes, después las mayores. Las mujeres ocupaban la parte derecha en dos filas. Los hombres, niños, jóvenes y adultos, la parte izquierda, también con

cirio y escapulario. La procesión iba en silencio y entonces todo se llenaba con un murmullo espeso hecho con arrastrar de pies y conversaciones contenidas. Unas

veces sonaban las trompetas y redoblaban los tambores, luego callaban y volvía el silencio. Otras veces, uno de los

sacerdotes dirigentes, entonaba, siempre desafinado, un

himno y todos los hombres y mujeres, poco a poco, se ponían a cantar. Cada voz iba por su lado y a duras penas

el sudoroso sacerdote que dirigía los coros conseguía cierta armonía en el conjunto. Pero eso era lo de menos.

Lo importante era la intención.

La gente llenaba las aceras y curioseaba. Alguna mujer muy devota se arrodillaba al paso de la Virgen y los niños

no participantes, como siempre, cogían grandes perras

para unirse a la comitiva. La gente estaba también apiñada en los balcones de todas las casas de la

Calle Mayor y desde alguno, una vez, unas señoritas empezaron

a tirarle flores a la Virgen, dando a todo el mundo que

iba alrededor de ella.

Original · página 159

La procesión ahora iba en silencio. JUAN se abría paso por la acera con dificultad y con cierta violencia por su parte. La gente no protestaba de sus empellones. Estaban

todos embebidos en el espectáculo de la procesión. JUAN

estaba ya sudando y empezaba a temer que no llegaría

nunca a casa de ISABEL. Ahora estaba cogido en una aglomeración

y no podía avanzar ni para atrás ni para

adelante. JUAN se pasó una mano por la frente para secarse el sudor e hizo acopio de paciencia. Veía pasar la procesión entre las cabezas de la gente mientras intentaba

a viva fuerza seguir su camino. Una de esas veces, al

mirar, vio algo que le hizo detenerse y sonreír

alegremente.

ISABEL iba en la procesión. ¡Cómo no! Ahí estaba con

ese aire recogido, tan suyo. ISABEL, con su velito, su cirio, su gran escapulario, unos cuantos metros detrás de

la Virgen, en la segunda fila, la fila de dentro, contando

desde la acera.

En el momento en que JUAN vio a ISABEL las trompetas

del Frente de Juventudes empezaron a sonar. Los tambores redoblaron y ya no hubo manera de entender

nada en diez leguas a la redonda. JUAN se abrió paso a codazos, furiosamente, para salir de la acera, cruzar la

primera fila de mujeres, equivocarse de participante (todas esas mujeres de espaldas parecían iguales en esa media luz) y llegar al fin al lado de ISABEL. ISABEL dio

un respingo cuando se encontró a JUAN a su lado. Cambiaron unas palabras que desde luego nadie podía oír. Pero se entendía que JUAN se apresuraba a calmarla,

a tranquilizarla, mientras ISABEL debía recomendarle

por todos los Santos que saliera de la fila. Después de

algunas frases, ISABEL dejó de hablar y se limitó a

escuchar las acaloradas palabras de JUAN. JUAN hablaba cerca del oído de ISABEL, que durante la mayor

parte del tiempo miraba, con grandes ojos asombrados,

delante de ella. Algunas veces las palabras de JUAN debían ser tan extraordinarias que ISABEL no tenía

más remedio que volverse a mirarle. JUAN hablaba y hablaba,

seguramente en voz alta para dominar un poco el estridente clamor de las trompetas. Pero, he aquí, que de

pronto el Cabo adolescente que dirigía la fanfarria hizo un elegante gesto y súbitamente surgió el silencio. JUAN

se oyó decir:

Original · página 160

JUAN.- ... y te quiero!

(Tuvo que bajar la voz un poco sorprendido y cortado. Las mujeres que rodeaban a ISABEL y algunos jóvenes

de las otras filas, se empezaron a dar cuenta de la presencia de JUAN y ladeaban o volvían píamente la cabeza para verle. JUAN procuraba esconderse detrás de

ISABEL. Repitió casi en voz baja sus últimas palabras.)

¡Y te quiero! ¡Ya lo sabes!... Vengo por ti... Para ser tu novio... tu novio de verdad... Para ser tu marido... ¿Verdad que tú me quieres también, Isabel?... ¿Di?... ¿Di?... ¿Verdad que sí?...

(ISABEL estaba boquiabierta, sin respiración, los ojos húmedos y llenos de toda la alegría del mundo, con unas ganas enormes de llorar y de reír y de dar saltos mortales.

Se agarraba el pecho del vestido con una mano crispada

por la emoción, mientras su mano derecha apretaba y

apretaba el pequeño cirio que se torcía levemente. ISABEL abrió mucho la boca para coger aire y respirar y

contestar a JUAN. En ese momento, justo en ese momento, en el que ISABEL después de dieciocho años de

espera, abría la boca para decir el sí más rotundo del universo, el sacerdote que dirigía el coro, dio la señal y todo el mundo abrió también la boca y se puso a cantar

una de las estrofas de ese himno piísimo.

ISABEL, la pobre, luchaba con emociones y deberes encontrados.

Ella tenía que cantar y al mismo tiempo tenía que contestar. El himno llenaba el aire de voces discordantes y era imposible oír nada a medio metro. Por eso JUAN se desesperaba. Tal vez ella había contestado ya

y él no lo había oído. JUAN necesitaba a toda costa oírla contestar, oírla decir que sí. Por eso volvió a la carga de

nuevo y comenzó a hablarle muy cerca del oído, agitadamente, seguramente repitiendo sus palabras de

antes.

Original · página 161

Las mujeres y los hombres de los alrededores de ISABEL

cantaban, torcían el cuello para mirar y se escandalizaban. El escándalo se propagó rápidamente, con mayor velocidad en las filas de mujeres y al cabo de

un tiempo, todo el mundo, sin dejar de cantar, volvía de

vez en cuando la cabeza y miraba hacia atrás, sin saber bien dónde había que mirar y por qué. Una de las señoras

que debía dirigir las filas de mujeres recibió la alarma y

parándose, esperó que la corriente de la procesión pusiera a su alcance el cuerpo extraño que perturbaba el

orden.

En ese momento, se hizo el silencio. La estrofa del himno había

terminado y las voces se recogieron, si no de golpe,

por lo menos de veinte en veinte. Esta vez el silencio no sorprendió a JUAN. Él ya se había callado un momento

antes y esperaba la respuesta de ISABEL. ISABEL se volvió un momento hacia él y le miró a los ojos con los

suyos húmedos y felices y dijo suavemente.)

ISABEL.- Sí.

(JUAN salió detrás de ella y poniéndose a su lado y

apretándole las manos, con cirio y todo, le dijo



arrebatadoramente.)

JUAN.- Gracias... ¡Gracias, Isabel!

(Ahora ya habían llegado delante de esa SEÑORA con escapulario, cirio, velo y brazalete. Ella se puso al pairo

de JUAN y le preguntó.)

SEÑORA.- ¿Usted es de la Congregación?

(JUAN ni le hizo caso. Se estaba despidiendo de ISABEL.

Para aumentar aún más la confusión, las trompetas del

Frente de Juventud empezaron a sonar.)

Original · página 162

JUAN.- Luego te veré... Te espero aquí... en la Calle Mayor...

(La SEÑORA esa trotaba al lado de JUAN, insistiendo.)

SEÑORA.- Diga, ¿usted es de la Congregación?

JUAN.- ... Cuando termines con esto... enfrente del Bar Miami...

(ISABEL decía a todo que sí, con la cabeza. Era muy feliz.

La SEÑORA insistía.)

SEÑORA.- ¿Pero usted es de la Congregación?

(JUAN se volvió hacia ella un poco fastidiado ya de tanta

pregunta.)

JUAN.- No... no... Pero si quiere me apunto, madre.

(Luego se volvió a ISABEL y le dio un nuevo y definitivo

apretón de manos, despidiéndose.)

Adiós, Isabel... Hasta luego...

(Y la soltó. ISABEL fue arrastrada por la corriente inexorable de la procesión. Ella caminaba con la cabeza vuelta hacia JUAN, igual que todas las demás mujeres de

su fila. JUAN le decía adiós con la mano. Estaba allí quieto entre las

dos filas de mujeres con cirios que le miraban, discutiendo con esa SEÑORA que le daba de vez

en cuando un gentil empujón para arrojarlo de la procesión. JUAN se volvió hacia ella y la gritó, molesto.)

Ya me voy, madre, ya me voy...

Original · página 163

Y diciendo adiós con la mano por última vez, JUAN sorteó a las mujeres con cirios y ganó la acera.
ISABEL



estaba todavía vuelta mirándole hasta que le perdió la vista. Las trompetas callaron. El sacerdote dio la señal y todos se pusieron a cantar otra estrofa de ese lindo himno

piadoso.

ISABEL miró hacia delante. Era feliz. Se puso a cantar y

su voz resonó alegre y brillante, remontando todas las

demás, separándose de todas.

La procesión continuó su marcha. La Virgen sobre las

andas se balanceaba de un lado para otro.

37.- «Chez» Madame Pepita

JUAN se bebió el coñac de un trago y luego estrelló la

copa contra la pared. Madame PEPITA y las chicas dieron un pequeño gritito. JUAN se fue tambaleante hacia

la mesa y se apoyó en ella de golpe con las dos manos. Tintinearon los vasos y se cayó una botella. JUAN estaba muy borracho, con los ojos congestionados, lleno de todo

el mal humor del mundo. Les gritó.

JUAN.- ¿Y ahora qué?

(Los demás no dijeron nada. Casi no se atrevían a aguantarle la mirada. Los demás eran los amigos

de siempre. Estaban todos sentados alrededor de la mesa del

comedor de Madame PEPITA, emparejados con esta

buena señora y con TONIA, MARUJA la andaluza, ENCARNA y dos señoritas más cuyos nombres sentimos no recordar. La mesa estaba toda revuelta, los manteles sucios de vino y de restos de comida, un vaso roto, platos amontonados y botellas, bastantes botellas. Hacía ya rato

que el resto del café se enfriaba en las tazas y servía de

cementerio a las colillas. Como siempre el puro de

LUCIANO se había apagado ya. Una de las nuevas señoritas chupaba

concienzudamente con un palillo y a doña PEPITA todo este alboroto le cortaba la digestión y

le repetían las sardinas en aceite. La digestión estaba resultando penosa entre tanto humo, tanto alcohol y tanta

provocación de JUAN. JUAN estaba allí, de pie, apoyándose en la mesa y escupiéndoles a la cara.)

¿Eh? ¿Ahora qué?

LUIS.- Te estás poniendo un poco pesadito, ¿verdad guapo?

(JUAN se fue hacia él dando traspiés. LUIS hizo que no se inmutaba y le echó una sonrisita superior a la del palillo; pero estaba en guardia. Nunca se sabe, con un borracho.)

Original · página 165

JUAN.- ¡Me pongo como me sale de las narices!

(Luego se dirigió a todos.)

Y no hay aquí ningún tío que sea capaz de pararme.

(El DOCTOR se removió inquieto y molesto, pero

MARUJA la andaluza le retuvo y le aconsejó.)

MARUJA.- ¡Déjalo, anda, déjalo!

(JUAN se dio cuenta y tuvo una sonrisita gachona e

insultante.)

JUAN.- ¿Y ahora quién se raja?... Vosotros, que sois unos blandos...

(El CALVO se hartó. Se puso en pie y dio un puñetazo a

la mesa. Se cayeron más cosas. Una de las señoritas fue salpicada por un poco de salsa de tomate fría y soltó un

taco.)

CALVO.- ¡Bueno!... ¡Ya está bien!

(Pero JUAN se fue hacia él y de un empellón le sentó.)

JUAN.- Tú a callar...

(ENCARNA salió en defensa de su amigo.)

ENCARNA.- ¡Venga, Juan...!

(Pero JUAN se volvió hacia ella rápido y terrible y le

amagó.)

JUAN.- ¡Y las furcias también...!

(Hubo un segundo de calma, durante el cual los amigos se hacían gestos unos a otros para no hacer caso a JUAN e ir

capeando el temporal. La señorita del palillo lo estaba

pasando bomba. JUAN volvió a la carga. Intentaba vanamente encender un cigarrillo. TONIA, sin decir nada,

le encendió uno y se lo pasó.)

Bueno, ¡pues ya está hecho!... Ya es mi novia, ¿no?... Y ya os la he restregado por las narices en el Bar Miami... ¡Ya está!

(Se revolvió contra todos, quizá porque ninguno le

contestaba.)

Y ahora, ¿quién dice que soy un rajao?... ¿Eh?... ¿Quién dice que no tengo gancho? Yo tengo todo lo que hay que tener y mucho más...

(Se fue para LUCIANO y le quitó el cigarro de la boca.)

¿A que sí?

(LUCIANO, incómodo, pero con mucha calma, recuperó

su cigarro.)

LUCIANO.- Sí, hombre, sí,...

Original · página 167

(El CALVO le había guiñado un ojo a PEPITA y ésta se

levantó con una botella en la mano y con una falsa

alegría.)

PEPITA.- Anda, Juanito, vamos a brindar...

(Proposición que fue muy bien acogida por todos, especialmente por las chicas, que armaron mucho barullo

diciendo «¡Eso, eso!» y pertrechándose de copas y vasos.

Pero JUAN seguía con sus reivindicaciones.)

JUAN.- Soy más macho que nadie...

(El CALVO animó a todo el mundo a dar su aprobación.)

CALVO.- Que sí...

(Madame PEPITA recomendó rápidamente, en voz baja y

en un aparte, a TONIA que permanecía ajena a todo ese

espectáculo.)

PEPITA.- ¡A ver si te lo llevas!

(Los demás se disponían a brindar. Unos se habían

levantado y todo.)

LUIS.- ¡Venga, choca!...

(Y JUAN empezó a chocar su nueva copa de coñac con cierta furia, con unos y con otros, haciendo derramar la sidra achampanada que algunos tomaban. JUAN con esto del brindis se animó y sonriendo estúpidamente empezó a

cantar él solo.)

JUAN.- ¡Ay qué tío, ay qué tío!

Qué bromazo le ha metío...

(Y los demás también se animaron y se pusieron a cantar

ese estribillo del inolvidable maestro Guerrero. El

DOCTOR gritó.)

DOCTOR.- ¡Pon música, Pepita!

JUAN.- ¡Eso!... Y saca más botellas...

(JUAN estaba ahora más sociable. Cantaba dirigiendo el

coro, abrazado a LUCIANO. TONIA se le acercó, le acarició el cogote, le quitó la copa sin que se diese cuenta y le agarró por un brazo. Hasta consiguió que JUAN diese

un par de pasos en la dirección que ella quería. Y todo

eso, mientras JUAN cantaba. La señorita del palillo manipulaba el aparato de radio y hacía surgir a todo volumen el croar de las ranas del gran lago eléctrico.)

TONIA.- Vente, Juan...

(Pero JUAN, al cabo, reaccionó y se sacudió bruscamente

de ella.)

JUAN.- Suéltame... A mí no me manda nadie...

(TONIA estaba serena y no consentía que nadie la tratase

mal.)

TONIA.- Nadie te manda... ¿Vienes o no?

(Los demás se habían callado. La radio mandaba una música caliente. JUAN se puso gallito con TONIA. Tenía

una borrachera de machismo.)

JUAN.- Y si no, ¿qué?... ¿Qué?

(TONIA le plantó cara. Era una mujer de verdad y podía

con JUAN y con diez tontos como él.)

TONIA.- ¿Qué?

(JUAN se fue hacia ella amenazador. Pero se notaba que

por dentro estaba vacío.)

JUAN.- Mira... ¡no te me pongas chula que te sacudo!

(Y le amagó como para darle una bofetada del revés. TONIA ni pestañeó. Le miró bien fijo a los ojos y le dijo

suave y claramente.)

TONIA.- Si me tocas, te rajo.

(Comprendió JUAN velozmente que con TONIA no se podía jugar y para no quedar al descubierto delante de todos, cambió el aire de la escena. Pegó un grito alegre,

jaleando a TONIA.)

JUAN.- ¡Olé!...

(Le cogió la barbilla con la mano y le metió la cara.)

¡Así me gusta!

Original · página 170

(JUAN le echó a TONIA un brazo por los hombros. Se estaba cayendo ya de puro borracho. Se volvió a todos

mientras TONIA echaba a andar con él.)

¿Lo veis?... ¡Esto es una mujer!...

(Y apoyándose en TONIA, salió del comedor, cantando

roncamente.)

¡Ay qué tío! ¡Ay qué tíoooo...!

Qué bromazo le ha metíooo...

(Los demás se quedaron un momento como estaban y se miraron unos a otros. Madame PEPITA dio un suspiro de

satisfacción en cuanto JUAN salió del comedor. El CALVO y los otros, se sonrieron y luego se echaron a reír.

LUCIANO soltó una gran carcajada y le sacudió un feroz

azote a la señorita del palillo, que pegó un grito y por

poco se lo traga.

JUAN, con mucha dificultad, empujado por TONIA, iba

subiendo una escalera interior. TONIA conservaba ese gesto impenetrable y un poco asqueado de siempre. JUAN

sudaba y tenía los ojos extraviados de tanto alcohol.

Cantaba, casi en voz baja, balbuciendo, los labios

húmedos.)

¡Ay qué tíooo...! ¡Ay qué tíooooo...!

¡Qué bromazo le ha metíoooo...!

Original · página 171

38.- La cocina de Isabel

El aluminio de las cacerolas brillaba en la semioscuridad de la cocina. Entraba por las ventanas del pasillo sobre el

patio, un poco de luna. La CHACHA, un poco despeinada

y en camisón, estaba en el umbral de la puerta de la cocina y poniéndose un dedo en los labios recomendó

silencio a alguien, en el interior.

CHACHA.- ¡Chissst...!

(Luego miró un momento hacia el pasillo. Estaba todo a oscuras. Se oía el tic-tac del reloj del comedor y aguzando

el oído el respirar de una persona dormida. Lejos, se oyeron sonar las campanas de la Catedral. La CHACHA

dejó su puesto de observación y se metió en la cocina de puntillas, sus grandes pies desnudos. ISABEL estaba allí,

casi en el suelo, sentada en un escabel, con esa postura suya de siempre, las rodillas sujetadas por sus brazos. La

CHACHA entró diciendo.)

Como se despierte tu madre, verás...

(La CHACHA se sentó en esa silla de anea que estaba delante de ISABEL. ISABEL estaba también en camisón, el pelo suelto, los pies desnudos. ISABEL se apoyaba en el

regazo de la CHACHA, que de vez en cuando le acariciaba la cara y el pelo con sus grandes manos callosas. ISABEL se confiaba a la CHACHA, o tal vez,

hablaba para sí misma en voz alta.)

ISABEL.- Me quiere... ¿Sabes, Chacha?... Me quiere... Y quiere que nos casemos enseguida... ¿Te das cuenta?... Mi marido...

Original · página 172

(ISABEL acurrucó su cabeza en el regazo de la CHACHA

y se apretó fuerte contra ella. Tenía los ojos grandes y

soñadores, limpios y alegres. A veces, se nublaban.)

... Tengo miedo, Chacha...

CHACHA.- ¿De qué, cordera?

ISABEL.- No sé... tengo miedo... como si no pudiera ser verdad...

(La CHACHA le acariciaba suave y repetidamente el pelo.

Tenía los ojos húmedos.)

CHACHA.- ¡Tonta!

ISABEL.- Es mi novio... Mañana saldremos... y todos los días... del brazo... por la Calle Mayor...

(ISABEL se puso repentinamente seria.)

... Se van a reír de mí...

(ISABEL alzó la cabeza y miró a la CHACHA. Le contó

un secreto que había guardado mucho tiempo.)

... No te lo he querido decir nunca... Pero, ¿sabes qué mote me habían puesto?

(La CHACHA negó con la cabeza. Estaba casi llorando.)

... ¡Solterona furiosa!...

(La CHACHA le cogió la cabeza entre las manos y la escondió en su regazo. Lloraba y estaba, ella sí, furiosa.)

CHACHA.- Pues ahora, ¡que rabien!... ¡Sinvergüenzas!

ISABEL.- No.. Que no rabie nadie... Soy feliz... Tengo novio... Novio para casarme...

(La CHACHA se enjugó sus lágrimas y la animó.)

CHACHA.- Y para disfrutar de él... y para ir a todos lados... de paseo... y al baile...

(ISABEL dio un pequeño respingo. Algo se le había

venido a la cabeza.)

ISABEL.- ¡El Círculo!

CHACHA.- ¿Qué?

ISABEL.- El baile del Círculo... Eso...

(ISABEL miró a la CHACHA con ojos ilusionados para

explicarle bien su idea.)

Sabes que siempre he ido sola... y me quedaba sentadita allí con mamá y las tías... y no me sacaba nadie a bailar... Y yo, estaba tan quietecita y sonriente... y muerta de pena, por dentro...

(ISABEL se refugia de nuevo en el regazo de la CHACHA,

apelotonándose.)

Este año iré con él... Y estaré venga a bailar toda la noche...

(La CHACHA le acunaba y le acariciaba la cabeza.)

CHACHA.- Sí, hija, sí...

(ISABEL estuvo un rato en silencio, los ojos más brillantes que nunca. Y de pronto se nublaron. Se volvió

hacia la CHACHA rápidamente y la miró asustada.)

ISABEL.- ¡Ay Chacha!... ¡Pero si ya no sé bailar!

CHACHA.- No digas burradas...

ISABEL.- Que sí... que sí... Seguro que se me ha olvidado.

(La CHACHA tenía recursos para todo. Zanjó el asunto

dándole unos cachetes cariñosos y diciendo,

absolutamente decidida.)

CHACHA.- Bueno, ¡pues yo te enseñaré!

(ISABEL se rió y escondió de nuevo la cara en el regazo

de la CHACHA. Los ojos le volvieron a reír.)

ISABEL.- Chacha... ¿no soy muy tonta?

(La CHACHA acunaba y acariciaba a ISABEL con

infinita ternura. Lentamente, los ojos de ISABEL comenzaron a nublarse de nuevo y al final, se quedó muy

seria, muy angustiada, mirando fijamente a un punto. Tuvo como

un estremecimiento. La CHACHA lo notó.)

CHACHA.- ¿Tienes frío?

ISABEL.- No. Es que pensaba que... Me he asustado...

(ISABEL levantó súbitamente la cabeza y preguntó muy

angustiada a la CHACHA.)

¿Tú crees que yo sirvo... que yo sirvo para novia?...

(La CHACHA la apretujó contra sí, conmovida, y empezó

a darle besos en el pelo. Para la CHACHA, ISABEL era

ahora como una niña pequeñita.)

CHACHA.- ¡Hija! ¡Isabel!

(ISABEL se abrazó aún más a la CHACHA, como si quisiera meterse dentro de ella. Se le volvieron a iluminar

los ojos otra vez y murmuró en un suspiro.)

ISABEL.- ¡Ay Chacha!... ¡Soy tan feliz!... ¡tan feliz!...

Quedaron las dos en silencio. La CHACHA con los ojos húmedos que se restriega de vez en cuando y sorbiéndose

las lágrimas con la nariz. ISABEL muy apretujada a la CHACHA, los ojos más limpios, alegres y soñadores que nunca. Volvió a surgir en el silencio el tic-tac del reloj del

comedor, la respiración de esa persona durmiendo. Goteaba el grifo de la pila de la cocina y crujía la silla de

anea al mecer la CHACHA a ISABEL. Muy lejanas

comenzaron a sonar las campanas de la Catedral.

Original · página 176

39.- La habitación de Tonia

Por la ventana abierta de la habitación de TONIA esas campanadas entraron más fuertes. Total, la Catedral no

estaba tan lejos. TONIA encendió un cigarrillo y se lo pasó a JUAN, que estaba echado a su lado. Fumaron los dos en el silencio que se abrió en la noche después de las

campanadas. Llegaba a ráfagas la música de una radio no

muy lejana y en una pausa cualquiera se oyó con cierta claridad una copla que cantaba alguien en alguna parte

del barrio.

COPLA.- Tú tienes el corazón

más duro que las columnas

del templo de Salomón...

(TONIA y JUAN fumaban los dos en silencio. JUAN echado. TONIA medio incorporada en la cama. Cuando

terminó la copla JUAN habló. Ni siquiera miraba a

TONIA.)

JUAN.- ... ¿Y qué te parece?

TONIA.- ¿Eh?

JUAN.- La broma... Lo de esa chica... Isabel.

TONIA.- Ya te lo he dicho.

JUAN.- ¿Qué?

TONIA.- Una canallada.

JUAN.- ¿Sí?

TONIA.- Sí... Una canallada... Esos tíos son unos cabestros... Pero tú...

JUAN.- ¿Qué?

TONIA.- Nada... Creía que eras de otra manera.

Original · página 177

JUAN.- ¿Cómo?

TONIA.- Más hombre... más entero...

JUAN.- Pero si total es una broma... Para reírnos...

TONIA.- ¿Todos?

(Hubo una pausa. El tiempo suficiente para que JUAN

encajase la respuesta de TONIA. Se mordió los labios.

Disimuló.)

JUAN.- No te entiendo.

TONIA.- ¿Ella también se va a reír?

JUAN.- ¡Bah! No le va a pasar nada...

TONIA.- ¿Tú que sabes?... Me dais asco.

(JUAN se sintió ya molesto por el tono de la conversación.

Levantó un poco la voz.)

JUAN.- Bueno, cállate ya...

(Pero las órdenes no valían con TONIA. Ella sabía perfectamente el terreno que pisaba. Ella también levantó

un poco de voz.)

TONIA.- Será si quiero... Este es mi cuarto.

(Volvió el silencio. Pero ahora estaba lleno de hostilidad.

JUAN se sentía molesto. No quería complicarse la vida, o

al menos esos ratos, con TONIA. Por eso claudicó.)

JUAN.- ¡Tonia!... ¡Tonia!

(Pero TONIA se hacía la sorda.
JUAN se volvió hacia ella

y la llamó con un tono más persuasivo.)

¡Tonia!

(Ella contestó sin mirarle.)

TONIA.- ¿Qué?

(JUAN parecía ahora un chico castigado. Hablaba con

cierto mimo.)

JUAN.- No te enfades, mujer...

(TONIA le miró y no pudo por menos de sonreírse. Además ella misma empezaba a preguntarse si no estaba

un poco enamorada de JUAN. Le sonrió. Esa sonrisa

significaba muchas cosas. Dijo.)

TONIA.- Sinvergüenza...

En un tono que más bien era una caricia. Tiró el cigarrillo y se acercó a JUAN. Esta vez volvió el silencio,

un silencio completo, total, en el que sólo cabía el pitido

lejano y agudísimo de ese tren que maniobraba en las

afueras.

Original · página 179

40.- La habitación de Isabel

Ese pitido llegó también hasta ISABEL. ISABEL estaba

asomada a su balcón, ese balcón que daba a la Calle Mayor. A estas horas toda la ciudad dormía y la Calle Mayor estaba desierta y silenciosa. ISABEL, en camisón,

sentía en sus brazos desnudos el frío nocturno. Por eso

estaba como abrazada a sí misma. Respiraba a pleno pulmón ese aire solitario ye escuchó atentamente hasta que el pitido se perdió en la noche y en la lejanía. ISABEL

era feliz. Tenía ganas de ponerse a dar gritos desde su balcón y contar todo lo que le estaba pasando. Eso era

imposible. Respiró una vez más y cerró el balcón, sigilosamente, para no despertar a su madre que dormía en el cuarto de al lado. Se

encontró sola en su habitación, rodeada por todos esos objetos que habían sido testigos de su larga espera. Tenía ganas de besarlo todo. Se conformó

con coger en volandas un muñeco, su muñeco más viejo y

ensayar con él un paso de vals, diciendo en voz muy

bajita...

ISABEL.- Ta-ta-ta... ta-ta-ta...

Y luego dando vueltas y vueltas se tiró de espaldas sobre

la cama. Estaba allí boca arriba, con los ojos felices y entonces cogió el muñeco y lo apretujó contra su pecho,

casi histéricamente. Apagó la luz. Entraba un poco de claridad por entre las maderas, mal cerradas, del balcón.

En esa casi oscuridad brillaban los ojos de ISABEL, soñando con el futuro más risueño. Se quedó allí quieta,

encima de la cama, abrazada estrechamente al muñeco,

feliz.

Original · página 180

41.- Los talleres de La Gaceta del Agricultor

La rotoplana de La Gaceta del Agricultor iba sacando uno

tras otro los ejemplares recién confeccionados. LUCIANO, en

mangas de camisa, conservando aún en la

boca su puro apagado, tomó uno de los ejemplares y lo hojeó, observándolo con ojo pericial. Los demás -LUIS, el

CALVO, el DOCTOR y JUAN- se habían acomodado alrededor de la máquina y estaban sentados en montones

de periódicos o de papel o simplemente cabalgaban una silla. Todos tenían la barba crecida y sucia del amanecer

que no se duerme, la boca espesa y los ojos cargados. Estaban muertos de sueño y hasta de dolor de cabeza,

como JUAN. No decían nada, miraban en silencio las cosas, medio dormidos y cuando hablaban la voz no tenía

ni tono ni fuerza y las palabras se arrastraban monótonamente. LUCIANO, después de ver el ejemplar lo

dobló por la página interesante para él y se lo puso a JUAN delante de las narices, señalándole algo con el dedo.

JUAN leyó. Su rostro no tenía ninguna expresión. El

CALVO le arrebató el periódico.

LUCIANO.- ¿Qué te parece?

JUAN.- A lo mejor lo encontráis gracioso.

CALVO.- ¿Tú no?

(El periódico iba pasando de mano en mano.)

JUAN.- Yo regular... Me estoy hartando ya de la bromita...

LUIS.- ¿Por?

(JUAN se levantó, dio un gran bostezo, se estiró.)

JUAN.- Porque sí... ¿Cuándo se termina?

Original · página 181

(El DOCTOR puso una gran cara de asombro.)

DOCTOR.- ¡Andá! Pero si empieza ahora... con esta noticia...

(Y dio un papirotazo al diario señalando el lugar donde

venía la buena nueva. JUAN se acercó a él y le cogió el cigarrillo que tenía entre los labios para encender el suyo;

se había quedado sin cerillas.)

JUAN.- ¿Y se termina?

CALVO.- Las cosas a su tiempo, señor... Ya verás... Ya verás la que se arma...

JUAN.- Eso creo...

(Dio otro bostezo, se estiró de nuevo y mientras se

ajustaba los pantalones anunció.)

¡En fin!... ¿Os venís?

(E hizo ademán de irse. LUCIANO le retuvo.)

LUCIANO.- Pero aguarda, hombre... Ahora nos traen el café y los churros... ¿O no sabes la tradición de la casa?

(JUAN dijo que sí con la cabeza. Se caía de sueño.)

JUAN.- ... Esperar la salida de los periódicos.

(LUIS preguntó, mientras se limpiaba las uñas.)

Original · página 182

LUIS.- ¿Algo interesante?

(El DOCTOR que aún conservaba ese ejemplar y que le

estaba echando un vistazo, comentó.)

DOCTOR.- La lesión de Kubala.

(LUIS se puso en pie de un salto. Era para él una noticia

sensacional.)

LUIS.- ¡No!

DOCTOR.- Sí, hombre...

(Y LUIS apresurado, fue y le arrebató el periódico. LUIS empezó a leerlo ávidamente y al final tuvo un comentario

pleno de disgusto.)

LUIS.- ¡Pues sí...!

(El CALVO preguntó entre dos bostezos.)

CALVO.- ¿Y tú te escribes los dos periódicos?

LUCIANO.- ¿Yo?... No. Se vienen escritos de Madrid...

JUAN.- Entonces, ¿tú qué haces?

(LUCIANO estaba al lado de la rotoplana y se volvió hacia

ellos con una sonrisa pícara.)

LUCIANO.- Cuido la ortografía...

(Había cogido un nuevo ejemplar de los que empezaba a lanzar ahora la máquina. Era distinto del anterior, tenía

otro formato. Se lo tendió al CALVO.)

¿Quieres?

(El CALVO no aceptó y dijo con un gesto de asco.)

CALVO.- No. Yo prefiero La Gaceta.

JUAN.- ¿Y qué diferencia hay?

DOCTOR.- Las palabras cruzadas son mejores en el Destino Imperial.

(Hubo unas pequeñas y desmayadas risitas. JUAN empezó

a andar hacia la puerta de salida. Tras los cristales se

asomaba la luz cruda del amanecer.

LUCIANO insistió. Le molestaba que JUAN se fuese.)

LUCIANO.- ¿Qué, no te quedas?

JUAN.- No... me largo...

(Entreabrió la puerta. Se estableció una corriente de aire

que hizo volar algunos papeles y subirse el cuello de la

americana a LUIS. Hacía frío.)

LUIS.- Descansa, Romeo...

(Las despedidas siguieron en el mismo tono.)

CALVO.- Y felicidades...

(LUCIANO se puso a gritar, como siempre.)

LUCIANO.- ¡Vivan los novios!

(Los demás corearon.)

TODOS.- ¡Vivan!

(JUAN se sonrió y movió la cabeza. Después de todo eran

simpáticos. Se despidió insultándolos cariñosamente.)

JUAN.- ¡Gamberros!

Y abriendo definitivamente la puerta, salió a la calle.

42.- Las calles, al amanecer

JUAN salió a la calle. Hacía un poco de frío. Se subió el

cuello de la americana y se metió las manos en los bolsillos. Estaba amaneciendo. Había un silencio y una soledad especial. La calle estaba mojada. JUAN caminó con grandes pasos cansados. Arriba empezaron a chillar los vencejos. Pasaban sombras fugaces de mujerucas que corrían a la primera misa. Se oía el agrio toquecito de una

capilla cercana. JUAN se cruzó con algunos obreros con

tartera y mono, recién peinados, camino del trabajo.

Trotaban a su lado algunos aprendices ateridos.

JUAN no se fijaba en nada. Iba cabizbajo pensando en sus

cosas, aunque también era posible que se estuviese durmiendo. Cruzó la Calle Mayor. Los municipales estaban barriendo. Una tras otra empezaron a sonar las sirenas de las fábricas al otro lado del río. Después volvió el silencio. JUAN era ahora una silueta sobre el contraluz;

el sol empezaba a hacer brillar la parte baja de las calles.

Empezaron a sonar lentas y graves las campanas de la Catedral y a poco empezaron a tocar arrebatadamente todas las campanas y campanitas de todas

las Iglesias y capillas de la ciudad. JUAN se esfumó entre las primeras

luces fuertes del nuevo día.

Original · página 186

43.- El portal de Isabel

ISABEL cruza corriendo el patio interior de su casa y antes de entrar al portón que da a la Calle Mayor se da los últimos toques, se arregla un poco el pelo y se estira la

falda y vigila la rectitud de la costura de las medias. Luego reanuda su marcha, pero ya más pausadamente.

JUAN está en la calle, esperándola, distraído o preocupado y no la ve venir. ISABEL está en el umbral de

la puerta y le observa sonriente. JUAN se siente mirado y

se revuelve. Se encuentra con el rostro radiante de ISABEL. JUAN se acerca presuroso a ella y se queda quieto, sin saber qué hacer o decir. Los dos están un poco

cortados. Hoy se estrenan como novios y eso les impone

un poco, por distintos motivos, naturalmente. JUAN le

tiende la mano que ella estrecha levemente.

JUAN.- ¡Hola!

ISABEL.- ¡Hola!

(Y no dicen más. JUAN la mira, embarazado y se fija en el arreglo

cuidadísimo que ella ha hecho de su persona. Hay

una pausa que parece larguísima. Luego, se decide y

dice.)

JUAN.- ¿Vamos?

ISABEL.- Vamos.

(Echan a andar. Al cabo de tres pasos, JUAN se da cuenta

y se apresura a cederle la parte interior de la acera. ISABEL se lo agradece con una sonrisa. Van separados. Pero algo debe notar JUAN en la mirada de ISABEL que

se da cuenta de su olvido y la coge del brazo. ISABEL sonríe satisfecha. Ahí van ya, como una verdadera pareja de novios. ISABEL se vuelve

un instante para mirar hacia atrás, a sus balcones y sonreír a alguien. Luego informa a

JUAN, a esa pregunta que él no hace.)

Original · página 187

La Chacha...

JUAN también mira un momento y por broma, sonríe y

dice adiós con la mano.

Original · página 188

44.- La habitación de la madre de Isabel

La CHACHA estaba medio asomada al balcón. Contesta

satisfecha al saludo de JUAN. Se mete en la habitación. Doña

Carmen también atisbaba, pero desde dentro, más

escondida. Ella aún no puede dar estado oficial al noviazgo con su presencia. La CHACHA se mete en la habitación -la habitación de la MADRE de ISABEL- y mientras cierra las puertas del balcón comenta en voz

alta.

CHACHA.- Es simpático.

(Al volverse se da cuenta de que la señora está

gimoteando.)

Pero, ¡vamos!... ¿A qué viene llorar?

MADRE.- ¡Ay Chacha!... No lo puedo evitar... Mi pobrecita Isabel... Me da mucha alegría...

(La CHACHA empieza también a hacer pucheros.)

CHACHA.- Pues no se me alegre usted tanto, doña Carmen... que yo no tengo pañuelo...

(La MADRE le tiende uno limpio que se saca del bolsillo.)

MADRE.- ... Ten.

(Y las dos se enjugan durante un momento, en silencio, las lágrimas. Luego cuando ya tienen los ojos suficientemente

enrojecidos se sienten muy a gusto, se miran y se sonríen

como dos tontas. Después la MADRE empieza a buscar

algo.)

¿Dónde está mi velo?

(La CHACHA se pone a buscarlo y enseguida lo encuentra. Se lo da. Y mientras doña Carmen se lo pone

ante el espejo de su gran armario de luna, hablan.)

CHACHA.- ¿Va usted a salir?

MADRE.- Sí. Quiero empezar una novena a la Virgen... Para darle las gracias y para pedirle que este noviazgo no se tuerza...

CHACHA.- Qué se va a torcer, mujer, qué se va a torcer... Se lo digo yo, que tengo buen ojo para estas cosas...

MADRE.- La Virgen te oiga, Chacha...

(La MADRE que ya ha terminado de ponerse el velo se ha

acercado a la cómoda para sacar su bolso y mientras habla ha hecho la señal de la cruz sobre una Virgen que hay en una hornacina con una lamparilla delante y luego

se ha santiguado ella.)

Lo único que la pido es que se case la niña. Así me podré morir tranquila.

CHACHA.- No se muera usted, señora... no sea tonta... que ahora viene lo bueno...

(La CHACHA mientras habla se está quitando el mandil

que dobla cuidadosamente. Luego, se quita un par de

horquillas y se peina con la mano ante el espejo.)

MADRE.- ¿Qué haces?

CHACHA.- Me voy con usted... A rezar...

Original · página 190

(Doña Carmen pone una gran cara de asombro. La CHACHA la coge por un brazo y las dos van saliendo de

la habitación.)

A lo mejor, rezando las dos juntas, la Virgen se entera antes...

La Virgen se queda sola en la habitación, dentro de su

fanal, y sonríe.

45.- La Calle Mayor

La Calle Mayor. Es la hora del paseo de la media tarde, es

decir, está llena de gente. JUAN e ISABEL caminan en

silencio, del brazo. ISABEL no hace más que mirarle. JUAN en cambio, le mira pocas veces, y éstas por puro

compromiso. JUAN la lleva a paso de carga. Los conocidos les saludan con una gran sonrisa y un «adiós»

muy sonoro. Luego se les quedan mirando. ISABEL y JUAN no pueden evitar el encuentro con tres amigas de ISABEL. Tres amigas que casi nunca le habían saludado

o, al menos, casi nunca se habían parado a hablar con ella. Pero hoy -no olvidemos que hoy es la primera salida

de los novios- se muestran afectuosísimas con ISABEL, la

fisgan por los cuatro costados mientras hablan y se ensañan en la observación de JUAN. ISABEL y JUAN, sólo contestan con monosílabos o con gestos. Turbados y

felices en ISABEL, violentísimos en JUAN.

SEÑORITA 1.º.- ¡Hola, Isabel!

SEÑORITA 2.º.-¡Rica!

SEÑORITA 3.º.- ¡Hola guapa!

(Grandes besos dobles, aspavientos y abrazos.)

SEÑORITA 1.º.- ¡Huy qué vestido!

SEÑORITA 2.º.- ¡Estás preciosa!

SEÑORITA 3.º.- ¡Y mucho más joven!

SEÑORITA 1.º.- Es tu novio, ¿no?

(ISABEL dice que sí con la cabeza. Mira a JUAN. Le

sonríe. JUAN también, ¡pero cómo!)

SEÑORITA 2.º.- No sabes cuánto me he alegrado, pobrecita...

(Y le acaricia la cara leve y cariñosamente.)

SEÑORITA 3.º.- Yo no me lo quería creer, ¿verdad?

(Sonrisas generales. Pequeña pausa que ISABEL intenta

rellenar diciendo.)

ISABEL.- Pues sí...

SEÑORITA 1.º.- Anda hija, que bien te ha costado...

(Y sólo las tres SEÑORITAS se ríen. Cariñosamente, eso

sí.)

SEÑORITA 2.º.- Sí, pero al fin... ¡fíjate!

(Y las tres ríen falsamente ruborizadas y se comen a JUAN con los ojos. Nuevo silencio un poco más largo, que

las desanima a seguir hablando.)

SEÑORITA 3.º.- ¡Bueno, pues os dejamos!

SEÑORITA 1.º.- Adiós, guapa...

(Nuevos y dobles y estruendosos besos.)

SEÑORITA 2.º.- A ver qué hacéis...

SEÑORITA 3º.- Venid un domingo a merendar a casa...

ISABEL.- Sí, sí...

Original · página 193

(Y con una cola de adioses que se estiran y se estiran, los dos grupos empiezan a marchar en direcciones opuestas. JUAN se guarda su falsa sonrisa y muestra un gesto hosco

y durísimo. ISABEL se da cuenta y se preocupa. Quiere

enterarse.)

No está... ¡Huy!

(Se corta. Se pone colorada y empieza de nuevo

tuteándole. JUAN ni se ha dado cuenta.)

¿No estás contento?

JUAN.- Me revienta la gente... Son malas...

(E hizo un gesto hacia atrás refiriéndose a las tres

amigas.)

Dicen la palabra justa para fastidiar.

(ISABEL iba a replicar, pero no pudo. Una SEÑORA bastante gruesa y talludita se había abalanzado sobre ella

y la apretujaba entre sus brazos. Esta SEÑORA arrastraba un apéndice pasivo, silencioso y calvo que respondía por Manuel. JUAN estaba ya echando lumbre.)

SEÑORA.- ¡Hija mía! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría!... ¿Verdad, Manuel?...

(Manuel naturalmente decía que sí siempre. Sonreía a

JUAN por solidaridad.

La SEÑORA reparó largamente en JUAN. Lo estudió un

momento.)

Es éste, ¿no?... Mucho gusto... Ande, que menuda mujer se lleva, picarón... Buena, decente donde las haya, limpia... ¿Verdad, Manuel?

(Manuel dijo que sí otra vez y la SEÑORA volvió a

apretujar a ISABEL.)

¡Qué alegría! ¡Qué alegría!... Pues, ¿y lo contenta que estará tu madre?... Pobrecilla, no tenía otro pío que casarte... Siempre nos lo estaba diciendo, ¿verdad Manuel?

(Después de echarse un paso para atrás y contemplar la

pareja que formaban JUAN e ISABEL, la SEÑORA

empezó a besuquear a ISABEL, despidiéndose.)

Bueno, pues ya sabes que nos hemos alegrado tantísimo... Tu trabajito te ha costado, ¿eh?... Pero lo que mucho vale... ¿verdad Manuel?

(Y señaló coquetonamente a JUAN. Besó otra vez a

ISABEL y dijo.)

Adiós... Adiós, guapa...

(Echaron a andar. Pero la SEÑORA se había olvidado de

despedirse de JUAN. Y volvió.)

Y muchísimo gusto, joven...

(Se volvió con su marido y contempló a JUAN e ISABEL.)

Casi parecen de la misma edad, ¿verdad Manuel?

Original · página 195

(Y se fueron. JUAN e ISABEL se miraron y continuaron

en silencio. JUAN llevaba una cara que daba miedo.)

ISABEL.- No pongas esa cara... Lo dicen sin mala intención...

(JUAN la miró. Le daba pena la ingenuidad de ISABEL.)

JUAN.- Eres buena, Isabel... Te lo crees todo...

ISABEL.- Pero hombre, es natural... Es el primer día que nos ven como novios... ¿Qué quieres que digan?

JUAN.- Lo que les dé la gana... Pero yo no los voy a oír... ¡Vámonos de aquí!

(Y cogiéndole el brazo aún más fuertemente quiso virar

con ella a una calle lateral. ISABEL se resistió. Venían

hacia ellos saliendo de un comercio, dos MONJAS, dos

Esclavas Concepcionistas y tras ellas una niña ya muy crecidita, de unos quince años, con dientes de caballo, que

llevaba una hucha. ISABEL suplicó.)

ISABEL.- Espera... No tengo más remedio... Son las monjitas de mi Colegio...

(E ISABEL arrastró a JUAN y los dos grupos se reunieron. Una de las MONJAS reconoció a ISABEL,

desde un poco lejos.)

MONJA 1.º.- ¡Virgen Santísima!.. Si es Isabel...

ISABEL.- Creía que ya no se acordaba de mí, madre...

MONJA 1.º.- ¡Y cómo no!... ¿Usted no se acuerda, hermana?... Es Isabel.

(La otra no se acordaba en absoluto, pero dio exactamente la impresión contraria. La niña zangolotina mientras miraba a JUAN e ISABEL con el cejo fruncido y

hacía estallar sonoramente su chicle explosivo.)

MONJA 2.º.- ¡Ah, Isabel!... Vaya... vaya... vaya...

(Hubo un bache de silencio que aprovecharon para mirar

a JUAN de arriba a abajo. ISABEL se puso colorada, se mordió los labios y dijo por vez primera, públicamente.)

ISABEL.- Es mi novio.

(Las MONJAS le lanzaron una sonrisita afectuosa al

parecer. La chica hizo reventar su chicle.)

MONJA 1.º.- Algo habíamos oído... Pero esperábamos que vinieses... Ya sabes que te queremos en el Colegio...

MONJA 2.º.- Y la Reverenda Madre se llevaría una gran alegría...

ISABEL.- Sí iremos, ¿verdad Juan?

(JUAN más que hablar, masticaba.)

JUAN.- ¡Cómo no!

MONJA 1.º.- Si vieses cómo está de precioso el altar de San Eustaquio...

MONJA 2.º.- Lo estamos terminando... Todo el mundo ayuda... La gente es tan buena...

Original · página 197

(Y dio un suspirito. La niña del chicle hizo sonar, quizá por casualidad, la hucha. Las MONJAS estaban mirando

a JUAN. ISABEL también le miró y le sonrió con cierta violencia. JUAN apretando las mandíbulas se metió mano

en el bolsillo y echó elegantemente un duro en la hucha.)

MONJA 1.º.- ¡Ay, San Eustaquio se lo pague!

MONJA 2.º.- ¡Y que Dios les bendiga!

(Se volvió a su compañera. Empezaba a tener cierta

prisa.)

Ande, hermana, vámonos...

MONJA 1.º.- Adiós, Isabel... Adiós...

(Hubo como siempre, un coro larguísimo de «adioses». ISABEL y JUAN continuaron. Se miraron y se rieron de buena gana, absolutamente de acuerdo. JUAN la volvió a

tomar por el brazo y se la llevó velozmente por una calle

lateral. Dijo.)

JUAN.- Al primero que nos hable, ¡le muerdo!

Se fueron riendo. Dejaron la Calle Mayor. Unas mujeres

que paseaban se quedaron viéndoles ir y comentando

entre ellas.

Original · página 198

46.- La Alameda, en el crepúsculo

Las siluetas de los seminaristas regresando a la ciudad de

tres en tres se recortaron en el crepúsculo. Regresaban

silenciosos y disciplinados, charlando otros con algún

compañero. Estaban sonando las campanas de la Catedral. El último seminarista se estaba retrasando porque no hacía más que mirar atrás. Hasta se quedó un

momento parado mientras sus compañeros continuaban

marchando. El seminarista se ajustó un poco más sus gafas, dejó de

mirar y dando una carrerita se reunió con

sus compañeros.

En la Alameda. ISABEL y JUAN se estaban besando. O mejor dicho, JUAN estaba besando a ISABEL. El primer

beso de ISABEL, el primer beso de un hombre en los treinta y cinco años de ISABEL. Duró algún tiempo. Al

fin, JUAN separó a ISABEL. La tenía cogida por los hombros. ISABEL continuaba con los ojos y los labios

cerrados, fuertemente cerrados, seguramente con la respiración contenida. Ahora abrió los ojos, le brillaban como en la vida le habían brillado. Dando un suspiro muy

fuerte, ISABEL se precipitó sobre JUAN y se escondió en

su pecho para que él no pudiese verla, para que él no pudiese ver toda esa emoción que le saltaba dentro del

pecho y se le asomaba a los ojos. JUAN sonreía. Una sonrisa superior, protectora, paternal. Le hacía gracia esa

muchacha que tenía ahora en sus brazos. ¡Y qué demonio! Todo esto tenía también su encanto. ISABEL, pues, se había escondido en JUAN y murmuraba, con una

voz caliente y atropellada.

ISABEL.- ¡Ah! Juan, ¡cómo te quiero!... ¡Te he esperado tanto!... ¡Tanto!...

(JUAN le acarició el pelo, suave, continuamente.)

JUAN.- ¿A mí?

ISABEL.- A ti, puesto que tú eres mi novio... mi amor... mi primer amor... mi primer beso...

Original · página 199

(ISABEL se separó súbitamente de JUAN. JUAN ni siquiera pudo hacer nada. ISABEL cogió la cara de JUAN

fuerte entre sus manos. Estaba poseída de una fuerza desconocida para ella y terrible y dulce y poderosa. El beso de JUAN, tan simple, tan esquemático, tan puro casi, había despertado a una ISABEL que dormía escondida en

ella desde hacía dieciocho años. ISABEL cogió la cara de

JUAN y al mismo tiempo le hablaba y le besaba. Arrastraba sus palabras con los labios por el rostro de

JUAN. Eran unos besos torpes, ciegos, voraces,

soberanamente puros de deseo.)

... Todos mis besos... todos... a ti... Juan... Juan... mi vida... Juan...

(JUAN estaba absolutamente sorprendido. Le dio vergüenza de sí mismo, de robar ese despertar al sexo de

ISABEL. Se quería defender, separarse de ella, frenar a ISABEL, parar aquella avalancha, el corazón desbordado

de una muchacha.)

JUAN.- Isabel... Isabel, escucha... Isabel...

(Pero ISABEL no escuchaba ni oía ni veía nada. Sólo sentía. Sentía cerca de ella ese cuerpo de hombre, de un

hombre a quien ella amaba. Sentía con sus manos y sus

labios ciegos el rostro de JUAN, su frente, sus ojos, su

cuello, su boca. Y le besaba, le besaba y le besaba, apresuradamente, terriblemente, para calmar algo que ni

ella misma sabía. Dieciocho años de deseo reprimido.)

ISABEL.- No... no... bésame... bésame...

(JUAN se portaba bien. Luchaba denodadamente, angustiosamente, para no sucumbir en la mentira otra vez, para no aprovechar ese maravilloso momento de la

entrega absoluta, entera, total, casi desmayada de esa

muchacha que se creía amada por él.)

JUAN.- Isabel... ¡Isabel!

(Pero ISABEL sólo decía.)

ISABEL.- Juan... Juan... Juan... bésame... bésame...

Y le besaba mil veces y un millón de veces, atolondrada,

enfebrecida, alocada. Los labios entreabiertos, los ojos

cerrados, las manos inocentes y temblorosas. JUAN no pudo resistir más, no supo, no quiso. Entonces JUAN besó

a ISABEL, la besó larga, suave, sabiamente, con deseo y

con rabia. La besó como un hombre.

Un tren pitó largamente al atravesar el puente metálico.

Original · página 201

47.- La tasca

Ellos se rieron. Grandes carcajadas como siempre, grandes golpes en la espalda también, lagrimones. El

DOCTOR apostilló:

DOCTOR.- ¡Qué bestia!

(LUCIANO se precipitó sobre LUIS. Estaban todos en esa tasca donde solían recalar muchas noches en su recorrido.

Agrupados alrededor de la barra y bebiendo vasitos de

vino blanco. Un vino amargo, barato y amarillo. LUCIANO, digo, agarró a LUIS y le gritó para que éste

oyese a través de las risas.)

LUCIANO.- Oye, tú... que yo no he oído el final...

(Pararon de reír y LUIS recapituló. Volvió a contárselo a LUCIANO. Eso era difícil. A cada palabra o se reía él solo

o le hacían reír los demás. Tardó un rato y lo que vino a

decir fue:)

LUIS.- ... Pues que... Pues que entonces... Entonces el Obispo va y dice... «lo... ¡lo tendré en cuenta!»

(Y todos se volvieron a reír otra vez. Menos LUCIANO. Era bastante burro. LUIS se le quedó mirando, un poco

molesto.)

¿No comprendes?... «¡Lo tendré en cuenta!»

(E hizo unos gestos extraños que debían aclarar algo. LUCIANO al fin, se rió, con esa risa de caballo tan suya.)

Original · página 202

CALVO.- ¡Pon otra ronda de blancos!

(Las risas se fueron calmando poco a poco. Bebieron y

tomaron boquerones en vinagre. El DOCTOR miró un

reloj que había en la pared. Preguntó.)

DOCTOR.- ¿No tarda?

(Como el CALVO no comprendió a quién se refería,

aclaró.)

Juan.

CALVO.- ¡Ya no te acuerdas de cuando eras novio de tu Conchita!

(El DOCTOR sonrió. ¡Los viejos y buenos tiempos! LUIS

se asomó entre ellos.)

LUIS.- ¿No sabéis el plan?... ¡Díselo, Calvo!

CALVO.- Que hemos pensado éste y yo, que lo mejor es ir deprisita... Primero, Juan la tiene que pedir... Y luego, para anunciar la boda, damos una fiesta.

LUCIANO.- ¿Damos?... ¿Nosotros?

(LUCIANO se había alarmado. Era muy tacaño.)

LUIS.- Bueno, ¡es un decir!... Aprovechamos el Gran Baile del Círculo...

DOCTOR.- Pero eso es enseguida...

CALVO.- Mejor.

LUCIANO.- Y en el baile del Círculo, ¿qué?

CALVO.- Pues en el baile del Círculo... ¡tiramos de la manta!

LUCIANO.- ¿Cómo?

LUIS.- ¡Ahí está el detalle!

CALVO.- Se me acaba de ocurrir...

DOCTOR.- ¡Venga, cuenta!

(Estaban todos sobre ascuas. El CALVO y LUIS no cabían

en sí de gozo. El DOCTOR chilló casi irritado, señalando

los vasos.)

¡Más veneno, niño!

LUIS.- Todavía no está muy perfeccionado, pero...

(E hizo un gesto optimista. Aquello iba a funcionar.

LUCIANO era buen amigo. Propuso.)

LUCIANO.- ¿Esperamos a Juan?

(LUIS y el CALVO se hicieron un guiñote y se dieron

codazos en el estómago. Se rieron ellos solos.)

CALVO.- Mejor no, ¿eh?

LUIS.- ¡Déjalo tranquilo! ¡Se estará despidiendo!

Hizo un gesto como si tuviese a alguien entre sus brazos y

lo besase. Todos se echaron a reír. Ese LUIS era muy

gracioso.

48.- El portal de Isabel

JUAN e ISABEL se besan. Ahora sí es un beso. No como el

primero de la tarde, sino un beso largo, goloso, caliente.



JUAN e ISABEL se besan como y donde se besan los novios. Allí están en la oscuridad, apoyados en la pared. El portón está entreabierto y pasan a intervalos sombras

y luces, conversaciones y risas. La gente aún camina por

la Calle Mayor. Pero ellos, sobre todo ISABEL, no se entera de nada. Toda su alma está en ese beso y en cada

uno de sus besos. JUAN sin embargo no está entregado. Aun besándola, la mira, la estudia. JUAN consigue al fin separar a ISABEL. ISABEL queda apoyada en la pared. Lo mira. ISABEL tiene como quemada de tanta felicidad,

de tanta excitación gloriosa, la luz de sus ojos. Tiene un

aire como fatigado, dejado. La pintura de sus labios ha desaparecido casi por completo. Está despeinada. Su traje

con cierto desarreglo. ISABEL parece que tiene fiebre. Y, efectivamente, la tiene. Está abrasada por su deseo. Tiene

cogido a JUAN por una mano y le mira. JUAN se arregla

un poco el nudo de la corbata, se pasa una mano por los

labios. Se peina. Dice:

JUAN.- Hasta mañana, Isabel.

(ISABEL le retiene. Sigue apoyada en la pared.)

ISABEL.- No... No me dejes... No te vayas...

(Tiene una voz un poco ronca, cansada, desconocida.)

JUAN.- Es tarde.

ISABEL.- ¿Tarde?... Si apenas hemos estado juntos...

(ISABEL se echa en los brazos de JUAN. Le interroga.

Ahora está realmente angustiada. Necesita saber.)

Original · página 205

... Juan... Juan... ¿No me quieres?

(JUAN tiene ganas de huir, de escapar, de no ver ese

rostro anhelante de ISABEL.)

JUAN.- Sí, mujer...

(Pero ISABEL insiste, con una ansiedad, con una absoluta

necesidad de oírselo decir.)

ISABEL.- Dímelo.

JUAN.- Pero...

ISABEL.- Dímelo.

(ISABEL está abrazada a JUAN y le mira y le interroga

con tal angustia y fuerza que JUAN se ve obligado a

mentir, clara y terminantemente.)

JUAN.- Te quiero.

(ISABEL respira ahora. Es feliz. Le cree. JUAN la quiere.

Lo ha dicho. Se aprieta aún más contra él, suspirando.)

ISABEL.- ¡Ah, Juan...!

Original · página 206

(ISABEL acaricia a JUAN, le acaricia ávidamente con las manos y sus labios buscan temblorosa y ciegamente los de

JUAN. JUAN pugna por separarla, por separarse de ella,

por huir de ese abrazo estrecho y alocado de ISABEL. Pero es imposible. O tal vez JUAN ya no tiene voluntad

para eludir la entrega total de esa muchacha. JUAN se

resiste, pero al fin la besa. Con furia, con fuerza, terriblemente, como si quisiera tronchar a ISABEL, para

deshacerse de ella, terminar, huir. Luego, precipitadamente se separa de ella, la separa, la aparta.

JUAN está nervioso, ha perdido el dominio de sí mismo.

Está cogido a esa pasión recién estrenada de ISABEL.)

JUAN.- Bueno... ahora, adiós... adiós... Hasta mañana...

ISABEL.- ¡Juan!... ¡Juan!...

(Y corre hacia él, hacia ese JUAN que ya estaba entreabriendo un poco más el portón para poder salir. Se

abalanza sobre él, se abraza a él, no quiere perderlo.)

Te quiero... Te quiero...

(JUAN la besa de nuevo. Brevemente, con fuerza, con torpeza también. Pero JUAN no está en ese beso. Ella sí está

entregada, absolutamente. Pero JUAN aprovecha ese

momento para desprenderse poco a poco, insensiblemente, de ISABEL y colarse entre el portón entreabierto. Cuando ya se ha separado de ella, ISABEL

aún retiene sobre su cara una mano de JUAN. JUAN le

acaricia el rostro y susurra.)

JUAN.- Hasta mañana.

(ISABEL libera lentamente la mano de JUAN, la besa suavemente una vez y al fin, le deja ir, escapar. Susurra

también.)

Original · página 207

ISABEL.- Hasta mañana.

JUAN ha desaparecido. ISABEL se queda viéndole ir, asomando un poco la cabeza. Se oyen las campanas de la

Catedral que empiezan a sonar. ISABEL se retira. Empuja la pesada puerta. Cierra. Retira esa gran llave de

la cerradura. Se vuelve. Se queda apoyada de espaldas

sobre esa gran puerta, en la oscuridad del zaguán. ISABEL tiene los ojos como brillantes por una fiebre intensa, la respiración agitada. Está así unos momentos.

Quiere calmarse. Se arregla un poco el pelo, con manos temblorosas. Intenta arreglar también el desorden de su

vestido. Se toca las mejillas, arden. Los labios, descoloridos, están como hinchados. ISABEL acaso se esté preguntando qué es esa fuerza nueva y desconocida que la

ha poseído durante diversos momentos de esa tarde. Tal vez, oscuramente, ISABEL sepa contestarse y se dé cuenta

de que esta tarde ha empezado a realizarse como mujer.

Seguramente, por eso, ISABEL sonríe con una sonrisa

maravillosa y nueva, cuando, lentamente, comienza a

marchar hacia el interior de la casa.

49.- El barrio viejo

JUAN iba caminando muy deprisa. Eran las primeras

horas de la noche en el barrio viejo. Todavía corrían algunos chicos jugando por la calzada sin pavimentar. Era justo el tiempo en el que mezclaban las dos vidas del

barrio. Estaban llegando los clientes primeros y la vida

familiar de las mujeres esas se escondía hasta el sol siguiente. Los bares aún estaban vacíos y las radios estrenaban el aire de la noche. Unas mujeres terminaban

de arreglarse en un portal. En algunas casas aún no se

había terminado de cenar. JUAN no se daba cuenta de nada de esto. Caminaba muy deprisa con una expresión

angustiada, sin mirar a la gente que tropezaba, a veces con cierta violencia. Algunas mujeres paseaban solas o en

pareja por las aceras, a veces, fumando. A la altura del portal de Madame PEPITA, JUAN se topó con MARUJA

la Andaluza y ENCARNA, que estaban charlando, apoyadas en la pared. JUAN cogió a MARUJA por un

brazo con cierta violencia y le preguntó:

JUAN.- ¿Y Tonia?

MARUJA.- Dentro.

(JUAN siguió su marcha. ENCARNA y la otra le miraron

un momento. Ya no se extrañaban por nada. JUAN iba lanzado y se metió en la casa. Desde el umbral empezó a

gritar.)

JUAN.- ¡Tonia!...

50.- «Chez» madame Pepita. La habitación de Tonia

JUAN se metió pasillo adelante gritando.

JUAN.- ¡Tonia! ¡Tonia!

(Y desembocó en el gran salón de Madame. La radio

estaba funcionando. TONIA estaba de pie, fumando, hablando, con un hombre grueso y un poco calvo que estaba sentado en el sofá, fumándose un farias. TONIA se volvió extrañada cuando sintió entrar a JUAN. JUAN aún

por inercia gritó por última vez.)

¡Tonia!

(Y frenó en seco. TONIA vio el rostro descompuesto de JUAN y la terrible contrariedad que apareció en sus ojos cuando se dio cuenta de la presencia de ese otro hombre.

JUAN se quedó quieto sin saber qué decir, ridículo casi,

en la puerta del salón. Había una súplica en los ojos de

JUAN. TONIA le miró un momento y sólo dijo.)

TONIA.- Sube. Ahora voy.

(Y luego se volvió sonriente hacia el hombre gordo que se

había puesto muy serio desde la entrada de JUAN.

JUAN subió la pequeña escalera interior de cinco en cinco

y no vaciló en encontrar la puerta de TONIA. Una criada

que salía de otra habitación le miró con curiosidad.

Original · página 210

JUAN entró en la habitación de TONIA y cerró la puerta.

No sabía qué hacer. Se acercó a la ventana. Dio unos cuantos paseos. Se sentó al borde de una silla. Se levantó.

Estaba preso de una crisis nerviosa. Se pasaba muchas veces las manos por la cara o se las retorcía. La puerta se abrió y apareció TONIA en el umbral. No se movió. Desde

ahí mismo dijo.)

¿Qué pasa?

(Pero no había ninguna dureza en la voz de TONIA. Antes

bien, dulzura, comprensión. JUAN titubeó antes de

hablar. Se restregó las palmas de las manos en las perneras del pantalón. Avanzó un paso. Suplicaba.)

JUAN.- Tonia, por favor... déjame quedarme aquí... contigo... Por favor... Te necesito... Necesito hablar con alguien...

(Y luego se calló y esperó en silencio y cabizbajo el veredicto. TONIA le miró un momento, de esa manera

que ella miraba. Dijo solamente.)

TONIA.- Quédate.

(E hizo ademán de salir. A JUAN que se le había iluminado el rostro se le volvió a ensombrecer. Hizo

ademán de retenerla.)

JUAN.- Pero no te vayas...

(TONIA desde el umbral le tranquilizó.)

TONIA.- Un momento... Ahora subo... Había clientes...

Original · página 211

(Y con una sonrisa, TONIA salió y cerró la puerta.

JUAN se quedó solo. Estaba más tranquilo, al parecer. O al menos hizo ostensibles esfuerzos para estarlo. Se sentó

al borde de la cama, de espaldas a la puerta e intentó encender un cigarrillo. Le temblaban las manos. Por la ventana abierta entraban las voces de la calle, gritos, risas

de mujer, una radio vomitando música de baile, un coro

de transeúntes cantando «Asturias, tierra querida...».

JUAN dio unas cuantas chupadas nerviosas y rápidas, acurrucado como estaba, ahí, a los pies de la cama. De repente, se dio cuenta de que no tenía ninguna gana de fumar y tiró el pitillo. Se cogió la cabeza entre las manos. Volvió un momento la cabeza hacia atrás, hacia la puerta.

Desde abajo llegaban unas voces altas y confusas. Alguna bronca. No prestó mucha atención. Hubiese reconocido la

voz de TONIA y la voz de PEPITA y la voz de un hombre.

Seguramente, ese señor grueso del farias. JUAN no escuchaba nada. Nada que no fuese su propio problema. Se pasó una mano por la cabeza y se dejó caer en la cama,

boca arriba, con los ojos fijos en el techo. Estuvo así un

rato. La puerta se abrió y entró TONIA. JUAN ni se movió, ni pestañeó siquiera. TONIA cerró la puerta con cuidado y luego fue y entornó las ventanas. JUAN empezó

a hablar, sin moverse, sin quitar la vista del techo.

Hablaba como para sí solo.)

JUAN.- Tengo miedo, Tonia... ¿Qué va a pasar?

(TONIA no decía nada. Sabía que lo único que le pedía JUAN ahora era escuchar. Se sentó en la cama, en el otro

borde, apoyándose contra la cabecera. Escuchaba y de

vez en cuando, miraba a JUAN. Fumaba lentamente.)

... ¿Sabes?... Soy un cobarde... Y quiero estar tranquilo... sin sufrir... sin que sufran los demás... Por eso miento... ¿Ves?... Ella es feliz ahora... porque yo miento...

(TONIA le ayudó después de una pausa para que continuara vomitando todo lo que le estaba haciendo

daño.)

Original · página 212

TONIA.- Sigue mintiendo...

JUAN.- Sí... ¿Hasta cuándo?

TONIA.- Di la verdad...

JUAN.- ¿La verdad?... ¿Y ella?... ¿Qué?

TONIA.- Miente.

JUAN.- ¡Tonia!

(TONIA estaba actuando de revulsivo. Consiguió que JUAN se exasperase prácticamente con su propia mentira,

con su propio dilema. JUAN pegó un grito al decir su

nombre, se llevó las manos a la cabeza y luego se dio vuelta y escondió la cara sobre la cama. Sus manos se

crispaban sobre la colcha. TONIA volvió a insistir.)

TONIA.- Miente... Te tendrás que casar con ella...

(Las manos de JUAN se crisparon aún más sobre la colcha. TONIA no

podía verle los ojos. JUAN tenía el rostro vuelto contra ella. JUAN tenía los ojos húmedos.)

JUAN.- Pero si es una broma...

TONIA.- Díselo.

Original · página 213

(JUAN escondió súbitamente la cara. Todo su cuerpo se contrajo con un sollozo ronco y profundo. Las manos de

él se agarraron con una fuerza terrible a la colcha. TONIA lo miraba con mucha pena, con mucho amor. Extendió la mano y le acarició el pelo con la punta de los

dedos. JUAN se fue calmando poco a poco. Pasó un tiempo lleno de silencio. Alguien silbaba en la calle. JUAN

volvió otra vez la cabeza. TONIA no le veía los ojos. Seguía acariciándole. Las manos de JUAN habían soltado la colcha. JUAN tenía ahora los ojos más tranquilos y una

pequeña sonrisa. Algún recuerdo agradable. Dijo

suavemente.)

JUAN.- Ella es tan feliz ahora... tan feliz...

51.- La habitación de Isabel

ISABEL sonreía. Estaba acostada en su cama, apelotonada, hecha un ovillo, la cara apoyada en la almohada. A oscuras. Entraba un hilo de luz por las rendijas del balcón y la llama oscilante de la lamparilla de

aceite bamboleaba y agrandaba sobre la pared la sombra

de la Virgen y de las otras cosas que había encima de la cómoda. ISABEL era feliz. Se veía. Su sonrisa aumentaba

o disminuía según el ritmo de sus recuerdos. Estuvo un

rato así, viviendo otra vez, el día que ahora estaba terminando.

ISABEL se dio vuelta de repente y encendió la lámpara de la mesilla de noche, que estaba al otro lado.

Se incorporó bajo el halo de luz y cogió algo que ahí había. Era una foto de JUAN. Una pequeña y absurda

foto de carnet, donde JUAN aparecía con un aire inverosímil. La cogió y la estuvo mirando un cierto tiempo. Se acercó aún más para verla. ISABEL le sonrió,

sonrió a ese hombre de la fotografía. Delicadamente, como una caricia sus dedos rozaron una y otra vez la pequeña cartulina. ISABEL, sin soltar la foto, se acomodó

en el centro de la cama, boca arriba y se fue escurriendo hacia abajo

lentamente. Tenía las rodillas levantadas. La

foto de JUAN en su regazo, fuertemente cogida por sus manos. Seguramente ni la distinguía bien. No importaba; ella se lo estaba imaginando. ISABEL sonreía, sin apartar

sus ojos de la foto. ISABEL era feliz. Lejos sonaron las

campanas de la Catedral.

Original · página 215

52.- La habitación de Tonia

JUAN cambió de postura y siguió durmiendo su sueño agitado. TONIA lo contempló, con una sonrisa triste. Se

levantó y fue a la ventana. La abrió de par en par. Se

apoyó en el alféizar, vuelta hacia JUAN, mirándole, TONIA estaba llorando, lenta, silenciosamente. Se le corrió el rímel y le escoció cuando se le metió en los ojos.

Se limpió como pudo, parpadeando mucho. Dio un suspiro. JUAN seguía durmiendo, ahora con un sueño pesado. TONIA se volvió y se asomó a la ventana. Estaba

pensando en sus cosas, en todas las cosas de su vida. Había mucho silencio y un pequeño viento que hacía

oscilar las sombras de las cosas. Todavía, de vez en cuando, el viento traía ráfagas de sonidos. Una radio, un

perro ladrando, una risa. Abajo, en la calle, más allá de

los tejados, caminaban cuatro o cinco hombres arrastrando sus largas sombras. Iban desperdigados y hablándose a gritos. No se entendía bien lo que decían.

Luego se pusieron a cantar. Debían estar un poco borrachos. Gritaban mucho. Cantaban bastante mal, cada uno por su lado. «Fui al Cristo y enámoreme, fui al

Cristo y enámoreme, malhaya el enamorado...». JUAN seguía durmiendo. TONIA se quedó allí viendo la noche,

las cosas. Los borrachos desaparecieron y sus voces también después de un tiempo. Un tren pitó en la lejanía. TONIA tuvo un

escalofrío, pero se quedó allí, mirando. O

tal vez pensando. Tenía la mirada perdida en cualquier

sitio, los ojos muy abiertos.

Original · página 216

53.- El banco

FEDERICO Artigas golpeó con los nudillos, suavemente,

el cristal de la ventanilla. Sonreía. Veía a JUAN sentado

en su mesa discutiendo con otro empelado del banco. Porque estamos en el Banco Regional, un establecimiento

nuevo y hasta lujoso que rige realmente los destinos de la

ciudad. Zumban las máquinas de escribir y las de calcular, los empleados escriben en grandísimos libros o

van con papeles en la mano de un lado para otro. Es curioso siempre ver la rapidez de los dedos de los cajeros,

contando billetes. El público espera su turno ante las ventanillas y es posible que se miren desconfiados los unos

a los otros. Un empleado está intentando explicarle una operación bancaria a un campesino, mejor, a una familia

campesina que acaba de llegar en el tren de la mañana.

Dos hombres, una mujer de años -vestida de negro-, un mozo. No entienden nada y a veces se miran angustiados.

El empleado habla y habla. A su lado otro, indolentemente recostado en ese muro bajo, de mármol,

que separa a la gente de la calle de la gente del banco, mira fijamente, sin perder un detalle, a esos campesinos y

sonríe. ¡Estos catetos!

FEDERICO sigue llamando a la ventanilla, pero JUAN no

se entera. Al fin, el empleado que está al lado de JUAN

levanta la cabeza y se fija en FEDERICO. Algo debe

decirle a JUAN porque éste se vuelve. A JUAN se le

ilumina la cara con una viva y verdadera alegría.
Precipitadamente viene hacia la ventanilla. JUAN estrecha y retiene un tiempo la mano de FEDERICO a

través de la ventanilla.

JUAN.- ¡Federico, hombre!... Te echaba de menos...

FEDERICO.- ¡Aquí me tienes!

JUAN.- ¿Muchos días?

FEDERICO.- Dos o tres... En cuanto vea a Don Miguel... mis preguntas, ya sabes... me voy.

Original · página 217

(JUAN le ofreció un cigarrillo. Lo encendieron. De vez en

cuando JUAN le sonreía y le daba unas palmaditas cariñosas. Estaba verdaderamente contento de que

FEDERICO estuviese allí.)

JUAN.- ¿Y la revista?... ¿Lo arreglaste?

FEDERICO.- Sí... Tuvimos que cambiarlo todo... Ha quedado un número muy mono... Y muy inofensivo... Ayer salió...

(FEDERICO había puesto una cara de asco exagerada mientras contaba lo de la revista. JUAN se rió. Claro que

se hubiese reído por cualquier cosa. Luego, se excusó un

momento.)

JUAN.- Oye, si me esperas un momento, me voy contigo...

FEDERICO.- Lo que quieras...

(Y JUAN le dejó. Volvió a su mesa, estuvo cambiando unas palabras con ese empleado del que tomó un montón

ordenado de papeles. Empezó a firmar algunos allí mismo. Luego cambió de idea, dijo al empleado que esperase y se vino hacia FEDERICO con los papeles esos.

Mientras, FEDERICO se dio vuelta y estuvo mirándolo todo. Levantó la vista hasta el techo. Desde luego era un

edificio soberbio. Los campesinos esos seguían sin entender gran

cosa. Cambiaron algunas palabras entre

ellos. La mujer sólo escuchaba y tenía una expresión angustiada. El mozo estaba como boquiabierto mirándolo

todo. Los dos hombres, después de cambiar unas palabras, se decidieron. El más viejo de los dos se acercó a

los empleados. Le señalaron sobre un papel un sitio para

firmar y le entregaron una pluma. El campesino tardó siglos en acomodarse, en ponerse sus gafas, en coger la

pluma, en quitarle algún pelo, en escribir al fin. Los empleados se

sonrieron con cierta guasa.
FEDERICO

tropezó su mirada con ellos. Estaba muy serio. El campesino al fin, firmó. Puso una cruz. Los empleados se sulfuraron. Tuvieron que romper el papel. Regañaron al

campesino. Al final se fueron calmando. Parecía que el

chico joven sabía escribir.

JUAN llegó junto a FEDERICO, siempre al otro lado de la

barrera naturalmente y le pidió permiso y excusas por

trabajar delante de él. Firmaba esos papeles.

JUAN.- Perdona, ¿eh?

(FEDERICO se encogió de hombros. Terminó de

inspeccionar el edificio.)

FEDERICO.- Parece que van bien los negocios aquí...

(JUAN ni siquiera levantó la cabeza. Hablaba de su Banco

con cierto orgullo.)

JUAN.- ¿En el Banco? Siempre... Ha subido mucho desde hace unos años... Se están quedando con todo...

(Detrás de FEDERICO y JUAN, observado por todos los

suyos, el mozo había conseguido firmar después de

grandes fatigas.)

... Tierras, casas, negocios...

(A FEDERICO le pareció de perlas. Apostilló.)

FEDERICO.- ¡Estupendo! Es mejor tener un solo amo, ¿verdad?

(JUAN levantó la cabeza, le miró y le reconvino, aunque

sonriéndole. ¡Este FEDERICO! FEDERICO no se había

dado cuenta. Estaba mirando a esos campesinos. Los empleados les habían entregado un trocito de papel y el

mozo lo leía con dificultad.

Estaban todos alrededor de él, escuchando seriamente.

Uno de ellos afirmaba con la cabeza. FEDERICO, de

pronto, se volvió hacia JUAN, muy sonriente.)

¡Ay, se me olvidaba!... Felicidades...

(JUAN puso cara de no entender. Aunque sabía lo que iba

a venir. Se puso serio.)

¡Tu novia, hombre!

JUAN.- ¡Ah!... Gracias.

FEDERICO.- Me lo acaban de decir en la Pensión... De verdad me alegro... Me gusta esta chica...

(JUAN le sondeó, incrédulo.)

Original · página 220

JUAN.- ¿Sí?

FEDERICO.- Sí, hombre... ¿Y desde cuándo sois novios?

JUAN.- Ya va para quince días... Entro en su casa y todo...

FEDERICO.- ¡Vaya! Eso es velocidad... ¿Y te casas?

(JUAN había terminado de firmar. Guardó su pluma. Miró a FEDERICO. Estaba muy serio. Un segundo le pasó

por la cabeza la idea de decir a FEDERICO la verdad.

Pero no se la dijo. Le respondió.)

JUAN.- Isabel y su madre piensan que en primavera... No sé.

(JUAN se había quedado muy serio. FEDERICO lo

interpretó a su manera. Bromeó.)

FEDERICO.- ¡Ánimo muchacho!... Y, ¡resignación!

(JUAN le miró y tuvo para él una sonrisa tristona. Se volvió hacia el empleado que le esperaba al pie de su mesa

y le mostró los papeles, dándole a entender que se los

dejaba allí. El empleado se acercó. JUAN empezó a abrocharse la americana e hizo un gesto a FEDERICO con

la cabeza.)

JUAN.- ¡Hala! Vamos...

(Andaban los dos, separados por los cristales de la tierra

de nadie.)

Tomaremos el aperitivo...

(FEDERICO bromeó. Hizo que se tapaba los ojos.)

Original · página 221

FEDERICO.- ¡No me digas dónde, no me lo digas!... ¡Bar Miami!... ¿Cocktail del día?...

(Chascó los dedos buscando la solución. JUAN se reía de

buena gana. FEDERICO abrió mucho los ojos. Era un

vidente. Casi gritó.)

¡Manhattan!... ¡Hoy toca Manhattan!

JUAN se rió. Algunos empleados del Banco miraron extrañados. Habían gritado demasiado. FEDERICO, un

poco cortado, y JUAN fueron saliendo. Los campesinos esos todavía estaban discutiendo alrededor del mozo y del

papelito famoso.

Original · página 222

54.- El Bar Miami al aperitivo

El cartelito anunciaba, desde luego, Manhattan. El CHICO salió del bar, se acercó a la mesa cargado con la

bandeja y anunció gritando:

CHICO.- ¡Manhattan! ¡Seis!

(Y comenzó a servir. El sol, el sol tibio del otoño, daba en

la acera del Bar Miami y por eso ellos se habían sentado

en los veladores de la calle. Ellos eran los de siempre -LUIS, el CALVO, el DOCTOR y LUCIANO- y además ahora, LUIS y FEDERICO. FEDERICO quiso rechazar la

bebida.)

FEDERICO.- No. Yo no quiero más...

(Pero LUIS le hizo aceptar. Estaba la mesa llena de copas.

Varias rondas. LUIS cogió la nueva copa de FEDERICO y

se la puso delante.)

LUIS.- ¡Venga!... Tú lo que tienes que hacer es quedarte aquí hasta pasado mañana...

FEDERICO.- ¿Qué ocurre?

CALVO.- Casi nada... ¡Nuestro baile!... ¡El gran baile de otoño del

Círculo Recreativo, Artístico y Cultural!

(FEDERICO hizo un cómico aspaviento para demostrar la

maravilla que era esa noticia; ninguno captó la guasa. Sólo JUAN, que estaba al otro lado de la mesa, silencioso y encogido. Molesto y violento, en suma. La gente paseaba

por la Calle Mayor y de vez en cuando había saludos. Era

ya tarde. La mayoría estaban comiendo, los transeúntes

no eran muy numerosos.)

Original · página 223

FEDERICO.- ¡Vaya!

LUCIANO.- Baile de gran gala... ¿Has traído smoking?

FEDERICO.- No... Siempre uso frac...

(LUCIANO se quedó un poco mosca. Este FEDERICO

parecía un guasón.)

LUIS.- No importa... Yo te lo presto... ¿Hecho?

(FEDERICO dudaba. No tenía ninguna gana, pero era violento negarse. Miró a JUAN, pidiéndole consejo. JUAN

se encogió de hombros aunque al mismo tiempo hizo un

gesto de asco. Vamos, que le desanimó.)

FEDERICO.- Hombre, pues no sé...

(El DOCTOR en cambio le animó a base de darle grandes

palmadas en la espalda.)

DOCTOR.- ¡Que sí, chico, que sí!... No seas lila... Va a haber sorpresas... ¡No te lo pierdas!

(FEDERICO cambió de postura para que el DOCTOR no le deshiciese el omoplato y cambió la conversación hacia

JUAN. Aquello fue un gravísimo error.)

FEDERICO.- Para sorpresa lo de Juan y su novia...

(Aquello cayó como una bomba. Hubo un silencio brevísimo en el cual todos se miraron unos a otros y sobre

todo a JUAN, que se había erguido, venteando el peligro,

y estaba tenso y en guardia. Enseguida, LUCIANO habló

y todos se pusieron a reír como locos.)

Original · página 224

LUCIANO.- ¡No lo sabes tú bien!... ¡No lo sabes tú bien!

(FEDERICO se quedó un poco extrañado de esa reacción

y miró a JUAN. JUAN le hizo un gesto intraducible

fácilmente. Estaba sobre ascuas.)

DOCTOR.- ¿A que no te lo esperabas?

(FEDERICO dijo la verdad. Estaba mosqueándose por

momentos.)

FEDERICO.- Pues no...

(El DOCTOR se había preparado bien el chiste. Saltó.)

DOCTOR.- Ni ella.

(Y se volvieron a reír con muchas más ganas. JUAN hizo

un aparte y cogió suavemente, pero con una fuerza terrible al CALVO por una solapa y le dijo, mordiendo las

palabras.)

JUAN.- ¡Ojo con decirle nada! ¿Eh?

(El CALVO se extrañó muchísimo.)

CALVO.- ¿No es amigo tuyo?

JUAN.- ¡No decirle nada!

(No habló más porque FEDERICO le estaba mirando. Le sonrió estúpidamente. LUIS, después de la risa, volvió a la

carga.)

LUIS.- Yo creo que hace mal.

FEDERICO.- ¿Quién?

LUIS.- Juanito... Ella es más vieja que él...

DOCTOR.- Y más fea...

LUCIANO.- Y sin perras...

LUIS.- Una solterona... ¡Solterona rabiosa!

(Eso lo dijo con un soniquete infantil que hizo reír a todos. JUAN

tenía un rictus que parecía una sonrisa. Quería disimular delante de FEDERICO. FEDERICO

estaba serio y observaba el juego.)

CALVO.- A mí se me parece una viuda...

DOCTOR.- Sí... ¡La viuda virgen!

LUIS.- ¿Aún?

(Y la explosión de carcajadas fue colosal. FEDERICO miraba a JUAN. Estaba deseando que reaccionase como decía. JUAN se vio forzado, aunque lo hizo sin convicción.

Dio un puñetazo en el velador que hizo caer las copas.

Mucho ruido, pero dentro, nada.)

JUAN.- ¡Ya está bien...! ¡A callar!

(Todos le miraron. El CALVO aprovechó para cuchichear

algo al oído de LUIS. LUIS miró a FEDERICO y se sonrió.

Luego, cuando pudo, le transmitió la noticia de la inocencia de FEDERICO a LUCIANO y éste al DOCTOR.

Y cada vez se sonreían y miraban a FEDERICO. A FEDERICO no se le escapaba nada de esto. Pero le

interesaba sobre todo JUAN y lo que hacía JUAN.)

LUCIANO.- ¡Huy! ¡Huy!... Que se enfada...

(El CALVO aprovechó. Se levantó de un salto y se puso

detrás de LUIS.)

CALVO.- Pues como te enfades, lo digo...

(JUAN se fue por él, con un gesto que contuvo inmediatamente. Sólo le dijo, con absoluto desprecio, tal

vez queriendo significar otra cosa.)

JUAN.- ¡Imbécil!

(Y se levantó. Optó por huir. Le dijo a FEDERICO,

mientras dejaba algo de dinero sobre el velador.)

¡Anda, vámonos!

(FEDERICO se puso lentamente en pie. JUAN estaba ya

en la acera. El CALVO le amenazaba juguetón.)

CALVO.- ¡Que lo digo!... ¿Eh?... ¡Que lo digo!

(JUAN le quiso asesinar con la mirada. Esta vez le temblaba un poco la voz de la rabia. Le apuntó con el

brazo extendido.)

JUAN.- Te he avisado... Ten cuidado.

(FEDERICO estaba ya a lado de JUAN y lo miraba todo.

LUIS también se levantó y comentó con los demás.)

LUIS.- ... ¡Y se pone chulo!...

CALVO.- ¿A que lo digo?

(JUAN se dio media vuelta después de mirarlos una vez

más y se fue. FEDERICO, dijo.)

FEDERICO.- Adiós.

(Pero nadie le contestó. Estaban entretenidos formando una especie de conciliábulo. FEDERICO se unió a JUAN y

echaron a andar Calle Mayor abajo. Los otros se volvieron hacia ellos, hacia JUAN. El DOCTOR batió con

la mano una medida y todos gritaron a coro, con cierto

soniquete.)

TODOS.- ¡Sa-lu-dos a tu no-via!

(Y se echaron a reír como siempre. JUAN ni siquiera volvió la cabeza.

Contraía las mandíbulas. FEDERICO a

su lado le miró un momento. Algunos transeúntes se volvieron a oír los gritos y se sonrieron. ¡Estos chicos! ¡Eran simpáticos! El DOCTOR siguió dirigiendo el coro y

todos se pusieron a berrear.)

¡Ay qué tío, ay qué tíoooo...!

Original · página 228

¡Qué bromazo le ha metíoooo!

JUAN iba encogido sobre sí mismo. Miró a FEDERICO con el rabillo del ojo. FEDERICO no le miraba. Quería

que JUAN no se sintiese violento por su presencia. Se alejaron Calle Mayor abajo, mientras los otros seguían

berreando en la terraza del Bar Miami.

Original · página 229

55.- El hogar en construcción

La casa todavía no está terminada. Acaban de poner la

bandera en el tejado. Es una casa grande, de muchos pisos, todavía recubierta de andamios. Está en las afueras,

en unos descampados, barrizales ahora con las lluvias recientes. Hay varias construcciones parecidas por los alrededores. Se está construyendo mucho. Desde arriba se

domina un amplio panorama. La ciudad queda a un lado,

se ve el río aquí con las márgenes peladas. En la ribera hay un poblado de chabolas diseminadas. Al otro lado está

la plaza de toros y unos cuarteles. Después, enseguida, el campo. Barbechos y barbechos y barbechos. En medio la

cinta de la carretera. La casa digo, todavía está en construcción. No está aún hecha la escalera. Los interiores

tienen ya las jambas de puertas y ventanas, el enlucido

está aún húmedo y salen al exterior los cables muertos todavía de la luz. El suelo está sucio de yeso y de cemento.

Arriba, en el ático, es como estar al aire libre. Y además

hace frío, ese frío húmedo y desagradable de la construcción. ISABEL se ha asomado a esa ventana. Inspira profundamente. Lo mira todo con una avidez y una alegría exultante. JUAN está apoyado en la jamba de

la puerta y la mira fijamente en silencio. Responde por

gestos forzados, serios y taciturnos, a ese torrente de

preguntas que es ahora ISABEL.

ISABEL.- ¡Mira!... La plaza de toros... Así nos ahorramos las entradas... ¡Y el cuartel de Caballería!... ¡Qué pena!... Si viviese mi padre le podría ver desde aquí... ¿No te gusta?

JUAN.- Sí.

(Luego para desanimarla dijo una verdad.)

Hace frío.

(ISABEL le rebatió rotundamente. Después empezó a dar

vueltas a la habitación. La veía ya llena de muebles.)

Original · página 230

ISABEL.- ¡Qué va!... Aquí yo pondría el comedor... ¿No? O tu despacho...

(Pilló el gesto extrañado de JUAN y le convenció con

brillantez.)

Sí, tienes que tener un despacho... ¿O no?... No sé... Tengo que pensarlo...

(Pasó al lado de JUAN al atravesar para ir a otra habitación. Le hizo una carantoña y le recomendó.)

... Hazme bien el plano, ¿eh?... Ven...

(JUAN la siguió. Estaba dibujando en un papel, apoyándolo en su cartera, un plano de la casa. La siguió. ISABEL se había plantado pensativa en medio de la nueva

pieza. Se volvió para consultarle.)

¿Y si tirásemos este tabique?... Nos quedaría un salón estupendo, ¿verdad?

(Debió reflexionar mejor, porque súbitamente dijo.)

¡Huy no, no, no!... Se me había olvidado...

(Se volvió a JUAN y le miró profundamente, con una

sonrisa.)

... Esto es para los niños... Con dibujos en la pared... Y juguetes... Tendremos muchos niños, ¿eh?... Pero muchos... muchos...

Original · página 231

(JUAN no decía nada. Toda esta escena le apretaba la garganta. De vez en cuando pintaba una raya del plano. En general, sólo miraba a ISABEL. Veía vivir en la más

pura ilusión esa muchacha de treinta y cinco años. ISABEL podía interpretar ese silencio de JUAN como

aprobación de su actitud o, ¿por qué no?, como enamoramiento. ISABEL pasó a otra habitación. JUAN no

se había movido de su sitio.)

Y aquí, nosotros... ¿Cuántas camas?... ¿Dos?... En las películas siempre salen dos... ¿Pero sabes por qué?... Por la censura... Sí, me lo dijeron... Yo quiero una cama... una cama grande... para estar contigo...

(Se ha vuelto a JUAN. JUAN la sigue mirando en silencio,

sin hacer ningún gesto. Ella interpreta eso como reprobación. Se ruboriza. ISABEL se ha apoyado en esa pared desnuda y blanca, en un rincón de ese esquema del

hogar que ella sueña. Desde allí dulcemente habla a

JUAN, que ahora, mientras ella habla, se acerca cabizbajo, mirando al suelo, mirando a ISABEL de vez en

cuando, hasta detenerse en el quicio de la otra puerta.)

¿Ves? Me has puesto colorada... Me dejas hablar y hablar... Y tú no me dices nada... Hablo mucho, ¿verdad?... Y hago... tonterías... como si tuviese dieciséis años... Perdóname... Estoy empezando a vivir ahora... Tengo que hacer en unos días lo que no he hecho en tantos años...

(ISABEL se acercó lentamente a JUAN y quedó como escondida en

él; se entretenía en perfilar con sus dedos los

dibujos de la corbata de JUAN. Hablaba con la cabeza

baja. JUAN estaba en el colmo de la angustia.)

Tengo que quererte mucho... mucho... muy deprisa...

Original · página 232

(Se abrazó a él, se apretó a él. Estaba colgada de su cuello.

Le miraba.)

... y besarte muchas veces... así... así...

(Y empezó a besarle la cara suavemente. JUAN tenía los

músculos contraídos, la mirada perdida y nublada, los brazos caídos a lo largo del cuerpo. JUAN intentaba no dar nada de sí mismo, lo menos posible. ISABEL después, juntó su mejilla a la de JUAN. Tenía los ojos cerrados. Le

acariciaba el pelo.)

... Juan... Juan...

(JUAN le dio unos golpes cariñosos en la espalda y le rozó

la frente con los labios.)

JUAN.- Anda, vamos...

(La separó de él cogiéndola por los hombros.)

Tu madre estará harta de esperar...

(ISABEL abrió los ojos. Reaccionó al acordarse de su

MADRE.)

ISABEL.- ¡Pobre mamá!

(Se separó de JUAN y cogiéndolo por una mano le arrastró hasta la ventana más próxima. Se asomó.

Señaló.)

¡Mírala!

(Abajo, al pie de la obra, cerca de los ladrillos apilados, de

estructuras del encofrado, de hierros doblados para hormigonar, montones de piedra y arena, estaba Doña Carmen, con su vestido negro y su velo, hablando con el

obrero que hacía de guarda de la obra. Unos perros

gruñían a su alrededor.)

Seguro que le está contando al guarda todo lo nuestro...

(Se quedó un momento pensativa, viendo a su MADRE.)

Es malo hacerse vieja... estando sola...

(Se volvió a JUAN. Tenía cierta tristeza en los ojos.)

¿Sabes?... Mamá tiene algo...

(Se señaló el corazón. Luego advirtió a JUAN.)

No se lo digas, ¿eh?... Por eso no he querido que subiera...

(Miró a JUAN y sonrió. Se abrazó a él. Tenía una luz

maliciosa en los ojos.)

... Y para estar sola contigo...

(Se apretujó contra él, cariñosa, entornando los ojos,

buscando el calor de JUAN.)

Bésame... Abrázame muy fuerte... muy fuerte...

Original · página 234

(JUAN la besó en la boca, con los labios cerrados, con fuerza, con prisa. Luego se retiró de ella, de su abrazo.)

¿Me quieres?

(JUAN no pudo dominar su impaciencia. Se separó de

ISABEL y tiró de ella, de una mano.)

JUAN.- Anda, vamos...

(ISABEL siguió tras él, mientras se dirigían a la puerta,

sin puerta, de salida. Iba enfurruñada, no seriamente,

claro.)

ISABEL.- Nunca dices que me quieres... Eso gusta, ¿sabes?...

(JUAN le sonrió para que se callase. Habían salido a la escalera. No estaba hecha aún. Faltaba el muro exterior,

la barandilla y los peldaños. Había sólo el apoyo de

ladrillo de los escalones. JUAN le advirtió.)

JUAN.- Ten cuidado... Fíjate dónde pones los pies.

ISABEL.- Mira que si me caigo...

(ISABEL se asomó al hueco de la escalera. Había siete u

ocho pisos hasta el suelo. ISABEL miró el fondo de ese

pozo sombrío y húmedo. Tenía los ojos muy abiertos.

JUAN estaba detrás de ella, apoyado en la pared.)

Me mato... ¿Tú qué harías?

Original · página 235

(JUAN la estaba mirando fijamente, con una mirada extraña, dura, fría. ISABEL se asomaba cada vez más a

ese abismo. JUAN empezó a pensar lo que haría si ella estuviese muerta. Le dio miedo. Si ISABEL muriese JUAN

estaría tranquilo. Ella no sufriría por su culpa. Jamás

sabría que todo aquello era una broma, una broma

colosal. ISABEL, sin volverse, dijo.)

Sujétame.

(Y tendía su mano hacia atrás para que JUAN la cogiese. ISABEL se inclinó un poco más todavía sobre el hueco de

la escalera.

Desde abajo, desde el suelo, casi no se les veía, allá arriba

de todo. Uno de los perros se acercó por allí y empezó a

gruñir sordamente. Olfateaba algo allá arriba. Hasta

ululó un poco.

JUAN estaba mirando a ISABEL con unos ojos muy abiertos. A lo mejor, ni la veía. ISABEL se inclinó aún más, en la seguridad del apoyo de JUAN. Hizo bocina con

la otra mano y gritó hacia el fondo.)

¡Uuh-uh!... ¡Uuh-uh!

(El eco, allá abajo, le contestó. ISABEL se divertía.

ISABEL ahora se divertía con todo.)

¡Uuh-uh!... ¡Uuh-uh!

(ISABEL quiso medir la profundidad de ese vacío. Se asomó aún más. JUAN la miraba sin pestañear. Había un

poco de sudor en su frente.

El perro, abajo, gruñó y aulló. De pronto se oyó un grito

de ISABEL. Y un ladrillo se desprendió desde lo alto y salpicó cuando se estrelló contra un charco de agua en el

suelo. El perro salió aullando.

Original · página 236

ISABEL se abrazó a JUAN.)

¡Ay, qué miedo!

(Estaba mirando el ladrillo ese que se había partido. Tampoco se había asustado mucho. El peligro no había

sido tan grave. JUAN la reconfortó y luego la regañó.)

JUAN.- Te lo dije... Anda, vamos...

Y agarrándola por el brazo y dejándola al interior, JUAN

e ISABEL empezaron a bajar la escalera.

Original · página 237

56.- Las afueras

Los tres perros siguieron ladrando con fuerza. El guarda hizo un gesto de adiós con la mano. ISABEL y su MADRE

le contestaron. JUAN iba al lado de la MADRE. ISABEL iba del brazo de ella. Se alejaron por ese embrión de calle,

donde las aceras estaban marcadas por largos adoquines

puestos unos al lado de otros. Había farolas nuevas y sin cabezas. Grandes charcos en el suelo donde se reflejaba el sol ya poniente.

ISABEL volvió a coger el hilo de su charla

y continuó explicándole a su MADRE.

ISABEL.- ... cuatro habitaciones... la cocina... el baño... y el retrete de la chica. Mira. Juan ha hecho un plano...

(JUAN se sacó el papel ese del bolsillo y se lo dio a ISABEL. Se pararon para que Doña Carmen lo viese.)

¡Fíjate!... Ves...

(Doña Carmen no entendió esos garabatos. Hizo un gesto

de asombro.)

MADRE.- Y, ¿esa es la casa?... ¡Muy bonita!... ¡Muy bonita!...

(Siguieron andando. ISABEL se rió. Devolvió el plano a

JUAN.)

ISABEL.- No hagas caso a mamá... Es muy guasona...

(JUAN seguía con el plano en la mano. Sonrió por compromiso. Anduvieron un rato en silencio. La MADRE

dio un suspiro. Cada cual iba pensando en sus cosas.)

Original · página 238

MADRE.- ¡Ay, Jesús!

JUAN.- ¿Quiere que vayamos a merendar?

(Doña Carmen hizo un gesto de aprobación. Luego,

recapacitó.)

MADRE.- ¡Niña!... ¿No tenías que ir a la modista?

(ISABEL ya no se acordaba. Dio un respingo.)

ISABEL.- ¡Ay, sí!... Es verdad...

(Le dijo a JUAN asomándose por detrás de su MADRE.)

Es para pasado mañana... Para el baile del Círculo.

(ISABEL era feliz con sólo pensar en ese baile. Siguieron

andando en silencio. Al cabo, ISABEL le preguntó a

JUAN.)

Oye... Y si la anuncian, ¿qué decimos?

(JUAN iba distraído.)

JUAN.- ¿Eh?

ISABEL.- ¡La boda!... seguro que en el Círculo, paran la orquesta y anuncian nuestra boda... Siempre lo hacen...

Original · página 239

(JUAN palideció. Se daba cuenta ahora de que el horizonte se ensombrecía por momentos, que ya era muy

difícil pasar toda esa mentira.)

MADRE.- Pues que digan en la fecha que hemos quedado, ¿no?

(Y pidió la opinión de JUAN. JUAN inclinó la cabeza.)

... El quince de mayo.

(ISABEL comentó en voz alta, mirando a JUAN, casi con

cierta picardía, con absoluta felicidad, desde luego.)

ISABEL.- Cuánto tiempo, ¿eh?

JUAN.- Sí.

Y agachó la cabeza. Se alejaron los tres en silencio. El aire

estaba limpio y tranquilo. Los perros del guarda ladraron

a lo lejos. JUAN, sin que nadie le viese, dejó caer el papel

que llevaba en la mano. Una ráfaga de viento lo arrastró un poco y lo hizo caer en un gran charco del camino. Las

tres figuras se recortaron en contraluz contra el sol que enrojecía el horizonte. Se oían lejanas las campanas de la

Catedral.

El plano del hogar futuro y maravilloso que soñaba ISABEL se empapó de agua y se hundió un poco. Se veían

las rayas que JUAN había dibujado -la cocina, el dormitorio, el cuarto de los niños...-. Temblaba un poco, a

través del agua.

Original · página 240

57.- El comedor de la Gran Pensión Castilla

FEDERICO se echó para atrás, fuera del haz de luz que proyectaba la lámpara del comedor. Se retrepó en la silla,

aspiró una buena bocanada de humo y lo echó con fuerza. Tenía los ojos llenos de cólera. FEDERICO se contuvo. No

apartó la vista de JUAN. JUAN estaba al otro lado de la mesa, acodado en ella, dibujando sobre el mantel con un

palillo. La mesa estaba medio recogida. Quedaban sólo

los restos del postre. Había un gran silencio. Se oía el

fregoteo en la cocina y la radio retransmitiendo una función llegaba muy suave desde el fondo del pasillo, de la

habitación de DOÑA OBDULIA. JUAN pensaba y no se atrevía a

mirar a FEDERICO. Hablaba con una voz muy

cansada.

JUAN.- ¿Qué puedo hacer?

FEDERICO.- Decir la verdad.

JUAN.- Eso sería matarla... Hundirla para siempre... A sus treinta y cinco años sería un golpe definitivo...

(Suspiró con pena, acongojado realmente.)

El fin de Isabel...

(Comenzó una larga pausa. Entró DON GENARO, en chancletas, con un palillo entre los dientes, el cuello de la

sotana desabrochado, simpaticote como siempre. Traía

un vaso en la mano.)

DON GENARO.- ¿Qué, no se duerme?

FEDERICO.- No. Aún es temprano... A lo mejor salimos todavía.

(DON GENARO le amonestó medio en serio, medio en

broma.)

DON GENARO.- ¡Ah, la gente de la ciudad, trasnochadora y depravada!...

(Cogió una jarra de agua de encima del trinchero y llenó

con cuidado su vaso. Lo fue explicando.)

... Mi vasito de agua...

(Se fue hacia la salida. Se despidió afectuosamente.)

¡Vaya!... Buenas noches.

FEDERICO.- Que usted descanse.

JUAN.- Buenas noches...

(Desde el umbral se volvió DON GENARO para

advertirles.)

DON GENARO.- Si salen, no cierren de golpe, ¿eh?

(FEDERICO asintió con la cabeza. DON GENARO desapareció. Se le oyó abrir y cerrar la puerta de su

cuarto. Pasó un tiempo. JUAN continuó.)

JUAN.- Yo no puedo tener ese peso en la conciencia,

¿comprendes?... Lo sabría todo el mundo... La gente es mala... Se iban a reír de ella... Le harían la vida imposible... Y yo, viviendo aquí, en la misma ciudad... Me la encontraría alguna vez... Sería horrible...

Original · página 242

(JUAN se pasó una mano por la cabeza. Para peinarse o para despejar su imaginación de fantasmas. FEDERICO le

acosó.)

FEDERICO.- No digas la verdad entonces... Cásate.

JUAN.- Por compasión, ¿no?... Por pena...

FEDERICO.- ¿No la quieres?

(JUAN le miró como si hubiese dicho alguna estupidez

gordísima. Se encogió de hombros.)

JUAN.- La quiero... no sé, como se quiere a un perrito o a un niño enfermo... La tengo lástima... Es inocente... Sin protección alguna...

(JUAN sonrió. Un recuerdo agradable seguramente.)

A veces me alegra ver que es feliz... sólo porque se cree que la quiero...

(FEDERICO calificó enseguida ese síndrome.)

FEDERICO.- Eso es vanidad.

(JUAN se quedó un poco cortado. Agachó la cabeza.

Prosiguió.)

JUAN.- Casarme con ella por lástima... Eso podía hacerla feliz... pero...

Original · página 243

(FEDERICO se levantó de un salto, asqueado. Le repugnaba toda esa situación, esa estrechez de alma de

JUAN, esa mezquindad. Empezó a pasearse arriba y abajo, a lo largo del comedor. Cuando pasaba cerca de la

mesa daba unos golpes con su mano en el tablero. JUAN veía aparecer y desaparecer la mano de FEDERICO en la

zona de luz. A cada golpe, oscilaba el agua de un vaso,

encima de la mesa.)

FEDERICO.- ... Pero tú ibas a destrozar tu vida... tus grandes proyectos... tus ambiciones... Me lo dijiste Me acuerdo... Ser subjefe de tu sección... una chica rica...

JUAN.- ¿No tengo derecho?

(FEDERICO se apoyó en la mesa, bajo la lámpara y miró

a JUAN directamente a los ojos.)

FEDERICO.- ¿Tú qué crees?

(JUAN agachó la cabeza. No tenía nada que responder. FEDERICO seguía allí, mirándole. JUAN levantó la vista.

Tenía cierto pánico en los ojos. Suplicó.)

JUAN.- ¡Ayúdame!... ¿Qué hago?... ¿Qué solución tengo?

(FEDERICO se retiró de la mesa. Siguió paseando. Resopló, para quitar presión a su cólera. Le daban

náuseas al pensar en la cobardía de JUAN. Habló,

científicamente.)

FEDERICO.- Tienes dos. Una: decir la verdad. Tú te salvas. Ella se destroza.

Original · página 244

(JUAN no sintió ningún alivio ahora que FEDERICO le ponía la situación al desnudo. Se cogió la cabeza entre las

manos. Se escondió. Las palabras de FEDERICO llovían

sobre él.)

... Esa te da miedo, ¿no?... Tú quieres vivir tranquilo...

(FEDERICO, que se había parado para mirar a JUAN,

continuó su paseo.)

La otra es no decir la verdad. Ella se salva. Tú te destrozas.

(Se volvió hacia él y apoyándose en la mesa, bajo la

lámpara, casi le gritó.)

Esa también te da miedo, ¿verdad?... Tú quieres ser feliz... Te crees con derecho a serlo...

(JUAN ahora asomó la cabeza entre las manos. Le brillaban los ojos. ¡Si pudiese escapar de ese dilema en el

que le había encerrado FEDERICO! Dijo con alegría.)

JUAN.- ¡Hay otra!... ¡Ellos!

(FEDERICO no comprendió. Esa otra solución no cabía

en su esquema. JUAN le aclaró.)

Sí. Luis, el Calvo, Luciano y el Doctor... ¡Eso es!

(JUAN era feliz ahora. Parecía un náufrago que ve tierra

justo en el momento de ahogarse. Se puso en pie, apoyándose en la mesa. Cara a cara con FEDERICO.)

Original · página 245

¡Ellos me pueden salvar!

58.- La habitación de Isabel

La CHACHA e ISABEL, entre risas, valsaban por toda la habitación. La radio, puesta suavemente, para no estorbar

a Doña Carmen, desgranaba a Strauss en la habitación de

ISABEL. Hasta habían retirado los muebles y recogido la

alfombra. Era un vals bailado con toda regla. ISABEL

cantaba el compás.

ISABEL.- Un-dos-tres... un-dos-tres...

(La CHACHA se dejó caer en un sillón muerta de risa y de

cansancio. Se abanicaba con el mandil.)

CHACHA.- ¡Ay Señor! ¡Ay Señor!

(ISABEL tenía la cara arrebolada. Se fue hacia la radio.

Se volvió para la CHACHA y le dijo con la voz

entrecortada por la fatiga y por la risa.)

ISABEL.- El vals ya lo sé... No vale... Y las cosas lentas... No hay que moverse mucho...

(Manipulaba el receptor hasta que surgió alucinante el ritmo de los Hot Red Pepper de Jelly Roll Morton. Era un

puro frenesí sonoro. ISABEL, muy seriamente, tomó un pequeño

librito de encima de la radio y lo hojeó curiosa.)

A ver cómo es esto...

(Debió encontrar alguna indicación porque empezó a

moverse siempre sin dejar de leer y diciendo.)

Original · página 247

Dos adelante... Uno atrás... Dos adelante... Uno atrás...

(Sofocada por el esfuerzo le preguntó a la CHACHA que

se contenía la risa.)

¿Qué te parece Chacha?

(La CHACHA estaba a muchas millas de distancia de New

Orleans y del «jazz hot».)

CHACHA.- Quita mujer... Parece que estás pisando uvas.

(Y se rió. ISABEL también. Luego apagó la radio y tiró el

libro encima de una silla.)

ISABEL.- Bueno, es igual... Me llevaré el libro al baile.

(Las risas se fueron calmando. ISABEL se pasó una mano

por la frente y vino a sentarse delante de la CHACHA,

sobre el rulo de la alfombra recogida. Se quedó en la postura suya de siempre. Abrazándose las rodillas. La CHACHA se levantó, apagó la luz del techo y dejó sólo una

lámpara de mesa. Se volvió a sentar. Durante este tiempo

la sonrisa de ISABEL se había enfriado y ahora estaba

seria y con una mirada preocupada. La CHACHA la conocía bien. La dejó estar un rato más en el silencio,

mientras se oían leves y lejanas las campanas de la Catedral, que hacían vibrar un poco los cristales del

balcón.)

CHACHA.- ¿Sigues teniendo miedo?

(ISABEL dijo que sí con la cabeza, turbada porque la

CHACHA había adivinado.)

Original · página 248

ISABEL.- Soy demasiado feliz.

CHACHA.- ¿Y qué? Eso nunca es malo...

ISABEL.- Yo creo que sí... ¿Sabes? Yo creo en las compensaciones...

(Eso era muy complicado para la CHACHA. ISABEL

buscó una explicación más simple.)

¿Cómo te diría?... Las cosas malas y las cosas buenas en un ten con ten...

(Hizo con las manos un gesto que podía simbolizar una balanza. La CHACHA empezaba a comprender y fruncía

el ceño.)

... Si todo va bien, entonces, por ejemplo... te duele una muela... ¿Entiendes?

(La CHACHA dijo que sí con la cabeza. ISABEL remachó

su explicación.)

... O si todo va mal, pues te toca un poco de dinero en la Lotería... ¿Te das cuenta?

(Para la CHACHA estaba ya clarísimo. Y no le gustaba

nada esa teoría.)

... Creo que Dios debe ocuparse de esas cosas... El equilibrio, ¿eh?

Original · página 249

(Y volvió a hacer ese gesto con las dos manos, subiéndolas

y bajándolas en oposición, un poquito. La CHACHA era

más directa.)

CHACHA.- ¿Y qué?

(ISABEL la miró con una sonrisa un poquito tristona y

preocupada.)

ISABEL.- Ahora todo es demasiado brillante para mí... Me da miedo que se nuble de repente... que se haga todo negro...

(La CHACHA se conmovió profundamente, bien a pesar

suyo. Hasta tuvo un repeluco. ISABEL había vuelto a su postura habitual. La CHACHA le veía la cara ahora. La

CHACHA hizo un levísimo e informe gesto con la mano:

una señal de la cruz muy rudimentaria. Luego, quiso desterrar de ISABEL los malos pensamientos con una

pregunta aplastante.)

CHACHA.- ¿Por qué? ¿Qué puede pasar?

(ISABEL repitió esas palabras como un eco. Estaba ensimismada, sus grandes ojos claros muy abiertos,

intentando ver el futuro.)

ISABEL.- Eso digo yo. ¿Qué puede pasar?

59.- Una plaza, una fuente, la noche

El CALVO miró fijamente; dijo con sequedad.

CALVO.- Nada.

(LUIS surgió detrás de él e insistió, chillando. Miraba al

mismo sitio.)

LUIS.- ¡Nada! ¡Nada!... ¡Nosotros no podemos hacer nada!

(Entonces JUAN, que estaba delante de ellos, se rebeló.

Estaba furioso. Pero los otros ya conocían esas furias

súbitas de JUAN. Luego todo acababa en agua de borrajas.

Estaban todos -los de siempre- sentados en los escalones de la fuente. Es decir: había una plaza, con una iglesia en un costado y en medio, una artística fuente con surtidor y todo. Un pequeño chorrito desde luego. LUIS, el

CALVO, LUCIANO y el DOCTOR, estaban sentados en los

escalones que rodeaban la fuente o bien, en el mismo borde del estanque. Hacía un poco de viento y a veces los

salpicaba un poco de agua. Las sombras de las cosas

oscilaban un poco, proyectadas por esas bombillas raquíticas de siempre y los murciélagos se entretenían alrededor de las luces. JUAN estaba pues en medio de esa

plaza, desierta a estas horas de la noche. Y detrás de él observando todo ese lamentable juego estaba FEDERICO.

JUAN estaba furioso. Les increpó.)

JUAN.- ¿Seréis cerdos?... Esto es una broma, ¿no?... Y la hacemos todos juntos... Como siempre hemos hecho... ¿No os acordáis?...

(Fue enumerando. Intentaba remover en ellos algún poso

sentimental.)

... La del fuerte... y la del catedrático de latín... y la de los cómicos... y la de Doña Pura...

(El CALVO se impacientó. Se le adelantó el DOCTOR.)

DOCTOR.- ¿Y qué, acaba ya?

(JUAN se quedó un poco cortado. No esperaba esa

reacción. Siguió.)

JUAN.- Digo que siempre hemos ido de acuerdo... Y ahora, ¿por qué no?

LUCIANO.- Porque no, idiota...

DOCTOR.- Tú estás histérico...

CALVO.- ¿A qué viene todo esto?... ¡Con la partida de mus que teníamos!

(LUIS se lo explicó, señalando a JUAN con mucha

guasita.)

LUIS.- El nene que se asusta porque la cursi esa va a echar unas lagrimitas...

(JUAN se desesperó. Miró a FEDERICO. FEDERICO no decía nada. No era partidario de ninguno. Ni siquiera de

JUAN. JUAN se volvió hacia sus amigos.)

JUAN.- ¡No entendéis!... ¡La vamos a matar!

Original · página 252

(JUAN se sorprendió al ver que esa frase tan dramática y sinceramente dicha, sólo produjese risas y abucheos entre

sus amigos. Se quedó de una pieza. Volvió a mirar a

FEDERICO. FEDERICO ni se había movido. JUAN empezó a pensar si tal vez ellos no tenían razón, si tal vez

no estaba sacando él mismo las cosas de quicio.)

LUIS.- ¡Pues sí!...

LUCIANO.- ¡Huuuuh!

DOCTOR.- ¡Anda que no es vieja la broma ni nada!... ¡Si fuera la primera vez!

CALVO.- Además, las solteronas no se mueren... Por eso son solteronas...

(Y se empezó a reír él, de su propio chiste. Los otros le

aplaudieron.)

LUCIANO.- ¡Di que sí!

(JUAN estaba hecho un verdadero lío. Ya no sabía qué pensar. La presencia muda de FEDERICO le sostuvo en su

primitiva línea de conducta. Pero ya sin convicción dijo.)

JUAN.- Yo no sigo con la broma.

(Los otros dejaron de reír y meter ruido, en seco. Se miraron. El CALVO se levantó y se fue hacia JUAN. LUIS

también se puso de pie.)

CALVO.- Tú seguirás hasta el fin.

(JUAN se enfrentó con el CALVO. No sabía qué decirle.

Miró a los otros. LUCIANO le gritó.)

Original · página 253

LUCIANO.- ¡Ánimo, chico!... Si ya falta poco...

(LUIS propuso, después de mirarlos a todos.)

LUIS.- ¿Se lo decimos?

(JUAN no sabía de qué estaban hablando. El CALVO se volvió a LUIS y se encogió de hombros. Estaba fastidiado.)



CALVO.- ¡Díselo!... Total ya...

JUAN.- Pero, ¿el qué?

(El DOCTOR cambió de postura al borde del estanque y

con la anuencia de los demás dijo.)

DOCTOR.- El Calvo y Luis han pensado un final estupendo...

LUCIANO.- Te íbamos a dar una sorpresa... ¿eh?

(Y los otros al acordarse de la sorpresa se echaron a reír.

JUAN estaba echando ascuas.)

LUIS.- Pero como te pones así...

(JUAN no pudo más. Cogió al CALVO por las solapas.)

JUAN.- ¡Habla!

(El CALVO se rió un poco más, volviéndose a los otros y

señalando lo que hacía JUAN.)

Original · página 254

LUCIANO.- ¡Está impaciente!

(LUIS de un salto bajó los últimos escalones y se puso al

lado de JUAN. Le dio un codazo. Y comenzó a explicar haciendo, con gestos, una escenificación de lo que decía.

Estaba de cara a la fuente, de espaldas a FEDERICO.)

LUIS.- ¡Mira!... El baile, ¿eh?... Se para la orquesta...

(LUCIANO y el DOCTOR dieron el acorde final de un

tango.)

LUCIANO y DOCTOR.- ¡Chan chan!

LUIS.- Yo, como vocal de Festejos del Círculo, subo al estrado...

(JUAN ya había soltado hacía rato al CALVO y escuchaba

ávidamente.)

La orquesta da un acorde...

(LUCIANO y el DOCTOR se levantaron al unísono y

tocaron la trompeta y el tambor.)

LUCIANO.- Ta-ta-ta-ta-ra-ra...

DOCTOR.-
Pronpron-prrron-prrron-pon...

LUIS.- Pido silencio... ¡Y anuncio tu boda!

(El CALVO intervino ahora, súbitamente. Cogió a JUAN

por las solapas y lo zarandeó.)

CALVO.- Y entonces, salto yo... Me voy hacia ti... y me lío a golpes contigo...

(Y la emprendió a puñetazos con JUAN en el estómago y

en los riñones. Le daba cachetes en la cara. JUAN se

defendió como pudo. El CALVO le estaba haciendo cosquillas. JUAN tenía ganas de saber el final y también le

estaban entrando ganas de reírse a carcajadas, como se

reían ahora los otros. El CALVO se paró al fin.

Resoplaba.)

Golpes amistosos, claro... Pero que parecen de verdad, ¿comprendes?

(JUAN asintió con la cabeza. Ya se había olvidado de FEDERICO que contemplaba la escena en silencio y sin

moverse de su sitio.)

En resumen: Yo empiezo a chillar diciendo que no te puedes casar con nadie... porque desde hace tres años tú eres novio formal de una prima hermana mía que vive en Logroño...

(JUAN iba comprendiendo. Se le abrían mucho los ojos. LUCIANO y el DOCTOR se unieron al grupo y hablaron

todos muy deprisa dando vueltas a JUAN y tirándoselo,

unos a otros, como una pelota. Además seguían con la

pantomima.)

LUCIANO.- Llegamos nosotros...

DOCTOR.- ... Follón...

LUIS.- ... Golpes...

CALVO.- ... Tú que te pones de parte de ella... Yo que te mato como sigas con Isabel...

LUIS.- Tú le desafías a muerte...

Original · página 256

LUCIANO.- ... él que te pega una bofetada...

(Y LUCIANO, que era muy burro, le arreó una bofetada a JUAN, una bofetada de verdad. Pero JUAN no se enteraba

de nada. Sólo veía la solución de su problema cada vez

más clara.)

DOCTOR.- ... ella que se desmaya...

(LUIS se desmayó en brazos de DOCTOR, pegando un

gritito.)

LUCIANO.- ... Música...

CALVO.- ... ¡Y gran final!...

(Y todos juntos hicieron alrededor de JUAN un

estruendoso acorde.)

TODOS.- Ta-tata-tatata-tarará...

(Y luego se pusieron a reír como locos. Se daban golpes,

tosían. FEDERICO contempló todo ese espectáculo sin pestañear. JUAN también lo contempló. Pero él estaba maravillado. Armaron tal cisco que un sereno golpeó su chuzo al fondo de la plaza. Estaba allí, debajo de un farol.

Ellos se callaron. LUIS le gritó para calmarle.)

LUIS.- ¡Está bien, Pepe!

(Luego se fueron sentando todos otra vez alrededor de la

fuente. JUAN estaba eufórico. Se abrazó al CALVO y

hasta le plantó un beso en lo alto de la cabeza.)

JUAN.- ¡Qué tío, Calvo!... ¡Qué talento!... ¡Viva la madre que te parió!...

(Se volvió a FEDERICO y se fue hacia él. Le cogió por los

hombros. FEDERICO no se inmutó.)

¿Te das cuenta, Fede?... Así, todo está arreglado... No hay que decirle que lo nuestro era mentira... que era una broma...

(JUAN soltó a FEDERICO y se volvió a los otros y se lo

explicó todo. A los otros aquello ya no les importaba mucho. LUCIANO se había mojado el pelo en la fuente y

se estaba peinando. El DOCTOR se había quitado un zapato e

investigaba dentro de él el lugar de un clavo maligno. El CALVO y LUIS estaban encendiendo unos

cigarrillos.)

... Y yo quedo bien...

DOCTOR.- Quedas como un sinvergüenza...

LUCIANO.- Eso no es malo.

LUIS.- Como lo que es... Un don Juan.

(Y todos se rieron un poco. JUAN empezó a encender un

cigarrillo y le tiró uno a LUCIANO, que se lo pedía con

gestos. FEDERICO preguntó.)

FEDERICO.- ¿Y ella?

(Hubo un momento de silencio. Todos miraron a FEDERICO. JUAN se quedó cortado, con la cerilla

encendida, en el momento en que iba a prender el cigarrillo. Vaciló. Ya se había olvidado de ISABEL. Encendió el pitillo. Dio una chupada. Dijo, sin volverse a

FEDERICO, porque tenía miedo de enfrentarse con él.)

Original · página 258

JUAN.- ¿Ella?... Lo pasará mal... Pero menos que de la otra manera...

(El CALVO y LUIS hablaron con voz de falsete.)

CALVO.- ¡Un amor imposible!

LUIS.- ¡Engañada por un vil seductor!

(JUAN los veía y se reía. El DOCTOR, mientras se calzaba,

dijo razonablemente.)

DOCTOR.- Eso es romántico... Bueno para solteronas...

(JUAN se sonreía con todos sus dientes. Se volvió para ver

lo que FEDERICO opinaba de todo esto y se encontró con

que FEDERICO se había vuelto de espaldas y se marchaba. JUAN le llamó y aún avanzó unos pasos en su

dirección.)

JUAN.- ¡Fede! ¡Federico!... ¿Te vas?

(FEDERICO se volvió rápidamente. Estaba lleno de cólera,

de una cólera justa y terrible. Les escupió a todos al

hablar.)

FEDERICO.- ¡Sois una partida de canallas! Y tú, el peor.

(Y señaló a JUAN con el brazo extendido. JUAN palideció.

Miró hacia atrás. Los otros estaban escuchando, luego se

pondrían de pie y se irían acercando lentamente hasta

quedar detrás de JUAN.)

Un grupito de cobardones... Un montón de ratas venenosas que habría que aplastar...

(LUIS se engalló de verdad.)

LUIS.- Tú, por ejemplo.

(FEDERICO dio un paso hacia él.)

FEDERICO.- Yo o cualquier hombre de verdad... Sois una banda de gamberros inmundos y de maricas...

(LUIS animó a los otros. FEDERICO se volvió y los esperó

tranquilo. JUAN quiso sujetar a los dos.)

JUAN.- ¡Quietos! ¡Estaros quietos!

(Pero LUCIANO se le escapó, aunque pudo retener a LUIS. LUCIANO se encontró solo con

FEDERICO y no pudo detenerse porque ya iba un poco lanzado. Le amagó

dos veces y FEDERICO le dio un guantazo y le tiró patas

arriba. Mientras LUIS se debatía sujeto por JUAN y

aprovechaba para insultar a FEDERICO.)

LUIS.- ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Déjame que le tiente la cara! ¡Intelectual!

(El CALVO y el DOCTOR habían levantado a LUCIANO y

le sujetaban. El DOCTOR dijo algo para cubrir la

retirada.)

DOCTOR.- ¡Venga, si está borracho!...

(El sereno volvió a dar con el chuzo en la acera y sonaron

las campanas de la Catedral. Hubo una pausa y todos se

fueron calmando. JUAN soltó a LUIS seguro de que éste

ya no se iba a arrancar. El CALVO y el DOCTOR se llevaron a LUCIANO hasta la fuente. FEDERICO les miró

a todos y les volvió la espalda. Se puso en marcha. JUAN

dio un paso tras él, llamándole.)

JUAN.- Pero Federico, escucha...

(FEDERICO se volvió y se encaró con JUAN. LUIS se

estaba atando un zapato apoyado en el borde del estanque. El CALVO

y el DOCTOR se habían sentado otra

vez y LUCIANO se daba agua en la nariz y se limpiaba la sangre. Tenía una pequeña hemorragia. El sereno estaba

debajo del farol, al fondo de la plaza.)

FEDERICO.- Escucha tú... Dile a Isabel la verdad... ¿Oyes?... La verdad.

JUAN.- Ya te he dicho...

(FEDERICO le cortó. Le ardían los ojos. JUAN no veía

medio de convencerle.)

FEDERICO.- La verdad. Tienes todo el día de mañana. Y pasado

también, hasta la hora del baile... Tú dile la verdad... Si no...

JUAN.- Si no, ¿qué?

FEDERICO.- Se la diré yo.

(Y FEDERICO se volvió y echó a andar calle abajo. JUAN

gritó.)

JUAN.- ¡Federico!

(Se volvió a sus amigos. Allí estaban mirando esta escena tranquilamente. LUIS se ataba el otro zapato. El CALVO y el DOCTOR fumaban. LUCIANO se limpiaba en el agua la sangre de la nariz. JUAN no sabía qué hacer. Se volvió a

FEDERICO.)

¡Federico! ¡Federico, hombre!

(Encontró una explicación de todo. De ISABEL, de ellos

mismos, de toda esta lamentable historia. Se la gritó.)

¡Pero si es sólo una broma!

Pero FEDERICO ya estaba muy lejos y desapareció en la

oscuridad de la parte baja de la calle.

Original · página 262

60.- El cuarto de trabajo de don Miguel

DON MIGUEL se retiró del balcón y se volvió hacia el interior. FEDERICO estaba allí dentro, de pie, apoyado en

la estantería de la pared del fondo. DON MIGUEL se

sonrió y dijo:

DON MIGUEL.- ¿Una broma?... Es natural. Se aburren.

(DON MIGUEL entró en la habitación. Le servía de cuarto

de estudio. Las paredes blanquísimas, el mobiliario escueto y rico, al mismo tiempo. Muchos, muchísimos libros. Algún cuadro, alguna talla, alguna cerámica. DON

MIGUEL se acercó a la mesa. Una mesa cubierta con un tapete verde. Había libros, lápices, plumas, papel blanco,

una rosa en una copa bellísima. Todo colocado con una exactitud geométrica. DON MIGUEL tomó una botella de

vino bastante polvorienta que había allí y se acercó a

FEDERICO. Le volvió a llenar la copa.)

Nada les interesa. No tienen nada que hacer. Nada que construir.

(DON MIGUEL regresó a la mesa, se sirvió él mismo otra copa de ese vino, seguramente extraordinario y se sentó en

ese gran y confortable sillón ante su mesa de trabajo.)

FEDERICO.- Eso creen. Tienen ojos y no ven. Oídos y no oyen. Sólo gritan. Los domingos les dejan gritar en el fútbol. Hacen ruido y se creen felices.

(DON MIGUEL miró el vino al trasluz. Bebió un poco,

saboreándolo.)

Original · página 263

DON MIGUEL.- Pero se aburren. Esos que usted me dice, por ejemplo. Los conozco. Siempre del Círculo al Bar Miami, al Cinema Moderno, al Café Nuevo, a la Calle Mayor, a casa de Madame... Y otra vez. Círculo, bar, cine, café, Calle Mayor, madame... Y otra vez. Necesitan escapar. Verterse fuera de ellos mismos. Divertirse.

(DON MIGUEL se levantó otra vez y comenzó a subir del todo la persiana del balcón. El sol llegó hasta FEDERICO.

El sol poniente que empezaba a dorar las agujas de la

Catedral.)

Un buen día descubren que el prójimo es un espectáculo variadísimo, formidable. Sobre todo si uno está fuera de él, lejos, si uno no es solidario con el prójimo. Entonces, es el mejor espectáculo. Se le puede hacer reaccionar de todas las maneras posibles.

(DON MIGUEL se sentó de nuevo, mientras hablaba.

Paladeó el vino. Luego preguntó a FEDERICO, para

rematar la conclusión de su razonamiento.)

¿Cómo?

(FEDERICO contestó.)

FEDERICO.- La broma.

(Y bebió un sorbo de vino. Luego se sentó en una banqueta. Estaba muy deprimido. DON MIGUEL le miró

con una sonrisa compasiva.)

Original · página 264

DON MIGUEL.- ¡Mi pobre amigo!... ¿Comprende ahora mi silencio?... He fracasado... Yo también creía como usted, antes... ¡Los hombres! No merece la pena... Usted acertó... Yo escapo... Escribo un poco, leo un viejo libro, saboreo un vino viejo... y veo atardecer sobre los tejados de mi ciudad...

(Se calló un momento. Acarició la rosa. Miró hacia fuera.

Empezaron a sonar las campanas de la Catedral. Luego

miró a FEDERICO. Abrió un cajón y sacó unos papeles.

Los dejó encima de la mesa.)

Sus preguntas. No las he contestado. ¿Para qué?

(FEDERICO le miró un momento. Luego apuró su copa.

Se levantó y la dejó sobre la mesa. Se inclinó un poco

sobre DON MIGUEL, mientras recogía sus papeles.)

FEDERICO.- ¿Sabe? Usted está muerto... Como su ciudad. Esa ciudad de las campanas, los seminaristas al atardecer y la Calle Mayor... Bien muerta y bien podrida y bien embalsamada...

(FEDERICO se asomó al balcón y estuvo contemplando la ciudad mientras decía estas cosas. Luego se volvió a DON

MIGUEL.)

Pero escuche. Dentro, hay otra ciudad que vive, que pugna por salir, que saldrá.

DON MIGUEL.- Los jóvenes.

FEDERICO.- No los conoce usted... Quieren saber, saber, saber. Y se reúnen y hablan y piensan y ven y oyen...

(DON MIGUEL hizo un gesto impaciente. Tenía una sonrisa un poco sarcástica. FEDERICO le atajó. Entró en

la habitación y se apoyó en la mesa delante de él.)

No. Déjeme terminar... descuente de todos ellos los tontos de última hora, los snobs, los falsos, los cobardes... Sodoma se pudo salvar por un solo justo... ¿Cuántos se necesitan para salvar esta ciudad?... ¿Y todas las ciudades y los pueblos?... ¿Cuántos? Yo sólo le digo que se salvarán.

(Y FEDERICO dio un puñetazo en la mesa. La rosa se cayó del vaso. Mojó unos papeles. FEDERICO volvió a su

banqueta. DON MIGUEL le preguntó.)

DON MIGUEL.- ¿De qué se han de salvar?

FEDERICO.- De todo. Del aburrimiento, como esos tipos. Del

egoísmo, como Juan. De la mentira, como Isabel. Del miedo, como usted.

(DOM MIGUEL frunció el ceño. Bebió otro sorbo de su

vino.)

DON MIGUEL.- ¿Miedo?

FEDERICO.- Miedo a la verdad... Sus respuestas en blanco: miedo... Lo mismo que Juan... Diciendo la verdad alguien puede sufrir... Malo y sobre todo, incómodo... Ya no se puede estar tranquilo, bebiendo un buen vino... Eso también se llama egoísmo...

(FEDERICO se fue acercando de nuevo al balcón. Se asomó. Había una gran paz en la tarde. Se volvió a DON

MIGUEL, que le escuchaba cabizbajo y ceñudo.)

Se puede hacer reventar al prójimo con mentiras... ¡Mientras creyéndolas sea feliz!

DON MIGUEL.- Usted cree que su amigo... ese Juan... ¿dirá la verdad?

FEDERICO.- Él no sé... Yo sí.

(FEDERICO se volvió y se acodó en el balcón. Miró la

ciudad. Le llegó la pregunta de DON MIGUEL.)

DON MIGUEL.- ¿Y ella, Isabel?

(FEDERICO se quedó pensativo. Murmuró para sí.)

FEDERICO.- Isabel...

61.- Las vías

ISABEL sonrió. Había en sus ojos, en todo su rostro, una

gran dulzura, una extraordinaria serenidad. Susurró:

ISABEL.- Te quiero mucho.

(JUAN se revolvió. Le enfurecía esa credulidad de ISABEL. JUAN quería decirle la verdad. ¿Pero cómo?)

JUAN.- ¿Por qué? Ni siquiera sabes cómo soy...

(ISABEL se encogió de hombros.)

ISABEL.- Ya lo sabré.

(La máquina de maniobras pitó alegremente al pasar cerca de ellos.

ISABEL saludó con la mano al maquinista.

Estaban los dos en las afueras de la estación, en ese pequeño laberinto de vías y agujas y señales y discos de

colores. ISABEL se había sentado sobre un montón de

traviesas. JUAN estaba de pie, recostado en ellas. La Estación estaba a cincuenta metros de ellos. De vez en

cuando un tren de mercancías se ponía en marcha lentamente, con un chirrido de metales viejos o pasaba, como ahora, y la vieja y asmática máquina de maniobras

echando en honor de ISABEL su mejor y más blanco humo. Algunos

obreros cruzaban las vías volviendo del

trabajo y se volvían a mirar a esa pareja de novios: a JUAN y a ISABEL. El sol poniente hacía brillar los raíles

hasta allá lejos.

JUAN repitió las palabras de ISABEL.)

JUAN.- Ya lo sabré... ¿Y si entonces es tarde?

Original · página 268

ISABEL.- ¿Tarde, para qué?

JUAN.- A lo mejor no soy como te imaginas.

ISABEL.- Me es igual. No me imagino nada. Sólo te quiero.

(JUAN se exasperaba. Se volvió hacia ella. ISABEL apoyó sus manos en los hombros de JUAN. Le sonreía. Le hacían

gracia esos esfuerzos de JUAN para mostrarse ante ella

peor de lo que realmente era.)

JUAN.- Pero, ¿no comprendes?... Yo quiero decir...

(ISABEL le atajó. Le puso una mano en la boca para

hacerlo callar.

JUAN se volvió de espaldas a ella. ISABEL se inclinó. Estaba abrazada a su cuello y le hablaba casi al oído.)

ISABEL.- ¿El qué?... ¿Que roncas?... O a lo mejor, que eres egoísta... Y presumido... Y un poquito

fanfarrón... O que no te gusta tu empleo... Tú habías soñado hacer grandes cosas... Ser independiente... Viajar mucho... Te consideras fracasado... No crees en nada... Todo te es igual... Sólo piensas en vivir lo mejor posible... sin complicaciones... como no sean las quinielas... ¿Es eso, lo que me quieres decir?

(JUAN no se volvió. Tomó fuerzas. Ahora le diría la

verdad.)

JUAN.- Sí. Y más cosas.

ISABEL.- ¿Más cosas?... Las mujeres que has conocido... Algún lío que tienes...

(JUAN se volvió y se enfrentó con ella. ISABEL siempre le

sonreía.)

Original · página 269

JUAN.- Algo más.

(ISABEL le acarició, como si él fuese un niño. Tenía ahora

un poco de tristeza en la sonrisa.)

ISABEL.- No me importa nada, Juan. No quiero saberlo. Te quiero a ti. Eso me basta.

(JUAN se separó bruscamente de ella. Ahora veía por qué era imposible decir la verdad a ISABEL. JUAN explotó en

una de sus cóleras repentinas. Se fue de las traviesas y se

metió en medio de una vía. Le dio una patada a una

piedra del balasto.)



JUAN.- ¡Claro! Tú pasas por todo, pasarías por todo... Ya tienes novio... Eso es lo que importa... Lo único que importa a una...

(Y JUAN se calló porque se dio cuenta en ese mismo instante de lo que iba a decir. Pero ISABEL continuó su

frase. Ella no tenía miedo, ningún miedo a decir esa

palabra.)

ISABEL.- ... A una solterona como yo, ¿no?... El género es malo. No importa. Algo cubre... ¿Es eso lo que crees?

(ISABEL se bajó lentamente de las traviesas y se quedó

apoyada en ellas, de espaldas a JUAN. Seguramente lloraba. JUAN se acercó a ella. No se atrevía a tocarla.)

JUAN.- Perdóname... No he querido herirte... No llores... Por favor, no llores...

(Pero ISABEL lloraba. Aunque no estaba nada triste. Antes bien, casi ese llanto le producía cierta tranquilidad.

Se limpió los ojos.)

ISABEL.- Si estoy contenta... ¿Ves? Nos hemos peleado... Ahora ya no tengo miedo.

JUAN.- ¿Miedo?

ISABEL.- Sí. No conviene ser feliz del todo... Es malo... Ahora soy feliz... y un poquito desgraciada... El equilibrio. ¡Ya no puede pasar nada!

(ISABEL terminó de limpiarse las lágrimas. Sí, estaba tranquila ahora. Sus últimas palabras ensombrecieron a

JUAN. Dijo, lúgubremente.)

JUAN.- ¿Y si pasase?

(ISABEL se volvió extrañada por las palabras y el tono de

JUAN. Había alarma en sus ojos.)

ISABEL.- ¿El qué?

JUAN.- Si todo fuese mentira.

ISABEL.- ¿Todo?

JUAN.- Si no te quisiera... si todo fuese una broma...

(JUAN se destrozaba a cada palabra. Tenía miedo de que

ella adivinase demasiado deprisa. Pero ISABEL no adivinaba. Se angustiaba por momentos y una duda

terrible nacía en ella. Quiso disimular.)

ISABEL.- Pero Juan, ¡qué tontería!... Eso es como decir... Si se cayera la luna... ¡Si no te quisiera! ¡Bueno!

Original · página 271

(Lo dijo como si eso fuese absolutamente imposible. Pero

no se lo creía. Estaba realmente asustada. JUAN comprendió que estaba a un paso de decir la verdad.

Quiso avanzar aún más. Empezó.)

JUAN.- Isabel... yo...

(Pero ISABEL tuvo miedo. Un miedo terrible. Y forzó la

prueba. Lo cogió por los hombros.)

ISABEL.- Mírame... Mírame a los ojos... Abrázame...

(JUAN obedeció. La abrazó. ISABEL temblaba. La miró.

Tenía miedo.)

Y ahora, contesta... ¿Me quieres, Juan?

(JUAN tardó un siglo en contestar. Se acordaba de FEDERICO. Tenía

que decir la verdad. Era inútil mentir.

Dentro de veinticuatro horas ella lo sabría todo. Miró a ISABEL. Había terror en los ojos de ISABEL. Ella estaba ahí, abrazada a él, esperando una palabra suya para vivir

o para morirse. Ella estaba ahí, los ojos llenos de miedo y de esperanza, los labios temblorosos. JUAN abrió la boca.

El sonido tardó siglos en salir. Dijo.)

JUAN.- Sí.

(Lo dijo tan suave que casi no se oyó. Para ISABEL resonó

como campanas de gloria. Se apretó contra él, escondiéndose en su pecho. Tenía los ojos llenos de

lágrimas. Pero JUAN no la veía. ¡ISABEL había pasado

tanto miedo!)

ISABEL.- Ya está... No hables más...

(JUAN estaba rígido, los ojos nublados. Tenía ganas de echar a correr dando gritos, diciendo la verdad. Pero no podía. No podía. ISABEL seguía escondida en él, apretada

a él. Veía la Estación y la maquinita de maniobras y los

andenes solitarios.)

Aquí nos vimos el primer día, ¿te acuerdas?... Hoy nuestra primera pelea... Abrázame fuerte...

(JUAN la apretó contra sí. Le daba una pena infinita esa

muchacha que creía en él. Oyó a ISABEL decir.)

Soy feliz. Te quiero. Ya no puede pasar nada.

Esas palabras hicieron estremecerse a JUAN. Quiso decir

algo y separó a ISABEL para decírselo cara a cara. Pero ISABEL le sonrió y le acercó los labios. Tuvo que besarla. Luego, después de algún tiempo, se separaron. ISABEL se

reclinó en él y le cogió por la cintura. JUAN también la cogió a ella por el talle. Apoyó su cabeza en la de ISABEL.

Echaron a andar. ISABEL era feliz, absolutamente abandonada. JUAN miraba delante de él, miraba al día

siguiente que se estaba acercando.

Se alejaron despacio, lentamente, por la entrevía. El sol ya

se había puesto. La máquina de maniobras pitó alegremente cuando pasó cerca de ellos y los hizo

desaparecer en una nube blanca de vapor.

Original · página 273

62.- Una tasca; las últimas horas

FEDERICO le estuvo mirando fijamente, con dureza. Se

bebió de un sorbo su copa de coñac.

FEDERICO.- Y no se lo has dicho...

(JUAN estaba a su lado, apoyado en el cinc del mostrador

de esa pequeña tasca. Eran los últimos clientes. El PATRÓN estaba barriendo el suelo y amontonando las sillas y banquetas. Fuera se oían pitar los trenes. Había

sólo una débil bombilla sobre el mostrador y una mariposita revoloteaba alrededor de ella. JUAN estaba

borracho no tanto por el alcohol como por las ideas confusas que le llenaban la cabeza. Miró a FEDERICO con

repulsión.)

JUAN.- No se lo he dicho... No he podido...

(Luego se puso a beber su coñac. Murmuró con asco.)

Tú y tu verdad... ¿Para qué la verdad?

FEDERICO.- Tienes que decirla... Te estás enredando en mentiras... Dices una y la tapas con otra... ¿Y así hasta cuándo?... Has formado una hermosa bola de nieve... Tan grande, que te va a aplastar...

(FEDERICO sintió pena por JUAN. Lo veía muy desvalido.

Le puso una mano en el hombro afectuosamente.)

Dile la verdad, Juan... Dísela...

(JUAN se sacudió con violencia del abrazo de FEDERICO.

Le escupió:)

Original · página 274

JUAN.- No. No puedo. No quiero.

FEDERICO.- Se la diré yo.

(JUAN se encogió de hombros.)

JUAN.- Dila.

(JUAN se encaró con FEDERICO. Se separó del mostrador

y se fue moviendo alrededor de él, tropezando y apoyándose en cualquier cosa. JUAN estaba borracho, con

una mirada trastornada que daba un poco de miedo. FEDERICO lo

estudiaba. No se quería dejar engañar.)

Anda, dila... A mí...

(Hizo un gesto exageradamente displicente. Y luego con

voz grave, añadió.)

... No volveré a ver a Isabel... Hay todavía otra solución, ¿sabes?

FEDERICO.- ¿Cuál?

JUAN.- Huir... O matarme... Es lo mismo... Casi... ¡Paf!... Desaparece uno y nadie sufre...

(FEDERICO empezó a preocuparse. No le quería creer de

todos modos. JUAN monologaba apoyado en la pared.

Casi no se le veía la cara. Estaba en la oscuridad. Le

brillaban los ojos, los tenía húmedos.)

... Ella me adorará siempre... Siempre... No está mal que le quieran a uno...

Original · página 275

(Se acercó a FEDERICO y le apoyó un dedo en el pecho.)

Hasta tú me echarás de menos...

(Se quedó pensativo. Luego cogió la copa de coñac de

FEDERICO y se la zampó de golpe. Dijo.)

... Y Tonia...

(Se quedó serio otra vez. Dejó caer la copa de coñac vacía.

Se puso a reír. Y se fue otra vez para la pared, al rincón.

Se quedó allí agazapado. Monologaba.)

¡Pobre Juanito!... No era mal chico...

(Se dirigió a FEDERICO. Era el final de su demostración.)

¿Lo ves?... Así, todos tristes... pero contentos... Nadie sufre... Ni yo.

(Y se quedó callado con la vista fija en cualquier punto del suelo. FEDERICO empezó a pagar. Dejó un dinero sobre el mostrador. Quería llevarse de allí a JUAN. El PATRÓN les

miraba adormilado y con cara de pocos amigos.)

FEDERICO.- Venga, vamos... No digas más tonterías... No te vas a matar...

(JUAN se incorporó y se separó reculando de FEDERICO

que se aproximaba a él. Tenía una sonrisa extraña.

Dominaba ahora la situación.)

Original · página 276

JUAN.- ¿No? ¿Por qué?... Dilo... Dilo...

(Levantó un dedo para advertir a FEDERICO. Hablaba

con sorna.)

La verdad, ¿eh?

(FEDERICO se quedó plantado en medio de la tasca. Le

miró fijamente.)

FEDERICO.- Porque eres cobarde.

(A JUAN se le encendieron los ojos de furia y seguramente

se puso colorado. Aquello le había sentado como un trallazo. Tuvo intenciones de echarse sobre FEDERICO. Se

dominó.)

JUAN.- Por eso... Sólo se matan los cobardes...

(Y sonrió a FEDERICO, con cierta tristeza. Se fue dando

traspiés hasta una puerta pequeñita que buscó un momento con la vista. La abrió. FEDERICO quiso ir

tras él, pero JUAN le contuvo con un gesto, casi cómico. Salió y

cerró la puerta. El PATRÓN no se había enterado de nada. Estaba arreglando algo en el mostrador. FEDERICO

se acercó al mostrador y encendió un cigarrillo. El PATRÓN se volvió y le señaló su cambio encima del zinc.)

PATRÓN.- Ahí tiene la vuelta.

FEDERICO.- Para usted.

PATRÓN.- Gracias.

Original · página 277

(FEDERICO silbaba distraídamente y se puso a leer la

marca de todas las botellas. El PATRÓN le miró

furibundo.)

¿No se va?... Tengo que cerrar...

FEDERICO.- Cuando vuelva mi amigo... Ha ido al lavabo.

(Y FEDERICO señaló la puerta por donde JUAN había

salido. El PATRÓN miró la puerta. Luego miró a

FEDERICO y dijo, señalando en otra dirección.)

PATRÓN.- El lavabo está ahí... Esa puerta da al patio.

(FEDERICO dio un respingo y de un salto estuvo al lado

de la puerta. La abrió, se asomó. Daba a un patio. No

había ni rastro de JUAN. Entró otra vez en la tasca. Preguntó al PATRÓN, que se estaba poniendo ya la

chaqueta.)

FEDERICO.- El patio tiene salida a la calle, ¿verdad?

PATRÓN.- Claro.

(FEDERICO se fue y agachándose pasó por debajo del

cierre metálico que estaba medio echado. Antes dijo.)

FEDERICO.- Gracias.

63.- La calle, de noche

FEDERICO salió a la calle. No se veía un alma. Estaba todo silencioso y quieto. FEDERICO comenzó a alarmarse.

A lo mejor JUAN iba a hacer lo que había dicho. Dio una

carrerita, luego se paró y gritó:

FEDERICO.- ¡Juan!... ¡Juaaan!

(No contestó nadie. Corrió otro poco más. Resonaban sus

pisadas con el eco. Se paró y gritó. Cada vez estaba más

excitado.)

¡Juaaaan!

(Un tren pitó a lo lejos. FEDERICO se descompuso del todo y salió corriendo como un loco calle abajo sin parar

de gritar.)

¡Juaaaaan!... ¡Juaaaaaan!

Original · página 279

64.- El Puente Metálico. El río

JUAN oyó los gritos de FEDERICO muy lejos hasta que desaparecieron. Entonces echó a andar. Iba con los ojos

fijos en algo, sin pestañear, con una mirada en la que había una decisión terrible. Sus pasos resonaron en el

silencio. Un silencio hueco y total. Algún tren pitó largamente y cerca,

bastante cerca. JUAN estaba llegando

al Puente Metálico. Se veía su estructura reticulada

recortándose en la noche cuando el faro del tren de

mercancías lo iluminó.

JUAN se perdió en la estela de humo que había dejado el

tren y que se desvanecía difícilmente. Se apoyó en la

balaustrada del Puente.

Abajo estaba el río, las aguas sucias del río, formando remolinos de desperdicios en los pilares. Se oía el chapoteo

del agua sobre la piedra. El traqueteo del tren de mercancías se

había perdido ya en la oscuridad y el

silencio había vuelto.

JUAN se inclinó sobre la balaustrada y se quedó ahí mirando con los ojos muy abiertos las aguas del río debajo

de él. Sonó una vez la campana de la Catedral.

Original · página 280

65.- La habitación de Isabel

ISABEL se movió al compás de la música imitando un paso de ballet mientras la tarareaba en voz baja. Estaba

planchando su vestido para el Gran Baile de Otoño. Lo

hacía todo con exquisito cuidado sacando un poco la lengua como una colegiala que esmera su caligrafía. De

vez en cuando se paraba y retiraba un paso atrás, entornaba los ojos y calibraba su obra con gran sentido crítico. Estaba satisfecha. Dio los últimos toques. Luego,

desenchufó la plancha y cogió el vestido delicadamente,

por los hombros, con la punta de los dedos. Se fue al espejo. Se probó el vestido por encima y se sonrió. Estaría

muy bonita esta noche. Estuvo valsando un rato por la habitación, siempre con el vestido sobrepuesto. ISABEL soñaba y era

feliz. Seguramente se imaginaba ahora estar

en la pista de baile abrazada por JUAN. La voz de la

MADRE, llamándola, la volvió a la realidad.

MADRE.- Niña, ¿no vienes a almorzar?

ISABEL.- Voy, mamá.

(ISABEL colocó su traje cuidadosamente, con minuciosidad para evitar la más pequeña arruga, sobre

un viejo maniquí de costura que colocó en medio de la

habitación. Aquello podía ser el espantapájaros de la desdicha. ISABEL estuvo dando vueltas

alrededor del maniquí vestido con su traje para el Gran Baile. Quitó una imaginaria mota de polvo. Contempló su obra. Estaba

satisfecha. La voz de la MADRE, se oyó otra vez.

MADRE.- ¡Niña!

(ISABEL apagó la radio y fue saliendo de la habitación a

reculones mientras volvía un poco la cabeza para

contestar.)

ISABEL.- ¡Ya voy, ya voy!

El vestido estaba allí sobre el maniquí descabezado, en medio de la habitación, iluminado por un rayo de sol que

entraba por esos balcones de ISABEL que dan a la Calle

Mayor.

Original · página 282

66.- La Gran Pensión Castilla

El teléfono repiqueteó varias veces. DOÑA OBDULIA dio

un pequeño trotecillo y descolgó el receptor.

DOÑA OBDULIA.- ¿Diga?... Sí, pero Gran... Gran Pensión Castilla... Espere un momento.

(DOÑA OBDULIA abandonó el teléfono, cruzó el pasillo y

llamó con los nudillos a una puerta antes de abrirla. FEDERICO estaba allí, en su habitación, escribiendo en su

máquina portátil. Volvió un momento la cabeza.)

Don Federico, póngase usted... Es del Banco...

(FEDERICO se incorporó con presteza y sorteando a DOÑA OBDULIA, salió al pasillo y tomó el receptor.)

FEDERICO.- Diga. No, yo no soy Juan... Un amigo... Eso quisiera saber yo... Ni idea... A comer, no y a dormir, tampoco...

(DOÑA OBDULIA hizo la señal de la cruz. Estaba

escandalizada.)

... Que no... A comer, no... Lo siento... Descuide...

(Y colgó el teléfono. FEDERICO estaba muy preocupado.

DOÑA OBDULIA habló y fue como si vocease los pensamientos de FEDERICO. Iba tras él, hablándole

mientras FEDERICO se dirigía a su habitación.)

Original · página 283

DOÑA OBDULIA.- ¿Pero dónde estará metido ese chico? ¿Le habrá pasado algo?... Yo que usted llamaría a la Casa de socorro... o al Depósito.

(FEDERICO se volvió hacia ella y le pegó un grito.)

FEDERICO.- ¡Señora!

(Y se retiró en su habitación. DOÑA OBDULIA se quedó

muy sofocada en el umbral. Estaba además dolida. Se

dispuso a cerrar la puerta.)

DOÑA OBDULIA.- ¡Huy hijo! Una lo hace por ayudar.

(FEDERICO se volvió y le sonrió, con lo cual todo quedó

arreglado.)

FEDERICO.- Gracias.

(DOÑA OBDULIA cerró la puerta mientras decía para sí

misma.)

DOÑA OBDULIA.- ¿Pero dónde estará?

La puerta se cerró al fin. FEDERICO encendió un cigarrillo. Se inclinó sobre la máquina y terminó de

escribir una línea. Sonó la campanita. FEDERICO se alzó.

Estaba muy preocupado. Se acercó a la ventana. La campana de la Catedral sonó alta y lejana. FEDERICO tuvo una idea. Tiró el cigarrillo. Cogió la americana que

estaba a los pies de la cama y salió.

Original · página 284

67.- El campo

La tarde ya empezaba a declinar. El cielo estaba cubierto

de nubarrones ennegrecidos en la línea del horizonte. Soplaba un fuerte viento. JUAN se levantó de esa piedra en la que había estado sentado. Tenía los ojos cargados y hundidos y la barba crecida. El viento le despeinaba. Echó

a andar por ese camino encharcado entre los barbechos. Una bandada de grajos echó a volar, remontándose para

salvar los grandes postes metálicos de la línea de alta. JUAN caminaba lentamente, vacilando. Estaba agotado

físicamente. Y no sabía qué hacer. Se paró arriba de la

loma. Al otro lado, dorada por el sol, estaba la ciudad. JUAN pensó en todo lo que allí le estaba esperando. Echó a andar. Las nubes corrían a gran velocidad, en el cielo y

en el agua tranquila de los charcos. Las nubes negras no tardarían en llegar. JUAN caminaba con la cabeza gacha.

Sonaron lejanísimas las campanas de la Catedral.

Original · página 285

68.- La habitación de Isabel. La Calle Mayor

El fuerte sonido de las campanas entró en la habitación de

ISABEL. El vestido de baile seguía allí vistiendo el maniquí. ISABEL estaba acurrucada en una silla y lo estaba mirando pero no lo veía. Porque ahora ISABEL

tenía la vista fija en cualquier punto. Estaba un poco ensimismada. Y no sonreía. Su rostro ya no estaba sereno.

Antes bien, ISABEL presa de una angustia confusa, indefinible que le atenazaba el corazón. En el silencio

se oía claramente el tic-tac del despertador sobre la cómoda.

La voz de la CHACHA la despertó de esa pesadilla que

ahora la estaba atormentando.

CHACHA.- ¿Tarda, verdad?

(ISABEL se volvió. La CHACHA estaba en el umbral, esforzándose por sonreír y no comunicar a ISABEL su

intranquilidad. Se secaba las manos con el delantal. ISABEL le sonrió. También ella no quería alarmar a la CHACHA. Miró su reloj de pulsera. Efectivamente, JUAN

estaba tardando mucho. Contestó muy bajito.)

ISABEL.- Sí.

(La CHACHA tampoco quería que ella viviese en la inocencia. En realidad, el retraso podía obedecer a tantas

cosas pequeñas y tontas...)

CHACHA.- Pues él es siempre puntual...

ISABEL.- Sí.

(Lo sabía de sobra. También sabía que ese retraso se podía explicar de millones de maneras. Pero ISABEL ahora, hoy, tenía miedo. Estuvieron las dos en silencio,

casi sin mirarse. El reloj sonaba imperturbable y el vestido estaba allí. La CHACHA e ISABEL se miraron,

angustiadas, por algo extraño y vago. La CHACHA

procuró animar a ISABEL. Le sonrió. Dijo.)

CHACHA.- No te preocupes. Ahora vendrá.

ISABEL no dijo nada. Sólo la miró. Sabía perfectamente

que la CHACHA no creía mucho lo que le acababa de decir. La CHACHA le sonrió y se fue. ISABEL quedó sola,

con ese vestido delante de ella. Miró el reloj. Se estaba empezando a poner nerviosa. Se levantó. Dio un paseo por

la habitación. Luego abrió el balcón y se asomó.

Allí abajo estaba la Calle Mayor. Empezaba la hora del paseo. ISABEL estuvo mirando a lo lejos por ver si le veía

llegar, acercarse, subir hasta ella. No había señales de JUAN. La Calle Mayor y la gente que paseaba. Sólo eso.

En los ojos de ISABEL brilló un momento en pánico.

Original · página 287

69.- La habitación de Tonia. El barrio viejo

TONIA se volvió. Estaba apoyada en la ventana. Dijo:

TONIA.- Juan no dirá la verdad...

(FEDERICO se había levantado y estaba aplastando su cigarrillo en

un cenicero que había en la mesilla de noche.)

FEDERICO.- Eso ya lo sé. Como también sé que no se ha matado.

(FEDERICO se rascó el cogote y dio un par de pasos por la

habitación de TONIA. TONIA se había puesto una bata encima. A la luz del día y sin maquillar TONIA tenía una palidez increíble. Sobre sus finos labios perduraba la línea

rosa de la boca pintada. TONIA se miró las uñas y las manos. Tenía unas manos grandes y fuertes de mujer del

pueblo. Hablaba sin ningún tono, sin ningún

apasionamiento.)

TONIA.- Habrá huido... De eso, sí es capaz. O andará dando vueltas por ahí, hasta que pase todo.

(FEDERICO se paró. Las palabras de TONIA coincidían con sus pensamientos. FEDERICO se volvió a sentar en ese



silloncito tan bajo e incómodo.)

FEDERICO.- Le conoce bien.

(TONIA negó con la cabeza. Luego se volvió otra vez a

mirar la calle, más allá de los tejados.)

Original · página 288

TONIA.- Nunca se conoce a nadie, amigo.

(Fuera, en la calle, los niños estaban jugando y lo llenaban

todo con sus gritos. Una mujer se peinaba al sol, sosteniendo una palangana sobre las rodillas. FEDERICO

arriesgó sus palabras cuando afirmó con seguridad.)

FEDERICO.- Usted le quiere.

(TONIA se volvió sorprendida y le miró fijamente.)

TONIA.- ¿Yo?

(Se acercó a la cama y se sentó a los pies de ella. Se recogió

la bata. TONIA se puso a recordar en voz alta. Poco a poco su voz se fue calentando hasta desenmascararse por

completo.)

... Viene aquí... y habla en voz alta. Esas cosas que se tienen escondidas dentro... Como si se confesasen. ¿Entiende?... Yo estoy ahí, a oscuras, detrás de él... y le quiero...

(Ella misma se sorprendió de oírse decirlo en voz alta.

TONIA tenía los ojos húmedos. Insistió, volviéndose a

FEDERICO.)

Sí. Le quiero... Juan no lo sabe. Ni lo sabrá nunca, ¿verdad?

(FEDERICO negó sonriente con la cabeza. Luego los dos se

quedaron callados. TONIA estaba fastidiada de que ese

hombre le viese secarse unas lágrimas. FEDERICO fue discreto, no miró. Durante esa pausa la habitación se llenó

con los gritos agudos de los niños que jugaban en la calle.

TONIA se volvió hacia FEDERICO.)

Original · página 289

¿Por qué no va al Círculo?

FEDERICO.- Ya he llamado. No le han visto.

TONIA.- A lo mejor aparece por ahí.

(FEDERICO lo meditó un segundo. Luego, se puso en pie y

se abrochó la chaqueta. Se fue hacia la puerta y la abrió.)

FEDERICO.- Tiene razón. Me acercaré. Gracias por todo...

(TONIA no se había movido de su sitio. FEDERICO se

volvió desde el umbral.)

¿Y usted qué va a hacer?

(TONIA le miró con una sonrisa un poco escéptica. Se

levantó y se fue a la ventana.)

TONIA.- Lo de siempre. Esperar... Esperar a un hombre. El mismo o

distinto... es igual... Como esa pobre mujer...

FEDERICO.-¿Isabel?

(TONIA se volvió para hablarle. Afirmó con la cabeza.)

TONIA.- Ella también espera... Aquí las mujeres no podemos hacer otra cosa... Sólo esperar... En las esquinas, en los soportales de la Plaza, paseando la Calle Mayor, detrás de las ventanas... Siempre esperando al hombre...

(FEDERICO se quedó un poco sobrecogido. TONIA tenía

una sonrisa muy amarga. FEDERICO no supo más que

decir:)

FEDERICO.- ¡Suerte!

Y luego sin atreverse a mirarla, cerró la puerta. TONIA se

quedó sola. Poco a poco se le fueron llenando los ojos de

lágrimas. Se volvió y acodándose en el balcón miró a la calle. Más allá de la ropa tendida y los tejados, los niños jugaban. Se oían claramente sus agudos gritos. TONIA se

contrajo en un sollozo y escondiendo la cara entre sus

brazos lloró.

En la calle, la muchacha de la palangana seguía peinándose. En otro portal, dos mujeres charlaban

mientras se pintaban las uñas. Pasó una chica embarazada. FEDERICO cruzó esa calle sin pavimentar a grandes zancadas, y desapareció. Una radio daba consejos

para el hogar. Resonó muy fuerte la campana de la

Catedral. TONIA seguía sollozando.

Original · página 291

70.- El Gran Baile de Otoño

Ese salón larguísimo del Círculo Recreativo, Artístico y

Cultural, está ya a punto para el baile de esta noche, el Gran Baile de Otoño. Estudiadas cadenetas de colorines y

banderitas de papel con todos los colores de todas las naciones,

grandes cocardas con la bandera nacional y cintas y farolillos de papel. Todo eso, pende del techo, lo

cruza, lo recruza, llega a todas las esquinas, a todos los

rincones. El suelo está bruñido como metal, limpio y reluciente. Adosadas a lo largo de toda la pared, sillas y sillas variando de modelo por lotes. Un estrado adornado con maceteros y flores. En el estrado el mejor piano de la ciudad, la madera curada del contrabajo, el brillo caliente

de las trompetas y trompas, la plata de los saxos, el timbal dormido aún en su caperuza de tela. Detrás del estrado, en

otro salón, la larga mesa blanca para el buffet y las copas

dispuestas. En la mejor pared, el tapiz del Círculo con su

escudo y el anagrama de sus iniciales y un retrato. Una puerta de cristales se abre y entra ISABEL. Todo el gran

salón está sumido en una dulce penumbra. Fuera, en la calle, aún es de día. Empieza a atardecer. Las maderas de las largas ventanas están entornadas y se filtra el sol. Flota

un polvo dorado. El silencio es total y cálido, y en ese silencio una nota constantemente repetida vibra. Todo

tiene ahora para ISABEL un encanto mágico. ISABEL entra, cierra la puerta. Mira arrobada a todas partes. Avanza lenta, silenciosamente, girando a veces sobre sí

misma, viéndolo todo, sonriendo a todo. Es como si ISABEL viviese ahora un cuento de hadas y estuviese pisando el Palacio Encantado. La nota esa sigue vibrando,

como un pequeño latido. ISABEL se acerca hacia el estrado, hacia el centro del salón y a medida que avanza,

la vibración va en aumento. ISABEL se ha parado. A sus espaldas suena ahora como una cascada de notas. ISABEL

se da vuelta rápidamente.

Original · página 292

Sobre el estrado, surgiendo detrás de la tapa del piano, un

hombre viejecito, con el pelo blanco, con lentes, le sonríe.

Lleva en la mano unas herramientas. Es el afinador. El

autor de esa vibración que continuará durante toda la escena, marcando su ritmo. Iluminado por esa bombilla

portátil medio escondida en la caja del piano, el hombrecito tienen un aire irreal. Todo alrededor de ISABEL ahora, tiene un aire irreal. ISABEL está en medio

del salón, mirando esas guirnaldas que se pierden en el

alto techo. De pronto, todo se ilumina. Alguien ha encendido todas las luces del salón, todas las lámparas.

Una puerta al fondo se abre. Aparece FEDERICO. ISABEL le reconoce desde esa distancia. Se ha vuelto

hacia él. Le pregunta con ansia.

ISABEL.- ¿Y Juan?

(FEDERICO se va acercando hacia ella. Sus pasos sobre la madera, las voces de él y de ISABEL resuenan en el vacío.)

FEDERICO.- No le he visto. Le estoy buscando.

(ISABEL no se ha movido de su sitio, en el centro de ese gran salón. Cuando habla de JUAN, no puede disimular esa inquietud que le embarga, ese oscuro presentimiento.

FEDERICO seguía avanzando hacia ella.)

ISABEL.- ¿Usted también? No ha venido a casa. Tampoco está en la Pensión. Creí que iba a encontrarlo aquí.

(FEDERICO ya había llegado junto a ella. La miró gravemente. ISABEL le sonreía. FEDERICO estaba

dispuesto a decirle la verdad. Pero, ¿cómo?)

FEDERICO.- No tiene que preocuparse por Juan.

(ISABEL no podía comprender la oscura advertencia de

esas palabras. Las interpretó a su modo, al modo que quería su esperanza. La angustia de ISABEL empezó a

disiparse.)

ISABEL.- No, ¿verdad?... Estaba un poco intranquila... Seguramente querrá darme una sorpresa...

(FEDERICO tragó saliva. Decir la verdad, ¿cómo? La

angustia de ISABEL se había disipado por completo. Ahora volvía a gozar de todo lo que prometía ese gran

salón que los envolvía. La nota del piano continuaba,

suave, dulce. Como una cajita de música. ISABEL le

señaló todo lo que les rodeaba.)

¿Ha visto?... Mire... Mire... Y fíjese...

(Señalaba todo. Los adornos, el estrado de la orquesta, el

suelo. Se miró en él y se vio con cierta claridad.)

... Parece un espejo... Y suave...

(Y resbaló un pie sobre esa superficie pulida.)

Hasta se puede patinar.

(ISABEL, como un crío feliz, se dejó resbalar sobre el suelo como si fuese una pista de hielo. FEDERICO no se

movió de su sitio. La miraba. Pensó que lo que estaba buscando era el momento propicio para asestar a ISABEL

el golpe mortal. ISABEL se había alejado de FEDERICO.

Se alejaba cada vez más, tarareando una música

maravillosa para ella. Gritó casi a FEDERICO.)

¿Usted baila bien?

Original · página 294

(FEDERICO no contestó. La miraba solamente. ISABEL dando vueltas llegó hasta cerca del rincón. Se paró. Pasó

una mano por las sillas, adosadas ordenadamente a la

pared. Se volvió a FEDERICO. Dijo.)

Los otros bailes me los pasaba en este rincón... Toda la noche... Sentadita... Así...



(ISABEL se sentó en la silla del rincón. Se quedó recogida

y acobardada. Desde donde estaba FEDERICO era una figura casi patética. Estuvo así un momento, en silencio.

Las notas del piano se habían alargado en un tiempo

lento. ISABEL se levantó.)

... Pero eso era antes...

(Sonrió. Venía andando hacia FEDERICO. Era la imagen

de la felicidad.)

Hoy bailaré toda la noche...

(Y se puso a bailar. Daba vueltas y vueltas mientras se

acercaba a FEDERICO. FEDERICO la oyó decir.)

... Con Juan...

(ISABEL seguía acercándose, girando y girando, en ese vals que ella sola sabía. FEDERICO se dio cuenta de que le

estaba hablando, de que ya le estaba diciendo la verdad. Las

notas del piano se hicieron muy agudas, muy agrias.)

FEDERICO.- No. No bailará con Juan. Ni con nadie.

Original · página 295

(ISABEL se fue parando poco a poco. Miraba a FEDERICO y el miedo empezó a asomársele a los ojos.)

Isabel... Usted no debe venir aquí esta noche... No puede...

(ISABEL se había acercado a FEDERICO. Era toda ella

una pregunta, un ¿por qué? terriblemente angustiado.

FEDERICO la cogió por los hombros.)

Déjeme seguir... No. No hable ahora... Escúcheme... Escúcheme...

(FEDERICO tenía miedo de no poder continuar. ISABEL le miraba. FEDERICO no podía soportar esa mirada. Las

notas eran ahora tan agitadas como la ansiedad de ISABEL. FEDERICO se alejó de ella unos cuantos pasos. ISABEL no le quitaba ojo. FEDERICO después de un siglo

de silencio se volvió para hablarle. En ese momento se

apagaron todas las luces y el gran salón quedó en esa penumbra caliente, como al principio. FEDERICO miró al

techo, por puro reflejo. ISABEL no. ISABEL le miraba a

él. Las notas del piano eran ahora muy graves.)

¿Sabe?... Todo es mentira... Todo... Todo... Las cadenetas... el baile... Juan... el amor de Juan...

(La voz de FEDERICO fue haciéndose cada vez más grave a medida que iba soltando su carga de verdades. ISABEL

se fue aproximando a él lentamente, sin darse cuenta de

que estaba andando, como una sonámbula, los ojos muy

abiertos, mirándole.)

Es todo mentira, Isabel... Una broma... Una broma de señoritos del Casino...

Original · página 296

(FEDERICO tenía un sollozo escondido en la garganta mientras hablaba, mientras veía acercarse a esa ISABEL, con esa mirada terrible, enloquecida. La verdad iba poco

a poco perforando el corazón de ISABEL. Las notas

resonaban como mazazos.)

... Para nada... Para reírse... De quien sea... Qué más da... De una solterona... De usted...

(ISABEL ha llegado al lado de FEDERICO. Se enfrenta

con él, lo mira cara a cara, al fondo de los ojos y del corazón, convenciéndose de la verdad de las palabras de

él. FEDERICO comprende esa pregunta muda, desesperada que se agita en los ojos de ISABEL. FEDERICO afirma con la cabeza. ISABEL le mira. ISABEL no llora. Tiene solamente los ojos un poco

húmedos. ISABEL ha entendido bien. Lo que dice FEDERICO es la verdad, esa catástrofe que su angustia

confusamente presentía. ISABEL sigue caminando,

lentamente, suavemente. Se separa de FEDERICO, alejándose hacia ese rincón, hacia esa silla que la espera,

como todos los años. FEDERICO se vuelve para hablarle. Sus palabras se clavan en la espalda de ISABEL. Las notas

del piano son graves, lentas, espaciadas. Como el caminar

de ISABEL.)

¿Entiende?... Una broma... Es fácil hacer creer a una mujer que se la quiere... Aún más a una mujer como usted... Ha esperado tanto eso... el amor... un hombre...



(ISABEL se ha sentado en esa silla, en ese rincón, donde

tantos años ha visto sin bailar el Gran Baile de Otoño.

Está rígida, un poquito hundida, mirando sin ver. No pestañea. Ni siquiera parece respirar. ISABEL, ahora, sólo

sufre. Se está quedando como vacía por dentro.)

Original · página 297

Ese fue el trabajo de Juan... Hacerse novio suyo... Pensar en casarse... Decir una fecha... Y esta noche... Descubrirlo todo... Y reír...

(FEDERICO oye ese sollozo de ISABEL. Un sollozo que la

sacude todo el cuerpo, como una descarga eléctrica. Un sollozo terrible, seco. Porque ISABEL no llora. Continúa

en ese estado de postración, de quietismo. Las notas del

piano son ahora, otra vez, agudas, rápidas, continuas.

FEDERICO se ha acercado unos pasos a ISABEL. Ni siquiera está seguro de que ella le vea. Su voz debe llegarle

como a través de un sueño.)

Isabel... Tiene que perdonarme... Había que decir la verdad... Juan no ha podido...

(FEDERICO se acerca aún más a ISABEL. Se inclina ante

ella, luego se sienta a su lado. Las notas son ahora muy

rápidas.)

Isabel... Isabel... ¿Me oye?... ¿Me oye?... No se quede aquí, en la ciudad... Huya... Salga de aquí...

Escape... Véngase a Madrid... Yo puedo acompañarla, si me deja... Me voy ahora... Debe conocer a alguien... algún amigo... un pariente... ¿no?... Váyase con ellos... Si no, yo la llevaré con los míos... Pero huya, Isabel, huya... Que no se rían...

(Es inútil. ISABEL no reacciona. FEDERICO había tomado una de sus manos. Están como agarrotadas. Frías.

FEDERICO vuelve a abandonar esa mano en el regazo de ISABEL. No sabe qué hacer, no sabe qué puede hacer por

ella. Se levanta. Las notas han vuelto a ser graves otra

vez.)

Isabel... ¿Quiere que la acompañe a su casa?

(Pasa un siglo hasta que ISABEL dice que no, levemente,

con la cabeza.)

Original · página 298

¿Se encuentra bien?... ¿Se encuentra bien?



(Ha tenido que insistir y levantar la voz un poco más. ISABEL afirma maquinalmente. Parece un muñeco con la

cuerda saltada. FEDERICO le pone una mano en el

hombro.)

Procure pensar en lo que le he dicho... Escape... Huya... Estaré en la estación... ¿Ha oído? ¿Ha oído, Isabel?... En la estación.

ISABEL afirma otra vez. FEDERICO está un momento aún delante de ella. Da unos pasos hacia atrás. ISABEL no

se da cuenta de nada. FEDERICO se vuelve y cruza el salón rápidamente hacia esa puerta de salida. ISABEL no se ha movido. FEDERICO abre la puerta. Desde el umbral

mira una vez más a ISABEL. Luego sale.

ISABEL está allí al fondo del gran salón, sentada en una silla, casi en el rincón. El último rayo de sol que entra por

los ventanales nimba su figura. Está inmóvil, absolutamente inmóvil. Pasa un tiempo. ISABEL levanta

muy lentamente la cabeza. Sus ojos, por primera vez

desde un buen rato, pestañean, se mueven. Los tiene arrasados en lágrimas. Es como si ISABEL oyese todo el

ruido -la música, las risas, las conversaciones, el movimiento de los bailarines- de esa fiesta que su corazón

ansiaba tan fervientemente, de ese Gran Baile de Otoño.

O también, como si le llegasen ahora, después de todo, después de mucho tiempo, las palabras de FEDERICO. La

verdad. Los ojos de ISABEL se inundan de lágrimas. Seguramente, ni siquiera ve delante de ella todo ese salón

vacío, preparado para la Gran Fiesta. Seguramente, ni siquiera oye esas notas cada vez más agudas y rápidas que

produce en el piano ese hombre viejecito y afable: el

afinador.

Original · página 299

ISABEL se ha levantado. Se ha quedado quieta delante de su silla. Luego ha echado a andar. A cada paso, se acelera

la velocidad de ISABEL. Y el ritmo de las notas. A cada paso se enciende una nueva luz fría en los ojos de ISABEL.

A cada paso el rictus contraído de su rostro se acentúa. ISABEL camina ya muy deprisa, nerviosamente, mientras

atraviesa de punta a punta ese gran salón. Vienen hacia

ella, cada vez más rápidamente, todas las guirnaldas y cadenetas y banderitas; todos los reflejos que brillan en el

suelo pulido; las paredes adornadas; las sillas tan bien

colocadas. ISABEL, los ojos fríos de ISABEL, están devorando el salón. Las notas del piano son muy veloces y

agudísimas. ISABEL camina muy deprisa, muy segura,

muy resuelta. Desesperada.

Original · página 300

71.- La Calle Mayor; el paseo al atardecer

Todo el mundo pasea por la Calle Mayor, como todos los días, como siempre. Las chicas y los hombres y los novios

y los matrimonios. Pasean arriba y abajo. Los ojos de ISABEL están

devorando este mundo en que ella ha vivido hasta ahora. ISABEL camina, Calle Mayor abajo, deprisa,

muy deprisa, con el mismo paso rápido y agitado con el que ha huido del salón preparado para el Gran Baile de

Otoño. ISABEL tiene una luz fría en los ojos, fijos en algún punto delante de ella. Camina y se abre paso por esa

calle. O tal vez sea la Calle Mayor la que viene hacia ella,

con todos esos rostros sonrientes o curiosos o fisgones. La

Calle Mayor con todo ese confuso y alto rumor de conversaciones, gritos, llamadas, risas. La Calle

Mayor presenta ahora a ISABEL, a cada paso suyo, la verdadera

apariencia, que ella tal vez no había visto en tantos años. Pero, seguramente, ISABEL no ve nada, no ve más que esa

inmediata y secreta visión del futuro que tiene delante de

los ojos. La Calle Mayor sube hacia los ojos de ISABEL

como una marea, como un mar informe de caras y sonrisas y gestos y saludos. ISABEL camina, casi corre. La Calle Mayor sube hacia ella y la inunda en voces confusas,

en gritos, en palabras que no se entienden, tal vez en piropos. Y ese sonido sube y sube y la envuelve.

ISABEL está huyendo de todo esto, está huyendo de este paseo por

la Calle Mayor al atardecer. Y cada vez más deprisa suben hacia ella esas voces, esos gritos, esas risas. Y como culminación, alguien detrás de ella, alguien que ella no ve,

la llama, grita su nombre, una vez y otra. ISABEL no ve

nada. Sólo mira delante de ella. Pero alguien grita su nombre y ese grito se abre paso confusamente entre esa

alta marea de sonidos, de risas, de fragmentos de conversaciones que no se entienden. ISABEL no ve nada.

Camina deprisa, casi corre, mira delante de ella, los grandes ojos

abiertos y fijos. Y detrás de ISABEL, alguien

corre también y grita su nombre. Es JUAN.

JUAN.- ¡Isabel!... ¡Isabel!... ¡Isabel!

Original · página 301

(Pero ISABEL no oye. Mira hacia adelante y camina, casi

corre. JUAN llega junto a ella, intenta detenerla

cogiéndola por un brazo. Pero ISABEL camina.

Seguramente no oye cómo JUAN la llama.)

¡Isabel!

(JUAN tiene que cogerla del brazo y tirar de ella con fuerza, para pararla,

para enfrentarla con él. JUAN coge a

ISABEL por los hombros, llamándola, despertándola, casi

zarandeándola.)

¡Isabel!... ¡Isabel!

(ISABEL parece reconocerle ahora y quiere desprenderse

de él. Pero JUAN no la deja, no la suelta. Tiene que hablarle, pero no allí, en medio de la Calle Mayor. La

gente es demasiado curiosa. Algunos miran y hasta se paran. JUAN se da cuenta de todo esto nerviosamente y sin soltar a ISABEL, la fuerza a moverse, la traslada hasta

la próxima esquina, refugiándose un poco tras ella, saliendo un momento del cauce verdadero de la Calle Mayor. La gente sigue paseando arriba y abajo. Cerca,

abajo, está la Alameda y el Puente Nuevo y más allá, al otro lado del río, la Estación. JUAN ha obligado a ISABEL

a refugiarse un poco de la gente y del ruido de la Calle

Mayor, que está allí mismo, justo a la vuelta y que los

arropa con su rumor confuso y alto de gritos, conversaciones, risas y arrastrar de pies. JUAN mira

nerviosamente de un lado para otro, vigilando la curiosidad de la

gente. ISABEL le mira a él, le mira desde

muy lejos, fijamente, a los ojos, sin hacer ningún gesto,

intentando reconocerle. JUAN la mira a ella, la tiene cogida por los hombros. JUAN se muerde los labios, hasta

hacerse daño. Sacude un poco a ISABEL para centrarse

bien en su mirada fría y lejanísima. La llama, para que

ISABEL le escuche. ISABEL le mira.)

Isabel... Te quiero... De verdad... Te quiero... Y quiero ser tu novio... y casarme contigo... y vivir en esa casa... ¿te acuerdas?... El cuarto de los niños... Tener muchos niños... Y una sola cama... ¿Te acuerdas?... Isabel...

(Y JUAN sin soltarla la atrae hacia sí mostrándole un camino que ella sabía muy bien. La atrae hacia sí, para esconderla en su pecho. JUAN está llorando. ISABEL no.

Tiene los ojos bien abiertos y fríos y seguros.)

... Isabel... Te quiero... Te quiero... Es verdad... Es verdad...

(JUAN la separa y le aprieta los hombros fuertemente. Debe

hacerle daño. La mira fijamente, como si quisiera

meterse dentro de sus ojos.)

... ¿Me crees?... Es verdad...

(ISABEL, después de mirarle fijamente un momento más, aparta sus ojos de JUAN y se queda con la cabeza un poco

inclinada, como si mirase al suelo. ISABEL tiene la vista

muy lejos, tal vez en un futuro que ella soñaba.)

ISABEL.- Ya es igual.

(JUAN se exalta. Suelta los hombros de ISABEL y con las

manos, cogiendo entre ellas el rostro frío de ISABEL, la

fuerza a mirarle.)

JUAN.- No... No es igual... Ahora es verdad... Ahora es verdad... Te quiero... Es verdad... Lo sabes... Sabes que es verdad...

(ISABEL le mira. Coge las manos de JUAN y le obliga a

librarle el rostro de su cerco. Habla tranquilamente.)

Original · página 303

ISABEL.- ¿Cómo voy a saberlo?... Dices las mismas cosas... las mismas palabras... En la procesión, ¿te acuerdas tú?... «Isabel, te quiero. Vengo por ti. Para ser tu novio. Tu novio de verdad. Para casarme contigo».

JUAN.- Y es verdad. Ahora es verdad.

ISABEL.- Sí. Puede ser. Ahora ya, es igual.

(ISABEL deja de mirarle y lentamente da media vuelta y

se va. Pero JUAN rápidamente se ha vuelto a poner delante de ella. No se atreve a tocarla. Pero le impide

andar. ISABEL se ha parado y le escucha.)

JUAN.- Isabel... Perdóname... Perdóname...

(ISABEL le mira un momento, como si estuviese pensando

la respuesta. Hay en los ojos de ISABEL como una

extrañeza enorme por esa petición de JUAN.)

ISABEL.- ¿A ti?... ¿A ti sólo?...

(Y entonces se encoge levemente de hombros y dice.)

... ¡Bueno!...

(Y sorteando a JUAN se empieza a alejar. JUAN está

estupefacto. No esperaba esa reacción. Se queda un

momento quieto, viendo marchar a ISABEL.)

JUAN.- Yo solo tengo la culpa.

(ISABEL se ha vuelto rápidamente hacia él. Poco a poco una furia terrible, largo tiempo contenida, va apareciendo

en los ojos de ISABEL. Ahora, empiezan a sonar más fuertes que

nunca, gravemente, lentamente, las campanas

de la Catedral.)

ISABEL.- No. Hay otras cosas...

(Se calla un momento. El sonido de las campanas lo llena

todo. ISABEL está hermosa en su furia. Escucha las campanas. Señala al aire, para que JUAN las sienta.)

... Las campanas...

(Y entonces, a borbotones, como una avalancha, ISABEL

lanza el inventario de su acusación.)

... El Colegio de las Madres... Las mesas de petición... La Catequesis... Y la Calle Mayor... El Gran Baile de Otoño... La procesión... La Gaceta del Agricultor... Y el Círculo... Y tus

amigos... Y todos los hombres de la ciudad... La ciudad entera... Toda la ciudad tiene la culpa... Toda...

(JUAN la mira con una pena infinita y con un gran amor.

Sabe que no puede hacer nada. Ante sus ojos está naciendo una ISABEL nueva, desconocida, terrible.

ISABEL ha parado un momento de hablar. Respira agitadamente. Observa a JUAN. ISABEL está delante de

él, vibrando, los ojos encendidos.)

... Por eso no te voy a odiar, Juan... Tú solo no tienes la culpa de mi fracaso... ni del fracaso de todas esas chicas que pasean arriba y abajo la Calle Mayor... que esperan detrás de los cristales... Es, todo...

Original · página 305

(ISABEL hizo un gran gesto que abarcaba todo el mundo,

toda la ciudad.)

... Todo tiene la culpa de que yo esté muerta... Muerta desde los dieciséis años...

(Un sollozo le vino de repente a la boca. Y llorando ya, ISABEL se dio vuelta rápidamente al tiempo que decía.)

Adiós, Juan.

(Y echó a correr casi el último trozo de la Calle Mayor.

Abajo estaba el Puente Nuevo y la Alameda. Ahora era justo el momento del crepúsculo. El primer murciélago empezaba su ronda. Se encendían las primeras luces. Se

apagaban ya vibrando gravemente las campanas de la

Catedral. Y como siempre, como todos los días, los

seminaristas volvían a la ciudad de tres en tres.

JUAN echó a correr detrás de ISABEL, después de un momento de vacilación. Llegó junto a ella y la cogió del

brazo, queriendo detenerla. Pero ISABEL, se zafó con

todas sus fuerzas de él. JUAN gritaba.)

JUAN.- Isabel... Isabel, ¿dónde vas?... Isabel...

(ISABEL se zafó de JUAN y corrió aún más aprisa. Los

seminaristas volvían de tres en tres y casi ocupaban la

calle. JUAN corrió aún unos pasos detrás de ISABEL,

gritando.)

Isabel... Isabel...

(Luego se paró. ISABEL corría huyendo de él. Pasó entre los seminaristas. JUAN estaba quieto en medio de la calle.

Gritaba. Los seminaristas subían hacia él.)

Original · página 306

Isabel, te quiero...

(Un tren llegó a lo lejos, muy lejos, a la Estación humeando el mejor humo blanco. Pitó largamente. Alegremente. ISABEL corría. Los

seminaristas seguían subiendo y llegaban ya cerca de JUAN casi envolviéndolo.

El tren pitaba. JUAN estaba allí, quieto, gritando,

llorando. ISABEL corría.)

Te quiero...

El tren pitó otra vez.

Original · página 307

72.- La Estación

La máquina, la gran locomotora, piafaba, envuelta en

nubes de vapor, impaciente para partir de nuevo. Un

ronco silbido potentísimo se escapaba de la caldera.

FEDERICO terminó de colocar en la red de su compartimento la maleta y la máquina de escribir. Se asomó impaciente y nervioso a la ventanilla. No había aún

rastro de ISABEL. En el andén la gente se prestaba para

los últimos adioses. Sonó agitadamente una campana.

FEDERICO dejó la ventanilla y bajó al andén.

ISABEL llegó corriendo a la estación, los ojos húmedos, alegremente desesperada. Se paró un momento para coger

aire. Allí estaba aún el tren, pronto para partir. Vio a FEDERICO que se paseaba arriba y abajo, nerviosamente,

impacientemente. ISABEL se sintió segura. Casi sonrió.

El maquinista tiró de una palanca y un largo chorro de

vapor salió silbando de la máquina. Era un pitido

agudísimo.

El hombre que despachaba los billetes no había entendido

bien. Se asomó aún más por el estrecho ventanuco y

poniéndose una mano detrás de la oreja repitió:

TAQUILLERO.- ¿Dónde?

(ISABEL se dio cuenta entonces de que no sabía a dónde

iba a ir, de que no podía ir a ningún lado. Pensó en su

MADRE -el suave acento andaluz llamándola, la CHACHA-, pensó en que estaba cogida en esa ciudad. El

TAQUILLERO se inclinó aún más para verla. Esa mujer

parecía estar mal de la cabeza.)

¿Dónde?

(ISABEL no veía nada. Oía el resoplar de la locomotora, y

esa pregunta del TAQUILLERO.)

Original · página 308

Pero, ¿dónde?

(La gente corría detrás de ISABEL, dos o tres personas, se

impacientaron. El tren estaba a punto de partir. ISABEL

miró hacia el andén. Los últimos viajeros corrían ya buscando su sitio. Alguien se estaba besando. FEDERICO

paseaba arriba y abajo.

El maquinista volvió a bajar esa palanca. Otro pitido, y el

vapor escapándose derecho y blanco. FEDERICO miró su

reloj. Ella no venía. Se mordió una uña.

ISABEL miró al TAQUILLERO, que se congestionaba al

quererla ver a través del ventanillo. Le gritaba.)

¿Dónde?

(ISABEL, a gritos, se estaba también preguntando lo mismo. Le entraron unas ganas enormes de llorar, de esconderse. Los que estaban detrás de ella protestaban en

voz alta. ¿Dónde? ISABEL miró al andén. Parecía que el

tren iba a echar a volar. El jefe de estación caminaba

hacia la locomotora, una bandera roja en la mano. FEDERICO iba y venía, angustiadísimo. El TAQUILLERO

se asomaba casi por la ventanilla. ISABEL no le veía muy

bien. Tenía los ojos arrasados de lágrimas. ISABEL negó

suavemente con la cabeza. Estaba diciendo «no» a su

propia huida. El TAQUILLERO gritaba.)

¿Dónde?

(ISABEL negó con la cabeza. Lloraba. El hombre gordo que estaba detrás de ella, soltó un taco y de un empujón le

quitó el sitio, arrollándola con esa gran maleta. Pero

ISABEL ya se estaba yendo de allí.

Original · página 309

La máquina piafaba. El maquinista se limpió las manos de

grasa mientras charlaba con el jefe de estación. El jefe de

estación miró su reloj. FEDERICO se pasó una mano por

la cabeza. Todo el mundo se había subido ya al tren. Corría el hombre grueso con su gran maleta a cuestas. Y

dos soldados buscaban torpemente su vagón. ISABEL se quedó apoyada en una columna. Se contenía las lágrimas

a duras penas. Un mozo tocó la campana que empezó a sonar como enloquecida. El maquinista se metió dentro de

la gran locomotora y manipuló en unas palancas. La gran

locomotora estaba envuelta en nubes de vapor. FEDERICO vio a ISABEL al volverse. Corrió hacia ella,

gritándole.)

FEDERICO.- ¡Isabel!...¡Por fin!... Vamos...

(Y la cogió de una mano y quiso echar a correr con ella.

La gran locomotora silbó estrepitosamente. Un pitido largo y terrible. Como un lamento. ISABEL decía que no

con la cabeza. FEDERICO perdió la calma, se exasperó.)

¡Pero Isabel...! ¿No quiere escapar?

(ISABEL decía que no con la cabeza. Y lloraba. FEDERICO, de repente, comprendió. ISABEL no podía escapar. Estaba cogida para siempre en esa ciudad. Era

absurdo pensar que ella podía huir.)

... No puede...

(ISABEL se ahogó en un sollozo y escondió la cara entre las manos. FEDERICO había comprendido. Estaba loco de

rabia, loco de furor porque él no podía hacer nada. Se

pasó una mano por la cara. Masticó las palabras al

hablar.)

¡Dios!... No puede escapar... ¿A dónde?

Original · página 310

(Era casi una contestación a sí mismo en voz alta. El tren

silbó por última vez y arrancó. ISABEL lloraba, FEDERICO miró un instante a ese tren que se empezaba a

mover. Cogió a ISABEL por los hombros y la forzó, violentamente, para que ella le mirase. Le sacudía para

que ella se diese bien cuenta de sus palabras. ISABEL lloraba. El tren iba adquiriendo cierta velocidad. Los pañuelos blancos decían adiós. FEDERICO le gritó, para que ella oyese por encima de todos los ruidos, por encima

de su propia desesperación.)

¡Isabel!... ¡Tiene que vivir!... ¡Tiene que vivir!

FEDERICO la soltó. Dio una carrera y se subió en el tren en marcha. ISABEL se quedó mirando entre sus lágrimas.



Sollozaba como un pequeño animal herido, gimiendo. FEDERICO desde el estribo le decía adiós. ISABEL estuvo

viendo alejarse el tren que humeaba alegremente. FEDERICO se asomó a una ventanilla desplazando a unos viajeros violentamente. El andén se alejaba. Y en el andén

esa pequeña figura de mujer que lloraba, ISABEL. FEDERICO quiso

sonreírla, pero no pudo. ISABEL estaba

allí en el andén. Ya no se veía a FEDERICO. El tren se alejaba y su ruido fue disminuyendo poco a poco hasta el

puro silencio. ISABEL se pasó una mano por los ojos. Ya

no lloraba. Después echó a andar.

Original · página 311

73.- La Calle Mayor, las primeras horas de la noche

La Calle Mayor estaba toda iluminada. La gente seguía

paseando arriba y abajo. ISABEL caminó deprisa, ensimismada, mirando fijamente hacia delante. Ya no lloraba. Tenía los ojos secos y

una mirada desconocida, terrible. A veces alguien la saludaba o se volvía a mirarla.



ISABEL seguía andando, deprisa, Calle Mayor arriba.

Ellos se asomaron a la puerta del Bar Miami para ver

pasar a ISABEL. ISABEL no se daba cuenta de nada, caminaba y pensaba. Tal vez pensaba en eso que le había dicho FEDERICO. Tenía que vivir. Tenía que vivir. Ellos

se metieron hacia dentro. Se rieron un poco. ISABEL caminaba deprisa. No veía nada. Ni siquiera que estaban

entrando unas macetas y más adornos en el Círculo. Las ventanas estaban abiertas y se veían brillar las lámparas

encendidas para el Gran Baile de Otoño. ISABEL caminaba. No oía nada. Ni siquiera todo ese rumor confuso y alto de la Calle Mayor. Era sólo una mujer que

caminaba entre la gente que paseaba arriba y abajo. Retumbó un trueno que fue rodando por los cielos hasta

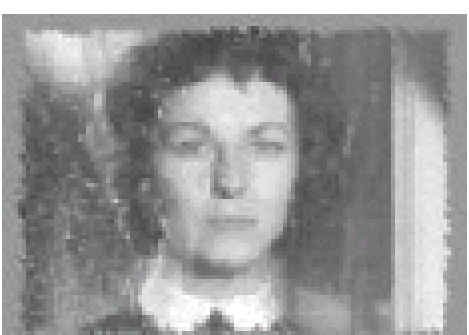
perderse.

Algunos miraron hacia arriba. ISABEL caminaba.

Original · página 312

74.- El balcón de Isabel. La habitación

Relampagueó. La tormenta sonaba terriblemente. La lluvia azotaba los cristales del balcón. ISABEL levantó los visillos y apoyó la frente en el cristal. Tenía la mirada fija



y perdida, pero profunda y dura. Un relámpago iluminó

toda la habitación. Corría sobre la pared la sombra cambiante del agua resbalando sobre los cristales. El vestido estaba allí sobre el maniquí. ISABEL miraba, tal

vez la calle, tal vez su vida. Tenía los ojos muy abiertos.

Original · página 313

75.- La Calle Mayor. La Catedral

La Calle Mayor estaba desierta. Alguien corrió para refugiarse en un portal. Escurría el agua calle abajo, limpiándola. Brillaban temblorosas las luces sobre la

piedra mojada. Desde la vertical de la flecha de la Catedral, la Calle Mayor era como una cinta brillante.

Las gárgolas vomitaban el agua de la lluvia. Un relámpago iluminó un momento la torre de la Catedral sobre el cielo oscuro. Después vino el trueno. Después el silencio y el ruido suave de la lluvia. Entonces, muy grave,

muy fuerte, rebotando su vibración en todas partes, sonó

una vez la gran campana.

FIN

Original · página 314

Artículos

ALEMANY, Carmen, «Dos técnicas para una misma realidad: Calle Mayor de Juan A. Bardem y Entre visillos de Carmen Martín Gaite» en 1º Seminario de Relaciones entre Cine y Literatura.

JULIO ABAJO DE PABLOS, Juan Eugenio, Mis charlas con Juan Antonio Bardem, Valladolid,Quirón, 1997, pp. 98-103.

SOJO GIL, Kepa, «La importancia del guión de Bienvenido, Mister Marshall (1952) Aportaciones de Bardem, Berlanga y Mihura» en 2º Seminario de Relaciones entre Cine y Literatura.

«Bardem, sí; pero menos», Cinema Universitario, nº 2, pp. 5-7.

«Bardem y la españolada», Cinema Universitario, nº 5, pp. 2-3.

«Monólogo en torno a Calle Mayor», Cinema Universitario, nº 5, pp.32-35.

«Crítica de Calle Mayor», Cinema Universitario, nº 5, pp 49-54.

«La venganza», Cinema Universitario, nº 6, pp. 43-54.

«La palabra y la voz de Bardem», Cinema Universitario, nº 7, pp. 29-39.

«Juan Antonio Bardem», Cinema Universitario nº 10, pp. 68-69.

«Nunca pasa nada», Cinema Universitario, nº 19, pp. 42-51.

CERÓN GÓMEZ, Juan Francisco, «Calle Mayor (1956): la madurez de un cineasta», en El cine de Juan Antonio Bardem, Murcia, Universidad de Murcia, Secretariado de Publicaciones y Primavera Cinematográfica de Lorca, 1998, pp. 134-143.

Publicaciones

RÍOS CARRATALÁ, Juan A., La ciudad provinciana. Literatura y cine en torno a la Calle Mayor.

Volver Nota: pinche en el título para acceder al texto

Original · página 315

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 316

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 317

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 318

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 319

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 320

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 321

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 322

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 323

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 324

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 325

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 326

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 327



Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 328

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 329

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 330

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 331

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 332

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 333

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 334

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 335

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 336

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 337

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 338

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 339

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 340

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 341

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 342

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 343

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 344

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 345

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 346

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 347

Calle Mayor

Juan Antonio Bardem

de

Original · página 348



Y todavía sigue

Memorias de un

hombre de cine

Original · página 349



- Entrevista a Juan A. Bardem

- Regreso a la Calle Mayor

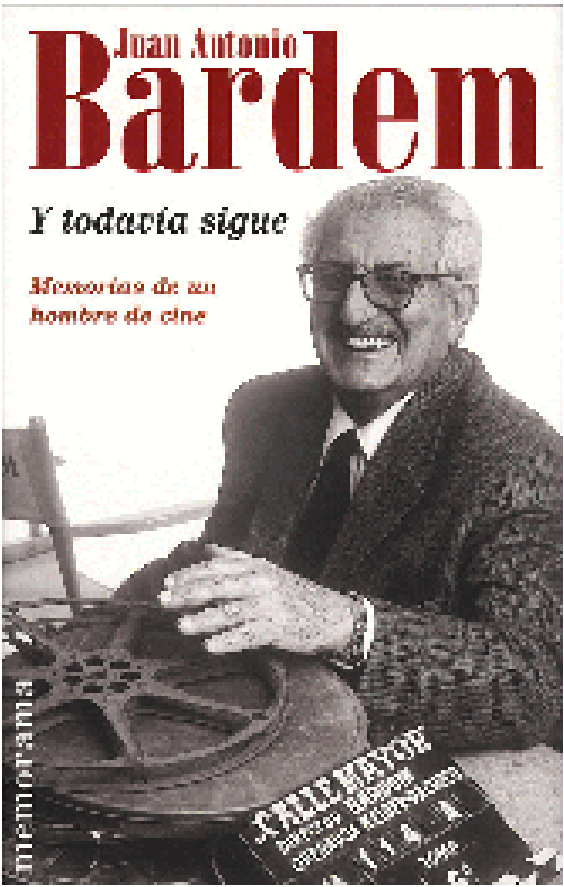
- Bibliografía crítica

Calle Mayor

- Memorias

Original · página 350

BARDEM, Juan Antonio, Y todavía sigue. Memorias de un hombre de cine, Ediciones B, 2002, pp. 288-296.


Juan Antonio
Bardem
Y todavía sigue
Memorias de un hombre de cine
memoria

1956

Calle Mayor. El texto nace de una fuente y más afluentes. La fuente: La señorita de Trevélez de don Carlos Arniches. Ese alicantino inventor del lenguaje popular madrileño en sus diversos sainetes fue, además, un atento observador crítico de la sociedad española de su tiempo: de ahí esa farsa tragicómica de La señorita de Trevélez, donde se fustiga a esos cretinos «señoritos de casino» provincianos, de evidente crueldad y mala baba como para inventarse esa broma feroz contra «la señorita». Ahí están, por ejemplo, Los caciques. (Donde por cierto yo descubrí cuando José Luis Alonso la volvió a poner en escena, en el María Guerrero, allá por los 60, la evidente -para mí- calidad de un joven actor: Alfredo Landa.) Edgar

Neville hizo una versión cinematográfica de La señorita de Trevélez con María Gámez como protagonista, siguiendo paso a paso la línea que había escrito don Carlos. Yo no. Yo tomé como elemento fundamental de mi texto «la broma», y a partir de ahí, me dediqué a explicar y expandir una crítica general del mundo español de los 50 y, en particular, un análisis de la condición de la mujer en España. Y no de cualquier mujer, sino específicamente de una «señorita» de la pequeña burguesía de una ciudad de provincia, ya en el borde de la soltería. Un afluente fue Doña Rosita la soltera de Federico García Lorca. Otra vez la soledad de una mujer abandonada y asfixiada por las conveniencias sociales de su

mundo. Un tercer afluente venía del poema de Agustín de Foxá:

Las seis muchachas en el mirador,

las seis mujeres de maridos ricos...

Y todos se encarnaban en el mismo curso: la condición de esa mujer específica, sujeta a las limitaciones éticas y culturales de su clase. Cuando el guión estuvo listo, fui invitado a leerlo en público en el Colegio Mayor César Carlos, en la Ciudad Universitaria. Yo, entonces, tenía un gran predicamento entre

los estudiantes, seguramente debido a Muerte de un ciclista o a las Conversaciones de Salamanca. La audiencia la componían los «colegiales», todos provenientes de diversas ciudades de las provincias de España. La lectura fue un gran éxito: todos reconocieron como suya esa ciudad provinciana que yo describía en el texto. La película, producida por Manuel J. Goyanes, distribuida en España y Latinoamérica por Suevia Films-Cesáreo González, fue también una coproducción con Francia. En principio, el coproductor iba a ser George de Beauregard, pero luego le pasó el «negocio» a un amigo y/o socio suyo que hacía sus primeras armas en el cine como productor: Serge

Silberman-Greenwich Films Productions, un gran amigo y mentor del que ya tendremos ocasión de hablar. Empezamos a filmar en los Estudios Chamartín, unos estupendos y verdaderos Estudios de cine. Yo quería volver a trabajar con Alfredo Fraile, que había hecho un espléndido trabajo en Muerte de un ciclista, pero por la producción con Francia, Goyanes me impuso otro director de fotografía, Michael Kelber, con el cual él ya había trabajado en varias producciones. Los decorados fueron de Enrique Alarcón, y la música de Isidro Maiztegui. El 31 de enero, festividad de San Juan Bosco, patrón de la cinematografía, ocurrió, durante el reparto de los premios del Sindicato Vertical del Espectáculo, el «incidente» con el

«guardaespaldas» de Emilio Romero, el «¡Viva Rusia!» y todo eso. En febrero ya estábamos en Palencia, rodando. (En realidad esa ciudad de provincia de «ficción» estaba compuesta por Palencia y Cuenca: la calle Mayor de Palencia, su barrio viejo, su catedral y su casino. De Cuenca, yo tomaría los exteriores.) El 11 de febrero ocurrió en Madrid ese incidente entre falangistas con ocasión de concentrarse todos ellos para conmemorar la muerte de Matías Montero, un escuadrista que los «rojos» habíamos matado en el 36, poco antes de que estallase la sublevación de Franco y los militares «africanistas» contra la República. En mi equipo y como meritorio de dirección me había sentido obligado a incluir al

falangista, crítico de cine y poeta Marcelo Arroita Jáuregui. Marcelo hablaba con Madrid, y me transmitió la gravedad del momento político. Todo se había cargado de electricidad a mi alrededor. Marcelo dejó la película y se fue a Madrid. Yo también hablaba con Madrid, con Ricardo. No, no pasaba nada, todo parecía normal. El 14 de febrero la Universidad de Madrid explotó. Los estudiantes que preparaban el «Congreso de Escritores Jóvenes» se enfrentaron con los estudiantes del SEU. Hubo muchas detenciones. Franco promulgó el estado de excepción. (¡Qué ironía! El propio Estado franquista era de por sí una excepción.) Yo sentía que algo se me venía encima. Y lo que me vino encima fueron unos agentes de la

Brigada Político-Social, que habían llegado expresamente desde Madrid para detenerme. Así que me llevaron desde Palencia hasta los calabozos de la Puerta del Sol. Yo estaba preocupado por la suerte de María y la niña, pero sobre todo por Federico y el conjunto del PCE. Estaba aislado e incomunicado del mundo exterior. ¿Qué estaría pasando? Naturalmente la película estaba parada, y Goyanes no sabía siquiera si podría continuarla y cuándo. Así que se «cagó» y para paliar sus posibles pérdidas le vendió el 50 % de la película a Cesáreo González, que sí era un «jugador» atrevido y capaz de arriesgarse en algo, si ese algo merecía la pena. Claro que Manolo me consultó para

recabar mi permiso. ¿Y qué podía decirle? Yo, aislado e incomunicado en los calabozos de la Puerta del Sol. Así que, de golpe, yo perdía la mitad de mis posibles ingresos. Lo peor era que Goyanes quería que yo diese mi consentimiento para que algún colega rodase algunos planos generales de la película. Siempre en estas situaciones aparecen «colegas» dispuestos a ayudar al productor y a «joder» al director. Yo me salvé gracias a que la película era una coproducción con Francia, y los sindicatos franceses ene protegían. Betsy Blair consiguió que Goyanes -usando todas sus influencias «cortesanas»- obtuviese permiso para que ella me visitase en los sótanos de la Puerta del Sol. Entonces yo le advertí a

Betsy que no filmase ni un solo fotograma de la película mientras yo estuviese detenido por la BPS. Y así lo hizo. Por otra parte, los sindicatos franceses ya habían designado a mi colega y abogado André Cayatte, para personarse en la causa en caso de que hubiera juicio. (¡Qué ingenuos! Aquí no había juicio: pasabas directamente de la BPS a la cárcel, sin que mediase proceso alguno. Eso del juicio vino más tarde, cuando los franquistas crearon el Tribunal de Orden Público. En ese momento sólo existía «de facto» un tribunal para la «represión de la masonería y el comunismo».) Estaba pues aislado todo el santo día y la noche, con una bombilla eléctrica fuera del calabozo siempre encendida. A las tres o cuatro de la madrugada me

subieron para interrogarme. Había al menos seis agentes de la BPS esperándome (uno de ellos, lo supe más tarde, era un tal Hernández Navarro, hermano del militar y divisionario Antonio que trabajaba en el

SNE).

A las primeras preguntas ya me di cuenta de que andaban muy despistados. Alguno aseguró que yo era teniente «rojo» en el 5./ Regimiento. Eso, por mi edad, era absolutamente imposible. Que si conocía al doctor José Antonio Hernández Jiménez; que si sabía dónde estaba Ricardo Muñoz Suay; que si había conocido a algún comunista: sí, a Cirilo Benítez Ayala. ¡Pero está muerto! De pronto me preguntaron por un tal Juan Soler Muñoz. ¡Ah los misteriosos mecanismos de la memoria! Porque entonces yo me oí contestar dando todos los datos de ese amigo que yo había avalado en 1944 para que pudiese salir de un campo de concentración de Franco: Juan

González Muñoz, hijo de Antonio Soler Martínez y Jerónima Muñoz Catalán, etc. Finalmente, en ese interrogatorio dije que apreciaba el marxismo pero sólo como teoría económica. Y eso fue todo. Volví a mi celda. (Los interrogatorios de la BPS a esos estudiantes de la Universidad de Madrid, fueron un point tournant para la BPS. Hasta entonces habían tenido que enfrentarse con gente de la «clase obrera» y su tarea a la par que más brutal era más sencilla. Ahora se las tenían que ver con unos «señoritos intelectuales» y ahí hacían agua. Decían cosas como ésta: «Tú también leerás a Kaftan y a Orteguita, ¿no?» El interrogatorio de mi querido camarada Julio Diamante fue así:

-¿A ti también te gustarán las películas de ese Bardem?

-No, personalmente, no.

Original · página 353

-Entonces, ¿qué coño de películas te gustan?

-Yo prefiero el cine sueco.

-Pues venga, háblanos del cine sueco, joder...

Y Julio se tiró dos horas hablando de cine sueco.) Al cabo de quince días me dieron suelta, no sin antes tener que escuchar al comisario del caso el texto «De rerum novarum», que se lo había aprendido de memoria y que me lo espetó como si fuera de su propia cosecha. Durante esos quince días, las autoridades franquistas recibieron

decenas de telegramas de los más nombrados intelectuales europeos pidiendo mi libertad. El último que se recibió lo firmaban Albert Schweitzer, C. T. Jung y Charles Chaplin. En cuanto me soltaron me fui a casa, avenida José Antonio, 45. María y la niña vivían allí esos días. Cuando levantaron la incomunicación en la DGS ya había podido abrazarlas y enterarme de que «Pajarito» o sea «Federico Sánchez» o sea Jorge Semprún estaba bien. No había habido más caídas, en el PCE, en Madrid. María y yo salimos esa noche. Lloviznaba. Nos metimos en un cine, exactamente en el Pompeya. La sesión ya había empezado y la sala estaba a oscuras. De repente se hizo la luz. Descanso. Bar en el entresuelo. Y entonces me encontré

con todo el cine español. Era un estreno. Johnny Guitar de Nicholas Ray. Algunos saludos leves y distantes. Empezó la película. Yo me sentía muy incómodo. Al terminar, nos tuvimos que quedar en la marquesina. Llovía con fuerza. Ese Tomás García de la Puerta me increpó, provocándome. «¿Por qué no me saludas? ¡Te advierto que para matarme a mí los rojos como tú tienen que venir en manada!» Hice de tripas corazón; temía que cualquier réplica mía traería jaleo y yo volvería de nuevo al «trullo». Me salvaron José Luis Colina y Luis García Berlanga. José Luis era el único que tenía coche de todos nosotros. Lo trajo, nos metimos en él y pude alejarme de ese «guardaespaldas» de Emilio Romero. Al día siguiente yo estaba

muy deprimido y preocupado. Si esta provocación franquista se producía a las pocas horas de mi libertad, ¿cuál iba a ser mi porvenir? Ya he dicho que a la mañana siguiente vino a verme a la oficina de Goyanes Juan Julio Baena. Un mensaje: Semprún quería verme y además en casa de Juan Julio. Yo no entendía nada: o sea que el falangista Baena era ahora un militante del PCE. ¡Qué cosas! Estuve con Semprún, a solas, y le di cuenta de mi interrogatorio. Es la práctica habitual. El horizonte estaba despejado y estuvimos analizando la situación política general. Pero lo de Baena seguía sin entenderlo. Al cabo de un mes pudimos reanudar el rodaje de la película, aunque yo cambié la localización inicial y sustituí

Palencia -sólo tenía de ella malos recuerdos y una clara hostilidad- por Logroño. Cuando la película estuvo terminada y en copia estándar, hicimos una proyección en Estudios Chamartín. Goyanes dijo que Calle Mayor era la película más aburrida que había visto en su vida, y Ricardo sólo me dijo que la música era muy mala, como único

comentario. Por aquel entonces había cambiado la dirección de la Biennale de Venecia. El nuevo director era Luigi Ammanatti. También habían cambiado los métodos de selección de películas a concurso en la Biennale. Eran los italianos los que elegían en cada país. En España se interesaron por Calle Mayor; pero las autoridades cinematográficas franquistas le dijeron que aún no estaba terminada, mintiendo como bellacos. Ahí intervino Serge Silberman: sabía que Luigi Ammanatti y su comisión de selección iban a ir a París. Había la posibilidad de que la viesen allí. ¿Pero cómo situar la copia de Calle Mayor en París? Cesáreo González -ya he dicho que era muy buen

jugador, valiente y atrevido- la pasó de contrabando como si fuese una película de Lola Flores o de cualquier otra folclórica. Yo seguía teniendo mi pasaporte en regla, y me dispuse a viajar a París. Pero antes tuve que vérmelas con Alfredo Timmermans, el fascista Timmermans, subdirector general de cinematografía. Me mostró un artículo de Indalecio Prieto que había aparecido en la prensa mexicana en el que hablaba de mi caso: mi detención y de Calle Mayor. Me exigió que escribiese como una especie de réplica sobre ese texto. Yo la escribí. Básicamente le decía que me hacía responsable de lo que yo manifestaba en la película, pero que en absoluto me podía hacer responsable de lo que los demás pudieran decir sobre ella.

Pude así volar a París. El comité de la selección de la Biennale pudo ver la copia de Calle Mayor en París. Hablando allí con Eduardo Haro Tecglen, le confesé mi voluntad de tirar de la manta y exiliarme. Eduardo me lo quitó de la cabeza. ¿Qué iba a conseguir? Dar una conferencia de prensa y poner en evidencia a la Dictadura franquista. Eso hubiera tenido cierto eco, en primera plana. Pero si ese día se hunde el Andrea Doria o hay una catástrofe similar, lo mío sólo sería una columna en la última página. No me lo recomendaba. Había que seguir luchando, pero dentro de la Dictadura. El director del Centre National de la Cinématographie, M. Jacques Flaud, dio una conferencia de prensa para anunciar la selección de las películas francesas

en concurso en la inmediata Biennale, Hélène et les hommes de Jean Renoir, Gervaise de René Clément y Grand Rue de J. A. Bardem. Las autoridades franquistas pusieron el grito en el cielo. ¿Cómo una película española, por muy coproducción que fuera, iba a concursar en la Biennale como francesa? Luigi Ammanatti aseguró que Calle Mayor se vería en la Biennale como francesa, como española o sin bandera alguna. Serge Silberman se hizo ahora con el timón. Hicimos en París el doblaje al francés de la película. Repetimos toda la banda musical de la película: Joseph Kosma hizo una partitura bella y simple. (Conservamos una muy pequeña parte de lo que había compuesto Isidro B. Maiztegui.) Nuevas

mezclas y nueva copia. Mientras, Serge trabajaba a pleno rendimiento, Goyanes tomaba el sol en Torremolinos. Serge se cuidaba de mí: me hizo ir a su sastre para hacerme un esmoquin blanco. Me colocó con el mejor agente artístico de Francia, André Bernheim, para que cuidase mis

intereses, y, finalmente, fuimos juntos a Venecia. Allí estaban los españoles. El franquista Fernando Vizcaíno Casas era el representante de Cine España o Uniespaña, es decir, de los productores españoles. Lo curioso de todo es que había una prohibición estricta de la Dirección General de Prensa y ninguna publicación podía mencionar mi nombre. Luigi Ammanatti, curándose en salud, me hizo llegar al Palacio del Festival haciéndome entrar por una entrada especial, hurtándome a los periodistas y fotógrafos de la entrada principal. La proyección fue un éxito total. El público dio una gran ovación ya al principio del filme -la escena de la iglesia con Betsy Blair (Isabel) y José Suárez

(Juan)-, y a partir de allí, las ovaciones se sucedieron una tras otra, hasta el final. Yo me emocioné profundamente y lloré. ¡Tantos sufrimientos, tantos avatares, tantos obstáculos! Ahora todo se desvanecía y la audiencia arropaba de una manera cálida y entusiasta a Calle Mayor. El jurado internacional, presidido por el gran documentalista inglés John Grierson, iba a ser muy estricto. Nada de premios a troche y moche, sólo el León de Oro a la mejor película y la Copa Volpi a la mejor actriz y al mejor actor. Betsy Blair era una firmísima candidata, pero como estaba doblada al castellano en la versión española, no se lo pudieron dar. Se lo llevó Maria Schell por Gervaise. La noche del Palmarés el portavoz del jurado, el

maestro Luchino Visconti, fue leyendo de menor a mayor los méritos de las películas a concurso. Al final quedaron como finalistas la japonesa El arpa de Birmania y la española Calle Mayor. Durante las diversas votaciones finales entre ambas, Calle Mayor fue siempre por delante por mayoría absoluta. Grierson y el resto del jurado querían una mayoría cualificada para Calle Mayor (siete sobre cuatro en vez de seis sobre cinco), y como no se pudo conseguir, declararon desierto el León de Oro de la Biennale 1956. ¡Otra vez la victoria moral para mí! Fuera de los premios oficiales, Calle Mayor recibió el premio de la crítica ex aequo con Gervaise de René Clément. En Madrid se estrenó en septiembre de ese mismo año, en el

cine Gran Vía, y el éxito fue apoteósico. Seguramente porque se habían dado cita allí esa noche memorable todos los antifranquistas de Madrid. En París la estrenamos en el cine Marbeuf; es curioso, mientras los franceses seguían prefiriendo Muerte de un ciclista, los italianos gustaron mucho más de esa crónica provinciana, tan cercana a ellos, que era Calle Mayor. El caso es que ya tenía que poner en marcha un nuevo proyecto. Entonces intervino en mi decisión una especie de sentimiento nacional y hasta, si se quiere, patriótico, y opté por ponerme a tra bajar sobre Los segadores. Es decir, de alguna manera volví a Goyanes, que no había hecho nada por Calle Mayor, y abandoné a Serge Silberman, que

lo había hecho todo. ¿Me equivoqué? Lo veremos más adelante. Cuando Fernando Méndez Leite fue director general de Cinematografía, o sea, del ICAA, tuvo una idea muy simpática: festejar el 30 aniversario del estreno en cine Gran Vía de Calle Mayor, como homenaje a la película y, simultáneamente, a mí. Invitó a los actores de Calle Mayor; Betsy Blair, Dora Doll, Yves Massard y a muchos otros extranjeros que habían trabajado conmigo en diferentes filmes: Raf Vallone, George Maharis, Melina Mercouri, Hardy Kruger, Omar Sharif, etc. Muchos pudieron venir, y otros enviaron calurosos telegramas de adhesión.

Original · página 356

Estando con Betsy, Dora Doll e Yves Massard surgió en mí la idea de realizar con ellos y algún otro «superviviente» del reparto original, una película con el título de Regreso a la Calle Mayor. Pero desde que esa idea inicial tomó cuerpo hasta convertirse en un proyecto real, tuvieron que pasar algunos años todavía.

Original · página 357

Calle Mayor

Personajes de Calle Mayor. Entrevista a Juan Antonio Bardem

- Isabel
- Juan
- Federico

- Tonia

-Ciudad de provincias

-La broma

-Juan Antonio Bardem habla de Calle Mayor

-La Censura

Regreso a la Calle Mayor

-La idea

-El argumento

-No ha cambiado nada

Original · página 358

Relación con Berlanga

-Anarquista Burgués Independiente.

-Unidad de destino.

Relación con Azcona

-Relación con Azcona.